

Aldo Marchesi Hacer la revolución

¿Cómo contar el ímpetu revolucionario de los años sesenta y setenta desde un tiempo que no es revolucionario? ¿Cómo capturar un clima de época radicalizado que todavía produce preguntas válidas en la discusión contemporánea? Siguiendo la trayectoria de militantes argentinos, chilenos, uruguayos, brasileños y bolivianos, Aldo Marchesi estudia el nacimiento y la expansión de una red de organizaciones de jóvenes militantes de izquierda que, al calor de la Revolución cubana y de la polarización ideológica de la Guerra Fría, promovieron la violencia política y las estrategias transnacionales como únicos caminos para alcanzar el cambio social.

Entre la llegada del Che Guevara a Bolivia en 1966 y el golpe de Estado argentino en 1976, una oleada de movimientos de la nueva izquierda —el PRT y luego el ERP en la Argentina, Tupamaros en Uruguay, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile, el Ejército de Liberación Nacional en Bolivia—, escindidos del socialismo y el comunismo o provenientes del trotskismo y el anarquismo, empezaron a organizar encuentros de solidaridad y coordinación regional. Estaban convencidos de que la izquierda tradicional era incapaz de generar situaciones revolucionarias y de resistir el avance del autoritarismo y la hegemonía estadounidense en América Latina. Así, confiaron en la lucha armada y construyeron repertorios de protesta y de acción colectiva novedosos, como la táctica de la guerrilla urbana o el exilio —en el Chile de Salvador Allende, en la Argentina peronista entre 1973 y 1976— como parte de una estrategia de lucha continental.

Desde un enfoque originalísimo que lo convierte en una obra de referencia actualizada sobre el tema, *Hacer la revolución* ofrece piezas nuevas, decisivas, para entender la historia de la izquierda, el surgimiento del autoritarismo en la región, y el papel activo de las periferias en los países centrales. Porque no sólo cuenta los años de la épica revolucionaria, los años del fracaso y el repliegue, y el tiempo de la adaptación a la nueva coyuntura democrática, cuando las preguntas por la igualdad y el socialismo siguen vigentes, sino que además revela el lugar que ocupó el Cono Sur —sus figuras icónicas, sus debates, sus opciones políticas— en la revuelta global de los sesenta.



ISBN 978-987-629-894-0



9 789876 298940

 siglo veintiuno
editores



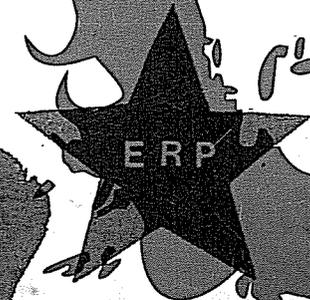
 siglo veintiuno
editores

Aldo Marchesi
Hacer la revolución

Aldo Marchesi

Hacer la revolución

Guerrillas latinoamericanas,
de los años sesenta a
la caída del Muro



Aldo Marchesi

Hacer la revolución

Guerrillas latinoamericanas,
de los años sesenta a
la caída del Muro

 **siglo veintiuno**
editores

Marchesi, Aldo
Hacer la revolución / Aldo Marchesi.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2019.
272 p.; 21x14 cm.- (Hacer Historia)

ISBN 978-987-629-894-0

1. Historia de América del Sur. 2. Historia Política. 3. Militancia Política. I. Título.
CDD 320.0980

Una versión previa de este libro se publicó en inglés con el título *Latin America's Radical Left. Rebellion and Cold War in the Global 1960s* (Cambridge University Press, 2017)

© 2019, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Eugenia Lardiés

ISBN 978-987-629-894-0

Impreso en Triñanes Gráfica // Charlone 971, Avellaneda en el mes de marzo de 2019

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

Introducción. Acciones, ideas y emociones en la construcción de una cultura política de radicalismo transnacional	5
1. ¿Cómo es la revolución sin la Sierra Maestra? Los tupamaros y el desarrollo de un repertorio de disenso para países urbanizados (1962-1968)	27
Interpretar la Sierra Maestra desde el Cono Sur	30
Montevideo: "Un lugar propicio para la conspiración", 1962-1968	51
2. Los lazos subjetivos de la solidaridad revolucionaria. De La Habana a Ñancahuazu (Bolivia), 1967	71
Existe un territorio donde la sangre se mezcla: Tricontinental y OLAS	73
Morir en tierra ajena o la continentalidad de la revolución	93
3. Dependencia o lucha armada. Intelectuales y militantes conosureños cuestionan el camino legal al socialismo. Santiago de Chile 1970-1973	105
Argentinos, uruguayos, brasileños y bolivianos en el Chile de Allende	106
Santiago de Chile como centro de intercambios académicos	120
"Solidaridad revolucionaria" durante el Gobierno de la UP	130

4. “La partida decisiva de la revolución en América Latina”. Militantes bolivianos, chilenos y uruguayos en la Argentina peronista. Buenos Aires, 1973-1976	149
Argentina como retaguardia de la revolución continental	154
Las geografías de la represión	171
La batalla definitiva	177
La JCR por el mundo	180
5. Sobrevivir a la democracia. La transición de la lucha armada a los derechos humanos (1981-1989)	189
Chile, el retorno armado	193
Argentina, el extraño retorno	203
Uruguay, el conflictivo y exitoso camino a la legalidad	214
Conclusión. Revolucionarios sin revolución	225
Notas	233

Introducción

Acciones, ideas y emociones en la construcción de una cultura política de radicalismo transnacional

A fines de los sesenta, el uruguayo Enrique Lucas integró la guerrilla urbana del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLNT). En 1972, tras varios meses de prisión, hizo uso de su recurso constitucional y se exilió en el Chile de Salvador Allende. Allí participó en las movilizaciones organizadas por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Luego del golpe de Estado, escapó a la Argentina. Después de una breve estadía en Cuba, y como miembro del MLNT, Lucas se integró a las actividades que la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) —articulación entre miembros del MLNT, el MIR, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) boliviano y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) argentino— desarrollaba en Buenos Aires. Sin embargo, a raíz de una fuerte crisis interna en el MLNT, decidió abandonarlo y sumarse a otros miembros del ELN que, desde la Argentina, habían comenzado a organizar un plan insurreccional cuyo objetivo era reclamar el retorno del general Juan José Torres a Bolivia, quien durante su año de presidencia (1970-1971) había encabezado un gobierno de izquierda en alianza con sectores campesinos y mineros. En 1974, Enrique Lucas cruzó la frontera y conoció a la argentina Graciela Rutilo Artés, con quien tuvo una hija, Carla. El 2 de abril de 1976, Graciela y la niña fueron secuestradas y trasladadas ilegalmente a un centro clandestino de detención en la Argentina. Cinco meses después, Lucas y un grupo de militantes bolivianos murieron durante un enfrentamiento con las fuerzas represivas bolivianas en Cochabamba. Graciela

continúa desaparecida y Carla fue secuestrada por un oficial argentino, con quien vivió hasta su adolescencia.¹

La historia de Enrique Lucas es apenas un ejemplo entre miles que muestran la épica, la violencia y el drama que las luchas políticas adquirieron a fines de los sesenta y principios de los setenta en el Cono Sur. Perteneció a una generación política atravesada por una creciente movilización social, la emergencia de regímenes autoritarios (Brasil, 1964; Bolivia, 1966; Argentina, 1966; Bolivia, 1971; Uruguay, 1972-1973; Chile, 1973; Argentina, 1976) y las expectativas generadas por las promesas de la Revolución cubana. Esta generación, constituida en su inmensa mayoría por jóvenes menores de 30 años a fines de los sesenta, cuestionó las maneras tradicionales de hacer política y promovió nuevas formas de movilización social, política y cultural. Los militantes de esta "nueva izquierda" criticaron el legalismo y el reformismo de los partidos de la izquierda tradicional. Asimismo, propusieron métodos más novedosos y radicales y, a su entender, más eficientes para alcanzar los cambios sociales que los sectores populares demandaban. Poco a poco, las organizaciones armadas se transformaron en protagonistas centrales de la ola de movimientos de la "nueva izquierda" en la región, que son el tema de esta investigación. Este libro examina el surgimiento, desarrollo y fracaso de una red de organizaciones de jóvenes militantes de izquierda que, a fines de los sesenta y comienzos de los setenta, promovieron la violencia política organizada y las estrategias transnacionales como únicos caminos para alcanzar el cambio social. La investigación sigue la trayectoria de militantes argentinos, chilenos, uruguayos y, en menor medida, brasileños y bolivianos en la construcción de una red regional de organizaciones armadas que actuó durante más de una década.

El origen de las organizaciones que integraron esta red se remonta a mediados de la década de 1960. El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) —que luego derivó en el ERP en la Argentina— fue el resultado del encuentro entre sectores provenientes del trotskismo (Palabra Obrera),

vinculados a las intensas luchas sindicales urbanas de comienzos de la década, y el Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP), una organización latinoamericanista e indigenista que respondía a la influencia de las ideas del aprista peruano Víctor Haya de la Torre y tuvo incidencia en el norte argentino. Las dos agrupaciones participaron en la organización de los trabajadores del azúcar, y en 1965 se creó el PRT a partir de un acuerdo entre ambas. Roberto Mario Santucho, uno de los líderes del FRIP, se transformó en el líder del PRT en detrimento de Nahuel Moreno, un dirigente histórico del trotskismo argentino.²

El MIR chileno se creó ese mismo año, congregando militantes críticos de la estrategia de la izquierda tradicional (comunistas y socialistas) y su apuesta electoral en la política de ese país. Provenientes de diversos sectores del trotskismo y el anarquismo, y también escindidos del comunismo y el socialismo, eran en su mayoría activistas sindicales y estudiantiles convencidos de que la movilización social era el único camino hacia la revolución. Aunque en un comienzo sectores del trotskismo tradicional tuvieron cierta influencia, tal como ocurrió en la Argentina, en última instancia fueron sustituidos por una nueva generación de militantes.³

Los tupamaros uruguayos fueron un pequeño grupo, creado en enero de 1966, a partir del encuentro entre militantes en su mayoría escindidos del socialismo, pero también del comunismo, el anarquismo y de grupos más pequeños de izquierda. Entre 1962 y 1965 varios de esos militantes se concentraron en un grupo informal, llamado "coordinador", con el objetivo de apoyar las movilizaciones de los trabajadores del azúcar en el norte de Uruguay, quienes habían ocupado tierras y reclamaban una reforma agraria. El movimiento estuvo liderado por Raúl Sendic, un joven estudiante de Derecho, miembro del socialismo, quien, como tantos otros, estaba compartiendo la experiencia laboral de los trabajadores rurales.⁴

Aunque al principio se trataba de grupos pequeños con escasa conciencia mutua de su existencia, los encuentros en-

tre estas y otras agrupaciones comenzaron a sucederse en la región. Primero en Uruguay, debido al incremento del autoritarismo en Brasil y en la Argentina, y después con la incursión de Ernesto "Che" Guevara en Bolivia en 1966. Se transformaron en intercambios formales en el Chile de Unidad Popular, donde varios grupos comenzaron a pensar la creación de una organización regional, la Junta de Coordinación Revolucionaria, integrada por el ELN boliviano, el MIR chileno, el ERP argentino y el MLNT uruguayo. La coordinación alcanzó su máximo desarrollo en Buenos Aires entre 1973 y 1976, cuando el golpe de Estado canceló el último "refugio" existente en la región. Estos grupos intentaron sobrevivir a las duras condiciones represivas impuestas por las dictaduras y luego trataron de adecuarse, no siempre con éxito, al nuevo contexto político de la transición democrática en los ochenta.

Para entender la evolución que llevó al intento de articular una amplia estrategia continental de organizaciones armadas, mi proyecto examina la confluencia de estos movimientos nacionales desde una perspectiva transnacional, que refleja los acontecimientos cruciales que definieron a la generación. A través de una aproximación en múltiples escalas—transnacional, regional y local—, presentaré elementos que ayuden a comprender los procesos políticos y culturales sobre los cuales esta generación construyó sus proyectos políticos. Esto implica contribuir a tres campos de estudios vinculados a la historia latinoamericana reciente: la revuelta global de los sesenta, la historia de la izquierda latinoamericana y el surgimiento del autoritarismo en el Cono Sur.

Una extensa bibliografía se ha ocupado de analizar las implicancias que los sesenta globales tuvieron para la izquierda en distintas partes del mundo. La mayoría de los enfoques concuerdan en que esa década posibilitó la emergencia de un nuevo movimiento político global que dio en llamarse "nueva izquierda" e interpeló los fundamentos políticos de la izquierda tradicional. Sin embargo, sus principales características han sido tema de debate. En *Power and Protest. Global*

Revolution and the Rise of Détente, Jeremi Suri sugirió que la movilización global estaba vinculada a un elusivo "international language of dissent" (lenguaje de disenso internacional) impulsado por una nueva generación de jóvenes (*baby-boomer generation*) socializados en las universidades. Por su parte, Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi y Terence K. Hopkins conceptualizaron el movimiento de 1968 como "the great rehearsal" (el gran ensayo) en *Antisystemic Movements*. Para estos autores, 1968 marcó el inicio de un ciclo revolucionario equiparable al de 1848; pero, a diferencia de la crítica al Antiguo Régimen en el siglo XIX, el eje de esta movilización cuestionaba la hegemonía global de los Estados Unidos y fue una reacción a la incapacidad de la vieja izquierda de frenar ese proceso.⁵ Aunque en el largo plazo la iniciativa de la nueva izquierda tampoco triunfó, el equipo de Wallerstein sostiene que se justificó en la creencia de que su accionar sería más eficaz.

Ambos enfoques dan cuenta de una tensión en la bibliografía sobre los sesenta. Si bien algunos enfatizan el carácter laxo de una supuesta contracultura global, otros insisten en la dimensión política y revolucionaria de los movimientos surgidos en esa década. Aunque las dos dimensiones no necesariamente deben entenderse como fenómenos antitéticos, este antagonismo articuló buena parte de los debates sobre los sesenta, como lo ilustra Kristin Ross en *May '68 and its Afterlives*.⁶

Sin embargo, la mayoría de los enfoques sobre América Latina proponen una perspectiva menos antagónica de la relación entre la vieja y la nueva izquierda, donde se señalan los encuentros entre la contracultura global y la izquierda latinoamericana en ese "movimiento de movimientos" que abarcó desde corrientes intelectuales, estéticas, expresiones de la cultura popular y nuevas prácticas conductuales hasta movimientos sociales, organizaciones políticas e incluso organizaciones políticas armadas.⁷

En un comienzo, estos grupos constituyeron una reacción a la izquierda tradicional. El principal cuestionamiento apuntaba a su imposibilidad de implementar estrategias capaces

de movilizar a los sectores populares y crear situaciones revolucionarias. Esta generación también se distinguió por una fuerte crítica al realismo socialista y una reivindicación del carácter latinoamericano de la revolución, a diferencia de las visiones tradicionales de la izquierda, que conllevaban aproximaciones eurocéntricas de la política. Por último, estos grupos promovieron la organización de sectores subalternos vinculados al mundo rural y las periferias urbanas, relativamente desatendidos hasta ese momento. Además de las diferencias políticas, hubo otras vinculadas a la impronta generacional de gran parte de estos movimientos. Aunque admitían cierto nivel de conflicto con otros movimientos juveniles, como el hippismo, estos militantes se sentían parte de una identidad juvenil global. En su manera de vestir, sus productos culturales y su estilo de vida, intentaban traducir a las condiciones latinoamericanas ese "lenguaje de disenso" del que habla Suri.⁸ Pero, más allá de los desacuerdos estratégicos, también existían numerosos puntos de contacto con la izquierda tradicional, relacionados con los proyectos finales que se impulsaban y con aspectos de una cultura política interna muy jerárquica, que tuvo notoria continuidad.

En este sentido, mi trabajo aspira a ubicar en un contexto más amplio el surgimiento de las organizaciones armadas, tomando en cuenta que sus militantes fueron parte de ese "movimiento de movimientos" vinculados a experiencias innovadoras en el campo de la sociedad y la cultura, en todos los países donde la vieja y la nueva izquierda y la contracultura adquirieron configuraciones diferentes de las que existían en los Estados Unidos y Europa.

Además de contribuir a esta discusión historiográfica, este libro aspira a repensar la geografía de los sesenta. Así como las revoluciones del siglo XIX, 1968 fue conceptualizado a partir de la centralidad de Europa occidental y los Estados Unidos. La gran mayoría de los trabajos reconocen el rol del Tercer Mundo y sus luchas en la agitación desarrollada en el Primer Mundo, pero estos aspectos quedan limitados

a una mera influencia y no forman parte de una misma red de circulación de ideas y actores.⁹ Sin embargo, los hechos ocurridos en Europa y los Estados Unidos también recibieron la influencia de los acontecimientos en Latinoamérica. Por mencionar solo un ejemplo: uno de los íconos más populares en los países centrales durante 1968 fue el Che Guevara. Más allá de las reminiscencias románticas de la trayectoria de Guevara, su imagen ilustraba el peso de la experiencia histórica reciente de América Latina sobre las ideas y las estrategias políticas que alentaron la revuelta global.

En este sentido resulta necesario reconstruir el lugar que ocupó el Cono Sur en los sesenta globales, ya que la emergencia de estos actores no puede explicarse a partir de la centralidad de lo ocurrido en Europa y los Estados Unidos. Por el contrario, algunos hitos locales en la conformación de esta generación política también tuvieron impacto global. Desde la llegada del Che a Bolivia —con sus consecuentes redes en el Cono Sur— y el surgimiento de los tupamaros, con su planteo de guerrilla urbana adecuado a modelos de sociedad más urbanizados y con mayor desarrollo de los sectores medios, hasta los debates sobre la transición al socialismo en Chile impactaron en los sectores más radicales de la nueva izquierda europea y estadounidense.

En síntesis, los sesenta fueron globales, pero gran parte de la reflexión al respecto parece opacar el papel activo de las periferias en las ideas y repertorios de protesta de los países centrales. Desde esta perspectiva, podemos decir que el estudio de esta experiencia contribuirá a comprender mejor la globalidad de esa década, a restituir el papel que desempeñaron los procesos subestimados por la bibliografía y, por último, a proponer nuevos enfoques sobre la tensión entre vieja y nueva izquierda desde la que se pensaron estos temas.

Uno de los rasgos más evidentes de esta generación política fue la defensa de la violencia política revolucionaria como modalidad de acción colectiva legítima y necesaria frente al avance de la hegemonía estadounidense que, en su opinión,

contenía todo intento de transformación social por medios pacíficos y legales. Esto no solo tuvo relación con la revuelta global de los sesenta sino con un proceso más general, cuyos antecedentes arraigaban en la historia contemporánea de América Latina. En gran medida, la radicalización de los sectores juveniles y subalternos a mediados de los sesenta fue una capa más de un proceso que se había sedimentado a lo largo de varias experiencias de la Guerra Fría latinoamericana.

A partir de la dialéctica entre revolución y contrarrevolución, en su influyente *The Last Colonial Massacre*, Greg Grandin explica la emergencia de la nueva izquierda como la última respuesta de una serie de intentos de promover el cambio social, reprimidos por las prácticas del terrorismo de Estado, como lo ejemplifica el golpe contra Jacobo Árbenz en Guatemala, que promovieron las élites locales con el apoyo de Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría latinoamericana.¹⁰

Desde el final de la primavera democrática, a fines de los cuarenta, los Estados Unidos cultivaron una actitud cada vez más hostil hacia las expresiones políticas cercanas a la izquierda y a la organización sindical en América Latina.¹¹ El derrocamiento de Árbenz, con participación clave de la CIA, marcó un momento emblemático en el cambio de rol de los Estados Unidos en la región, tendencia que continuó en los hechos de la Bahía de Cochinos en 1961 y se consolidó en 1964 con el golpe de Estado en Brasil. La dictadura brasileña inauguró un tipo de régimen autoritario en América del Sur, basado en un nuevo rol de las Fuerzas Armadas entrenadas en la doctrina de la seguridad nacional, que sería replicado en los años siguientes en el resto de los países del Cono Sur. Esto erosionó poco a poco las expectativas reformistas que la Alianza para el Progreso había generado al comienzo de la década.

Muchos de los intelectuales y activistas que abrazaron la lucha armada en los tardíos sesenta formaron su opinión sobre los Estados Unidos en la década anterior, que transcurrió entre dos golpes de Estado: el de Guatemala y el de Brasil. La

frase de Guevara –“Cuba no será Guatemala”– es representativa de la generación de activistas que presenciaron el creciente intervencionismo estadounidense contra las experiencias de reformismo social y vio en la lucha armada la única respuesta posible a eso. El caso de Cuba debe pensarse en este contexto. La revolución despertó expectativas en aquellos grupos que comenzaban a radicalizarse ante la intervención estadounidense en América Latina y las crisis económicas de los modelos industrialistas en el contexto de la Guerra Fría. Cuba ofrecía modelos a seguir que, como veremos más adelante, eran leídos con simpatía pero también con distancia crítica en América del Sur. Si bien varios autores subrayaron la centralidad de esta referencia, las trayectorias individuales de los militantes que abordaremos aquí dejan en claro que no fue el punto de partida sino apenas un momento más en un proceso de radicalización cuyos antecedentes, como plantea Grandin, pueden rastrearse desde mediados de los cincuenta.¹²

Más allá del vínculo con la Guerra Fría latinoamericana, las explicaciones del surgimiento de la violencia política de izquierda han sido un acalorado tema de debate político en la academia y las esferas públicas nacionales. Durante las dictaduras, estos grupos fueron estigmatizados y sindicados como agentes extranjeros que justificaron la reacción autoritaria en defensa de la seguridad nacional. En el contexto de las transiciones democráticas, la opción por la violencia de estos grupos fue leída como el resultado de un fanatismo ideológico que luchó contra esa otra minoría fanatizada que integraban los militares. Esa narrativa retrató a la sociedad civil como rehén de la polarización entre dos actores distanciados de lo social y alienados por la ideología. Diferentes variantes de este tipo de narrativa se utilizaron para dar cuenta de experiencias muy diversas entre sí, como las de Argentina, Chile, Perú y Guatemala.¹³

Estos temas también comenzaron a llamar la atención de académicos, ensayistas y periodistas en el contexto de las transiciones democráticas. Aunque el número de trabajos es tan grande que resulta difícil trazar comentarios generales, pode-

mos identificar los momentos y enfoques que explican cómo era percibida la lucha armada a partir de los ochenta. En un clima de fuertes expectativas positivas acerca del retorno a la democracia, un número importante de trabajos enfatizó el carácter antiliberal de estos grupos. En su inmensa mayoría influenciados por el modelo sobre el quiebre de la democracia propuesto por Juan J. Linz, varios destacaron cómo la emergencia de esos grupos contribuyó al proceso de polarización política que erosionó los regímenes democráticos. El modelo de Linz caracterizaba a estas organizaciones, debido a su ideología, como actores “desleales” a la democracia cuyas acciones habían promovido un proceso de polarización que tendió a desautorizar los procedimientos institucionales y creó un ambiente político en el que los sectores del centro —que resultarían claves para la estabilidad democrática— fueron erosionados.¹⁴ Bajo esta influencia, varios trabajos académicos insistían en el impacto de la Revolución cubana y el papel desempeñado por las ideologías y el clima intelectual de los sesenta en una escalada de radicalización presentada como alienación del proceso político. En todos estos casos las crisis de las democracias que precedieron a los golpes de Estado fueron explicadas por múltiples causas, pero la descripción de los grupos armados invariablemente se concentraba en el rol fundamental desempeñado por la ideología para empujarlos fuera de la cultura democrática y en su involuntaria contribución a desarrollar las condiciones propicias para una reacción conservadora autoritaria.

A partir de los noventa, nuevos estudios, basados en la historia oral y en fuentes primarias, centraron su atención en los actores armados y ofrecieron una interpretación enfocada en la vida interna de estas organizaciones antes que en el rol que habían jugado en la crisis de la democracia. Un temprano ejemplo es *Montoneros. Los soldados de Perón*, de Richard Gillespie, publicado en español en 1987, que enfatizaba la intersección entre el nacionalismo católico de clase media y el marxismo para explicar el surgimiento de esa organización

y su subsiguiente desviación militarista.¹⁵ Otros historiadores que siguieron el ejemplo de Gillespie atribuyeron cierta centralidad a los aspectos ideológicos y culturales para entender el surgimiento de estos grupos, así como los momentos de aislamiento político que derivaron en acciones irracionales. Esta línea de trabajo fue particularmente prolífica en el caso argentino. Autores como Pilar Calveiro, Hugo Vezzetti y Vera Carnovale arrojaron luz en torno al rol que desempeñaron la ideología y la cultura interna en el desarrollo político-militar de estas organizaciones.¹⁶

Junto con estos trabajos, en las últimas dos décadas se publicó una abundante literatura testimonial que buscaba recuperar la experiencia de los militantes. Producida por académicos y periodistas que en su mayoría también habían sido militantes, contribuyó a expandir el coro de voces que participaban en los debates sobre los orígenes de la violencia política. Con foco en las historias personales, estos trabajos resaltaron las debilidades de las democracias en las décadas de 1950 y 1960, elemento que los enfoques políticos e intelectuales en general no integraban a sus análisis.¹⁷

Todos estos estudios sobre ideología y cultura fueron útiles porque reconstruyeron el lenguaje político y las ideas de estos grupos armados en el período previo a los golpes de Estado. Sin embargo, la mayoría fracasó en el intento de explicar cómo fueron cambiando esos grupos y cómo desarrollaron sus propuestas. Más allá de su diversidad, estos estudios compartían un principio metodológico vinculado con la imposibilidad de establecer una conexión entre procesos ideológicos y culturales por un lado, y procesos económicos y políticos, por otro. A raíz de esto, las ideas fueron entendidas y analizadas como un cuerpo coherente y organizado, por completo desconectado de los contradictorios procesos históricos en que emergieron y de los cambios estructurales que afectaban a las sociedades donde se inscribían. Este tipo de aproximación hizo que fuera difícil entender los sinuosos y conflictivos caminos tomados por los partidos políticos y los

activistas de centro y de izquierda que estudiaremos en este libro. Muchos de ellos habían apoyado proyectos reformistas a mediados de los cincuenta y adoptado posturas radicales en los tardíos sesenta, pero incluso en medio de su accionar armado apoyaron iniciativas político-electorales, y a partir de los ochenta comenzaron a actuar legalmente en el contexto de la redemocratización.

Hoy, al momento de pensar la violencia política en clave académica, perdura la influencia de la perspectiva que comenzó a desarrollarse en las transiciones. Aunque los enfoques han variado, somos depositarios de perspectivas que conciben ideología y cultura como una esfera autónoma sin mayores conexiones con los procesos sociales, económicos y políticos en los que esas ideas e identidades fueron construidas.

En contraste, los primeros autores —en su mayoría sociólogos— que buscaron explicar el fenómeno de la violencia política en los tardíos sesenta y setenta habían recurrido, sin excepción, a los marcos estructurales derivados de los procesos de modernización o de las crisis de los modelos industrialistas latinoamericanos. Autores como Samuel Huntington y Ted Gurr proveyeron una inspiración teórica significativa para aquellos sociólogos de la modernización que explicaban el comportamiento de esta generación como anómico, o la teoría de la dependencia latinoamericana, que en sus diferentes variantes explicaba la radicalización de los sectores medios como el resultado de la crisis del modelo de dominación, o Guillermo O'Donnell, quien en sus primeros trabajos planteaba que la radicalización era el producto de la incertidumbre de los sectores populares ante la transición de los modelos populistas o reformistas hacia los Estados burocráticos autoritarios.¹⁸

En suma, la radicalización de la izquierda en la región fue descrita como una consecuencia estructural inevitable o como el resultado de ciertas convicciones ideológicas que, en opinión de algunos, alentaron el autoritarismo dictatorial.

Este libro aspira a poner en diálogo las perspectivas socioeconómicas y políticas de los sesenta con los enfoques ideo-

lógicos y culturales más recientes. Más específicamente, pretendo historiar las maneras en que esta generación construyó sus categorías políticas, basadas en las condiciones socioeconómicas y las oportunidades políticas que el conflicto con el Estado habilitó o clausuró. En este sentido, las definiciones ideológicas o culturales adoptadas por estos grupos no deben verse como aspectos fijos, determinados de una vez para siempre, sino como recursos simbólicos que estos movimientos tomaron, resignificaron y adaptaron de acuerdo con las circunstancias históricas vigentes.

Las herramientas metodológicas utilizadas para historiar la mencionada dinámica están inspiradas en la sociología de los movimientos sociales. Considero que estos trabajos son relevantes porque ofrecen categorías como “procesos políticos”, “estructura de oportunidades políticas” y “repertorio de protesta”, que permiten examinar las dinámicas de conflicto entre Estado y movimientos sociales en las sociedades contemporáneas.¹⁹ Es en este sentido que la presente investigación, aunque eminentemente histórica, adoptará categorías producidas por los estudiosos de los movimientos sociales para pensar el origen, el desarrollo y las resignificaciones de las prácticas violentas y las representaciones de estas organizaciones.

En este libro pretendo pensar la violencia política de izquierda latinoamericana, más concretamente la conosureña, mediante un enfoque transnacional que eluda la dicotomía (nacional-extranjero) habitual en este debate. Muchas veces la dimensión internacional de estos eventos se utilizó como argumento para invalidar a la oposición. Mientras la derecha denunciaba el carácter antinacional de la izquierda legal y la armada debido a su afinidad con los países comunistas, y atribuía su crecimiento a las alegadas influencias de la Unión Soviética y de Cuba, la izquierda explicaba el desarrollo del autoritarismo civil y dictatorial como resultado de la influencia del imperialismo estadounidense en los procesos políticos nacionales. Aunque este no es el lugar apropiado para evaluar la influencia de los actores internacionales sobre estos

procesos nacionales, me interesa destacar las connotaciones negativas en torno a las conexiones entre actores domésticos y no nacionales.²⁰ Esto impacta sobre las maneras en que las historiografías nacionales incorporan los asuntos vinculados a la violencia política. Aunque los intercambios transnacionales eran evidentes para cualquier analista de la región, y en los casos aquí estudiados los activistas reconocieron de manera explícita el carácter continental de su proyecto —como se pone de manifiesto en la literatura reseñada más arriba—, estos procesos políticos fueron explicados en términos nacionales o mediante enfoques comparativos que, en los últimos años, reforzaron las diferencias nacionales sin considerar cómo se construyeron los diálogos regionales.²¹

Afortunadamente, algunos trabajos como los de Ariel C. Armony, John Dinges, Piero Gleijeses y Claudia Gilman han propuesto diversas líneas de investigación que reflejan la circulación de los actores latinoamericanos en el contexto de la Guerra Fría y que han sido una inspiración para mi proyecto.²² En la misma dirección, el reciente estudio de Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, propone interesantes e innovadores enfoques en relación con la metodología y los contenidos.²³ Harmer plantea una perspectiva “multidimensional, abarcadora y descentralizada” que involucra a varios actores vinculados a los Estados de Brasil, Chile, Cuba, Estados Unidos y la Unión Soviética, así como a los partidos políticos de la izquierda chilena, la extrema derecha brasileña y una variedad de actores regionales. Todos estos grupos participaron en el sistema interamericano.

Para Harmer, pensar en términos de sistema implica pensar las relaciones multilaterales más allá de las bilaterales. Así, queda claro que varios aspectos de las relaciones bilaterales entre los Estados Unidos y México, Perú y, en particular, Brasil estuvieron influidos por las políticas de Washington hacia el Chile de Salvador Allende. Además, en su enfoque del sistema interamericano no solo importan los Estados sino los actores no estatales vinculados a redes regionales que marcaron

esos procesos. En este sentido, la contribución de Harmer es importante porque ofrece una perspectiva para entender la particularidad de la dinámica política regional que considera la influencia de esos actores no estatales.²⁴

Intentaré reconstruir las modalidades específicas en que ideas, movimientos políticos y sociales, así como redes generadas en torno a acontecimientos críticos originados en el sistema interamericano, moldearon el desarrollo de una cultura política transnacional radical de tono revolucionario que influyó sobre las opciones de los militantes a favor de la lucha armada. La reconstrucción histórica de estos procesos permite entender mejor cómo la tensión entre las limitaciones de la Guerra Fría y las ideas acerca del cambio social marcó el tono del debate sobre la violencia política durante los sesenta.

Este proceso transnacional explica el hecho de que, a partir de la década de 1960, una variedad de organizaciones de izquierda, inicialmente identificadas con experiencias internacionalistas como el socialismo, el comunismo y el trotskismo, como resultado de su voluntad de tomar las armas y su cercana relación con la Revolución cubana, terminaron por configurar una izquierda con una identidad particular vinculada a lo latinoamericano. El desarrollo de esta cultura política en el Cono Sur representa un momento significativo en la construcción de una izquierda identificada con la historia del continente, que abandonó las pretensiones universalistas y que parece desempeñar un papel importante en la política contemporánea.²⁵ Los encuentros y experiencias compartidos durante los setenta entre estos militantes conosureños son un mojón al que pueden sumarse otros procesos similares ocurridos en el Caribe, los Andes o Brasil en esas décadas para explicar la actualidad de las izquierdas latinoamericanas.

EL CONO SUR Y EL SURGIMIENTO DEL NUEVO AUTORITARISMO

A diferencia de otras regiones, el Cono Sur no fue un espacio de acción colectiva común para las organizaciones de izquierda de la región. Sin embargo, la dinámica política de los sesenta y principios de los setenta generó un mayor acercamiento de estos militantes. El hecho resultó llamativo porque, si bien la región tenía antecedentes comunes —pasado colonial, sucesivas oleadas reformistas (a diferencia de la modalidad mexicana revolucionaria) y altos niveles de desarrollo social en el contexto latinoamericano de los sesenta—, su tradición identitaria era muy débil. Incluso a pesar de que desde comienzos del siglo XX se habían intentado algunos acuerdos de integración.²⁶

Hasta la década de 1970, los procesos políticos no ameritaron la identificación de la zona como un área específica de América del Sur. Una búsqueda en Worldcat muestra que el término “Cono Sur” comenzó a utilizarse en los setenta como una categoría de análisis asociada a la experiencia de las dictaduras. Durante los sesenta solo encontramos una testimonial y anticipatoria novela titulada *Cono Sur*, del uruguayo Hiber Conteris, que narra las peripecias de un refugiado boliviano en el Uruguay de comienzos de esa década.²⁷

La reflexión sobre el ciclo de dictaduras —que se inició con el golpe de Estado en Brasil en 1964, continuó en la Argentina en 1966, se amplió en 1973 con la instauración de las dictaduras militares en Uruguay y Chile y terminó de consolidarse con un nuevo golpe en la Argentina en 1976—, que cubrió el territorio conosureño de dictaduras militares con fuerte apoyo de sectores civiles conservadores, fue lo que comenzó a estructurar la noción de región. No estamos hablando de un autoritarismo tradicional basado en sociedades poco urbanizadas; tampoco de un autoritarismo populista, ya que uno de sus ejes era desmovilizar mediante la represión a los movimientos sociales; ni de un autoritarismo de tipo personalista, ya que el sustento del régimen era la corporación militar; ni de una

dictadura comisarial que aspiraba a restaurar el orden, ya que pretendía una transformación radical de la vida en estos países. Fue el carácter inédito de estos nuevos autoritarismos lo que habilitó una reflexión regional sobre el fenómeno.²⁸

En ese contexto, los grupos armados de izquierda comenzaron a pensar su accionar desde una perspectiva regional, tal como venían haciendo los militares desde mediados de los sesenta al incorporar la doctrina de la seguridad nacional y justificar formas de acción conjunta respaldadas por la Organización de Estados Americanos (OEA). En los setenta, desarrollaron un nuevo nivel de coordinación a escala con la llamada Operación Cóndor, que les permitía cruzar ilegalmente las fronteras para controlar, secuestrar y asesinar a sus opositores políticos en los países vecinos.

En este sentido, la creación de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) es el resultado de una percepción —que comenzó en los setenta y continuó en los ochenta— acerca de la regionalización de los procesos políticos que también fue desarrollada por actores diversos como los militantes, los sindicatos, los partidos políticos de centro y los organismos de derechos humanos. Contar la historia de los encuentros regionales de estos militantes contribuirá a ampliar las miradas nacionales sobre las cuales se construyeron las narrativas de la crisis y el surgimiento del autoritarismo en el Cono Sur. Aspiro a que mi trabajo constituya un aporte al desarrollo de una historia regional, aún en ciernes, sobre los procesos políticos de los sesenta y setenta que enriquezca el debate sobre los casos nacionales.

UNA CULTURA POLÍTICA TRANSNACIONAL: INVESTIGACIÓN Y NARRATIVA

Para desarrollar esas contribuciones me propongo rastrear el origen y la conformación de una cultura política transnacional

al calor de los diálogos y encuentros de militantes de la nueva izquierda en la región desde mediados de los sesenta hasta el golpe de Estado de 1976 en la Argentina. Esa cultura política estuvo vinculada al resultado de los ensayos de experiencias políticas locales, los movimientos de exilio en la región y la creciente regionalización del autoritarismo. Estos grupos, al comienzo considerados parte de una “nueva izquierda” y que a mediados de los sesenta se mostraban incapaces de implementar un programa político, convergieron poco a poco en un diálogo regional que los llevó a fortalecer sus propuestas y su incidencia política en cada país. La experiencia compartida de exilio regional, debido al ascenso y la amenaza de regímenes autoritarios en la región, activó la circulación de ideas y personas y contribuyó a madurar un corpus ideológico común entre los militantes de diferentes países.

En esos movimientos, estos grupos produjeron una concepción común del latinoamericanismo y una crítica de la viabilidad de la democracia liberal en el contexto del subdesarrollo y la Guerra Fría. También sostuvieron una idea de violencia política vinculada con particulares nociones de lo moral que entendían la política en términos maniqueos, reducían el cambio social a la voluntad revolucionaria y asociaban el compromiso político con el sacrificio personal.

A los efectos de esta investigación, el término “cultura política” agrupa una diversidad de aspectos que van desde la ideología y la moral hasta la clase, la subjetividad y el arte pero que, al mismo tiempo, no pueden ser reducidos a categorías individuales. Tomamos prestada la noción de cultura política de las contribuciones de la historia cultural de la Revolución Francesa. Lynn Hunt —una de las primeras en desarrollar este enfoque— define la noción como “los valores, expectativas y reglas implícitas que expresaron y moldearon las intenciones y acciones colectivas”.²⁹

Esta investigación busca historizar las maneras en que estos aspectos fueron incorporados y resignificaron la construcción de una cultura política particular que incluyó y promovió el

desarrollo de los grupos armados conosureños. Se seleccionaron cuatro aspectos para rastrear la conjugación de estos elementos en la formación de una cultura política transnacional: acciones, ideas, sentimientos e interpretaciones del proceso político regional.

Esta búsqueda implica observar las maneras en que grupos de diversos orígenes ideológicos, mediante un repertorio común de prácticas radicales, confluyeron en un conjunto de ideas políticas y una interpretación compartida de los sucesos de la región. Basándonos en conceptos como estructura de sentimientos o emociones, veremos cómo varios de los acontecimientos ocurridos en la región impactaron en la subjetividad de esta generación política. Por último, estudiaremos cómo los procesos de exilio regional contribuyeron a forjar lazos entre grupos de diferentes países que terminaron por construir la idea de una comunidad transnacional.

Soy consciente de las potencialidades y los límites de este tipo de enfoques. Por un lado, contribuyen a pensar los procesos nacionales en marcos más amplios. Pero, como toda delimitación particular de un tipo de escala, implican enfatizar algunos asuntos y opacar otros. En este caso, decidimos poner el foco en la experiencia del militante viajero, que es más cercana a los militantes intermedios y a los dirigentes de estas organizaciones que a los militantes de base. La mayoría de ellos pertenecía a los sectores medios y, en menor medida, a los sectores obreros urbanos: eran los que contaban con los recursos materiales e intelectuales necesarios para moverse en los países vecinos con relativa facilidad. En estos desplazamientos de un país a otro encontraremos pocos militantes de base vinculados al mundo rural o las áreas periféricas urbanas, quienes participaron en experiencias inéditas de movilización social durante el período. En ese sentido, el proyecto pone mayor énfasis en la participación política de los sectores medios en detrimento de otros actores subalternos cuya movilización puede ser mejor rastreada desde una perspectiva local.

La escala de mi objeto de estudio ha requerido una estrategia de investigación relativamente ecléctica, que adecua los criterios heurísticos a los desarrollos archivísticos de cada país. En líneas generales, puedo sostener que el proyecto se basó principalmente en fuentes escritas y en menor medida en fuentes orales.

Trabajé con tres tipos de fuentes escritas: documentación interna y pública de las organizaciones; documentos estatales; y testimonios de miembros de las organizaciones estudiadas. Cada uno de estos grupos presenta problemas metodológicos particulares, que demandan un análisis crítico sobre las condiciones de producción y los destinatarios. A esto hay que agregar, en el caso de los testimonios, una particular atención al contexto posdictatorial en que fueron contadas las historias, ya que casi siempre tendieron a iluminar aspectos vinculados con la represión política estatal y a minimizar aquellos relacionados con sus propias prácticas violentas e ilegales.

En muchos casos se trata de fuentes inéditas que significan aportes relevantes para pensar el surgimiento y desarrollo de la violencia política de izquierda en la región. La mirada transnacional también ofreció una posibilidad de relectura de varias fuentes ya utilizadas en el estudio de casos nacionales, que adquirieron otra significación al ser puestas en diálogo con las de países vecinos.

Por último, es necesario aclarar que en una investigación de este tipo la selección de fuentes tiene un carácter fragmentario y no del todo sistemático, por motivos que trascienden la voluntad del investigador. Este cuenta con los documentos que han sobrevivido y son accesibles al público en estos países. La situación es diferente en cada país debido a múltiples factores: las diversas políticas estatales en relación con los archivos, la existencia de archivos de la izquierda armada, la sobrevivencia al embate represivo de militantes que hayan participado y puedan dar testimonio público de esos procesos. Todos estos aspectos, en última instancia, ayudaron a ar-

mar este complejo rompecabezas al que le faltan varias piezas, pero que podrá dar una imagen del objeto de estudio.

Escribir acerca de los movimientos de militantes a través de las fronteras nacionales no es una tarea simple. El relato de esta historia presenta una serie de dificultades metodológicas y narrativas. Los riesgos de establecer una narrativa regional que opaque la importancia de los escenarios nacionales son reales. Además, la simultaneidad de múltiples procesos de encuentro puede llevarnos a construir una historia que pretenda inventariar todos los procesos, pero que sea ininteligible en su sentido histórico. Por esa razón decidí realizar un recorte narrativo que se concentrara en los encuentros transnacionales en ciertos espacios nacionales en momentos claves de esta historia regional. Cada uno de estos encuentros será estudiado para identificar las emociones, ideas y lazos que contribuyeron a crear esta cultura política transnacional.

Por último, me gustaría decir que el desarrollo de este proyecto estuvo asociado a una infinidad de colegas que en diferentes momentos de la investigación tuvieron la inmensa generosidad de ayudarme a resolver aspectos vinculados a su ambiciosa escala. Los agradecimientos están asociados a la decisión de realizar mi doctorado en Historia en la New York University. Eric Herschberg, Steve Stern y Elizabeth Jelin (Shevi) fueron una importante ayuda en este proceso. Shevi también fue un gran apoyo intelectual y afectivo a lo largo de estos años, y a través de sus proyectos me llevó a pensar la región de una manera más integral. Durante mi experiencia de doctorado, vaya mi agradecimiento a Greg Grandin por su dirección, así como a Sinclair Thompson, Barbara Weinstein, Ada Ferrer y Peter Winn por sus generosos aportes. En cada país, debo agradecer a un conjunto de colegas que fueron muy importantes y realizaron valiosos aportes en distintas etapas del proyecto. En Chile, Rolando Álvarez, Claudio Barrientos, Consuelo Figueroa, Igor Goicovic, Alberto Harambour, Claudio Pérez, Julio Pintos, Olga Ruiz y Verónica Valdivia;

en la Argentina, Vera Carnovale, Emilio Crenzel, Ludmila Da Silva Catela, Marina Franco, Federico Lorenz, María Cristina Tortti; en Uruguay, Clara Aldrighi, David Cámpora, Gerardo Caetano, Vania Markarian, José Rilla y Jaime Yaffé. Por último, agradezco a los colegas de otros países que leyeron anticipos en diversos momentos y cuyas sugerencias fueron importantes para el texto final. Herbert Klein contribuyó a la versión en inglés de *Latin America's Radical Left. Rebellion and Cold War in the Global 1960s*, publicado por Cambridge University Press, del que este libro es una versión reducida. También quiero agradecer a Tanya Harmer, Maud Chirio, Andrew Kirkendall, Alberto Martín Álvarez, Eugenia Pallieraki, Eduardo Rey Tristán y Eric Zolov.

1. ¿Cómo es la revolución sin la Sierra Maestra?

Los tupamaros y el desarrollo de un repertorio de disenso para países urbanizados (1962-1968)

En julio de 1967, mientras Ernesto "Che" Guevara intentaba crear, con poco éxito, un foco revolucionario rural en Bolivia, en La Habana se llevaba a cabo la I Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).³⁰ Por primera vez en la historia, miembros de diferentes organizaciones de la izquierda latinoamericana se reunían para responder colectivamente a la pregunta: ¿cómo desarrollar una solidaridad real con los países que han derrotado al imperialismo, como Cuba, o con aquellos que han iniciado "un combate definitivo", como Venezuela, Colombia, Brasil, Bolivia, Guatemala y Perú? Existieron dos posiciones. Por un lado, la posición cubana que decía que el único camino genuino para promover la solidaridad era implementar una estrategia continental de lucha armada. Por otro, los partidos comunistas más cercanos a los soviéticos defendían una visión más moderada que incluía la lucha armada como un posible camino entre otros medios de activismo político, entre ellos la lucha electoral o el sindicalismo. La primera posición se impuso al final de la conferencia, hecho que produjo un profundo impacto en las izquierdas del continente.

Sin embargo, el informe cubano inicial había propuesto excepciones a la lucha armada en América Latina: "Hablar hoy de la lucha guerrillera en Chile o en Uruguay es tan disparatado y absurdo como negar esta posibilidad en Venezuela, Colombia, Brasil, Guatemala o Perú".³¹ Este informe generó molestia entre aquellos sectores de la izquierda del Cono Sur que creían que OLAS acercaría los aires revolucionarios a sus

países. En una de las fiestas que se daban tras las reuniones de la conferencia, dos periodistas cercanos a la nueva izquierda conosureña —Augusto Olivares, de *Punto Final* (Chile), y Carlos María Gutiérrez, de *Marcha* (Uruguay)— encontraron espacio para conversar el tema con Fidel Castro. A la pregunta sobre la imposibilidad de la lucha armada, por la que uruguayos y chilenos se sentían “algo vejados por una afirmación tan tajante”, Fidel respondió: “Pues yo no he escrito eso, no tengan pena”. Pero la conversación no terminó allí. “No se puede negar —dijo Fidel— que en Chile y en el Uruguay existen movimientos de masas. Pero además tienen que existir condiciones geográficas. Chile las tiene”. Ante la consulta sobre las condiciones en Chile, la respuesta fue directa: “Chico, eso depende de ustedes. Mira, si yo estuviera en Chile, me alzaría. Pero creo que todavía siguen ahí con eso de las elecciones”. Sobre Uruguay se expresó de otra manera: “Tu país no tiene condiciones geográficas para la lucha armada. No hay montañas, no hay selvas. Allí no puede desarrollarse una guerrilla”. Consultado sobre la posibilidad de otros modelos, como la insurrección armada urbana, dijo Fidel:

Bueno, teóricamente eso es posible. [...] Ustedes tienen en el Uruguay una masa combativa y politizada. Yo creo que, visto así, ustedes poseen ciertas condiciones. Pero una insurrección armada, ahora, no duraría en tu país ni dos días. Están entre dos colosos; los hacen sándwich inmediatamente. No, en el Uruguay eso no puede hacerse.

¿Aceptamos entonces la tesis cubana de la OLAS?

Bueno —sonrió Fidel—. Si quieren hacer guerrillas las tienen muy cerca: ahí en Bolivia. Mira, la guerrilla, en toda América, es una sola: en todos lados siempre tiene el mismo objetivo. Cuando no existen condiciones en un país (y ahora se dirigía a los chilenos) hay que apoyar la lucha en los que las tienen.³²

Al final de la conferencia, esta excepción fue retirada del documento definitivo. Sin embargo, la charla condensa algunos de los problemas y contradicciones que la relación con la Revolución cubana tuvo para una serie de grupos conosureños a mediados de los sesenta. Si bien estos grupos reconocían el liderazgo de la Revolución cubana y apoyaban la línea de revolución continental que proponía, las características de los países del Cono Sur no se ajustaban a la estrategia del foco rural que se había definido como modelo a imitar tras la revolución. Como lo expresó un ayudante de Guevara: “Nosotros estábamos absolutamente convencidos de que habíamos descubierto un método infalible para liberar la gente”.³³ Sin embargo, los militantes del Cono Sur comprobaron en carne propia que ese método no era tan infalible y que no se adaptaba a las condiciones geográficas, políticas y sociales de los países de esa región de Latinoamérica. Las diferencias entre Cuba y los países del Cono Sur eran demasiado notorias para ser ignoradas. Uruguay y Chile tenían democracias relativamente estables en el contexto latinoamericano; la Argentina, aunque con una marcada inestabilidad política, presentaba importantes diferencias en relación con los niveles de autoritarismo de dictaduras caribeñas como la de Batista. Aunque Cuba parecía ir en una dirección similar a los países del sur, estos tenían mayores niveles de urbanización y desarrollo de los sectores medios.³⁴ Militantes chilenos, argentinos y uruguayos comenzaron a percibir que las geografías, las demografías y las estructuras socioeconómicas de sus países eran diferentes al caso cubano.

Sidney Tarrow refiere a momentos históricos en los que un nuevo repertorio de protesta interpela tradiciones establecidas en una comunidad específica.³⁵ Algo de esto ocurrió con la Revolución cubana. A través de un efecto demostrativo, Cuba generó un nuevo escenario regional que reclamaba la renovación de los métodos de protesta. Sin embargo, las formas concretas de esta renovación en el Cono Sur no habilitaban trasplantes automáticos de la experiencia cubana.

Esto llevó a que los grupos que se autoproclamaban como una nueva izquierda intentaran renovar su repertorio de protesta adaptando algunas ideas de la Revolución cubana a los discursos y las prácticas políticas radicales que se ensayaban desde fines de los cincuenta en sus respectivos países.

INTERPRETAR LA SIERRA MAESTRA DESDE EL CONO SUR

Como en su momento advirtió Guillermo O'Donnell, uno de los más sagaces analistas del fenómeno del nuevo autoritarismo, las crisis de los sesenta que culminaron en los golpes de Estado también tuvieron aspectos comunes entre los países conosureños. En todos ellos, los períodos previos estuvieron marcados por una activación de la movilización social de los sectores populares, vinculada a las fuertes pugnas redistributivas generadas en cada Estado nacional como resultado del impacto de la caída de los precios internacionales de las materias primas sobre el mantenimiento de los modelos de desarrollo hacia adentro y estatistas que desde la década de 1940 habían producido importantes niveles de crecimiento económico, desarrollo industrial y prosperidad para ciertos sectores populares urbanos.³⁶ Los Estados debieron enfrentar problemas fiscales y monetarios, que tendieron a solucionar a través de procesos inflacionarios. Debido a su importante papel en la economía y en las políticas monetarias, el Estado adquirió una centralidad importante como reasignador de recursos y se transformó en objeto de disputa de múltiples actores económicos y sociales.

Todo esto hizo que, a fines de los cincuenta, antes de que las olas de la Revolución cubana llegaran al sur del continente, los niveles de movilización social y la radicalización de la protesta anticiparan un período caliente. Entre marzo y abril de 1957, una serie de protestas recorrió Chile. Lo que surgió como una protesta de los estudiantes de Valparaíso contra los

aumentos en el transporte urbano se extendió en un movimiento de protesta antigubernamental que recorrió las principales ciudades chilenas. Tras la muerte de una estudiante, el movimiento adquirió un mayor nivel de radicalización y enfrentamiento con las fuerzas policiales. El 2 de abril, Santiago de Chile se vio sacudida por protestas masivas. El gobierno intentó reprimir, pero la policía debió retirarse del centro de la ciudad debido a las dimensiones que había alcanzado la manifestación popular. Al día siguiente se declaró el estado de guerra y el ejército comenzó a participar activamente en la represión. La normalidad volvió a adueñarse de las principales ciudades del país doce días más tarde. Sin embargo, los sucesos habían marcado un quiebre en una sociedad poco habituada a esos niveles de violencia popular y estatal. Según las cifras oficiales, hubo más de veinte muertos y centenares de heridos. Los acontecimientos de abril de 1957 fueron un anticipo de varios de los dilemas, desafíos y debates que la sociedad en general, y la izquierda en particular, habrían de enfrentar en las próximas décadas. En palabras del historiador Pedro Milos, la revuelta reveló una crisis que no solo era económica, sino también política y moral.³⁷

Un año después, en 1958, una intensa movilización de estudiantes secundarios y universitarios, pero también de sectores obreros, reclamó la aprobación de la Ley Orgánica para la Universidad de la República en Uruguay; ley que aseguraba la autonomía política de la universidad y un gobierno integrado por docentes, egresados y estudiantes.³⁸ La activa presencia en las calles de estudiantes, que en algunos casos se enfrentaron con la policía, marcó la entrada en escena de un nuevo actor con efectiva voluntad de participación política. Esta movilización demostró la potencialidad de la alianza entre estudiantes y sindicatos obreros, que además de apoyar la demanda estudiantil reclamaban una mejora en su nivel de vida debido a las consecuencias de la inflación sobre los salarios.

Más allá de las demandas concretas de la movilización, el movimiento estudiantil enmarcó su lucha en una perspectiva

más general de denuncia contra la “desequilibrada e injusta estructura socioeconómica” que afrontaba Uruguay. El panorama no podía ser peor, como lo reflejan estas palabras: “Por la corrupción política y administrativa y la ausencia de planes de gobierno que permite las improvisaciones provechosas de los gobernantes, se tendrá casi completo el esquema desolador de nuestra hora presente”.³⁹

Las dimensiones de la crisis también se expresaron en el ámbito electoral. En el campo político, la oposición supo capitalizar la sensación de descontento generalizado.⁴⁰ En 1958, por primera vez en casi cien años, el Partido Nacional acabó con el predominio electoral del Partido Colorado y el proyecto reformista del agotado neobatllismo cayó vencido. La protesta estudiantil y la derrota del Partido Colorado fueron la antesala de una nueva dinámica política y social marcada por el estancamiento, la crisis económica y la imposibilidad de los viejos liderazgos políticos para recuperar la prosperidad y el bienestar social de los cincuenta. En ese contexto, la ensayística y la literatura uruguayas comenzaron a hablar de la crisis moral y política de una élite incapaz de adaptarse a las nuevas circunstancias.⁴¹

1959 también fue un hito en la movilización sindical argentina. En 1958 el novel gobierno democrático de Arturo Frondizi, quien había logrado ganar las elecciones con un programa nacionalista y desarrollista apoyado por socialistas, comunistas y la mayoría de los sectores del peronismo proscrito, firmó un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional. Este acuerdo fue interpretado como una traición por buena parte de la generación de activistas e intelectuales que lo habían apoyado.⁴² Frondizi firmó un plan de estabilización que procuraba reducir el déficit fiscal, el gasto público y promover la inversión extranjera en diferentes áreas de la economía, incluso en algunas áreas estatales.

En ese contexto, en enero de 1959 el gobierno privatizó el frigorífico Lisandro de la Torre. La medida desató una movilización inédita. Seis mil trabajadores ocuparon la fábrica.

El gobierno envió mil quinientos policías acompañados de tanques de guerra que lograron desalojar a los trabajadores tras feroces enfrentamientos. En los días siguientes, un número importante de trabajadores adhirió a una huelga general. Durante el año se agregaron tres conflictos importantes a nivel nacional: los bancarios, los textiles y los metalúrgicos. La movilización sindical mostró el fortalecimiento de los sectores más radicales dentro del peronismo, así como el acercamiento de sectores de la izquierda (socialistas, trotskistas y comunistas) con el movimiento sindical mayoritariamente peronista. La respuesta del Estado fue una escalada de la represión que culminó con la ejecución del Plan Conmoción Interna del Estado (Conintes), que habilitó a las Fuerzas Armadas a participar en la represión de los conflictos sindicales.⁴³ Durante la aplicación de este plan fueron encarcelados alrededor de dos mil militantes políticos y sindicales.⁴⁴

Todos estos sucesos evidencian el surgimiento de movimientos sociales numerosos, con capacidad disruptiva, que respondían a los impactos sociales de las crisis de los modelos de la industria sustitutiva de importaciones sobre cada país. En todos los casos implicaron importantes niveles de autonomía con relación a los liderazgos políticos y afectaron las maneras en que las izquierdas —así como el peronismo, en el caso argentino— se vincularon con el mundo sindical y estudiantil en la década de 1960. Aunque con alcances diferentes, otro de los fenómenos evidenciados por estos acontecimientos fue el desarrollo de niveles de violencia callejera y fuertes respuestas represivas estatales que anticiparon parte de la conflictividad social de los sesenta. Todos estos eventos estuvieron relacionados con fracturas y conflictos internos en los partidos de izquierda por parte de sindicalistas y sectores juveniles que cuestionaban las estrategias políticas basadas en la lucha electoral.

En Chile, Clotario Blest —el líder de la Central Única de Trabajadores— desempeñó un rol clave al agrupar a los activistas desencantados con la izquierda tradicional. Esta corriente

de descontento culminó en 1965 con la creación del MIR, integrado por grupos de sindicalistas, sectores juveniles, miembros de grupos insatisfechos dentro de los partidos Comunista y Socialista, y grupos anarquistas y trotskistas. Procesos similares ocurrieron en la Argentina y Uruguay, como veremos en este capítulo. Estos militantes conosureños descontentos con los procesos políticos nacionales y las experiencias de sus izquierdas veían la experiencia cubana como un ejemplo, pero también reconocían la necesidad de distinguir cuáles aspectos podían incorporarse a la experiencia en el sur, y cuáles le eran por completo ajenos. Esto implicó un trabajo de interpretación de la experiencia cubana y de creación de nuevos repertorios, que se procesaron en debates entre diversos militantes de la región a mediados de los sesenta.⁴⁵

Desde antes del triunfo de la Revolución cubana, los rebeldes de la Sierra Maestra ya comenzaron a generar interés en el Cono Sur. La trayectoria del periodista uruguayo Carlos María Gutiérrez y del periodista argentino Jorge Ricardo Masetti es representativa de esos primeros encuentros.⁴⁶ En febrero de 1958 Carlos María Gutiérrez viajó a La Habana como corresponsal de *La Mañana*, uno de los diarios del Partido Colorado. Desde allí logró llegar a la Sierra Maestra, donde pasó unas semanas con los rebeldes, entabló una relación de cercanía con Ernesto Guevara y obtuvo la primera entrevista en español a Fidel Castro, que fue publicada en marzo de 1958 en *La Mañana* y luego circuló en diversos diarios latinoamericanos.⁴⁷ A su regreso se contactó con la familia Guevara en la Argentina y, a partir de ese momento, comenzó una activa relación con la revolución, que se expresó en su rol en el semanario *Marcha*, al frente de una nueva generación de periodistas con un planteo más radical que el de su director, Carlos Quijano. Su vínculo político con sectores de la nueva izquierda uruguaya y su participación en la agencia cubana *Prensa Latina* a fines de los sesenta son una clara muestra de radicalización.

Jorge Ricardo Masetti fue un periodista argentino que inició su militancia política en el nacionalismo católico conser-

vador, al que luego abandonó para dedicarse al periodismo, donde asumió posicionamientos críticos hacia el imperalismo estadounidense. Aunque de raigambre antiperonista, tuvo cierta cercanía con los sectores más radicales de la resistencia peronista tras la caída de Perón. En febrero de 1958,⁴⁸ consiguió un pequeño financiamiento de Radio El Mundo para viajar a La Habana y realizar una entrevista radial a los rebeldes y en particular a Guevara, quien despertaba mucho interés en la Argentina. Vivió dos meses en Cuba. Luego de un breve pasaje por Venezuela regresó a su país, donde en octubre de 1958 publicó *Los que luchan y los que lloran*,⁴⁹ una narración en primera persona donde contaba sus peripecias desde la llegada a La Habana, sus contactos con la oposición en las ciudades, su llegada a la Sierra Maestra, y sus entrevistas con el Che y Fidel, que fueron transmitidas por Radio Rebelde desde la sierra. En el último capítulo cuenta su partida y dice que se quedó con la extraña sensación de estar “desertando” para volver al mundo de los “que lloran”. Esa experiencia marcó para siempre las opciones políticas del periodista. A partir de 1959 fue el primer director de Prensa Latina, la agencia periodística de la revolución, y desde 1962 se transformó en el responsable del primer emprendimiento guerrillero en territorio argentino.

La experiencia de Gutiérrez y Masetti refleja la atención que algunos medios de comunicación conosureños brindaron a la Revolución cubana, como también la repercusión de esos acontecimientos en sectores que trascendían a la izquierda tradicional. La trayectoria de ambos es paradigmática de una nueva generación de periodistas que desde comienzos de los sesenta adoptará una postura cada vez más radical y un compromiso mayor con el proceso político latinoamericano, que en varios casos implicó la entrega a la causa revolucionaria.⁵⁰ Tras el triunfo de la revolución, políticos y periodistas chilenos, uruguayos y argentinos visitaron Cuba en muchas oportunidades.⁵¹ La revolución despertó simpatías en las izquierdas y en sectores del centro político vinculados

a los movimientos nacionales populares y reformistas de los cincuenta. Dentro del peronismo, como también en sectores progresistas de los partidos tradicionales uruguayos (colorado y nacional) y la democracia cristiana chilena, había sectores que miraban con simpatía a la Revolución cubana.

A estos testimonios de viajeros, se sumaron los primeros textos canónicos de la revolución. El principal cuerpo de ideas sistemático de la experiencia del ejército rebelde cubano fueron los trabajos de Ernesto Guevara. *La guerra de guerrillas* —publicado en Cuba por el Minfar y traducido a varios idiomas a partir de 1961— y el artículo “La guerra de guerrillas: ¿un método?”, de 1963, son representativos de los principales ejes que adoptó el planteo de Guevara en el período.⁵²

La guerra de guerrillas era un manual político-militar que ofrecía una teoría del rol que debía desempeñar la guerrilla en las luchas políticas latinoamericanas, una caracterización del guerrillero y, por último, una serie de detalles prácticos acerca de cómo mantener el frente guerrillero. Las “lecciones” que, según Guevara, podían extraerse de la experiencia cubana eran contundentes e influyeron sobre gran parte de los proyectos guerrilleros ensayados a posteriori:

1. las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército;
2. no siempre hay que esperar que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas;
3. en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.⁵³

A pesar del carácter general de sus lecciones, Guevara advertía que en los lugares donde “un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica”.⁵⁴

En 1963, en el artículo “La guerra de guerrillas: ¿un método?”, Guevara ya había modificado su opinión sobre los regímenes democráticos. A su entender, si estaban dirigidos por oligarquías habrían de transformarse, tarde o temprano, en regímenes represivos ante el ascenso de los sectores populares. Y las guerrillas debían estar preparadas para cuando llegara ese momento. Al final del texto, Guevara postulaba tres conclusiones que reafirmaban las ideas presentadas en su libro anterior:

1. la guerrilla rural es el mejor camino para construir un ejército rebelde;
2. los campesinos son una fuente central de la revolución;
3. la estrategia debe ser continental y coordinada entre los diferentes grupos guerrilleros de América Latina.

A diferencia del libro, el lenguaje del artículo era mucho más cercano al de la izquierda y recurría a múltiples referencias a Marx, Engels y Lenin.

A la par de estos trabajos, que tenían un sentido político estratégico, circuló otra literatura sobre la historia de los rebeldes en la Sierra Maestra. Además del libro de Masetti y diversos reportajes e informes, *Pasajes de la guerra revolucionaria* —libro donde Guevara cuenta, en tono coloquial y con una narrativa fresca, el proceso de construcción del ejército rebelde entre 1956 y 1958— fue leído masivamente como una suerte de “historia” de la revolución.⁵⁵

La relación entre los textos estratégicos y estos otros, periodísticos y testimoniales, era evidente. La teoría se comprobaba con la historia. Sin embargo, esta historia estaba limitada a la experiencia de la Sierra Maestra y descuidaba el análisis de los movimientos urbanos que habían sido fundamentales para el derrocamiento de Batista. La centralidad de los rebeldes de la sierra tuvo un sentido político en los conflic-

tos internos del bando de la revolución, que comenzaron a partir de 1959 y contribuyeron a legitimar el liderazgo de Fidel Castro. Paradójicamente, el resultado de un conflicto interno tuvo consecuencias sobre el continente. Ese relato poco balanceado sobre la experiencia cubana fue adoptado como regla general para el conjunto de los procesos revolucionarios latinoamericanos.⁵⁶

Esta literatura era leída con avidez por los militantes de los pequeños grupos en etapa de formación en el Cono Sur. Sin embargo, estos militantes no encontraron formas concretas de aplicar los planteos revolucionarios. Aunque existen testimonios de militantes que luego participaron en el MIR Chileno o el MLNT donde se habla de entrenamientos en zonas rurales e inicios de actividades similares a las del ejército rebelde cubano, estos intentos no prosperaron debido a las diferencias notorias entre estos territorios y Cuba. Ya sea por ausencia de un tipo de campesinado como el que aparece en los relatos de la Revolución cubana, o por ausencia de características geográficas similares a las de la isla, o por la constatación práctica de que existían sectores mayoritariamente urbanos que se mostraban más dispuestos al “combate” contra los gobiernos de turno que los sectores rurales donde se intentaba impulsar esas campañas.⁵⁷ En el caso argentino, el proceso fue algo diferente. Y esto podría considerarse un mero accidente histórico, ya que la nacionalidad de uno de los principales dirigentes de la Revolución cubana, el Che Guevara, adquirió en este caso una importancia central.

Si bien desde 1959 algunos grupos exiliados nicaragüenses y guatemaltecos habían utilizado Cuba como sede para conspirar contra sus respectivos gobiernos, a partir de 1962 esto se transformó en una política de Estado promovida por Guevara, quién creó una agencia secreta dentro del Ministerio de Interior llamada Departamento América, que integraba las tareas de inteligencia y de solidaridad con la lucha de los revolucionarios de América Latina y el Caribe. Esa agencia tenía como objetivo formar recursos humanos y otorgar re-

ursos materiales a las guerrillas latinoamericanas.⁵⁸ La idea era “exportar la revolución” a partir de la enseñanza de la experiencia cubana, que para Guevara había demostrado ser un método infalible. Piero Gleijeses señala que la revolución priorizó el entrenamiento sobre la incursión directa en otros países, que hubiera generado una situación mucho más comprometida en el ámbito latinoamericano.⁵⁹

En un principio, Cuba apoyó algunos movimientos revolucionarios que tenían ciertos elementos comunes con su experiencia. En Guatemala, Colombia, Venezuela y Perú la movilización política de grupos guerrilleros creados o reformulados a comienzos de los sesenta centró su accionar en el área rural. Y si bien los líderes provenían de sectores medios urbanos, no obstante apuntaban a construir su base social entre los sectores campesinos, tal como habían hecho los rebeldes de la Sierra Maestra. Aunque en lo político la situación de estos países era diversa, ya que existían desde regímenes democráticos con exclusiones políticas a dictaduras, la unicidad de esta primera ola de guerrillas —cuya última experiencia será la de Guevara en Bolivia en 1967— se centró en la opción por lo rural.⁶⁰

En 1962, en respuesta a la expulsión de Cuba de la OEA, Fidel Castro realizó la Segunda Declaración de La Habana, donde expresaba con claridad que la Revolución cubana se había transformado en un ejemplo y camino inevitable para los pueblos latinoamericanos. Esta radicalización de la política exterior de la revolución tuvo un profundo impacto entre la izquierda conosureña. Las campañas de solidaridad hacia la Revolución cubana suscitaban discusiones acerca de cómo interpretarla. Para algunos, era un caso único que debía ser respaldado contra la agresión estadounidense y podía ser imitado en algunos de sus programas de reformas; para otros, era un ejemplo a seguir, no solo por sus reformas sino por la modalidad de acceso al poder.

Entre los primeros, estaban quienes intentaron capitalizar las simpatías revolucionarias con una estrategia electoral que explicitó su adhesión a Cuba. Así fue como el socialis-

ta Alfredo Palacios, con un marcado discurso procubano, se transformó en senador por Buenos Aires al obtener la mayoría relativa con el 21,63% de los votos, o el Partido Comunista Uruguayo mejoró su capital electoral con la constitución del Frente de Izquierda de Liberación (Fidel) para las elecciones de 1962.⁶¹ En la otra posición, estaban aquellos que sostenían que el impacto de la Revolución cubana llevaba a repensar las estrategias políticas de las izquierdas. Así lo expresó el periodista Gutiérrez en *Marcha*, en vísperas de las elecciones de 1962, en el artículo "Electoralismo y Revolución". Allí decía que la experiencia cubana hacía pensar en la "transformación revolucionaria, que no significa aquí (como algunos mentecatos simulan entenderlo) el alzamiento en armas, sino la renuncia integral a las estructuras y los métodos del pasado".⁶² La revolución ponía en agenda el tema de los métodos de lucha política.

Como explicaba Gutiérrez, la Revolución cubana era una fuente de inspiración, aún incierta, para métodos radicales alternativos a la estrategia electoral que había primado en el seno de la izquierda. Sin embargo, la política de Cuba hacia el Cono Sur no respondía a esa línea de radicalización.

La participación de Guevara en el encuentro del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), llevado a cabo en Punta del Este, Uruguay, en agosto de 1961, mostró que la Revolución cubana tenía una mirada particular sobre la región. Luego de la conferencia de Punta del Este, Guevara participó en Montevideo en una contraconferencia —la "Conferencia Popular Antiimperialista"— junto con el senador socialista chileno Salvador Allende y el periodista argentino Gregorio Selser. El 17 de agosto, Guevara dio un discurso en la Universidad de la República. Tras reiterar varios asuntos sobre los cuales habían girado sus exposiciones en Punta del Este, mencionó las particularidades del caso uruguayo, ya que desde su punto de vista en Latinoamérica "no se da un país donde, como en el Uruguay, se permitan las manifestaciones de las ideas". Y afirmó que eso merecía ser defendido:

"Ustedes tienen algo que hay que cuidar, que es precisamente la posibilidad de expresar sus ideas; la posibilidad de avanzar por cauces democráticos hasta donde se pueda ir".⁶³

A la salida de la conferencia hubo un tiroteo que terminó con la muerte de un espectador, el profesor Arbelio Ramírez. Guevara supuso que las balas le estaban destinadas. El responsable material del asesinato jamás fue identificado, pero cabe suponer que el disparo provino de grupos de extrema derecha que, en connivencia con algunos miembros del gobierno, habían comenzado a adquirir protagonismo en 1961.⁶⁴ Algunos, dentro de la izquierda, leyeron la muerte de Arbelio Ramírez como el "primer disparo" del que habló Guevara. Después de la muerte de Ramírez, *Marcha* tituló con un explícito: "Así empezó el fascismo". Paradójicamente, la presencia de Guevara obró en contra de lo que intentaba defender.

La presencia de Guevara también tuvo impacto en la otra orilla. El gobierno argentino estaba interesado en hablar con él para ofrecerse como mediador entre Cuba y los Estados Unidos. Además, durante la conferencia el delegado argentino había expresado ciertos acuerdos con la delegación cubana sobre temáticas vinculadas al desarrollo nacional. Ambos asuntos hicieron que el presidente Arturo Frondizi invitara a Guevara a visitar la Argentina en secreto. El 19 de agosto Frondizi se reunió con Ernesto Guevara en la quinta presidencial de Olivos.⁶⁵ Cuando se conoció su visita, las reacciones de los sectores conservadores y las Fuerzas Armadas no se hicieron esperar. En las semanas siguientes, una serie de reuniones entre Frondizi y los militares marcó el malestar de estos últimos y agregó otro foco de presión, que culminó con el derrocamiento del presidente argentino en agosto de 1962. Luego Guevara viajó a Brasilia, donde el presidente Jânio Quadros lo condecoró con la orden honorífica de la Cruz del Sur. El gesto de Quadros pretendía explicitar su "política independiente" en materia de relaciones internacionales y, en una línea similar a la de Frondizi, mantener a Cuba dentro del sistema interamericano. El otorgamiento de esa orden

alarmó a los militares y los sectores conservadores, que amenazaron con un golpe de Estado. La renuncia de Quadros y la designación por el congreso de João Goulart como nuevo presidente impidieron que el golpe tomara curso.⁶⁶

Las fuertes reacciones de los sectores conservadores ante la presencia de Guevara en Montevideo, Buenos Aires y Brasilia son una muestra de las dificultades de las democracias liberales conosureñas para enfrentar el clima de polarización impuesto por la Guerra Fría latinoamericana, ahora recalentada por la experiencia cubana. El tono moderado de Guevara en Montevideo parecía interpelado por las trabas y las consecuencias políticas que su visita generó en cada uno de estos países. Dichas reacciones parecían fortalecer las posturas más radicales de aquellos grupos de la nueva izquierda que advertían las limitaciones del camino electoral y tal vez de los propios cubanos respecto de la región.

Sin embargo, para pensar la relación de la Revolución cubana con el Cono Sur y la dimensión de Ernesto Guevara como su representante, debemos incorporar otro aspecto fundamental: su origen argentino. Tras el triunfo de la revolución, Guevara —cuya figura había crecido inmensamente en el país— mostró especial interés en impulsar un foco rural revolucionario en la Argentina,⁶⁷ para lo cual comenzó a aproximarse a sectores de la incipiente nueva izquierda y la resistencia peronista. Aunque sus contactos con la vida política argentina fueron escasos, las noticias sobre el rol que había desempeñado en la revolución le granjearon la simpatía de sus conciudadanos, sobre todo en los sectores de la nueva izquierda en formación. A modo de ejemplo, en octubre de 1960 un conjunto de militantes socialistas y comunistas participaron en un importante emprendimiento periodístico llamado *Che*.

En 1962, alrededor de cuatrocientos argentinos vivían en Cuba. Un contingente importante realizaba tareas de apoyo a la revolución en diferentes áreas del Estado (obras públicas, educación, salud, etc.), otros visitaban el país para conocer la

experiencia revolucionaria, y un grupo minoritario de militantes socialistas, trotskistas y peronistas vinculados a las movilizaciones sociales de 1959 llegó en 1961 gracias a la relación política y de amistad que el peronista John William Cooke, delegado político de Perón en la Argentina entre 1955 y 1959, había entablado con el Che para preparar una posible incursión revolucionaria en territorio argentino.⁶⁸

Manuel Gaggero, militante de la Juventud Peronista, es uno de los pocos sobrevivientes del grupo que en 1961 participó en un entrenamiento militar con el objetivo de iniciar una estrategia revolucionaria en la Argentina.⁶⁹ Por iniciativa de Guevara, Alicia Eguren, la esposa de Cooke, se había instalado en Montevideo y desde allí organizó el viaje a Cuba de militantes argentinos de un sector del Partido Socialista encabezado por Elías Seman, una fracción de Palabra Obrera dirigida por Ángel Bengochea que se había separado del grupo trotskista dirigido por Nahuel Moreno, un grupo de militantes peronistas vinculados a un intento armado en 1959 y otros militantes peronistas de diversas procedencias. La idea era entrenar un núcleo revolucionario en Cuba, para que luego retornara a la Argentina.

En el campamento de los argentinos, Guevara, fiel a su conocida estrategia, propuso impulsar un foco armado en los montes del norte del país (Salta o Tucumán). También reclamó a los militantes la conformación de un comando unificado en el bando revolucionario, lo cual implicaba abandonar sus identidades partidarias.

Bengochea —un importante líder sindical de origen trotskista vinculado a varios sindicatos de la zona frigorífica de Berisso que, durante los conflictos ocurridos bajo el gobierno de Frondizi, se había acercado a los sectores más radicalizados del peronismo— planteó un esquema alternativo al de Guevara. Propuso que las ciudades fueran el escenario principal de la lucha armada. En términos militares, Bengochea reforzó su tesis con diversas experiencias de la resistencia partisana urbana en la Europa de la Segunda Guerra Mundial.⁷⁰

Además de este debate, surgió una fuerte discrepancia entre los diferentes grupos acerca de la preparación del proceso revolucionario. Mientras algunos aceptaban la formación militar que ofrecía Cuba, otros reclamaban una discusión más política sobre el carácter que la revolución podría adquirir en la Argentina. A los conflictos dentro de la izquierda, en particular las diferencias entre socialistas y trotskistas, se sumaron las opiniones divergentes sobre el rol del movimiento peronista. Los desacuerdos eran tan grandes que los cubanos disolvieron el proyecto a fines de 1961 y dejaron en libertad a los militantes que habían participado en la experiencia.⁷¹

A pesar de este fracaso, Guevara no cejó en sus ideas. El recién creado Instituto Cubano Argentino decidió realizar un asado con los argentinos que se encontraban en Cuba en 1962 y el Che fue invitado a participar como orador. Al principio se mostró reticente porque sabía que su posición generaba resistencias en el Partido Comunista Argentino y también en ciertos sectores cubanos. Sin embargo, aceptó el desafío y pronunció un discurso centrado en dos aspectos a su entender fundamentales: la estrategia continental requerida para asegurar la supervivencia de la Revolución cubana y el carácter militar de la revolución.⁷² Por último, convocó a los militantes a abandonar las identidades políticas (comunistas, socialistas, peronistas) que dificultaban la formación de un movimiento revolucionario en la Argentina y a unirse en la lucha contra el imperialismo. Su discurso no concitó la adhesión de los militantes comunistas argentinos en Cuba, quienes lo denunciaron a otras autoridades cubanas. Según Amalio Rey, presente en el evento, los militantes compartían el énfasis de Guevara en la insurrección armada pero discrepaban con el desarrollo de un foco rural, ya que los partidarios de la lucha armada estaban más a favor de la lucha urbana.⁷³

En ese momento Guevara estaba abocado a organizar un nuevo agrupamiento de argentinos, que funcionó bajo su estricta supervisión con el objetivo de iniciar una guerrilla rural en el norte del país. Alberto Granado, médico amigo del Che

que fue su compañero en el viaje por el continente narrado en *Diarios de motocicleta*, fue el responsable de reclutar a los militantes. El grupo inicial, integrado por cinco argentinos y un cubano, recibió instrucción militar en Cuba y Argelia. Su máximo dirigente fue Jorge Ricardo Masetti, periodista que luego del triunfo de la revolución volvió a Cuba y fue director de la agencia *Prensa Latina*. Masetti se hacía llamar comandante "segundo", para dar a entender que el primero llegaría después. Tras su paso por Cuba y Argelia, los guerrilleros del flamante Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) viajaron a Bolivia, donde recibieron apoyo de la Federación de Jóvenes Comunistas. Y a mediados de 1963 se instalaron en una zona de bosques y montes con escasa densidad poblacional en Salta, al norte argentino. Desde allí establecieron contactos con Córdoba, donde los militantes de la juventud comunista mostraron interés en unirse a la guerrilla. Según Gabriel Rot, el principal sostén del EGP en la Argentina fue un grupo de estudiantes universitarios cordobeses, en su mayoría excomunistas, que editaba la revista *Cuadernos de Pasado y Presente*, dirigida por José Aricó —un militante comunista que había participado en varios emprendimientos editoriales del partido y del que fue expulsado por la fundación de esta nueva revista—. ⁷⁴ Con la incorporación de militantes de otras fracciones de la juventud comunista y de la Universidad de Buenos Aires, llegaron a sumar unas veinte personas. La región escogida para instalar los campamentos tenía muy pocos pobladores, por lo que el contacto fue muy limitado. La gendarmería nacional encontró el primer campamento en marzo de 1964 y en menos de un mes la organización fue desmantelada. Masetti desapareció, dos militantes —uno de ellos cubano— fueron asesinados y la mayoría cayó presa.⁷⁵ Asimismo, otra iniciativa armada vinculada al proyecto del EGP se desarticuló antes de comenzar. En julio de 1964, una explosión en un departamento de Buenos Aires mientras se preparaban explosivos produjo la muerte de cuatro militantes de la incipiente organización armada liderada por Bengochea: las

Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN). En el lugar se guardaba gran parte del armamento que se utilizaría en una incursión armada en Tucumán, provincia donde Bengochea creía factible articular la tensión entre lo rural y lo urbano a través del trabajo político con trabajadores rurales de la industria azucarera. El grupo tenía contactos con el EGP. La explosión canceló el primer ciclo de organizaciones guerrilleras en la Argentina.⁷⁶

Aunque la experiencia del EGP demostró las limitaciones del trasplante mecánico de la estrategia guevarista a contextos diferentes de la realidad cubana, los cubanos continuaron promoviéndola en toda Latinoamérica. Su nuevo portavoz fue un estudiante de filosofía francés, que se transformó en el principal intelectual de la revolución a fines de los sesenta. En enero de 1965, en la revista sartreana *Les Temps Modernes*, Régis Debray publicó "El castrismo. La gran marcha de América Latina", donde recogía su experiencia reciente en Latinoamérica y cuya divulgación tendría para él una consecuencia importante. Guevara lo leyó en Argelia y se lo tradujo a Fidel Castro. Fidel decidió invitar "a ese fidelista desconocido en el batallón, que parece que describe como buen conocedor los callejones sin salida de la guerrilla urbana y las ventajas de la rural".⁷⁷ Le envió un telegrama que cambió para siempre su vida y lo llevó a adquirir un vertiginoso protagonismo político en asuntos relativos a América Latina en las décadas siguientes.⁷⁸

Debray dio una respuesta positiva al telegrama de Fidel, y poco después llegó a La Habana para asumir un rol muy particular. Este joven, que en 1960 se había inscripto como estudiante de filosofía en la École Normale Supérieure bajo la tutoría de Louis Althusser, había pasado un semestre en Cuba en 1961 y viajado por Latinoamérica entre 1963 y 1964. Tras ganar su "agrégation" en Francia (el título de profesor que habilita a ejercer la docencia), asume una nueva responsabilidad en América Latina en 1965. En sus propias palabras: "La academia de París me creía profesor de Filosofía en la

Universidad de La Habana y yo andaba a salto de mata en la provincia de Pinar del Río, como cursillista de un servicio de 'acción'".⁷⁹

Los cubanos apoyaron la difusión del ensayo de Debray. La primera edición en español de "El castrismo" se publicó en *Cuadernos de Pasado y Presente*, aquella revista argentina que pertenecía al grupo de estudiantes e intelectuales cordobeses liderado por José Aricó y que tenía contactos con la guerrilla de Masetti. Fue a través de ese contacto que recibieron dinero de Cuba para publicar el n° 7-8, hasta entonces inédito por dificultades económicas.⁸⁰ La publicación del artículo generó debates dentro del grupo de *Pasado y Presente*. Mientras algunos se mostraban afines a su publicación, otros se oponían pero, en última instancia, cedieron para obtener el financiamiento cubano.⁸¹ Más tarde fue publicado íntegramente en *Cuadernos de Marcha* y fragmentado en *Punto Final*.⁸²

En "El castrismo", Debray reflexiona acerca de la innovación que implicó la experiencia cubana respecto de las maneras en que los sectores populares concebían hasta entonces la lucha política en América Latina: el "putschismo revolucionario", que actuaba con prescindencia de las masas, y la "acción de masas pura", que se dejaba llevar por estas. Para Debray, Lenin había respondido a ese dilema con la organización de un partido de "revolucionarios profesionales", cuya versión latinoamericana eran los rebeldes de la Sierra Maestra y los principios que Guevara había planteado en la guerra de guerrillas. La idea rectora era que, en la América Latina subdesarrollada, la guerra de guerrillas debía iniciarse en el campo para luego llegar a la ciudad. Desde esa perspectiva, los campesinos desempeñaban un papel central en el desarrollo del foco militar y las universidades eran el principal "ejército de reserva" de ese foco rural en las ciudades. En suma, aunque de una manera más elaborada y reconociendo la diversidad y complejidad histórica de las diferentes regiones de América Latina, Debray reiteraba y reafirmaba los principios de Guevara acerca del foco rural como motor de la revolución.

Su segundo ensayo —“¿Revolución en la revolución?”—, publicado en enero de 1967 en el n° 1 de los *Cuadernos de la Revista Casa de las Américas*— alcanzó una mayor repercusión en América Latina y el resto del mundo.⁸³ No contenía innovaciones de peso en relación con “El castrismo”, pero se presentaba como un trabajo de sistematización teórica de la experiencia cubana realizado a partir del acceso a diversas fuentes inéditas sobre la revolución.⁸⁴ La primera sección del texto, “Liberar el presente del pasado”, advertía sobre los riesgos de la transposición mecánica de la experiencia cubana a otros países. Basado en la idea de que los revolucionarios muchas veces quedaban atrapados en modelos de revoluciones anteriores, Debray señalaba la necesidad de no incurrir en ese error. Sin embargo, se centraba en la experiencia cubana como ejemplo de verdad y enfatizaba la importancia radical de la estrategia de los revolucionarios cubanos para pensar la revolución latinoamericana: “Una nueva concepción de la guerra de guerrillas ve la luz”.⁸⁵

Mas allá de su retórica académica, el artículo estaba más alineado con los posicionamientos de la Revolución cubana en relación con otras corrientes de la izquierda latinoamericana que “El castrismo”. La crítica a estrategias militares como la autodefensa armada y a ciertas formas de propaganda armada conllevaba un cuestionamiento tácito a otros actores políticos de izquierda (trotskismo, maoísmo, comunismo), que disputaban la influencia de Cuba en la izquierda latinoamericana. Al criticar lo que llamaba la línea de autodefensa y las estrategias insurreccionales, Debray cuestionaba la propuesta comunista ensayada en Colombia y los planteos trotskistas impulsados por diversos grupos guerrilleros como el MR 13 en Guatemala y el MIR de Hugo Blanco en Perú. En sus palabras:

Trotskismo y reformismo se dan la mano para condenar la guerra de guerrillas, frenarla o sabotearla. No es mero azar que esos dos movimientos hayan tomado a la Revolución cubana como blanco de sus

ataques en todas partes, en la América Latina como en el resto del mundo.⁸⁶

Por lo demás, reitera en una forma más explícita algunas propuestas incluidas en “El castrismo” sobre la centralidad de la guerrilla rural, la subordinación de la dirección política a la dirección guerrillera, las diferentes etapas de construcción de la guerrilla rural y los riesgos de destruir esa acumulación a través de estrategias insurreccionalistas o anticipadas formas de propaganda armada y la constitución de la vanguardia política a partir del foco rural.

Los países del Cono Sur son los menos mencionados en el texto. Uruguay aparece como un contraejemplo, un país donde “no hay condiciones inmediatas de lucha armada”, aunque “existe un movimiento fuerte y combativo de masas”.⁸⁷ Chile está mencionado como un caso en el que no existía una situación revolucionaria. Argentina brilla por su ausencia. Brasil era, según Debray, el único país de la región donde la lucha armada estaba “a la orden del día”.⁸⁸

“¿Revolución en la revolución?” fue ampliamente difundido por el gobierno cubano. Pero su publicación debe entenderse en un contexto más general de la política exterior de la Revolución cubana. Debray conocía los preparativos de Guevara en Bolivia y otros países de América del Sur y sabía que la OLAS marcaba el comienzo de una coordinación revolucionaria a nivel regional de grandes proporciones que impulsaría los planes de Bolivia.⁸⁹

En este sentido, la publicación de “¿Revolución en la revolución?” y su repercusión inmediata no puede leerse como un mérito individual del autor, sino como el resultado de una política institucional de la revolución, que recurrió a todas las redes de solidaridad para difundirlo. Al extremo de que se transformó en una suerte de *bestseller* global en el mismo año en salió a la luz. Fue traducido a ocho idiomas y publicado por prestigiosas editoriales en los Estados Unidos y Europa y tuvo múltiples ediciones en América Latina. En Chile fue

publicado como documento de *Punto Final* y varias casas editoriales lo publicaron en Uruguay.⁹⁰

La enorme popularidad de Debray se debió a que, junto con la divulgación de sus textos, fue arrestado en 1967 por participar en la campaña del Che en Bolivia. Y se incrementó a nivel internacional debido a las campañas de solidaridad (De Gaulle, Graham Greene) por la defensa de su vida y su liberación.⁹¹

Alcanzó tal nivel que, en mayo de 1968, un artículo en *The New York Times* ubicó al joven de 27 años entre los "Siete héroes de la nueva izquierda", junto con Noam Chomsky, Albert Camus, Frantz Fanon, Paul Goodman, Herbert Marcuse y Ernesto Guevara.⁹² En solo tres años, Debray desarrolló una vertiginosa carrera como intelectual público. De ignoto profesor de filosofía en Francia, devino en un modelo de intelectual que, para algunos, integraba la acción política con la reflexión teórica, encarnaba la síntesis entre el pensamiento europeo y la acción política latinoamericana —una de las regiones más agitadas del mundo— y sentaba las bases de una estrategia revolucionaria supuestamente exitosa.⁹³

De todos modos, la vertiginosa carrera de Debray parecía estar más relacionada con su papel de intelectual orgánico de la revolución que con la solidez de sus planteos teóricos. Como expresara un intelectual uruguayo por esos días: "No es un Sartre, un consagrado que viene a consagrar a los cubanos, sino un francés que se consagra por la consagración cubana".⁹⁴

Más allá de su repercusión inicial, el escrito de Debray suscitó un importante número de críticas. El hecho de que la reflexión teórica política sobre la Revolución cubana pasara de Guevara a Debray habilitó una mayor distancia crítica en sectores de la izquierda. El halo de respeto cuasi sagrado que rodeaba a la figura del Che no podía trasplantarse a Debray.

Tres meses después de publicado "¿Revolución en la revolución?", Louis Althusser —otro profesor de Debray— le escribió una carta en la que, con tono cordial, expresaba sus

dudas sobre los argumentos allí planteados. Althusser señalaba que el texto era eficaz como demostración negativa de los métodos que Debray criticaba. Sin embargo, su principal falencia radicaba en la demostración positiva de que la guerra de guerrillas ensayada en Cuba era el método idóneo para aplicar en toda América Latina. Althusser cuestionaba la exagerada contraposición entre campo y ciudad, así como el hecho de que Debray se hubiera visto "casi tentado, si mi memoria es exacta, de hacer pasar la frontera de clase entre la montaña y la ciudad" planteando una suerte de conceptualización ahistórica y determinista en el nivel geográfico de la relación campo-ciudad.⁹⁵

Varios partidos comunistas latinoamericanos, así como trotskistas y maoístas, encontraron en las tesis de Debray una inmejorable oportunidad para criticar la política exterior de la Revolución cubana.⁹⁶ Y aunque en la nueva izquierda consoseña pocos se animaron a cuestionar públicamente el ensayo, en diversos documentos internos aparecieron críticas a sus planteos.⁹⁷ En alguna medida, la distancia obvia entre las figuras de Guevara y Debray, junto con el fracaso de la guerrilla rural del EGP, habilitó una reflexión más abierta sobre las formas concretas que podía adquirir la lucha armada en el Cono Sur. Como consecuencia de los exilios regionales, Montevideo se convertiría en un escenario privilegiado de esa discusión.

MONTEVIDEO: "UN LUGAR PROPICIO PARA LA CONSPIRACIÓN", 1962-1968

La larga tradición de asilo y el respeto por las libertades individuales, que se mantuvo hasta 1968, hicieron de Uruguay un centro de confluencia para los argentinos, brasileños y paraguayos perseguidos por sus respectivos gobiernos. Flávio Tavares, un exilado brasileño, pensaba que Montevideo era un lugar "propicio para a conspiração", al que describe como:

libertad absoluta, partidos de todos los matices y todos legalizados (hasta trotskistas y anarquistas, estigmatizados en el resto del mundo), allá tenían sede, banderas, diarios y congéneres. Y además de eso, muchos libros y revistas contando la utopía de la revolución. Todo a la muestra de aquellas centenas de exiliados brasileños que llenaban los cafés de la avenida 18 de Julio, de la calle San José o de Pocitos y soñaban con la vuelta.⁹⁸

O, en palabras de un agente de la CIA, una “atmósfera política extremadamente permisiva” que, entre otras cosas, permitió una intensa intervención de la embajada de Cuba en la política local y con los exiliados de la región.⁹⁹

Ese clima de activa sociabilidad política en los bares y cafés del centro de la ciudad y de divulgación a través de múltiples librerías, editoriales y publicaciones —como el semanario *Marcha* y el diario *Época*, que albergaron en sus columnas a intelectuales que no podían publicar en sus propios países— ayudó a construir una comunidad de intercambios políticos que habilitó diversas reflexiones sobre los procesos regionales.

Más allá de la mirada positiva que Uruguay suscitaba entre los exiliados, el país no pasaba por su mejor momento. Al promediar los años cincuenta, Uruguay había alcanzado un importante nivel de prosperidad social en el contexto latinoamericano. Pero ese período de optimismo extremo —expresado en el concepto “como el Uruguay no hay”—, marcado por el crecimiento económico, el Estado benefactor, las leyes laborales y sociales de avanzada y una democracia estable, comenzaba a manifestar las primeras señales de crisis. Desde mediados de la década, el país debió afrontar un estancamiento y luego una crisis económica estructural que se prolongaría durante veinte años. La debacle económica fue el emergente de una crisis más estructural, relacionada con el fin del Estado benefactor ensayado por el batllismo y el neobatllismo. Esta deca-

dencia tendría luego variadas lecturas, en las que “la crisis” adquirió múltiples dimensiones (políticas, morales, sociales).¹⁰⁰

En 1960 Mario Benedetti, un intelectual que poco después haría explícito su compromiso con la lucha armada, escribió *El país de la cola de paja*, un texto que reflejaba el estado de ánimo de ciertos sectores hacia esta decadencia.¹⁰¹ En este ensayo costumbrista, sin pretensiones ideológicas, Benedetti describía, a través de diversas experiencias y personajes estereotípicos (el empleado público, el político, el burócrata, el intelectual, el esnob, el pituco, etc.), “la crisis moral” que afectaba al colectivo nacional.

Para Benedetti, “el Uruguay es un país de oficinistas. No importa que haya también algunos mozos de café, algunos peones de estancia, algunos changadores del puerto, algunos tímidos contrabandistas. Lo que verdaderamente importa es el estilo mental del uruguayo, y ese estilo es de oficinista”.¹⁰² A partir de esta caracterización, asociada a una sensibilidad de clase media, Benedetti hacía una crítica moral a ese oficinista que metonímicamente representaba al uruguayo promedio. Entre los rasgos criticados se destacaban la cobardía, la mirada altanera y pedante, una ironía cercana al cinismo, la corrupción y el desinterés por lo público, y una actitud generalizada de desprecio hacia lo latinoamericano.

El libro fue denostado a derecha e izquierda. A derecha, porque asociaba gran parte de la crisis moral con la decadencia y la corrupción de la clase política. En los círculos de izquierda molestó su énfasis en la moral y su descuido de las cuestiones económicas. Sin embargo, fue uno de los principales *bestsellers* de comienzos de los sesenta en Uruguay. El tono simple, llano y despolitizado aseguró su llegada al ciudadano medio, que se reconocía en la sensación de crisis moral que expresaba. *El país de la cola de paja* llegó a tener ocho reediciones y, en 1973, se calculó que había vendido cincuenta mil ejemplares.¹⁰³

A partir de la cuarta edición, Benedetti incorporó una “Posdata 1963” para responder a las críticas e integrar su-

cesos más recientes, entre ellos los magros resultados de la izquierda en las elecciones de 1962. En la "Posdata" se percibe un mayor compromiso político del autor y cierto interés en resolver la crisis moral a través de la actuación política, más específicamente a través de la revolución. Benedetti se pregunta por la viabilidad de la revolución en Uruguay y ofrece respuestas ambiguas. Luego de concluir que la vía pacífica y legalista no es viable, reconoce que pensar en una revolución "en este país y en este momento" también sería inviable ya que el "actual hombre disponible de este país es evidentemente moderado, indiferente a la política, contrario a la violencia, escasamente solidario, supersticioso de la palabra libertad".¹⁰⁴

Más adelante sugiere que existe una posibilidad para la izquierda: "Es la de formular nuevos elementos de propaganda, la de crear verdaderamente un nuevo lenguaje propagandístico". Menciona los casos del secuestro del argentino Juan Manuel Fangio en la Cuba prerrevolucionaria y de los cuadros prestados por el Museo del Louvre que integraban una exposición en Caracas sustraídos por jóvenes revolucionarios en esa ciudad, y propone el camino hacia una

propaganda creadora, no convencional [...] un tipo de propaganda más o menos encadenada, vivaz y sorpresiva, que mantuviera al público a la espera de una novedad, que provocara en él una constante expectativa. [...] En este sentido, creo que el humorismo juega un papel preponderante. Estoy convencido de que algunas caricaturas de Peloduro fueron más eficaces, certeras y recordadas que varios de los discursos pronunciados en los actos políticos de izquierda.¹⁰⁵

Como veremos en las próximas páginas, este énfasis en lo moral y en la necesidad de renovar el lenguaje y las prácticas políticas de la izquierda serán aspectos centrales en la constitución del MLNT en los años venideros.

Más allá de los aspectos subjetivos relacionados con la decadencia moral y burocratización del modelo benefactor del batllismo, el estancamiento y la crisis tuvieron un efecto muy concreto: el aumento descontrolado de la inflación, que a mediados de los sesenta alcanzó el 60% anual.¹⁰⁶ El Partido Colorado y el Partido Nacional, que se sucedieron en el gobierno, no pudieron contenerla. La inflación causó un fuerte impacto sobre la distribución del ingreso y perjudicó a los sectores asalariados. Esto promovió el crecimiento de la movilización sindical en reclamo por ajustes que amortiguaran la caída del salario real.

El descontento no pudo ser capitalizado electoralmente por la izquierda, cuya suma de votos nunca llegó a superar el 7% del electorado durante los sesenta. La primacía del Partido Nacional y el Partido Colorado parecía indisputable. El primero había llegado al gobierno en 1958 luego de estar casi un siglo en la oposición, y en 1967 el Partido Colorado volvió a ganar las elecciones. Aunque la primacía de los partidos tradicionales se mantuvo, la izquierda comenzó a capitalizar el descontento social a través de una fuerte presencia en los sindicatos de trabajadores y estudiantes.

La respuesta del Estado al crecimiento de la movilización social frente a la crisis fue incrementar la represión y el control policial. Aunque la mayoría de los estudios han enfatizado el aumento de la represión estatal a partir de 1967, una serie de análisis recientes ha mostrado que gran parte de las prácticas autoritarias que se afincan en el Estado a partir de 1968, durante el gobierno de Pacheco Areco, ya figuraban en el repertorio de prácticas represivas estatales impulsadas desde comienzos de la década.¹⁰⁷ Entre 1960 y 1963, ciertos sectores del gobierno del Partido Nacional, así como de la oposición colorada, emprendieron una campaña anticomunista enfocada en la amenaza que representaba la Revolución cubana. Esa campaña procuró sin éxito la proscripción del Partido Comunista, la reglamentación de la actividad sindical y la ruptura de relaciones con la Unión Soviética y Cuba. Entre 1962

y 1963, grupos de extrema derecha perpetraron una oleada de atentados contra militantes políticos y sociales, exiliados y judíos. En 1963 y 1965, se decretaron medidas de seguridad que suspendían los derechos individuales con el objetivo de reprimir las huelgas sindicales en el sector público, habilitar el encarcelamiento de cientos de activistas sindicales y, en algunos casos, el desarrollo de prácticas de tortura sistemática hasta entonces inéditas en el contexto uruguayo.¹⁰⁸

El golpe de los militares brasileños en marzo de 1964 agregó un componente regional al incremento autoritario, que ya era alentado por los sectores conservadores uruguayos. La prensa denunciaba las múltiples presiones e intromisiones del gobierno militar brasileño con relación al tratamiento y control que debía darse a los exiliados de ese país residentes en Uruguay.¹⁰⁹ Además, entre 1964 y 1965 se denunciaron dos conspiraciones impulsadas por sectores civiles y militares que buscarían un golpe de Estado en Uruguay. Preocupados por la pasividad del gobierno frente al “accionar comunista”, estos sectores tomaban a Brasil como modelo.¹¹⁰

En septiembre de 1965 comenzaron a surgir presiones del otro lado del río. El influyente general argentino Juan Carlos Onganía, quien ese mismo año había pronunciado un discurso en West Point en el que proponía sustituir las fronteras nacionales por las fronteras ideológicas, en una entrevista con el general brasileño Costa e Silva sugirió la firma de un pacto militar entre ambos países para frenar la subversión en América Latina. Para ambos militares, Uruguay era la principal amenaza debido a la fuerte presencia de exiliados y la inestabilidad política.¹¹¹ Nueve meses después, Onganía instauró una nueva dictadura militar en la Argentina.

Una de las respuestas a la crisis fue la politización del movimiento sindical. En enero de 1963, el dirigente Héctor Rodríguez escribía en *Marcha* que el sindicalismo ofrecía dos alternativas ante la crisis. Por un lado, estaban aquellos que, equivocadamente para él, sostenían un reclamo economicista sin involucrarse en cuestiones políticas: “Los patrones y el

gobierno que hagan lo que quieran; pero que nos den lo que pedimos”. Por el contrario, Rodríguez opinaba que los trabajadores no podían ignorar la crisis ni sus causas y debían proponer sus propias soluciones y “agrupar las fuerzas necesarias para realizar esas soluciones”.¹¹²

El crecimiento del movimiento sindical se expresó a través de una variedad de actores, una muestra clara de la diversidad de los afectados por la crisis. Por un lado, aumentó la movilización de los sectores del comercio, la industria y el Estado que, como consecuencia del proceso inflacionario, sufrieron un brusco deterioro en su nivel de vida. Por otro, estaban los sectores de trabajadores que no habían sido beneficiados por la prosperidad del neobatllismo y que comenzaban a reclamar esos beneficios. En otras palabras: los que llegaban tarde a la modernización.

El caso más paradigmático de este tipo de sindicatos fue la Unión de Trabajadores del Azúcar de Artigas. Las marchas de ese sindicato rural desde el lejano norte para denunciar las duras condiciones de trabajo actuaron como un ariete social. Revelaron un “Uruguay desconocido” que poco tenía que ver con el carácter excepcional del país en el contexto latinoamericano. Denunciaron la ausencia de derechos laborales y el maltrato policial, que incluía la tortura de dirigentes sindicales rurales. Lo novedoso de esta movilización era su relación con métodos de lucha radicales, como la ocupación de tierras y el reclamo de “tierra para quien la trabaja”.¹¹³ No es casual que las movilizaciones de los cañeros hayan recibido una atención muy especial por parte de una serie de intelectuales vinculados a la sensibilidad de la nueva izquierda. Eduardo Galeano, Mario Benedetti, Alfredo Errandonea, Julio Castro, Carlos María Gutiérrez, Mario Rosencoff y María Esther Gilio, entre otros, escribieron informes sobre los cañeros para mostrar que esa experiencia revelaba un Uruguay no tan excepcional y mucho más cercano a las tragedias latinoamericanas.¹¹⁴

Es en este contexto que un grupo de militantes de diferentes orígenes políticos (anarquistas, socialistas, excomunistas

e independientes), disconformes con la izquierda tradicional, comienzan a reunirse en el “coordinador”. Ese espacio, que existió entre 1963 y 1965, fue el germen del MLNT.¹¹⁵ Casi no se conservan documentos escritos del período y no hay consenso en los testimonios sobre los objetivos iniciales de su creación. Estos testimonios oscilan entre la versión de que surgió como una herramienta de autodefensa del movimiento sindical y de la izquierda legal ante el incremento de la represión estatal y los ataques de la extrema derecha, y la versión de que, desde un comienzo, existió una voluntad explícita de crear una organización revolucionaria que emulara a Cuba. Como todo relato oral, están mediados por la valoración de cada individuo sobre lo que ocurrió después, pero también por la heterogeneidad inicial de los miembros del grupo.¹¹⁶

Entre 1963 y 1965, el “coordinador” robó alimentos para distribuirlos en zonas populares, colocó explosivos de bajo alcance en instituciones estadounidenses y gubernamentales y sustrajo armamentos. Aunque estas actividades parecen confirmar el testimonio de quienes planteaban la creación de una organización revolucionaria desde el comienzo, también es cierto que el pertrechamiento de armas puede inscribirse en la estrategia defensiva que sugerían otros. Desde esta perspectiva, frente al incremento de las respuestas autoritarias en la región, el “coordinador” debía desarrollar tareas clandestinas para prepararse para una situación cada vez más adversa. Así lo resumía una consigna de la época: “Ármate y espera”.¹¹⁷

Los únicos textos que se conservan y pueden adjudicarse a este grupo son los publicados en el primer número de la revista *Barricada* (septiembre de 1964). En un conciso editorial de cuatro párrafos, titulado “Ser y hacer”, se resume lo que definía a este grupo.¹¹⁸ La propuesta consistía en priorizar el “hacer” ante los paralizantes debates ideológicos de la “izquierda tradicional”. Desde una visión heterodoxa, el imperativo moral y el compromiso debían ser las principales inspiraciones del “hacer”.

La consigna central del movimiento —“Por la tierra y con Sendic”— daba cuenta de la sintonía existente entre estos sectores rurales y una izquierda militante que buscaba caminos alternativos a la lucha electoral. Raúl Sendic era un estudiante de Derecho y dirigente de la juventud socialista que, desde fines de los cincuenta, había abandonado sus estudios para promover la organización de los trabajadores rurales del norte del país junto con una red de militantes socialistas. Sendic y esa red fueron el nexo entre UTAA y el “coordinador”.

En julio de 1963, el “coordinador” decidió robar armas en un club de tiro para apoyar una toma de tierras que UTAA planeaba realizar. Para varios miembros del “coordinador”, este robo fue el “bautismo de fuego” que sentó las bases de lo que luego sería el MLNT. Sendic participó en la acción y luego pasó a la clandestinidad, para transformarse en el principal referente de los sectores de la nueva izquierda que buscaban caminos alternativos a la legalidad democrática.

Para *Barricada*, la movilización de los cañeros significó un “apremioso test para la izquierda” y generó un arsenal de preguntas que en última instancia remitían a una más general: ¿hay condiciones para la revolución social en Uruguay, en el presente? Según el autor del artículo, existían dos formas de responder esta pregunta. Por un lado, el eje Arismendi-Quijano,¹¹⁹ que representaba a los miembros de la “izquierda tradicional”; por otro, los sectores de la izquierda comprometidos con la movilización de los cañeros.

Cuba podía ayudar a buscar otros caminos. Ante quienes insistían en el carácter excepcional de la Revolución cubana, el autor intentaba acercar esa experiencia a la realidad uruguaya mostrando que Cuba “no pertenecía al grupo de países extremadamente empobrecidos de Latinoamérica”, sino que tenía cierto nivel de prosperidad económica y “que el relativo conformismo económico que se invoca aquí para descartar toda posibilidad revolucionaria existía también en Cuba. [...] Sin embargo, Castro triunfó”.¹²⁰ En este sentido, el Cono Sur tenía un punto de partida similar a Cuba. Para

hacer la revolución no era necesario el apoyo inicial de las mayorías, ni tampoco haber llegado a niveles extremos de pobreza. “La enorme mayoría del pueblo no peleó por la revolución, por lo menos al principio, pero tampoco estaba dispuesta a hacerse matar por el régimen.” Lo que había que considerar era “cuántos están dispuestos a hacerse matar por la Revolución y cuántos están dispuestos a salir a la calle a pelear por el régimen”.¹²¹

Aunque el texto expresaba una dura crítica a la “izquierda tradicional” y explicaba por qué su estrategia no ofrecía caminos transformadores en el mediano plazo, sus propuestas políticas eran bastante limitadas. Estaban reducidas a un vago llamado a la radicalización, a confundirse con los movimientos de los sectores más marginados de la sociedad, y a la constatación de que aún no estaban dadas las condiciones para la revolución en Uruguay. Si bien manifestaba una decidida voluntad de desafiar la legalidad, las modalidades que podría adquirir el desafío aún no estaban claras.

Gran parte de este grupo creó, en enero de 1966, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros: una organización de no más de cincuenta personas que, si bien no tenía muy claro el “cómo”, defendía a rajatabla la idea de iniciar una estrategia revolucionaria en Uruguay.

Este pequeño grupo tuvo múltiples contactos con militantes de otros países, que en cierta medida ayudaron a diseñar la estrategia tupamara. Las redes de los partidos políticos a los que pertenecían, así como las nuevas relaciones que se construían en las actividades de apoyo al movimiento cañero y las campañas de solidaridad con Cuba, ayudaron a desarrollar vínculos entre los militantes que llegaban a Montevideo y los del “coordinador”. Además, el diario *Época*—creado en 1962 como un medio de prensa de izquierda independiente no comunista—adoptó poco a poco un posicionamiento más radical hacia el proceso político y tuvo un rol determinante en las actividades de coordinación con los exiliados en Montevideo. A través de la promoción de la cobertura de su situación y el

apoyo a las actividades conspirativas, *Época* se transformó en el “ministerio de relaciones exteriores” de los sectores cercanos al “coordinador”, en palabras de su administrador Andrés Cultelli, luego dirigente tupamaro.¹²²

Aunque el accionar del EGP en el norte argentino se organizó desde Bolivia, sus miembros también establecieron contactos en Montevideo. Ciro Bustos, el pintor amigo del Che que participó en la experiencia, contó que tras escapar de la persecución huyó a la capital uruguaya, donde restableció el contacto con los cubanos.¹²³ En ese viaje conoció—en el bar Sorocabana, uno de los más importantes de la ciudad—al director de *Época* y periodista de *Marcha*, Eduardo Galeano, quien a su vez lo puso en contacto con Raúl Sendic. La prensa uruguaya ya estaba al tanto del fracaso del EGP y los militantes del “coordinador” querían saber qué había ocurrido. Bustos y Sendic charlaron varias horas acerca de los motivos del fracaso. Sendic comentó su pertenencia a un grupo interesado en iniciar la lucha armada, que aún no tenía claro qué características adquiriría en Uruguay. El resultado del encuentro fue un acuerdo de colaboración. Bustos entregó algunas armas que su grupo tenía en Montevideo y que ya no trasladaría a la Argentina y ofreció un curso de seguridad. La reunión pareció coincidir, como veremos más adelante, con el momento en que el “coordinador” comenzaba a abandonar la hipótesis de la viabilidad de la guerrilla rural en Uruguay.¹²⁴

Montevideo también había sido, para varios militantes de la resistencia peronista, un refugio y retaguardia desde la caída de Perón en 1955.¹²⁵ Era el principal enclave de J. W. Cooke cuando necesitaba escapar de la Argentina.¹²⁶ Allí se casó en 1957 con Alicia Eguren e instaló una base de operaciones junto con un pequeño grupo de militantes que escapó de la Argentina en diversas oleadas, pero principalmente como consecuencia de la represión desatada por el Plan Conintes. En Montevideo hubo contactos y discusiones políticas entre militantes peronistas, se procesó la correspondencia dirigida a Cooke, por entonces a La Habana. Además, Alicia Eguren

organizó los viajes de los argentinos que fueron a entrenar a Cuba en 1961.

En 1963, en Buenos Aires, un grupo de exmilitantes de Tacuara —grupo nacionalista argentino de extrema derecha que había decidido acercarse a las organizaciones peronistas de izquierda reformulando su nacionalismo desde una perspectiva popular y antiimperialista— asaltó el Policlínico Bancario y robó unos cien mil dólares. Los militantes que lograron escapar de la represión posterior al asalto se integraron a los grupos de resistencia peronista en Montevideo. En 1964, Joe Baxter, uno de sus líderes, viajó a Vietnam en representación del peronismo y estableció contacto con oficiales del Partido Comunista chino, quienes invitaron a miembros de este grupo y otro de la resistencia peronista a realizar entrenamiento militar en su país. Finalizado el entrenamiento, los militantes retornaron a Montevideo, y ante la imposibilidad de volver a la Argentina, se vincularon con el “coordinador” uruguayo y crearon una escuela de cuadros para militantes argentinos y uruguayos. Joe Baxter, Nell Tacci y el “Pata” Cataldo dieron clases sobre aspectos teóricos, luchas urbanas y explosivos.¹²⁷

A partir de marzo de 1964, Uruguay comenzó a recibir nuevos contingentes de refugiados, esta vez provenientes de Brasil. Tras el golpe de Estado militar, Montevideo se transformó en sede de la resistencia contra la dictadura brasileña. El gobernador de Rio Grande do Sul, Leonel Brizola, lideró diferentes actividades. Al comienzo Brizola apostó a la posibilidad de generar levantamientos militares en el sur, pero los sucesivos fracasos lo indujeron a ensayar otras estrategias y decidió impulsar la propuesta de un grupo de sargentos que le habían solicitado apoyo para desarrollar un foco rural. Entre Montevideo, Cuba y Brasil se diseñó un plan para instalar un foco rural en la sierra de Caparaó, entre los estados de Espírito Santo y Minas Gerais. Los cubanos aportaron dinero desde la embajada en Uruguay y ofrecieron entrenamiento militar en la isla. El grupo consiguió instalar un foco rural en Caparaó

en octubre de 1966 con catorce militantes, cinco de ellos entrenados en Cuba. Según Denisse Rollemberg, el inicio estuvo coordinado por Cuba, en consonancia con la incursión de Guevara en Bolivia. Cinco meses más tarde, los guerrilleros fueron encontrados en un estado deplorable. Aunque no habían tenido enfrentamientos con las “fuerzas enemigas”, debieron enfrentar condiciones en extremo precarias: mal alimentados, aislados, heridos, debilitados psicológicamente, fueron presa fácil de la policía y el ejército, que montaron un gran operativo con alrededor de tres mil hombres.¹²⁸

Desde Montevideo se organizaron actividades de apoyo. En el desarrollo de esas actividades, los brasileños tuvieron contacto con militantes uruguayos de diversos partidos. Los partidos y la prensa de izquierda uruguaya expresaron su apoyo. Los comunistas uruguayos brindaron ayuda directa a Brizola.¹²⁹ Sendic se encargó de llevar armamento a Brasil y mantuvo una estrecha relación política con Brizola en Montevideo.¹³⁰ Por último, a través de *Época*, los refugiados denunciaron los intentos de presión del gobierno brasileño sobre el uruguayo, como también los casos de intervención directa de militares o policías brasileños contra sus compatriotas asilados en Uruguay.¹³¹

A través de todos estos intercambios, los uruguayos del “coordinador” conocieron de primera mano lo que ocurría en la región. Por un lado, el proceso de avance autoritario les parecía inevitable. Por otro, conocieron las diferentes experiencias armadas y pudieron constatar los límites del foco rural cubano, como había ocurrido con el EGP argentino o en el caso brasileño de Caparaó. También dialogaron y aprovecharon la experiencia de otros militantes que estaban intentando nuevos caminos, entre ellos la resistencia peronista.

Uno de los grandes debates dentro de este pequeño grupo estuvo centrado en la estrategia revolucionaria a utilizar. Uruguay era un país de praderas, sin montañas ni selvas, cuya escasa densidad demográfica rural no ofrecía las mejores condiciones para la guerrilla. Sin embargo, durante 1964 y 1965

Sendic había relevado montes, lagunas y pantanos en el norte del país que podían servir como refugios en un esquema de lucha rural. Otros miembros del “coordinador” habían comenzado a estudiar diferentes alternativas. Las experiencias del FLN en Argelia, el sionismo en Palestina en los cuarenta y algunos casos de resistencia partisana durante la Segunda Guerra Mundial comenzaron a ser estudiados con mayor atención.¹³² Jorge Torres, un joven excomunista miembro del “coordinador”, redactó un documento en 1965 donde proponía que la lucha revolucionaria en Uruguay tuviera base en las ciudades. En la redacción colaboraron Rubén Navillait y Eleuterio Fernández Huidobro.¹³³

Debray visitó Montevideo en 1966 y se reunió con Torres, Navillait y el argentino Baxter. La discusión fue acalorada. Mientras Debray insistía en la imposibilidad de hacer la revolución debido a las condiciones geográficas del país, los militantes uruguayos y el argentino defendían la viabilidad de formas de guerrilla urbana a partir de los casos que habían estudiado y cuestionaban las nociones foquistas defendidas por el francés. Navillait recuerda que, exasperado ante la “suficiencia” de Debray al negar la posibilidad la lucha armada en Uruguay, terminó por espetarle: “El Che es un burro, pero de los que ponen los huevos. El Che se va a hacer matar”.¹³⁴

Ese mismo año, el español Abraham Guillén publicó en Uruguay el libro *Estrategia de la guerrilla urbana*.¹³⁵ Este anarquista español, que frisaba el medio siglo y había sido comisario político durante la Guerra Civil, llegó como refugiado a la Argentina en los cuarenta, donde casi de inmediato se acercó a los sectores más radicales del peronismo. Tras el golpe de Estado de 1955, asesoró a Cooke en la estrategia militar de la resistencia peronista, en particular al grupo Uturuncos.¹³⁶ En 1960 fue encarcelado durante unos meses. Al salir viajó a Cuba, donde, según su propio testimonio, se desempeñó como entrenador de grupos guerrilleros durante un año. Más tarde se radicó en Uruguay, donde consiguió trabajo en el diario *Acción*, perteneciente al Partido Colorado. Sus escri-

tos reflejaban una visión basada en la experiencia histórica del anarquismo español, que en el contexto de los sesenta se extendió hacia otros movimientos políticos.¹³⁷

Estrategia de la guerrilla urbana era el duodécimo libro de Guillén. Desde los años cincuenta, sus escritos concitaban la atención de los militantes argentinos, ya que casi todos giraban en torno a la economía del país y la relación económica y política de los sectores oligárquicos con el imperialismo. Durante los sesenta y tomando como punto de partida su experiencia en la Guerra Civil española, el autor, a tono con los debates de la izquierda, comenzó a ocuparse de asuntos vinculados con la violencia política y la teoría militar. En 1965 publicó su *Teoría de la violencia*, donde postulaba una suerte de justificación filosófica política para la violencia revolucionaria en la sociedad contemporánea. En 1966, en *Estrategia de la guerrilla urbana*, cuestionó la aplicabilidad del foquismo rural en América Latina, fundamentalmente en países con mayor desarrollo urbano como los conosureños. El texto guardaba coincidencias con el documento redactado por Torres en 1965: ambos se habían conocido ese año y Torres acusó a Guillén de haberlo plagiado.¹³⁸

A diferencia de Torres, cuyos intentos de fundamentar la guerrilla urbana estaban vinculados con las experiencias argentinas, sionistas y de la Segunda Guerra Mundial, Guillén reivindicaba las experiencias de resistencia dentro de las ciudades durante la Guerra Civil española, y en especial la Batalla de Madrid, como antecedentes útiles para pensar la guerrilla urbana. Ambos planteos guardaban coincidencias con algunas de las ideas que Bengochea había postulado en su debate de 1962 con el Che en Cuba.¹³⁹

Los tupamaros uruguayos terminaron de concretar esta discusión con su *Documento n° 1*, aprobado en junio de 1967, que reivindicaba la “lucha urbana” como estrategia válida para desarrollar la revolución en Uruguay. En la sección “La lucha urbana”, se explicaba que habían llegado a esa estrategia a raíz de las maneras en que habían sobrevivido durante sus pri-

meros años de existencia.¹⁴⁰ El viraje se había dado a fines de 1966, cuando las apuestas en materia de infraestructura y refugio comenzaron a ubicarse en el área urbana y la periferia de Montevideo, descartando los planes previos de Sendic. Los motivos del viraje hacia lo urbano se relacionan con dos aspectos.

Por un lado, suponemos que el intercambio de experiencias y debates entre militantes argentinos, brasileños y uruguayos contribuyó a la evaluación de las dificultades que habían enfrentado los intentos de foco rural ensayados en la región. Por otro, en diciembre de 1966, cuando a consecuencia de un tiroteo el gobierno se percató de la existencia del MLNT e inició una intensa campaña para perseguir a sus miembros, la organización logró sobrevivir gracias a las múltiples redes vinculadas a activistas políticos y sindicales desarrolladas en Montevideo. Esa experiencia acumulada los llevó a apostar por la ciudad.

Según el *Documento n° 1*, las ventajas de la ciudad son numerosas: ofrece buenas condiciones para las comunicaciones y los enlaces; la policía y el ejército quedan relativamente inutilizados en su capacidad de control; no son necesarias las redes de abastecimiento; el combatiente trabaja de día y pelea de noche; el combatiente está habituado a su medio. Por último, reconocía que algunos aspectos de la estrategia todavía no tenían una clara resolución: por ejemplo, cómo transformar la guerrilla urbana en un ejército regular. No obstante ello, advertía que era necesario “tener en cuenta la continentalidad del proceso y que esa transformación solo puede darse en la etapa final”.¹⁴¹

En julio de 1968, el MLNT llevó a cabo su primera acción importante: el secuestro de un jerarca del gobierno cercano al presidente y partidario de la línea dura contra el movimiento sindical, que luego fue liberado ileso para demostrar la capacidad operativa de esta organización, que hasta el momento había mantenido un perfil bajo.¹⁴² En ese contexto, la revista chilena *Punto Final* publicó una extensa nota sobre los tupamaros y divulgó uno de sus primeros documentos:

“30 preguntas a un tupamaro”,¹⁴³ que reafirmaba algunas ideas del *Documento n° 1* acerca de las posibilidades urbanas para la revolución. Algunos planteos parecían responder las objeciones que había formulado Fidel un año antes, durante la charla en OLAS. En cuanto a las objeciones geográficas, el argumento era el siguiente:

No tenemos lugares inexpugnables en el territorio como para instalar un foco guerrillero que perdure, aunque tenemos lugares de difícil acceso en campaña. En compensación tenemos una gran ciudad con más de trescientos kilómetros cuadrados de edificios, que permite el desarrollo de la lucha urbana [...] tenemos que elaborar una estrategia autóctona adecuada a una realidad diferente a la de la mayoría de los países de América.

Y ante el riesgo de una invasión extranjera, decía que “Cuba no habría hecho su revolución a noventa millas de los Estados Unidos” y que la estrategia tupamara se inscribía dentro de la estrategia continental de “crear muchos Vietnam”.¹⁴⁴

A partir de ese primer secuestro, el MNLN llevó a cabo acciones relativamente exitosas con un grado de ingenio, imaginación y cuidado por evitar el derramamiento de sangre que aumentó la simpatía popular, la repercusión internacional y, en un comienzo, la angustia de las autoridades. A modo de ejemplo, podemos citar el asalto a la Financiera Monthly, de donde se llevaron seis millones de pesos y libros de contabilidad que les permitieron denunciar una serie de irregularidades en las que estaban implicados políticos y empresarios. Esta denuncia obligó al Poder Judicial a investigar el caso. En este sentido es que el politólogo Francisco Panizza ha dicho que “a pesar de su énfasis en las acciones armadas, la lucha tupamara fue, en verdad, una de las más elaboradas estrategias de la política simbólica en la historia uruguaya”.¹⁴⁵ En palabras de uno de sus primeros estudiosos: “Algunas de sus acciones eran el tipo de

cosas que uno espera leer en un *thriller*".¹⁴⁶ El éxito de este ciclo los llevó a creerse "indestructibles" en 1969.¹⁴⁷ A fines de 1968, se presentaban como un ejemplo de guerrilla urbana que disputaba los modelos de "lucha armada" entonces vigentes.

Un libro escrito por periodistas argentinos y publicado en 1969, *Tupamaros: ¿Fracaso del Che?*, sugería que el accionar del grupo era un hito en el desarrollo de las guerrillas latinoamericanas. Tras la muerte del Che en Bolivia, el ciclo de guerrillas rurales parecía cancelado. En ese marco surgieron los tupamaros con un camino alternativo a la guerrilla rural, que reavivó las expectativas de quienes creían en la violencia revolucionaria. La propuesta de los tupamaros en Uruguay parecía más adecuada a la realidad del Cono Sur, donde las guerrillas rurales no se habían destacado.¹⁴⁸

Los militantes argentinos que se habían entrenado en Uruguay trasladaron la experiencia tupamara a las Fuerzas Armadas Peronistas, primera organización armada surgida en el segundo ciclo durante la dictadura de Onganía. A partir de entonces, esa experiencia repercutió en otras organizaciones armadas que surgieron dentro y fuera del peronismo.¹⁴⁹

Miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), al comienzo integrada por militantes comunistas y luego absorbida por el peronismo, señalaron en una entrevista que el aporte tupamara había redefinido la noción de foco guerrillero.¹⁵⁰ Las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), integradas por militantes provenientes de grupos de izquierda, en particular del trotskismo y del comunismo, también sintieron la influencia de los tupamaros.¹⁵¹ En 1970 la FAL criticaba la tendencia de la izquierda argentina a la teorización y planteaba que la práctica debía ser el criterio de unidad. Prueba de ello era la experiencia "de los tupamaros, que son para nosotros el ejemplo de guerrilla urbana más avanzado y más cercano".¹⁵²

El PRT-ERP, única organización armada no peronista que sobrevivió en los setenta, no parece haber tenido tanta influencia tupamara, aunque compartía el espíritu heterodoxo

en relación con el foquismo rural. Si bien sus documentos no hacen mayores referencias a los militantes más jóvenes que ingresaron en 1969 y 1970, recuerdan el impacto de los tupamaros en la Argentina. En palabras de Daniel De Santis: "En esta época comenzaban las acciones guerrilleras en la Argentina y tanto los diarios como la población decían: 'fueron los tupamaros'. No por confusión sino porque a este lado del Río de la Plata llegó primero la palabra tupamaro que [la palabra] guerrillero".¹⁵³

En ese momento también se establecieron conexiones entre los tupamaros y los focos de guerrillas brasileñas posteriores a 1966. En 1969 Carlos Marighella publicó su *Mini manual del guerrillero urbano*, que coincidía con los planteos que discutidos en Uruguay.¹⁵⁴

Por último, según se afirma en las memorias de Andrés Pascal Allende y Max Marambio, el MIR chileno también prestó especial atención a ciertas acciones del MLNT. Cuando en 1969 se propuso el desarrollo de una "fuerza militar", las acciones respondieron a los criterios del "modelo caballeresco de los tupamaros uruguayos".¹⁵⁵

En suma, a mediados de los sesenta una serie de militantes de la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay se dedicaron a construir nuevos repertorios de diseño inspirados en la Revolución cubana. Pero si bien adherían a ella y la reconocían públicamente, proponían caminos diferentes a las fórmulas de foquismo rural cubanas.

El MLNT fue el primero en poner en prácticas estos postulados debido a la situación geopolítica de Uruguay. En cierta medida, el movimiento fue el resultado de las experiencias transnacionales compartidas por militantes de diversos países que circularon por Uruguay durante el período. La situación geopolítica explica la rápida repercusión regional de su accionar inicial.

En 1972 Régis Debray, conocido opositor a la guerrilla urbana, en un prólogo a las *Actas tupamaras* describía a los tupamaros como:

el único movimiento revolucionario armado de la América Latina que ha podido, o que ha sabido —hasta ahora, al menos—, cercar en bloque [...] y jaquear a la dictadura burguesa y antinacional, hasta poner en juego la supervivencia misma de ese régimen [...]. La verdadera revolución en la revolución de que se hablaba quizá haya tenido lugar aquí, pero inédita y sin precedentes, bajo la forma de guerrilla urbana, desafiando las normas hasta entonces admitidas, sin pedir la ayuda o el respaldo de nadie, sin anunciarse previamente con tambores y trompetas y, sobre todo, sin someterse a modelos o teorías que no hayan surgido de su misma práctica. En la historia, lo nuevo es un convidado de última hora que entra por la puerta de servicio, en puntas de pie y a espaldas de todos.¹⁵⁶

Este comentario muestra cómo la experiencia de los tupamaros y otros grupos del Cono Sur, que practicaron formas de lucha armada diferentes al foco rural cubano, generaron expectativas en los analistas de la izquierda latinoamericana, suscitaron apoyos y promovieron nuevos repertorios de acción que alcanzaron niveles significativos de visibilidad en la región. El nuevo repertorio de disenso fue el primer aspecto de una cultura política revolucionaria que, poco a poco, se forjaría entre los militantes conosureños.

2. Los lazos subjetivos de la solidaridad revolucionaria De La Habana a Ñancahuazu (Bolivia), 1967

Qué lejos está mi tierra / y, sin embargo, qué cerca /
o es que existe un territorio / donde las sangres se
mezclan. / Tanta distancia y camino / tan diferentes
banderas / y la pobreza es la misma / los mismos
hombres esperan. / Yo quiero romper mi mapa /
formar el mapa de todos / mestizos, negros y blan-
cos / trazarlo codo con codo. / Los ríos son como
venas / de un cuerpo entero extendido / y es el co-
lor de la tierra / la sangre de los caídos. / No somos
los extranjeros / los extranjeros son otros / son ellos
los mercaderes / y los esclavos nosotros. / Yo quiero
romper la vida / como cambiarla quisiera / ayúde-
me compañero / ayúdeme, no demore / que una
gota con ser poco / con otra se hace aguacero.

DANIEL VIGLIETTI

Estos versos cantados con acompañamiento de milonga, género musical urbano propio del Río de la Plata, fueron compuestos por Viglietti durante su primera estadía en La Habana entre julio y agosto de 1967. El joven guitarrista y cantautor participó en el Primer Encuentro de la Canción de Protesta, una de las tantas actividades organizadas en el marco de la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

En 1967 La Habana era el “territorio donde la sangre se mezcla”, donde lo lejano se acercaba y uno dejaba de ser extranjero. Más allá de la experiencia concreta de haber es-

tado en La Habana cuando la ciudad recibió miles de calificados visitantes de América Latina que mantenían seminales diálogos culturales y políticos, Viglietti supo expresar que las distancias y las geografías estaban cambiando para algunos sectores de la izquierda latinoamericana. Las fronteras se desdibujaban y empezaba a construirse un “mapa de todos” a partir de las diversas experiencias revolucionarias latinoamericanas: “una gota con ser poco / con otra se hace aguacero”.¹⁵⁷

Como vimos en el capítulo anterior, la búsqueda de nuevas estrategias, lenguajes y prácticas políticas heterodoxas en relación con los planteos iniciales de los revolucionarios cubanos no hizo que los militantes de la nueva izquierda conosureña dejaran de reconocer que la revolución había sido el inicio de un camino en Latinoamérica ni los llevó a recluirse en una perspectiva localista. Por el contrario, la defensa de las condiciones específicas estaba unida a la idea de una estrategia continental.

A partir de 1966 se produjo un cambio en la interpretación del discurso de continentalidad por estos grupos del Cono Sur. Hasta entonces la mayoría de las iniciativas impulsadas por la Revolución cubana estaban vinculadas con otras zonas de América Latina, con la excepción del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en la Argentina, que parece haber sido un proyecto personal de Guevara.

Tres hechos ocurridos entre 1966 y 1967 motivaron a estas incipientes organizaciones a pensar de otra manera el asunto de la continentalidad: los eventos en torno a la Conferencia de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina en enero de 1966; la *campaña del Che en Bolivia* entre 1966 y 1967, y la Conferencia de la OLAS en julio de 1967. Los tres fueron las expresiones más radicales del discurso de la estrategia continental cubana y tuvieron un profundo impacto en el Cono Sur.¹⁵⁸ Además, fueron fundamentales para la construcción de la noción de cercanía subjetiva en el mapa de la revolución latinoamericana. Por un lado, las lecturas conosureñas de las definiciones que la mayoría de la

izquierda latinoamericana había adoptado en la Conferencia de la OLAS fueron determinantes para quienes desde hacía años adherían a la idea de que la revolución debía ser continental y armada. Por otro, el impacto de la llegada del Che a Bolivia generó campañas de solidaridad desde la Argentina, Chile y Uruguay y alimentó la sensación de que la revolución se estaba acercando y la esperanza de que el conflicto se regionalizaría desde ese país.

EXISTE UN TERRITORIO DONDE LA SANGRE SE MEZCLA: TRICONTINENTAL Y OLAS

En enero de 1966 se realizó en Cuba la Conferencia Tricontinental, que buscaba reactivar el movimiento tercermundista iniciado en Bandung en 1956. En este caso se buscaba integrar América Latina a las conferencias hasta entonces afroasiáticas. El evento no solo convocó a Estados nacionales sino también a movimientos políticos que luchaban por la liberación en los países del Tercer Mundo. A diferencia de las experiencias anteriores, en este caso el anfitrión hizo referencia a los desplazamientos ocurridos entre las décadas de 1950 y 1960: esto implicó pasar del problema del desarrollo y la independencia al lenguaje de la revolución y el socialismo.¹⁵⁹ Más allá de estos desplazamientos, la conferencia expresó una enorme diversidad de posturas dentro y fuera del llamado “campo comunista”. Por ejemplo, fue la primera vez que se invitó a la Unión Soviética, hecho que generó complicaciones con China. También se registraron múltiples conflictos respecto de Israel, las tensiones entre China e India y diversos conflictos regionales. En su rol de anfitriones, los cubanos intentaron mantener una postura neutral, muchas veces interpretada como ambigüedad o afinidad con la Unión Soviética por la nueva izquierda conosureña. Esta alegada cercanía con la Unión Soviética, junto con el respaldo mayoritario de los

partidos comunistas cercanos a ese país para invitar a delegaciones latinoamericanas y la ausencia de Ernesto Guevara, generó múltiples lecturas críticas entre los miembros de la nueva izquierda, sobre todo aquellos cercanos al trotskismo y al maoísmo en diferentes puntos de América Latina.¹⁶⁰ Otros, sin embargo, miraron con buenos ojos la conferencia puesto que fue el punto de partida de un lenguaje común global entre los revolucionarios del mundo, con derivaciones importantes para América Latina. El líder del Partido Socialista de Chile, el por entonces senador Salvador Allende, postuló con tono casi profético que:

La doctrina Johnson constituye para el pueblo chileno, como para todos los países de América Latina, una declaración explícita de que los imperialistas opondrán la violencia a cualquier movimiento popular que en nuestro continente esté en condiciones de alcanzar el poder. Ello determina que el movimiento popular chileno, que ha logrado señalados triunfos en la ampliación y profundización de la democracia en nuestro país, sepa ahora, claramente, que los Estados Unidos le impedirán por las armas el acceso democrático y legal al poder. [...] Será el propio pueblo de Chile y las condiciones de nuestro país lo que determine que hagamos uso de tal o cual método para derrotar al enemigo imperialista y sus aliados. No se nos escapa que esta lucha es excesivamente dura y difícil para un país solo y que, para hacerla más fácil, deberá contar con el respaldo, el apoyo y la solidaridad internacional.¹⁶¹

En función de estos argumentos, Allende convocó a crear una "iniciativa destinada a relacionar y coordinar en forma permanente la acción antiimperialista del pueblo latinoamericano".

Según Richard Gott, en un comienzo los partidos comunistas latinoamericanos y el propio Fidel Castro se opusieron

a ese planteo.¹⁶² Es probable que hayan evaluado los riesgos que esa instancia podría acarrear, ya que explicitaría todos los conflictos que ocurrían a nivel local. Sin embargo, en los días posteriores a la conferencia, las delegaciones de Perú y Venezuela —que representaban a grupos armados que suscitaban expectativas en la Revolución cubana— también plantearon la necesidad de crear un organismo para coordinar la lucha antiimperialista en América Latina. Junto con la propuesta de Allende, esto llevó a que los países latinoamericanos que habían participado en la Tricontinental llegaran a un importante acuerdo: crear la Organización Latinoamericana de Solidaridad. El documento declaraba que, habiéndose examinado los problemas organizativos y, de un modo más general, ciertas cuestiones de estrategia y táctica revolucionaria, era aconsejable la creación de un organismo continental que uniera, coordinara e impulsara la lucha contra el imperialismo estadounidense.¹⁶³

La reunión de la Tricontinental, así como la posterior convocatoria a la Conferencia de la OLAS, tuvo fuertes repercusiones en el gobierno de los Estados Unidos y en el de algunos países latinoamericanos. Mientras se desarrollaba la Tricontinental, Perú convocó a una reunión extraordinaria de la OEA dando por sentado que la Unión Soviética había asumido un rol activo de apoyo los "movimientos subversivos" latinoamericanos.¹⁶⁴ Venezuela también se unió al coro que denunciaba la intervención cubana en el continente. Ambos gobiernos enfrentaban guerrillas que contaban con el apoyo explícito de Cuba, pero las características concretas de la intervención cubana eran difíciles de comprobar porque existían muy pocos indicios materiales.

Desde 1963, la OEA había creado una comisión especial de seguridad contra la acción subversiva del comunismo internacional.¹⁶⁵ A través de esa comisión, durante 1966 y 1967 la OEA siguió con atención el desarrollo de las conferencias y convocó a reuniones especiales de cancilleres para analizar sus resoluciones. Estos movimientos de la OEA implicaron un

nuevo nivel de enfrentamiento explícito con Cuba y las fuerzas políticas de izquierda en la región.

Durante 1966 los soviéticos intentaron desmarcarse de las acusaciones que circulaban acerca de su rol intervencionista en Latinoamérica y en diversas ocasiones expresaron que su participación en la Tricontinental no cuestionaba la relación de amistad con los gobiernos latinoamericanos.¹⁶⁶ A diferencia de los soviéticos, los cubanos hicieron explícita su política exterior agresiva en la región. El 26 de julio de 1966, Fidel Castro pronunció un discurso que despejó las incertidumbres previas. Entre otras cosas, denunció que los “seudorrevolucionarios” que aducían que no existían condiciones aptas para iniciar la lucha armada en América Latina eran “los mejores aliados del imperialismo y de la explotación”, ya que “tratan de frenar las revoluciones, [son] los derrotistas, los que no quieren luchar” cuando en la mayor parte de la región “existen condiciones superiores para hacer la revolución de las que existían en Cuba, y de que si esas revoluciones no se hacen en esos países es porque falta la convicción en muchos que se llaman revolucionarios [aplausos]”. Por último afirmaba: “Eso de creer que la conciencia tiene que venir primero y la lucha después es un error. ¡La lucha tiene que venir primero e inevitablemente detrás de la lucha vendrá con ímpetu creciente la conciencia revolucionaria!”.¹⁶⁷

El discurso de Castro conllevaba una fuerte crítica a los partidos comunistas latinoamericanos cercanos a la Unión Soviética, en su mayoría opositores a las estrategias armadas impulsadas por Cuba. Las claves del discurso eran comparadas por los medios de la nueva izquierda conosureña. El diario *Época* publicó el discurso completo en Uruguay. La revista *Punto Final* sintetizó así el impacto de las palabras de Fidel: “En el caso de Chile la alternativa es clara: reformismo o revolución”.¹⁶⁸

En abril de 1967 Guevara, cuyo paradero se desconocía desde 1965, publicó en el primer número de la revista *Tricontinental* un potente manifiesto que defendía una es-

trategia de “guerra global contra el imperialismo” por parte de los “pueblos explotados y atrasados del mundo”, cuya “finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá a través de lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una Revolución Socialista”.

El texto confirmaba dos cuestiones importantes para los sectores de la nueva izquierda. Por un lado, cancelaba los rumores acerca de posibles discrepancias entre Castro y Guevara. El Che reaparecía en una publicación revolucionaria con un mensaje contrario a los planteos soviéticos acerca de la coexistencia pacífica. Por otro, trascendía la mera declaración de continentalidad para proponer algunas nociones de estrategia de lucha global contra el imperialismo.

En líneas generales, la estrategia militar consistía en sacar al enemigo de su ambiente y obligarlo a luchar en lugares donde sus hábitos de vida chocaran con la realidad imperante, lo cual llevaría al florecimiento de “dos, tres, muchos Viet-Nam [...] en la superficie del globo”. Los militantes se inspirarían en el internacionalismo proletario, ya que “cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere, es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado”.

En junio de 1967 esta declaración ya circulaba en el Cono Sur.¹⁶⁹ Entre otras cosas, el artículo del Che posibilitaba una lectura del continente que cancelaba la idea de excepcionalismo que algunas élites conosureñas habían reclamado para sus países. Las imágenes recurrentes de excepcionalidad—describir a los chilenos como los “ingleses”, a Uruguay como la “Suiza de América” o a la Argentina como los “europeos” del continente—habían contribuido a enfatizar las diferencias de estos países con relación al contexto latinoamericano. Sin embargo, en el contexto de “la guerra global contra el im-

perialismo" propuesto por Guevara las diferencias nacionales perdían importancia y quedaban subsumidas en una conflagración mundial que afectaría al conjunto del continente. El MIR lo explicaba con claridad:

Chile no será una excepción: frente a los argumentos de los oportunistas tendientes a demostrar que la "tradicción democrática de Chile" convierte al país en una excepción dentro de las luchas liberadoras del hemisferio y lo hace apto para caricaturizarlas con la "guerrilla electoral" donde pueden nadar hasta los tiburones de la burguesía radical, el CHE GUEVARA insinúa que: "Claro que el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrarán a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha o sus efectos, en una contienda de carácter mundial, y se sufra igual o más aún".¹⁷⁰

Un texto del PRT argentino de comienzos de 1968 interpreta el texto de Guevara en una dirección similar y se pregunta:

¿Por qué el Che dice dos, tres, muchos Vietnam, y no dos, tres, muchas Cubas? Porque reconoce la excepcionalidad de la Revolución cubana que no volverá a repetirse. Porque del análisis estratégico del conjunto de la revolución mundial prevé la inevitable intervención del imperialismo antes de la toma del poder por la revolución.¹⁷¹

En esta interpretación el conflicto global borra las particularidades nacionales ya que postula que tarde o temprano el conflicto quedará reducido al enfrentamiento entre las fuerzas "populares" y el imperio, que intervendrá en los diferentes territorios nacionales.

El *Documento n° 1* del MLNT uruguayo, publicado en julio de 1967, también dedicaba un capítulo a la continentalidad de la revolución, en el que "suscribía en todos sus términos el último documento de Guevara". Fundamentaba que si "la represión y la contrarrevolución se continentalizan, la revolución no debe detenerse en las fronteras nacionales". Defendía "una estrategia continental que racionalice la aplicación de fuerzas y recursos donde mejores rendimientos puedan proporcionar", pero advertía que esta no debía "ir en desmedro, dentro de lo posible, de las luchas y el trabajo que hay que realizar en cada país". Además proponía un método de desgaste que implicaba atacar en distintos frentes a las fuerzas imperialistas que pululaban en América Latina.¹⁷²

El *Mensaje a la Tricontinental* fue publicado en la misma época en que comenzaron a circular los rumores acerca de la posibilidad de que Guevara estuviera combatiendo en la guerrilla boliviana. Como muchos han notado, el plan de Guevara de intervenir en América del Sur no estaba circunscrito a un país específico, sino basado en una concepción continental de la estrategia revolucionaria que guardaba conexiones con el *Mensaje*.

La Conferencia de la OLAS se concretó en el mismo momento en que el Che desarrollaba su campaña en Bolivia. Por primera vez, miembros de diferentes organizaciones de la izquierda latinoamericana se reunieron para discutir estrategias políticas en La Habana en julio de 1967. Participaron ciento se senta y cuatro líderes de veintisiete países latinoamericanos y un líder del Black Power Movement, Stokeley Carmichael, como invitado por los Estados Unidos.

El trabajo de la conferencia se dividió en cuatro comisiones:

- A. Lucha revolucionaria antimperialista en América Latina.
- B. Posición y acción común ante la intervención político-militar y la penetración económica e ideológica del imperialismo en América Latina.

- C. Solidaridad de los pueblos latinoamericanos con las luchas de liberación nacional.
- D. Estatuto de la OLAS.

La presión de los cubanos y la preocupación general porque el evento transcurriera en un clima de unidad llevó a lograr acuerdos en tres de las cuatro comisiones. Sin embargo, en la comisión C, centrada en los asuntos más delicados vinculados a la solidaridad latinoamericana, se generaron los mayores conflictos entre la posición cubana y aquella que defendían los partidos comunistas vinculados a la Unión Soviética. Una moción de condena a la Unión Soviética por haber prestado asistencia técnica a los gobiernos de Chile, Brasil y Colombia obtuvo quince votos a favor, ocho abstenciones y votos en contra los partidos comunistas salvadoreño, boliviano y uruguayo. Otro tanto ocurrió con la votación de una condena al Partido Comunista venezolano por haber abandonado la guerrilla. Esta situación llevó a que algunos comunistas amenazaran con retirarse de la conferencia. No obstante, debido a la intransigencia de los cubanos, decidieron quedarse y las desavenencias continuaron hasta el final.¹⁷³

La pregunta central del debate en la Conferencia de la OLAS fue cómo implementar una solidaridad genuina con los países que habían derrotado al imperialismo como Cuba o iniciado "un combate definitivo" como Venezuela, Colombia, Brasil, Bolivia, Guatemala y Perú. Existieron dos posiciones. Por un lado, los cubanos sostenían que el único camino hacia la solidaridad era desarrollar una estrategia continental de lucha armada. Por otro, los partidos comunistas prosoviéticos defendían una visión más moderada, que incluía la lucha armada como opción entre otros medios de activismo político, entre ellos la lucha electoral o el sindicalismo.

La posición cubana predominó. La serie de intervenciones estadounidenses desde la caída de Árbenz en Guatemala en 1954, pasando por Bahía de Cochinos en Cuba, hasta la incursión militar en República Dominicana, y luego una

sucesión de diez golpes de Estado entre 1961 y 1966, todos apoyados con entusiasmo por los Estados Unidos, eran evidencia suficiente para los cubanos de que los Estados Unidos contendrían toda posibilidad de cambio social instrumentada por medios legales y pacíficos.¹⁷⁴ Para la OLAS, la única respuesta posible a este proceso de "continentalización desde arriba" por medios imperialistas era la "continentalización desde abajo" por medios revolucionarios. Así lo expresaron los conclusiones de la conferencia:

1. Que constituye un derecho y un deber de los pueblos de América Latina hacer la revolución. [...]
5. Que todas las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de la línea fundamental, que es la lucha armada.
6. Que para la mayoría de los países del continente el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario.
7. Que aquellos países en que esta tarea no está planteada de modo inmediato de todas formas han de considerarla como una perspectiva inevitable en el desarrollo de la lucha revolucionaria en su territorio.¹⁷⁵

La continentalización desde abajo no solo se basaba en razones políticas presentes, sino en fundamentos históricos vinculados a la tradición política del continente. Múltiples discursos establecían una analogía entre las luchas políticas independentistas de comienzos del siglo XIX contra el imperio español y las luchas políticas del momento. Las luchas independentistas eran definidas como una lucha armada a la que habían adherido los pueblos y habían traicionado algunas élites. Tanto aquellas luchas como las presentes eran continentales.¹⁷⁶

Más allá de la validez histórica de las analogías, estas afirmaciones buscaban establecer una legitimidad de corte na-

cionalista en un contexto de Guerra Fría, en el que la OEA describía la revolución como ajena a la tradición latinoamericana por su vínculo con la Unión Soviética. El discurso prorrevolucionario estaba vinculado con distintas corrientes de nacionalismo popular de los cuarenta y cincuenta que habían expresado su simpatía hacia la revolución a comienzos de la década de 1970. En el Cono Sur, estas corrientes fueron importantes dentro de algunos de los grupos que estudiamos. Mario Roberto Santucho, futuro líder del PRT-ERP, en un comienzo perteneció al FRIP, un grupo indoamericanista cercano al pensamiento de Haya de la Torre que reivindicaba la figura del libertador José de San Martín y lucía los colores de la bandera argentina en su bandera. En Uruguay, el MLNT estuvo vinculado al tercerismo latinoamericanista y en los sesenta reivindicó la figura de José Gervasio Artigas, líder de la lucha contra la dominación española en el territorio oriental.

Aunque las conclusiones fueron votadas por unanimidad, el discurso de cierre de Fidel Castro en el Teatro Chaplin volvió a expresar las diferencias entre los partidos comunistas prosoviéticos y la postura mayoritaria promovida por Cuba. Fue celebrado con una ovación abrumadora mientras seis de los siete miembros del estrado aplaudían de pie las críticas a los soviéticos. La única nota discordante fue el dirigente comunista uruguayo Rodney Arismendi, quien permaneció sentado y de brazos cruzados. Las delegaciones comunistas, los periodistas soviéticos y el embajador de la URSS, ubicado en el palco de honor, hicieron otro tanto. Cuando la discrepancia se hizo evidente la ovación se intensificó, siempre alentada por Raúl Castro, quien desde el estrado impulsaba a mantener el aplauso vivo.¹⁷⁷

Lo cierto es que las definiciones de la OLAS proponían la construcción de una nueva internacional que disputaba la influencia de Moscú, sin insertarse en ninguno de los otros campos internacionales (maoísmo, trotskismo). En palabras del senador socialista chileno Carlos Altamirano: "La contradicción de nuestra época ya no está constitui-

da por los términos 'imperialismo/países socialistas', sino por otros 'imperialismo/países periféricos'. A través de la Tricontinental y ahora a través de la OLAS, el Tercer Mundo asume el relevo de esa tarea. La Habana será, de ahora en adelante, la capital de la nueva internacional que instrumentará la liberación latinoamericana".¹⁷⁸

La actitud reactiva de la OEA respecto de la OLAS aumentó la expectativa internacional en torno a esta. En junio de 1967 Venezuela había convocado una conferencia de ministros de Relaciones Exteriores para denunciar el "desembarco de una expedición de comandos con asistencia y apoyo que han sido públicamente reconocidos por el gobierno de Cuba".¹⁷⁹ Esta atención de la OEA otorgaba a Cuba un papel central que paradójicamente realizaba su protagonismo en la escena internacional. Como reconocía con cierta perplejidad una crónica de prensa de la época que no simpatizaba con la revolución:

Objetivamente, entre el 26 de julio y el 5 de agosto próximos el panorama político americano se ceñirá a un esquema muy simple: el sistema interamericano detendrá su marcha, asumirá una actitud de contemplación pasiva y cederá el escenario a los barbudos.¹⁸⁰

La Revolución cubana supo aprovechar la centralidad que la OEA, los Estados Unidos y algunos gobiernos latinoamericanos otorgaron a la OLAS. Aunque los sucesivos fracasos de los movimientos guerrilleros desde 1962 hasta 1967 habían demostrado los límites y debilidades de su política exterior, Cuba volvía a ocupar el centro de la escena latinoamericana, como ya había ocurrido durante la crisis de misiles y su expulsión de la OEA. Por otra parte, la supuesta unanimidad del discurso anticomunista de la OEA habilitó al gobierno de La Habana a postularse como la única alternativa para el conjunto de las izquierdas latinoamericanas. Aunque algunos gobiernos, como el chileno, tenían una visión algo diferente

a la de la OEA, esos matices quedaban fuera del panorama general que planteaba la OLAS, donde, por un lado, estaban los gobiernos asociados con el imperialismo latinoamericano y, por otro, los pueblos latinoamericanos.

Esta idea de que la Revolución cubana era cabal expresión del sentimiento de los pueblos latinoamericanos hizo que, a mediados 1967, se concentraran múltiples actividades culturales en La Habana para reforzar la centralidad de la revolución. En el marco de la OLAS se llevó a cabo el Primer Encuentro Internacional de la Canción de Protesta, en el que participaron importantes cantautores latinoamericanos. Además, el Salón de Mayo del Museo de Arte Moderno de Francia trasladó su sede a La Habana en julio de 1967 luego de la exposición en París.

Como mencionamos en el capítulo anterior, las situaciones de Chile y Uruguay fueron consideradas una excepción en los debates de la conferencia. El informe inicial planteaba que “hablar hoy de la lucha guerrillera en Chile o en Uruguay es tan disparatado y absurdo como negar esta posibilidad en Venezuela, Colombia, Brasil, Guatemala o Perú”.¹⁸¹ Pero este párrafo fue eliminado después del debate y las resoluciones finales tendieron a afirmar la inevitabilidad de la lucha armada en todo el continente.

Paradójicamente, los grupos conosureños más cercanos a la posición cubana no tuvieron una participación oficial en la OLAS. Las organizaciones armadas, que en los próximos años se transformarían en los principales representantes de la estrategia de lucha armada, no integraron los comités locales en Chile y Uruguay. La delegación chilena fue monopolizada por socialistas y comunistas, y el comité uruguayo también estuvo integrado mayoritariamente por ambas fuerzas. En los dos casos, los socialistas intentaron proponer una composición pluralista de los comités nacionales de la OLAS y los comunistas se opusieron a la integración de una diversidad de nuevos grupos con perfiles más radicales que comenzaban a emerger a mediados de los sesenta.

La discusión sobre la integración de los comités nacionales también se focalizó en el sentido de estos. Mientras los socialistas y otros grupos proponían que, sin renunciar a su independencia política, los comités nacionales de la OLAS se transformarían en comandos de lucha unificada contra el imperialismo —lucha cuya vanguardia debía ser Cuba—, los comunistas defendían una versión más cercana a la tareas de solidaridad clásicas hacia Cuba o los grupos revolucionarios que luchaban en la región.¹⁸²

La delegación argentina estaba compuesta por miembros de la izquierda peronista y un sector del socialismo. Los comunistas argentinos, los más firmes opositores a la creación de la Conferencia de la OLAS en la Tricontinental, habían decidido no participar.

El Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) —liderado por John William Cooke, quien habló en representación de la delegación argentina— avanzó en la preparación del primer grupo de la segunda oleada de guerrillas argentinas que surgieron en los tardíos sesenta: las Fuerzas Armadas Peronistas en 1968. Esta decisión parecía legitimada por el líder del movimiento peronista, Juan Domingo Perón, quien a tono con el clima de la OLAS declaró en *Marcha* en septiembre de 1967: “Un revolucionario pacifista resulta, en estos momentos, algo así como un león vegetariano”.¹⁸³ A excepción del peronismo, los grupos que en años siguientes adquirieron protagonismo en el desarrollo de la lucha armada en el Cono Sur no tuvieron la posibilidad de integrar los comités de la OLAS. El PRT argentino, que luego se transformaría en el ERP, solicitó integrarse y nunca recibió respuesta.¹⁸⁴ El MIR chileno y los tupamaros uruguayos, aún una incipiente organización, no fueron invitados a integrar los comités nacionales.

De todos modos, los que no pudieron asistir a la conferencia buscaron maneras de participar. El militante del MIR Miguel Enríquez estuvo en La Habana durante el período de la conferencia.¹⁸⁵ En Uruguay un grupo de nuevas organizaciones, entre ellas el MLNT, envió a través del periodista

Carlos María Gutiérrez una declaración especial para ser leída en la conferencia.¹⁸⁶

Todos los partidos conosureños que participaron en la Conferencia de la OLAS dijeron apoyar sus resoluciones, pero paradójicamente los que capitalizaron los resultados en los meses siguientes fueron los grupos que no habían tenido participación oficial.

Aunque los comunistas intentaron minimizar las diferencias con Cuba y enfatizaron su activa solidaridad con la revolución, las divergencias suscitadas en la conferencia y magnificadas por la prensa de la nueva izquierda conosureña resultaron difíciles de ocultar.¹⁸⁷ Estas divergencias tuvieron un fuerte impacto en los sectores atraídos por la propuesta de la Revolución cubana e intensificaron las escisiones dentro de las juventudes comunistas.

Los socialistas de la región apoyaron con fervor las resoluciones de la OLAS. Sin embargo, su práctica política interpeleaba de manera tácita las definiciones de la conferencia puesto que no pensaban transformarse en organizaciones clandestinas y apostaban a ocupar posiciones en el parlamento. Aunque apoyaron las resoluciones de la OLAS y sufrieron persecución en la Argentina (coral), Chile y Uruguay como consecuencia, su modelo organizacional relacionado con la práctica electoral tradicional no parecía la mejor herramienta para los tiempos de "lucha armada" que la OLAS anunciaba.

Los que mejor supieron capitalizar las definiciones de la conferencia fueron estos grupos que, aun en 1967, estaban en incipiente desarrollo y proponían e incitaban formas concretas de lucha armada en cada uno de los países. Estos grupos, que —como vimos en el capítulo anterior— pretendían construir una estrategia que adecuara los planteos de la lucha armada a las condiciones conosureñas, también tenían serias dudas sobre lo oportuno de iniciar esas acciones. Las definiciones de la OLAS, así como las reacciones que suscitaron en los distintos escenarios nacionales, funcionaron como incentivos para que estos grupos avanzaran en una serie de ideas.

En la Argentina y Chile, dos grupos que se estaban apartando del trotskismo definieron su opción por la lucha armada luego de la OLAS. El PRT argentino y el MIR chileno expresaron la transformación de ciertos sectores trotskistas hacia alternativas más latinoamericanistas que admitían la creación de nuevos grupos fusionados con otras organizaciones políticas de izquierda. El MIR chileno, aunque la gran mayoría de sus primeros dirigentes provenía del trotskismo, no tenía una definición explícita y tampoco adhería a la IV Internacional. El PRT, resultado de una alianza entre el grupo trotskista Palabra Obrera (PO) de Nahuel Moreno y un pequeño grupo del norte argentino llamado Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP), de perfil nacionalista indoamericanista y liderado por los hermanos Santucho, mantuvo la adhesión a la IV Internacional.

Como es sabido, el cambio que posibilitó este nuevo marco de alianzas y esta reconceptualización de la política internacional dentro del trotskismo fue la Revolución cubana, a la que todos estos grupos habían expresado su firme adhesión. Pero la relación era problemática por dos aspectos: las constantes sospechas de burocratización y soviétización de la revolución que la prensa trotskista propagó en diferentes momentos del proceso político cubano, y la visión crítica de los cubanos acerca de las tradiciones insurreccionalistas que descartaban la pertinencia del foco guerrillero rural. Las discrepancias en torno a las estrategias impulsadas por el MIR de Hugo Blanco en Perú y el MR 13 de Yohn Sosa en Guatemala pusieron de manifiesto esas diferencias.¹⁸⁸ En el marco de esa tensión, algunos sectores dentro del PRT y el MIR se inclinaron más decididamente hacia una posición procubana en abierta oposición con la vieja dirigencia.

En el caso argentino, el nuevo golpe de Estado perpetrado en junio de 1966 alteró de manera radical las condiciones políticas. Esta vez los militares propusieron un nuevo tipo de dictadura: la "revolución argentina", que en consonancia con el golpe de Brasil de 1964 proponía una transformación de la economía, la sociedad y la política. La apuesta central era una

modernización de tipo conservador que asegurara el crecimiento a costas del abandono de políticas proteccionistas, la proscripción de los partidos políticos y un control a nivel cultural que conllevaría la intervención de las universidades para "erradicar el marxismo".

En ese contexto de proscripción de los partidos políticos de izquierda, promulgación de leyes anticomunistas y quema de libros en las universidades, la reacción de la dictadura hacia la Conferencia de la OLAS era bastante previsible. Tras la conferencia, Onganía lanzó una requisitoria policial solicitando la captura de los participantes argentinos al evento.

En enero de 1968 el PRT votó en su IV Congreso el documento *El único camino para la toma del poder y el socialismo*, redactado por R. Santucho con la participación de Helios Prieto y Sergio Prada, texto que iniciaría el camino para conformar una organización armada.¹⁸⁹ El documento repasaba las diferentes tradiciones del marxismo y proponía una curiosa síntesis entre maoísmo y trotskismo, ya que el primero había provisto los mejores aportes para entender el mundo contemporáneo pero había sido incapaz de ofrecer estrategias adecuadas para la revolución, mientras que la reflexión político-militar del maoísmo había aportado las claves para impulsar procesos revolucionarios. Esa síntesis se había concretado en la Revolución cubana a través de una nueva corriente: el castrismo. El documento exigía abandonar la actitud ambigua que el partido había tenido hacia esa corriente y proponía un compromiso explícito del PRT hacia la estrategia continental e internacional que impulsaba el castrismo. Había que renunciar a los debates cuyo paladín era Nahuel Moreno (tradicional líder trotskista de esa organización) y expresar la inmediata voluntad de integrar la lucha armada a la estrategia continental propugnada por el castrismo. El documento planteaba que el debate acerca del foco rural había perdido vigencia y que los cubanos se mostraban más abiertos hacia otras estrategias que plantearan la formación de un ejército revolucionario y no dejaran esa tarea librada

al espontaneísmo de las masas (espontaneísmo refería a la estrategia insurreccionalista defendida por Moreno).¹⁹⁰

En Chile surgió una nueva generación dentro del MIR en oposición a la vieja camada de militantes trotskistas que respondía con métodos insurreccionales a los planteos guevaristas. El III Congreso del MIR radicalizó en 1967, luego de la Conferencia de la OLAS, las tesis político-militares sugeridas en 1965 que proponían una línea de ruptura con la tradición estrictamente insurreccional; de este modo marcó el inicio de un nuevo ciclo dentro de la organización y su pasaje hacia la clandestinidad.¹⁹¹

Este viraje dentro del MIR se dio en un momento peculiar de la "revolución en libertad" del gobierno del demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva. En 1967, el regreso de la inflación —con sus efectos sobre los salarios y el gasto estatal y el ralentamiento de la reforma agraria y de la política de nacionalizaciones— generó reacciones de disconformidad. La izquierda de la democracia cristiana y el FRAP exigieron una radicalización del programa de reformas. Las organizaciones sociales cercanas a la DC creadas en el campo y en las periferias urbanas también radicalizaron sus demandas.¹⁹² El gobierno respondió a esa conflictividad social con un discurso confrontacional con la izquierda y con el aumento de la represión estatal a través de grupos especiales de choque que fueron creados dentro del cuerpo policial. El incremento de la actividad represiva contra la movilización social generó una cantidad inédita de asesinatos en enfrentamientos callejeros.¹⁹³

El debate público en torno al comité local de la OLAS y las definiciones de la conferencia fue uno de los momentos en que el gobierno adoptó ese discurso confrontativo para emitir señales de polarización, tanto hacia su propio partido como hacia la izquierda. En agosto de 1967 la dirigencia de la Democracia Cristiana expresó que:

no se opone al funcionamiento de la OLAS en Chile.
[...] El PDC sostiene la vía democrática como el me-

mejor camino para el desarrollo de los pueblos en su lucha contra todo imperialismo y por superar el atraso, la explotación y la miseria. Admite sin embargo, conforme a sus principios, que en casos de gobiernos que desconocen los derechos fundamentales de las personas y del pueblo sin dejar salida democrática posible es legítimo defender esos derechos por la vía de la insurrección armada.

La declaración despertó el interés internacional. El periódico *The New York Times*, voceros del departamento de Estado de los Estados Unidos y de los gobiernos de Colombia y Venezuela cuestionaron la posición allí expresada.¹⁹⁴ Tras esas reacciones, el presidente Frei adoptó una actitud beligerante hacia los chilenos que habían participado del evento y lamentó no tener un “medio legal para condenar que en Chile se instalen instituciones como OLAS, pero moralmente las condeno”.¹⁹⁵ En los días siguientes, el gobierno inició una querrela penal contra el senador socialista Carlos Altamirano por sus declaraciones de apoyo a la OLAS, que culminó con su encarcelamiento, y creó un comité permanente “antisubversivo” controlado por los militares.¹⁹⁶

Fue en ese contexto de agitación social y polarización política donde el MIR tuvo que debatir sus asuntos estratégicos. Los documentos internos del debate de 1967 no se han conservado. Pero los textos de la revista *Estrategia* y algunas notas en *Punto Final*—que marcaron el inicio de las discusiones—, así como las memorias de Miguel Enríquez y Luis Vitale sobre el período, permiten aproximarse a lo ocurrido allí.¹⁹⁷ Mientras Vitale advertía sobre las desviaciones foquistas de Enríquez, este describía el MIR como “una bolsa de gatos”, colmada de grupos y fracciones en permanente disputa y sin “niveles orgánicos mínimos”, “aislados de las masas”, donde no había “estrategia y menos aún táctica” y donde “no se intentó seriamente realizar acciones armadas, si bien se hablaba de ellas y el movimiento se definía por la lucha armada”.¹⁹⁸ Frente

a estas imputaciones, Vitale señalaba que durante el período se habían debatido los documentos constitutivos del MIR, entre ellos la declaración de principios, el programa y las tesis insurreccionales y políticas de penetración en los sectores sindicales y poblacionales. Las diferencias radicaban en las estrategias defendidas por ambos dirigentes. Mientras Vitale se sentía cercano a las prácticas insurreccionalistas vinculadas a cierto sindicalismo radical asociado al trotskismo y al anarquismo, Enríquez simpatizaba con una vertiente posterior a la Revolución cubana, vinculada al desarrollo de una estructura armada que promoviera la radicalización de los sectores populares. Ambos compartían la crítica radical a los sectores reformistas de la izquierda por su defensa de la “legalidad burguesa”, pero los métodos que proponían para desafiarla eran radicalmente diferentes.¹⁹⁹ Ambas tendencias habían convivido en el MIR desde su fundación en 1965. La primera representaba a sectores del sindicalismo que habían entrado en la política en los cincuenta; la segunda, a sectores mayoritariamente estudiantiles que comenzaban a tener un peso preponderante en las organizaciones radicales de izquierda a mediados de esa década.

La figura central del congreso de diciembre de 1967 fue Miguel Enríquez, un estudiante de 23 años de la Universidad de Concepción, hijo de un senador del Partido Radical, quien fue recibido con aplausos al llegar de Cuba apenas un día después de iniciado el encuentro con una reformulación de las tesis político-militares redactadas en 1965.

Las nuevas definiciones reflejaban el pensamiento del ala izquierda del movimiento, representada por un grupo de jóvenes vinculados a las universidades de Concepción y de Santiago, que había tenido un crecimiento muy importante dentro de la organización a partir de su trabajo con sectores estudiantiles y de la población periférica de la ciudad.²⁰⁰ Con este cambio, el MIR adquirió una nueva orientación, que proponía acelerar el trabajo de masas y adecuar al partido para generar las condiciones necesarias para la lucha armada. Las

decisiones tomadas por el MIR en su III Congreso, realizado cinco meses después de la Conferencia de la OLAS, también lo orientaron hacia la estrategia de lucha armada planteada por la conferencia.

Como vimos en el capítulo anterior, el MLNT había sido creado en enero de 1966. Sin embargo, 1967 estuvo marcado por una fuerte incertidumbre acerca del destino del movimiento debido a la persecución policial y el pasaje a la clandestinidad de sus casi treinta miembros. Recién a fines de 1967 reapareció públicamente, en un contexto particular de polarización política marcado por las medidas autoritarias del presidente Oscar Gestido, intensificadas luego de su muerte, ocurrida en diciembre de 1967, por el vicepresidente Jorge Pacheco Areco al asumir el Poder Ejecutivo. El 9 de octubre, un día después de la muerte de Guevara, el gobierno decretó inmediatas medidas de seguridad. Hubo más de cuatrocientos detenidos, en su mayoría vinculados al movimiento sindical, y se clausuraron varios periódicos de izquierda. El objetivo de estas medidas fue dar una clara señal al movimiento sindical y a la oposición interna dentro del partido gobernante, cuyos adalides se oponían a reanudar negociaciones con los organismos internacionales de crédito. Las medidas autoritarias continuarían en los meses siguientes. El 12 de diciembre, apenas una semana después de la muerte de Gestido, Pacheco —decidido a marcar el rumbo autoritario que tomaría su gobierno y a tono con las discusiones regionales sobre la Conferencia de la OLAS— proscribió a una serie de grupos políticos de izquierda que habían adherido a las definiciones de la OLAS y a los órganos de prensa *Época* y *El Sol*, que los representaban. Fue una resolución inédita para la política uruguaya. En opinión de algunos, ese nuevo contexto contribuyó a definir el rumbo de los tupamaros y a su crecimiento explosivo durante 1968.²⁰¹

MORIR EN TIERRA AJENA O LA CONTINENTALIDAD DE LA REVOLUCIÓN

A la par de estos procesos en cada uno de los países, hubo una situación que incorporó nuevos elementos a la dinámica regional. Antes de su llegada a Bolivia, circuló una ola de rumores sobre la presencia del Che o de un grupo de delegados que recorrían Sudamérica en su nombre en busca de apoyo para su proyecto. Los tupamaros, todavía una organización pequeña, discutieron la posibilidad de abandonar la lucha armada en Uruguay y trasladarse a Bolivia. Militantes uruguayos del Movimiento Revolucionario Oriental, un pequeño grupo aliado del Partido Comunista, también recibieron entrenamiento militar en Cuba para luego combatir en Bolivia.²⁰² Cuando Guevara comienza su guerrilla, un sector del Partido Socialista chileno crea un grupo llamado Ejército de Liberación Nacional (ELN), y en la Argentina también se crea un grupo, en su mayoría integrado por excomunistas que habían viajado a Cuba en 1967 para entrenarse y ponerse al servicio de la guerrilla del Che.²⁰³ El objetivo de estos dos grupos era conformar la retaguardia del ELN boliviano. Junto con la red de apoyo implementada por gente de confianza del Che en Chile y la Argentina, también funcionaron otras relaciones políticas de la Revolución cubana vinculadas a la izquierda tradicional. En Uruguay, los encargados de establecer los contactos fueron miembros o aliados del Partido Comunista uruguayo; en Chile esa tarea estuvo a cargo del Partido Socialista. Y si bien los tupamaros fueron invitados a participar en esta campaña, los miembros del MIR y del PRT no fueron invitados, seguramente debido a las reticencias del gobierno cubano hacia el trotskismo. Además, como vimos en el capítulo anterior, se preparó un foco militar en Brasil de manera simultánea a la incursión de Guevara en Bolivia.

En mayo de 1967, unos meses antes de la Conferencia de la OLAS, la guerrilla boliviana concitaba la atención de los medios cercanos a la nueva izquierda conosureña. Uno de los motivos era la captura de Debray en Bolivia, ocurrida el 20 de

abril, junto con otros tres miembros del ELN. A partir de ese acontecimiento, un artículo publicado en *Marcha* y redactado por Carlos María Gutiérrez estableció una contundente conexión entre “¿Revolución en la revolución?” y el desarrollo de la guerrilla en Bolivia.

El mencionado periodista, que expresaba un profundo respeto intelectual por Debray, presentaba la guerrilla como la aplicación práctica de sus postulados teóricos. Desde esta perspectiva, la guerrilla implicaba un salto cualitativo en relación con las experiencias que los revolucionarios latinoamericanos venían ensayando desde enero de 1959. Ese salto era el resultado de un trabajo de reflexión y sistematización realizado por Debray y los cubanos y cuyas consecuencias serían positivas fuera de toda discusión. Esta guerrilla prometía tener larga vida debido a que “por sus características de organización, por su alienación de los partidos políticos existentes, por la solidez de su mantenimiento y su efectividad en los encuentros librados hasta ahora, ha sido evidentemente estructurada dentro de la nueva teoría insurreccional”.²⁰⁴ Por último, Gutiérrez expresaba que la “elección del país, y luego de la zona, es la que corresponde al esquema general de la tesis insurreccional latinoamericana”, por lo que era bastante plausible que los rumores acerca de la presencia de Guevara en la región se confirmaran.

En Chile, la cercanía de la guerrilla boliviana impactó todavía más. La revista *Punto Final* decía:

La guerra revolucionaria ha dejado de ser un asunto lejano para los chilenos. Está en nuestras propias fronteras, en Bolivia. Las guerrillas bolivianas comprometen en su acción a países vecinos como la Argentina, Brasil, Paraguay y Perú. Así lo han comprendido los “gorilas” de esas naciones, que están no solo fortaleciendo sus efectivos militares en la zona, sino que, además, en el caso brasileño y argentino, proporcionan armas y pertrechos al régimen militar de La Paz.²⁰⁵

Las adhesiones concitadas por el emprendimiento eran un elemento importante, ya que, como lo expresaba Gutiérrez, esa campaña militar tenía una pretensión regional cuyos antecedentes se remontaban a proyectos anteriores de Guevara. El foco guerrillero pretendía expandirse desde Bolivia hacia otros países, como lo dejó en claro Manuel “Barbarroja” Piñeiro en los noventa.²⁰⁶

Sin embargo, la situación de la guerrilla boliviana era mucho más incierta de lo que admitía la prensa cercana a la nueva izquierda. Guevara había llegado en noviembre de 1967 a Bolivia; a fines de diciembre, su grupo guerrillero estaba compuesto de veinticuatro hombres, de los cuales solo nueve eran bolivianos. En ese contexto Guevara se enfrentó al secretario general del Partido Comunista boliviano por el liderazgo. Cuando el Che exigió mantener el liderazgo militar del grupo, el partido decidió retirar su apoyo a la guerrilla. En los meses siguientes, la guerrilla comenzó a recibir apoyos locales y en marzo empezaron a caer algunos de los guerrilleros, quienes confesaron la participación de cubanos. También fue detectada la granja que funcionaba como sede de los guerrilleros.

Todas estas noticias concitaron la atención del ejército boliviano, de los estadounidenses y de las dictaduras brasileña y argentina, que ofrecieron su apoyo en la búsqueda de los guerrilleros. Giro Bustos y Régis Debray, los principales contactos de la guerrilla guevarista, cayeron en abril. Debray confesó que Guevara se encontraba en Bolivia.²⁰⁷ A partir de ese momento, la búsqueda se intensificó y los miembros del ELN perdieron toda iniciativa y prefirieron escapar a ser capturados por el ejército.

El resultado final de la campaña del Che fue un completo fracaso, marcado por la imposibilidad de establecer contactos con los sectores populares en el área y por los conflictos con el Partido Comunista boliviano. Tras casi un año de lucha, la guerrilla fue derrotada y la mayoría de sus cuarenta y siete miembros resultó asesinada. Cinco sobrevivientes lograron escapar a través de la frontera chilena, donde fueron captura-

dos. Gracias a una campaña de respaldo organizada por militantes chilenos, el gobierno aceptó entregarlos a Cuba.²⁰⁸

Entre el 10 y el 11 de octubre circuló la noticia de que Guevara había sido encontrado y asesinado por los rangers bolivianos. La imagen de su cadáver fue publicada en todos los diarios del mundo. Las fotos eran de Freddy Alborta, un reconocido fotógrafo boliviano a quien se le había solicitado que acudiera a Vallegrande para testimoniar la muerte del Che. Alborta otorgó una intención clara a sus fotos:

Le dejaron los ojos abiertos con la intención de identificarlo, pero a mí me ha servido para fotografiar no a un cadáver corriente sino a una persona que parecía viva, y creo que no es la impresión mía sino la de mucha gente que lo ha comparado con el cadáver de un Cristo.²⁰⁹

Las fotografías del torso desnudo, acostado, con una herida en el pecho señalada por uno de los militares allí presentes y los ojos abiertos que lo hacían parecer vivo, propiciaron lecturas simbólicas de su muerte que de inmediato fueron interpretadas por los simpatizantes de Guevara a lo largo y ancho del planeta.²¹⁰ Por un lado, los ojos abiertos desafiaban la intención principal de las fotos, que era demostrar su muerte. Por otro, primaban las comparaciones entre la muerte de Guevara y la de Jesús. La herida en el pecho señalada por el militar recordaba el episodio evangélico en que un apóstol apoya los dedos sobre el pecho de Cristo. La disposición del cuerpo de Guevara y el aspecto de su rostro guardaban algunas coincidencias con representaciones clásicas de la muerte de Jesús, como la pintura de Andrea Mantegna, *Lamentación sobre Cristo muerto*.²¹¹

La interpretación de las fotos anticipó la lectura emocional que suscitó la muerte de Guevara entre los grupos conosureños. Su muerte no fue entendida como un fracaso de su estrategia continental, sino como una posibilidad para las op-

ciones que Guevara había defendido. Como él mismo había anticipado en su *Mensaje a la Tricontinental*, ahora devenido en una suerte de testamento político:

En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

Para vencer la muerte de Guevara, era imprescindible continuar su lucha. Guevara no estaba muerto si otros seguían adelante. No obstante, su muerte no pasó inadvertida para sus seguidores. Aunque el final de Guevara era previsible dados los riesgos que había optado asumir, su muerte enfrentaba a sus seguidores con la realidad de los peligros que implicaba el compromiso revolucionario. Si bien en otras regiones de América Latina esto resultaba por demás evidente, en 1967 no lo era tanto para los militantes conosureños. Hasta ese momento, en ningún país del Cono Sur la represión política había sido tan salvaje contra estos incipientes grupos guerrilleros.

Aunque dentro de los grupos conosureños se admitían los errores de la estrategia guevarista y la muerte del Che reforzaba la necesidad de buscar caminos diferentes al foco rural, en el debate público su muerte se explicaba por el aislamiento que otros partidos bolivianos de izquierda —en particular el Partido Comunista boliviano— habían impuesto a la guerrilla del ELN y por la participación de la CIA y los rangers en las actividades del ejército boliviano.

Pero, junto con la lectura política de la muerte de Guevara, también existió lo que llamaremos una lectura sentimental de su deceso. Múltiples testimonios de historia oral dan cuenta del impacto emocional que tuvo en las trayectorias políticas de militantes de los sesenta.²¹² Esta lectura sentimental no estaba disociada

y tampoco implicó una contradicción con lo político. Las revistas que nombramos en el capítulo I incluyeron poemas sobre la muerte del Che en sus números de octubre y noviembre, textos que dan cuenta de la explosión de sentimientos que desató.

Mientras los debates sobre la estrategia política estuvieron marcados por un lenguaje neutro y en muchos casos “técnico”, que defendía el recurso a la violencia como un problema racional, no relacionado con una sentimentalidad o una subjetividad romántica, sino con una realidad objetiva que solo podría transformarse a través de prácticas ilegales que implicaban arriesgar la propia vida, la poesía permitió expresar otros acercamientos al problema de la revolución, el sacrificio, la muerte y la violencia. Potenció una subjetividad que enfatizaba el valor ético del sacrificio en oposición al confort ofrecido por la sociedad de consumo y colocó a la violencia en un lugar emancipador.

Los historiadores no estamos muy acostumbrados a trabajar con la poesía como fuente histórica. La literalidad con la que tendemos a usar las fuentes es opuesta a la polisemia del lenguaje poético. En este sentido, me limitaré a transcribir dos poemas y considerar ciertas ideas que creo entrever en ellos aun cuando admitan otras lecturas. He seleccionado dos textos publicados en diferentes revistas que expresan algunas de las emociones y percepciones de quienes se sintieron afectados por la muerte del Che en aquel momento.

“Che”, del argentino Julio Huasi, publicado primero en *Punto Final* y luego en *Cristianismo y Revolución*, expresa una impresionante variedad de imágenes que evidencian la vitalidad de una figura mítica, que no parece haberse perturbado por su destino trágico.²¹³ Este universo va desde lo cósmico hasta lo cotidiano, pasando por lo biológico, y utiliza un lenguaje en tensión permanente para atribuir un tipo de religiosidad cercana al catolicismo, con alusiones constantes a Jesús y al Padre Nuestro, a un personaje iconoclasta como lo fue el Che. “No la paz sino la dulce guerra popular sea contigo”. Los ojos del Che como “lámparas en cada choza hambrienta”, su corazón que latirá en cada niño que nazca y en cada parturienta. En los últimos versos se

hace visible esta tensión entre la ruptura que expresa su figura y el intento de establecer un lenguaje sagrado de nuevo cuño.

Padre nuestro que estás en la guerra,
Gloria a América por haberte parido.
Desde la materia seguirás disparando,
amor o muerte, Ernesto, vela por nosotros,
amor o muerte, Che, vengaremos tu amor,
amor o muerte, enamorado perpetuo,
no has caído, solo apareciste para siempre
para comandarnos desde siempre a la victoria
por los siglos y los siglos de nuestra América, así sea
contigo venceremos.

A lo largo del poema, varias imágenes remiten a la materialidad de la violencia: huesos, sangre, “cuervos y palomas ya disputan tu carne”, balas. Pero esa crudeza con la que el poeta describe la violencia está siempre asociada con figuras oximorónicas como “dulce guerra popular” o “caricias de pólvora”. Este dispositivo responde a una intersección entre dos lenguajes juveniles que en aquel período circulaban en el Cono Sur. El lenguaje del amor, vinculado a sectores de la contracultura estadounidense, y el de la violencia revolucionaria latinoamericana. En Huasi, el Che condensa ambas perspectivas:

Ya no dabas más de amor, tu amor quemó la historia,
con testículos de oro amaste furiosamente la liberación,
le diste a América tu amor de fuego, caricias de pólvora,
tu ardiente beso armado la despertó en la noche, [...]

Sin embargo, el amor del Che también tenía sus limitaciones, pautadas por las demandas de la lucha revolucionaria:

Lloré con mis huesos hundidos en América
no quise que me vieras porque me fusilarías,
el Che no quiere lágrimas, urge balas concretas,

el llanto en tu nombre es una gran traición, [...]

Por último, su muerte implicaba no una derrota, sino el inicio del triunfo:

Nadie llore ni rece, tu testamento esmeralda
deja tu gran fusil para que luchen con él,
no inclinen las banderas, álcenlas más que nunca,
que nadie pronuncie tu nombre en vano;
solo los asesinos que se pongan de luto,
por su propia muerte indudable y bien muerta,
Ernesto, irás con nosotros a sus funerales,
iremos con radiantes cirios con gatillos absolutos.
Jesús baja de la cruz, se terminó el calvario.
Toma el fusil Camilo, deja los clavos y dispara,
se acabó la era de la segunda mejilla.

Por su parte, en su poema "Consternados, rabiosos"
—publicado primero en *Punto Final* y luego en Uruguay— el
uruguayo Mario Benedetti indaga en las sensaciones ante
la muerte del Che, "aunque esta sea uno de los absurdos
previsibles".²¹⁴ Lo que atraviesa gran parte del poema es una
sensación de vergüenza y culpabilidad.

vergüenza tener frío
y arrimarse a la estufa como siempre
tener hambre y comer
esa cosa tan simple
abrir el tocadiscos y escuchar en silencio
sobre todo si es un cuarteto de Mozart

da vergüenza el confort
y el asma da vergüenza
cuando tu comandante está cayendo ametrallado fa-
buloso nítido

eres nuestra conciencia acribillada

Ambos sentimientos están asociados al confort que la sociedad de consumo ofrece a los sectores medios. La estufa, el tocadiscos, un cuarteto de Mozart representan los objetos que nos atan al confort en el mismo momento que Guevara ofrece su vida.

En los últimos versos vuelve a plantearse esa tensión entre lo religioso y la búsqueda de otros absolutos ante la muerte.

donde estés
si es que estás
si estás llegando
será una pena que no exista Dios

pero habrá otros
claro que habrá otros
dignos de recibirte comandante.

Estos dos poemas condensan algunos de los principales sentimientos que circularon entre quienes habían estado atentos a la experiencia de Guevara en Bolivia. La culpa, la fascinación con la violencia como práctica emancipadora, la sensación de estar viviendo una nueva época histórica, la lealtad al Che y la búsqueda de una subjetividad trascendental alternativa a la religiosa. En alguna medida, la lectura de estos poemas guarda ciertas coincidencias con la noción de estructura de sentimientos planteada por Raymond Williams, ya que refiere a una identidad generacional en su modo de expresar creencias, valores y emociones, que anteceden a la política a través del arte, y que aún no logra formalizar en el campo de la política.²¹⁵ Estos sentimientos, asociados a los informes que explicaban la muerte del Che por la traición del Partido Comunista boliviano y los sectores reformistas, hicieron que los jóvenes que se sentían convocados por el discurso de la izquierda se acercaran a las propuestas de la nueva izquierda. Si bien esta aún no podía articular su propuesta a través de la resignifica-

ción la muerte de Guevara en clave de futuro, establecía una alternativa a los métodos tradicionales de la izquierda.

No obstante ello, varios medios conservadores se anticiparon a predecir la decadencia de la nueva izquierda y advirtieron: "La muerte de Ernesto Guevara hace desaparecer el mito de la eficacia de su acción y constituye un símbolo de la infecundidad dolorosa del empleo de la fuerza contra el derecho".²¹⁶ Otros analistas más atentos percibieron que su muerte significaba un nuevo comienzo. El joven abogado Mariano Grondona, asesor de la dictadura militar de Onganía, escribía en la más popular revista argentina una columna titulada "Los herederos de Marx". En ella se describía a Guevara y Debray como la "espada" y la "pluma" de Castro que habían conocido el fin de su carrera en "las selvas de Bolivia". Luego de repasar las diferentes vertientes del marxismo hasta llegar a Mao, Grondona reconocía en Debray y Guevara una continuidad con el pensamiento de Marx "en la pretensión de darle a la frustración de los postergados un canal racional y un programa de acción". Y culminaba su análisis con la admonición

El mundo de hoy no enfrenta ya la disconformidad de los obreros industriales en el seno de cada sociedad europea, sino la desesperanza de casi todas las naciones que cubren las zonas tórridas y austral de la tierra. Los líderes revolucionarios de estos pueblos, aquellos que han perdido la confianza en la posibilidad de una reforma pacífica, no cuentan aún con un Marx propio, y por eso acuden al viejo arsenal de ideas de quien, hace más de cien años, formuló la doctrina de otro resentimiento. Esta adaptación no se logra sin crecientes deformaciones, pero si la desigualdad entre el mundo desarrollado y el mundo subdesarrollado continúa en vertiginoso aumento, nuevos combatientes y nuevos pensadores, que aún no conocemos, agitarán a la humanidad con un largo período de conflictos y violencia. La muerte de Guevara y la prisión de Debray no

indican, en este sentido, el fin de una situación revolucionaria: son, más bien, sus primeras señales.²¹⁷

Grondona estaba en lo cierto. La difusión de *El diario del Che en Bolivia* ilustra de manera puntual y gráfica cómo su muerte se transformó en un nuevo comienzo. En marzo de 1968, mientras los militares bolivianos evaluaban la posibilidad de vender *El diario* a editoriales estadounidenses o británicas, el ministro boliviano Antonio Arguedas decidió hacérselo llegar en secreto al gobierno cubano. En marzo de 1968, Arguedas envió a un amigo con *El diario* a Chile. Una vez allí, el texto fue entregado en la sede de la revista *Punto Final*, que a su vez lo hizo llegar al gobierno de Cuba. El gesto de Arguedas generó un escándalo de tal magnitud que lo obligó a pedir asilo político en Chile.²¹⁸ En julio de 1968, *El diario* fue publicado casi simultáneamente a lo largo y ancho del mundo. El gobierno cubano otorgó los permisos de edición a *Punto Final* para el Cono Sur.²¹⁹

Lo que *El diario del Che en Bolivia* contaba era una compleja peripecia marcada por el gradual aislamiento político y social de la guerrilla a lo largo del año en que se había intentado la campaña. A fines de septiembre de 1967, Guevara expresaba su preocupación por la dura situación que enfrentaba el grupo. En agosto y junio, el avance del ejército sobre la zona los había forzado a aislarse de sus contactos con la ciudad y había frustrado la posibilidad de desarrollar trabajo político con los campesinos de la zona. A fines de septiembre, se agregó otro factor: "El ejército está mostrando más efectividad en su acción y la masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores".²²⁰

Aunque el texto podía leerse como la constatación de la derrota, fue resignificado en clave épica. Como el propio Guevara había expresado en su *Mensaje a la Tricontinental*, su muerte era apenas un evento en una trayectoria más larga y compartida por el conjunto de los revolucionarios que debían continuar su lucha.²²¹

En un marco de creciente polarización local, el conflicto entre la OEA y la OLAS resignificó el componente local en una

serie de sentidos continentales. Para algunos sectores de la izquierda, había que continentalizar la revolución. Para los sectores gubernamentales, se trataba de una amenaza subversiva manipulada desde Cuba que era necesario contener incluso con medidas contrarias a la libertad expresión y asociación en países democráticos como Chile y Uruguay.

La campaña de Guevara en Bolivia incorporó nuevos elementos a esta lectura política de continentalizar la revolución. Por un lado, las grandes expectativas en torno a su capacidad militar y política en ese país potenciaron el accionar y la búsqueda de encuentros de estos grupos en esa región. Por otro, la lectura emocional de la muerte de Guevara contribuyó a fomentar la lucha armada entre los militantes conosureños.

La OLAS no cumplió con las expectativas, ni tampoco con los miedos que despertó entre los amigos y los enemigos de la Revolución cubana. Una vez finalizada la conferencia, la revolución no se continentalizó y las guerrillas, a cuya continuidad habían apostado los cubanos, no prosperaron. Sin embargo, la OLAS y la muerte de Guevara en Bolivia tuvieron un resultado que en su momento pasó inadvertido. Siete años después Régis Debray, lo describió así:

OLAS apareció en el momento en que el centro de gravedad de la lucha revolucionaria pasaba del norte al sur, de la zona del Caribe (Guatemala, Venezuela, Santo Domingo, Colombia) al "Cono Sur" (Chile, Argentina, Uruguay): expresaba las tendencias de aquel pasado a la vez que imprimía su marca sobre las tendencias del futuro. Geográfica e históricamente, Bolivia sirvió de nexo entre las dos épocas y las dos regiones, fue la vía de paso del influjo revolucionario.²²²

La revolución se había movido desde países con poco desarrollo socioeconómico y marcados por la presencia del mundo rural hasta países más modernos y con mayor desarrollo de los sectores medios urbanos en el contexto latinoamericano.

3. Dependencia o lucha armada Intelectuales y militantes conosureños cuestionan el camino legal al socialismo. Santiago de Chile 1970-1973

En septiembre de 1970, Salvador Allende triunfó en las elecciones presidenciales chilenas con una propuesta de transición pacífica al socialismo. Así se inició un experimento político que, por su originalidad, concitó la atención internacional. El proyecto político de Unidad Popular (UP) implicaba conjugar lo mejor de los dos mundos de la Guerra Fría: proponía alcanzar el socialismo a través de la democracia liberal. Más allá de las evidentes diferencias con la Revolución cubana, este proceso fue concebido como un nuevo paso en el camino hacia la liberación latinoamericana. Una de las posibilidades habilitadas por la victoria electoral de la UP fue proveer refugio a numerosos militantes de la región. Durante las primeras semanas de su presidencia, Allende garantizó asilo político a diecisiete bolivianos, siete brasileños, nueve uruguayos y doce mexicanos.²²³

Más allá de que Chile contaba con una larga tradición de asilo político en el contexto latinoamericano, durante este período el número de refugiados aumentó de manera notable debido a que muchas organizaciones de izquierda de la región veían el país como un refugio ideal para escapar de la persecución de que eran objeto. Por lo general, no eran recibidos mediante un procedimiento oficial; el gobierno desconocía su arribo, que se concretaba gracias al apoyo de organizaciones de izquierda chilenas, en algunos casos incluso contra la voluntad del presidente.

Esta situación dio origen a problemas internacionales para el gobierno de Allende, quien debió esforzarse por mantener

un delicado equilibrio entre los principios de la solidaridad continental defendida por la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) —de la que había sido vicepresidente— y las buenas relaciones con los países vecinos, en su mayoría gobernados por dictaduras de derecha. Todo dentro del marco de una política exterior pluralista, que buscaba impulsar el latinoamericanismo más de allá de las posturas ideológicas y pretendía ubicar el sur global en un lugar especial en los asuntos internacionales.

En este contexto, numerosos militantes de la izquierda armada conosureña comenzaron a reunirse para debatir temas comunes y coordinar acciones políticas y militares en Chile. También hubo muchos académicos refugiados conectados con esas experiencias políticas: fueron ellos quienes desarrollaron la línea más radical dentro de la llamada “teoría de la dependencia”. A través del seguimiento de sus experiencias de intercambio, intentaré mostrar cómo contribuyeron a fortalecer y dar nuevos significados políticos a una red transnacional de militantes políticos vinculados a diferentes organizaciones de la nueva izquierda argentina, brasileña, boliviana, chilena y uruguaya, ya en formación desde mediados de los sesenta.

ARGENTINOS, URUGUAYOS, BRASILEÑOS Y BOLIVIANOS EN EL CHILE DE ALLENDE

Tras el golpe de Estado de 1964 en Brasil, militantes y académicos perseguidos por la dictadura encontraron refugio en Chile. Al comienzo, se trataba de un grupo reducido: como vimos en el capítulo 1, la mayoría de los primeros exiliados se estableció en Montevideo.²²⁴ Sin embargo, cuando la dictadura brasileña introdujo políticas más autoritarias con el Acto Institucional n° 5 y en Uruguay comenzaron a generalizarse las medidas represivas durante el gobierno de Jorge

Pacheco Areco, una segunda ola de exiliados buscó refugio en Santiago.

Estos exiliados estaban en su mayoría conectados con las alrededor de veinte organizaciones guerrilleras que se habían vuelto visibles a partir de 1968. Predominantemente urbanos, defendían la guerra de guerrillas como camino para derrotar a la dictadura y denunciaban el fracaso de la izquierda y los partidos nacionalistas en detener el avance del autoritarismo.²²⁵ Los miembros de estos grupos habían sido reclutados en el movimiento estudiantil y, en menor medida, entre los militantes del movimiento obrero. Un número importante buscó agrupar a las diversas organizaciones, que en su mayoría compartían una visión común sobre la izquierda y la estrategia política a seguir. En esencia, intentaban conciliar la ortodoxia de la guerrilla rural guevarista con las nuevas tácticas de la guerrilla urbana.²²⁶

Todas estas organizaciones tenían el objetivo de construir un movimiento guerrillero rural, pero para alcanzarlo necesitaban cumplir una etapa previa: construir recursos humanos y materiales en las ciudades. Así, utilizaron expropiaciones y secuestros para presionar al gobierno y forzarlo a liberar prisioneros políticos. 1969 fue el año de la “inmersión general en la lucha armada”, que se extendió hasta 1970.²²⁷ Aunque ciertas acciones parecían exitosas, la efectividad de la represión con su uso sistemático de la tortura condujo a que, en 1972, la mayor parte de las organizaciones acabaran derrotadas. El desarrollo de la guerrilla rural por estos grupos nunca llegó a concretarse. La única excepción fue la llamada Guerrilha do Araguaia, integrada por miembros del Partido Comunista do Brasil y, en menor medida, por militantes católicos provenientes de Acción Popular (AP). Estos se habían opuesto a la guerrilla urbana y habían enviado militantes a la zona de Araguaia, en el estado de Pará, con el propósito de iniciar una guerrilla rural que logró sobrevivir hasta 1974.

Muchos de estos militantes buscaron refugio en Chile, donde en 1973 ya existía una comunidad de alrededor de mil

doscientos exiliados brasileños.²²⁸ Algunos entraron de manera directa, otros pidieron asilo legal. Entre 1969 y 1971, los embajadores suizo, estadounidense y británico fueron secuestrados por la guerrilla brasileña e intercambiados por la liberación de ciento veinticinco prisioneros, que fueron enviados directamente a Chile.²²⁹ Estos secuestros inspiraron acciones similares entre otros grupos de Latinoamérica.²³⁰

De acuerdo con los testimonios de varios exiliados, la experiencia vivida en Chile cambió el modo en que los brasileños percibían América Latina. Según José María Rabelo, esto les generó “una sensación de mucha humildad”, ya que conocieron la larga tradición revolucionaria de la América hispana y

todo el universo de los héroes latinoamericanos: los Guevara, Allende, Bolívar, Camilo Torres, Artigas, Tupac Amaru, grandes líderes de la primera y la segunda independencias; no son muchos los nombres brasileños que pueden incluirse. [...] En el fondo, lo que para nosotros era la inestabilidad latinoamericana era precisamente el resultado del mayor nivel de desarrollo de las luchas políticas. En gran parte, eso explica la convulsionada historia de esos pueblos que, tal vez más que nosotros, nunca aceptaron pasivamente la dominación de los distintos intereses que se instalaron en nuestro continente para explotarnos y empobrecernos.²³¹

El impacto de la experiencia chilena también se debía a la participación social que generaba el proceso político de la UP. En palabras de Marijane V. Lisboa, Chile era “un laboratorio de marxismo” donde “todo era nuevo y yo quería vivir todo aquello”.²³²

Durante ese período, los exiliados no vivieron su permanencia en el exterior pasivamente, sino como un momento más en la lucha impulsada por sus organizaciones de per-

tenencia. Una de las actividades centrales del exilio organizado fue denunciar lo que ocurría en Brasil. El Comité de Denúncia da Repressão no Brasil publicó entre 1969 y 1973 en Argelia, Francia e Italia, y luego en Chile, el boletín *Frente Brasileño de Informaciones*, que funcionó como una agencia de noticias que buscaba contrarrestar la información digitada por el régimen dentro de Brasil y denunciar en el exterior las violaciones a los derechos humanos cometidas por los militares que habían tomado el poder. En Chile, ese comité surgió por iniciativa de algunos militantes vinculados a AP, como Herbert de Souza y José Serra, pero luego se sumaron militantes de otras organizaciones.²³³

Además de denunciar las violaciones de los derechos humanos cometidas por la dictadura, ciertos sectores del exilio brasileño intentaron mantener vivo el proyecto revolucionario. Denisse Rollenberg sostiene que una minoría llegó a alentar que se cometieran robos en Chile para mantener y apoyar la infraestructura militar. Algunos de ellos terminaron en la cárcel durante el gobierno de UP y luego denunciaron haber sido torturados por un funcionario policial vinculado al Partido Comunista chileno.²³⁴ Otros, conscientes de que tarde o temprano retornarían a Brasil, se insertaron en los sectores obreros para confraternizar con ese mundo idealizado. Estas prácticas estaban a tono con la idea de proletarianización que varias organizaciones conosureñas defendían en aquel momento.²³⁵

Para la mayoría de los militantes, el exilio fue una oportunidad para reflexionar acerca del progresivo aislamiento que las organizaciones de la izquierda armada experimentaban en Brasil.²³⁶ Esa reflexión encontró su vía de expresión en las revistas: en Chile llegaron a publicarse diez diferentes, todas ellas editadas por militantes chilenos,²³⁷ entre otras *Resistencia*, *Campanha* y *Debate*.

Los temas más recurrentes eran el riesgo de aislamiento causado por las “desviaciones militares” y la necesidad de fundar un partido que tuviera un firme compromiso ideológico

con el marxismo-leninismo. Estos debates y reflexiones estuvieron vinculados a intercambios con otras organizaciones latinoamericanas. A modo de ejemplo de esta voluntad de diálogo, la revista *Debate* —publicada en París, en febrero de 1970, y reeditada en Santiago, en junio de 1972, bajo el nombre *Teoría y Práctica*— estaba escrita en español para llegar a un público más amplio que trascendiera al brasileño.²³⁸

Chile era un territorio muy familiar para el ELN boliviano. Desde los tiempos del Che Guevara, algunos militantes chilenos vinculados fundamentalmente al Partido Socialista —como Beatriz Allende, Elmo Catalán y Arnoldo Camú— constituían una de las principales retaguardias del accionar del ELN. Además de gestionar el envío de recursos a la guerrilla boliviana, una vez finalizadas las campañas militares intentaron asegurar la fuga de los combatientes a través de territorio chileno. Durante la etapa de reorganización del ELN en 1968 y 1969, luego de la primera derrota sufrida por Guevara, los militantes chilenos también cumplieron un papel central. Inti Peredo, designado para secundar al Che, se refugió en Chile y desde allí planeó la reorganización del ELN, al que se unieron numerosos militantes chilenos. El periodista de *Punto Final* Elmo Catalán se sumó a un grupo que viajó a Bolivia y llegó a ser uno de los más importantes dirigentes del ELN.²³⁹

El rol de Guevara en la fundación del ELN le imprimió un carácter marcadamente internacionalista. De los sesenta y siete participantes en la campaña de Teoponte, siete fueron chilenos; dos, argentinos; uno, brasileño; uno, peruano, y uno, colombiano. Por otra parte, tres de los sobrevivientes que llegaron a Chile eran chilenos. Esa dimensión internacionalista que Guevara le imprimió al ELN también impactó fuera de Chile: su reorganización contó con apoyos importantes de otros países de la región. Tras un contacto intermediado por un periodista de Prensa Latina, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLNT) ofreció al ELN gran parte de las libras esterlinas obtenidas en el robo de la Sucesión Horacio Mailhos SA en Uruguay.²⁴⁰ El ELN también buscó

apoyos en otras organizaciones de la región. En 1969, Inti Peredo se reunió en La Paz con Alejandro Dabat del PRT.²⁴¹

Por su parte, los militares bolivianos utilizaron esta dimensión internacionalista del ELN para desprestigiarlo. En 1968, con motivo de la publicación en Chile de *El diario del Che en Bolivia* y el pedido de asilo del ministro Antonio Arguedas, el presidente René Barrientos decía: “La sublevación y la traición pasan a través de Chile”.²⁴²

En julio de 1970, el pueblo minero de Teoponte fue ocupado por un grupo de sesenta y siete militantes del ELN, en su mayoría jóvenes de sectores medios.²⁴³ La campaña duró poco: a fines de septiembre, treinta guerrilleros habían sido fusilados, nueve habían muerto en combate y el resto había sido capturado; apenas una decena de militantes resistía el cerco militar. De ese puñado de famélicos y debilitados guerrilleros, dos intentaron desertar llevándose las pocas provisiones con las que contaban; los otros juzgaron que esa conducta era sinónimo de desertión y los fusilaron.

El 4 de noviembre, día en que Salvador Allende asumió la presidencia, ocho sobrevivientes de la guerrilla boliviana escapados de Teoponte fueron acogidos por el nuevo gobierno socialista chileno. Entre ellos estaba el líder del ELN, Osvaldo Chato Peredo, sucesor de su asesinado hermano Inti, designado por Guevara en 1967. Los ocho sobrevivientes llegaron en avión a Arica y fueron recibidos por una multitudinaria manifestación de estudiantes.²⁴⁴ Un mes antes, tres sobrevivientes de esa campaña habían cruzado la frontera chilena y recibido el apoyo del Partido Socialista. René Zavaleta Mercado, un intelectual del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) que se acercó poco a poco a las posturas del ELN, escribió en 1971 un texto para *Punto Final* donde afirmaba que, si bien las campañas de Nancahuazú y Teoponte al inicio habían sido un fracaso político y militar, habían tenido un “éxito político diferido, difuso”. Desde su punto de vista, la radicalización de estos jóvenes nacionalistas y su vuelco hacia la izquierda expresaban “una apertura tácti-

ca fundamental” que contribuía a explicar la llegada al poder del general Juan José Torres.²⁴⁵

Torres, un militar nacionalista de izquierda que había participado en las políticas de nacionalizaciones del gobierno de Ovando y tenía una opinión positiva del proceso reformista impulsado por Velasco Alvarado en Perú, radicalizó los lineamientos de la administración anterior: continuó el proceso de nacionalizaciones y promovió una política exterior independiente. Además fue un innovador en relación con el “peruanismo”, ya que propuso la creación de una asamblea popular para conducir el proceso de transformaciones. Una de las primeras medidas del nuevo gobierno fue ofrecer a los militantes del ELN la posibilidad del exilio y un trato justo a quienes aún estaban fugitivos.²⁴⁶

Durante los primeros meses de 1971, el ELN puso mayor énfasis en la guerrilla urbana. Los tupamaros uruguayos habían enviado instructores que enseñaban a construir refugios subterráneos y otras técnicas para la lucha urbana.²⁴⁷ Cometieron asesinatos políticos y realizaron allanamientos a represores que habían perseguido al ELN. El grupo estableció una alianza cercana con el flamante Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) boliviano, integrado por militantes universitarios de la Democracia Cristiana Revolucionaria y de la izquierda independiente.²⁴⁸

Durante ese período, miembros del ELN comenzaron a tener cercanía con el gobierno de Torres. El mayor Rubén Sánchez fue una pieza clave para iniciar los contactos entre gobierno y guerrilla. Este militar, que después de haber sido capturado por Guevara se había volcado poco a poco a la izquierda, coordinó con el ELN diferentes aspectos para instrumentar la defensa del gobierno de Torres.²⁴⁹ Cuando Torres fue derrocado diez meses más tarde por una conspiración militar conservadora, los miembros del ELN y algunos militares convocados por Sánchez tuvieron un papel destacado en el único intento de resistencia al golpe de Estado, conocido como “combate de Laikakota”.²⁵⁰

Derrotada la resistencia y con Hugo Banzer a cargo de la presidencia de Bolivia, en agosto de 1971 Chile se transformó por tercera vez en lugar de refugio y reconfiguración para el ELN. Durante ese período, Torres aumentó sus contactos con la izquierda latinoamericana y profundizó sus estudios sobre marxismo. Publicó *Dinámica nacional y liberación*, donde hacía una lectura dependentista de la historia boliviana. Además, intentó crear en Chile un frente de izquierda que agrupara a los diversos grupos que habían participado en la Asamblea Popular desarrollada durante el gobierno del general Torres. El llamado Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA) agrupó en sus filas a gran parte de la izquierda legal (Partido Comunista de Bolivia, MIR, Partido Revolucionario de la Izquierda Nacionalista, Partido Obrero Revolucionario –Combate, Masas–, Partido Socialista de Bolivia) y de la izquierda armada, entre otros el ELN y una nueva organización integrada por militares y liderada por Sánchez. El objetivo del FRA era planificar la resistencia desde Chile.

Según el periodista e historiador Martín Sivak, Sánchez, en contacto con Torres y con el apoyo de Régis Debray, emprendió una gira por Europa con el objetivo de recaudar fondos para la resistencia. La gira fue un éxito: obtuvo cien mil dólares. Pablo Picasso e Yves Montand, entre otros, aportaron fondos a la campaña. Sin embargo, cuando Sánchez retornó a Chile el FRA ya estaba disuelto debido a los conflictos internos que había suscitado la evaluación de la experiencia de la Asamblea Popular.²⁵¹ Los miembros del ELN volvieron a contactarse con Cuba para retomar los planes de una nueva incursión armada, pero se vieron afectados por el golpe de Estado de Augusto Pinochet en Chile. En septiembre de 1973, los militantes que aún estaban en Chile debieron abandonar el país y Buenos Aires se transformó en el nuevo centro de operaciones.

Otros de los que encontraron refugio en el Chile de Allende fueron los tupamaros uruguayos.²⁵² Aunque no existen registros claros, se dice que desde 1971 a 1973, entre mil quinientos y tres mil uruguayos –en su gran mayoría militantes orgáni-

cos y periféricos— pasaron por Chile al huir de la persecución impulsada por el presidente Juan María Bordaberry. Resulta difícil cuantificar la cantidad de uruguayos que estuvieron en Chile durante el período. A fines de 1972, un documento de la embajada chilena en Uruguay advertía sobre la disparidad de datos que manejaban el gobierno chileno y las Fuerzas Armadas uruguayas. Mientras la embajada de Chile tenía registrados sesenta y tres uruguayos que se habían acogido a la opción constitucional, las Fuerzas Conjuntas advertían en un comunicado sobre el posible retorno de dos mil tupamaros que se encontraban en Chile a fines de 1972.²⁵³

De aquel pequeño grupo de no más de cuarenta personas que en 1966 había comenzado a pensar en la guerrilla urbana, en apenas dos años el MLNT se había transformado en uno de los movimientos guerrilleros más populares en los ámbitos de izquierda del continente.²⁵⁴ Sin embargo, 1972 fue un año paradójico para esta organización: la constatación de su crecimiento la llevó a desarrollar mayores niveles de enfrentamiento militar con el Estado.²⁵⁵ Ese cambio de estrategia condujo a una profunda derrota militar, de la que el MLNT ya no podría recuperarse. En el transcurso de ese año fueron asesinadas treinta y siete personas en procedimientos de las Fuerzas Conjuntas y otras siete murieron a consecuencia de las torturas recibidas en prisión. En octubre las Fuerzas Conjuntas emitieron un comunicado para informar que el MLNT había sido desarticulado; al finalizar el año anunciaron que había cinco mil procesados por la justicia militar por delitos de sedición.²⁵⁶ En ese contexto, la región adquirió una nueva dimensión para los tupamaros y Chile fue uno de los principales puntos de refugio para quienes lograron escapar de la persecución.²⁵⁷

Aunque los primeros tupamaros llegaron a Chile en 1971, ya existían relaciones entre el MLNT y algunos miembros del Partido Socialista chileno. Los contactos previos habían asegurado, entre otras cosas, el traspaso al ELN boliviano de las libras esterlinas robadas por el MLNT. Y cabe recordar que,

durante el secuestro del embajador británico en Uruguay, Salvador Allende se ofreció a actuar como mediador.²⁵⁸ Varios miembros de la dirección recuerdan diversos encuentros con Allende, quien se mostró muy generoso en cuanto al asilo de militantes en Chile, pero solicitó que los refugiados no incidieran en asuntos de política interna y no establecieran contacto con el MIR, movimiento al que consideraba la principal oposición a la izquierda de la UP.²⁵⁹ De este primer grupo que llegó en 1971, de no más de setenta militantes, la gran mayoría volvió a Uruguay y cayó en prisión a principios de 1972, tras haber pasado por Cuba para recibir entrenamiento militar.²⁶⁰

A partir de abril de 1972, el número de exiliados en Chile creció de manera exponencial a medida que la represión aumentaba. En su inmensa mayoría eran muy jóvenes y pertenecían a las últimas camadas de militantes, que se habían integrado después de 1968. En 1972, los militantes del MLNT abandonaron su actitud de aislamiento en Chile para involucrarse en el proceso político y en los espacios de intercambio con otras organizaciones latinoamericanas. En palabras de Jorge Selves, uno de los dirigentes del período: “En el exilio chileno es la primera vez que la izquierda latinoamericana tiene la posibilidad de conocerse, juntarse e intercambiar.”²⁶¹

En este contexto, el MLNT tendió a privilegiar la relación con el MIR chileno, ya que era el movimiento con el que tenía mayores similitudes ideológicas y políticas. Ambas organizaciones descreían de la viabilidad del camino pacífico al socialismo propuesto por Allende y advertían los riesgos de que los sectores populares no tuvieran preparación militar para enfrentar una reacción contrarrevolucionaria. El MIR ofreció apoyo logístico a las crecientes necesidades del MLNT, a su vez consecuencia del cada vez más numeroso contingente de militantes que llegaban desde Uruguay. El MLNT, por su parte, brindó asesoramiento en aspectos técnicos y operativos al MIR.²⁶² Los tupamaros daban talleres en los que explicaban sus técnicas de berretines, además de desarrollar un modelo de metralleta de fabricación casera y otros explosivos.²⁶³

Algunos militantes del MLNT integraban una agrupación muy particular, el Grupo de Amigos Personales (GAP), encargado de la seguridad de Allende y al comienzo formado por militantes socialistas y del MIR. Además de brindar asesoría sobre aspectos técnicos relativos a la seguridad del mandatario, utilizaban parte de la infraestructura del GAP para el transporte de armas y materiales a Uruguay.²⁶⁴ En otros casos, militantes de base del MLNT participaron en tomas de tierras y ocupaciones de centros de trabajo.²⁶⁵

A medida que el número de exiliados aumentaba, era cada vez más difícil darles refugio. Las treinta casas que el MLNT tenía en Santiago no daban abasto para recibir el flujo de llegadas.²⁶⁶ Según algunos testimonios, en coordinación con el MIR y la UP, la dirección decidió crear campamentos para veinte-treinta personas en la cordillera. Allí eran derivados la mayoría de los militantes de base. Poco a poco, lo que pareció surgir como una solución pragmática al problema del alojamiento y el abastecimiento adquirió otros significados. Los campamentos se transformaron en un experimento de proletarización donde jóvenes en su mayoría provenientes de ámbitos urbanos, muchos de ellos estudiantes universitarios, debieron adaptarse a un nuevo estilo de vida marcado por la austeridad y el aislamiento de la vida rural. Fernando Butazzoni, uno de esos jóvenes, que luego sería escritor y periodista, describe así los campamentos: "De entrenamiento militar y hippie. Era una onda Woodstock Guevara".²⁶⁷

Una de las mayores preocupaciones era explicar las causas de la derrota. La discusión interna sobre la derrota del MLNT se procesó en diferentes instancias, que culminaron en febrero de 1973 con un simposio en Viña del Mar en el que participaron alrededor de cincuenta militantes que representaban a los que estaban en Chile, Argentina y Cuba, y a un grupo minoritario que aún permanecía en Uruguay. El simposio tenía como objetivo consensuar las causas de la derrota sufrida el año anterior y definir los pasos para una nueva ofensiva contra el gobierno de Bordaberry.

El documento que se aprobó tiene ciertas similitudes con algunos de los asuntos que se discutían en la comunidad brasileña de exiliados. Por un lado, criticaba las tendencias militaristas que se habían enfatizado en 1972 y habían posibilitado un nuevo escenario en que "el enemigo pasa a la contraofensiva".²⁶⁸ Esta situación era explicada por la debilidad ideológica y el surgimiento de múltiples contradicciones dentro del MLNT, relacionadas con conflictos internos generacionales y "de clase". A diferencia de otras organizaciones armadas de izquierda, que habían optado por definirse ideológicamente, los tupamaros habían resistido toda forma de definición. Si bien al comienzo esta postura había sido considerada una virtud, una vez en Chile, en un contexto marcado por los debates ideológicos, fue reinterpretada como una debilidad que explicaba la derrota de los tupamaros.²⁶⁹

Estos problemas se resolverían transformando el MLNT en un partido marxista-leninista, con fuerte formación ideológica de sus cuadros.²⁷⁰ El cambio debía ser ideológico, pero también moral. Los militantes deberían adecuarse a los principios rectores de la proletarización, en este caso denominada "peludización" en homenaje a los trabajadores del azúcar de Bella Unión, más conocidos como "peludos".²⁷¹

Otro de los aspectos debatidos en el simposio fue el retorno a Uruguay. En Chile, todos parecían concordar en que era necesario tomarse un tiempo para preparar el retorno. A principios de 1973, los uruguayos exiliados en Chile advirtieron que la reacción autoritaria era inevitable y dieron por descontento que los extranjeros serían los primeros perseguidos, ya que habían sido blanco de campañas de la derecha que perjudicaban la imagen pública del presidente. En charlas con el MIR y con miembros del equipo presidencial, se acordó la evacuación de gran parte de los militantes del MLNT; la operación incluía el paso por Cuba de la mayoría de ellos, que luego se dirigirían a Buenos Aires, mientras otros irían a la Argentina sin escalas.²⁷² Según un documento interno, a partir de junio de 1973 gran parte de los militantes del MLNT

fueron distribuidos entre Cuba y la Argentina, y un pequeño núcleo de no más de cincuenta tupamaros permaneció en Chile, donde se dedicó a realizar tareas de coordinación con el MIR. En ese período se fortalecieron las relaciones con el MIR gracias a la participación de los tupamaros en tareas logísticas y militares de esa organización.²⁷³

En relación con las otras comunidades, la cantidad de argentinos organizados y vinculados a alguna forma de exilio fue menor. En el ámbito intelectual, varios académicos habían emigrado a Chile como consecuencia de las políticas represivas imperantes en el ámbito universitario desde el golpe de Onganía, en 1966. Si bien algunos optaron por recluírse en centros privados en la Argentina, otros vieron en Chile una oferta atrayente.²⁷⁴ Entre ellos podemos señalar a Marcos Kaplan —quien integró la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) entre 1967 y 1970 y publicó en Chile su obra más influyente: *Formación del Estado nacional en América Latina*, en la que reflexionaba sobre los procesos de crecimiento dependiente, hegemonía oligárquica y construcción del Estado nacional—²⁷⁵ y Sergio Bagú, miembro de esa institución entre 1970 y 1973 que mantuvo un rico intercambio con representantes del estructuralismo cepalino y de la teoría de la dependencia.²⁷⁶ Otro intelectual argentino, el sociólogo Juan Carlos Marín, vinculado al Partido Socialista de Vanguardia, trabajó como docente e investigador en la Universidad de Concepción desde mediados de los sesenta y allí tuvo una relación de profunda cercanía con la nueva generación de estudiantes que, a partir de 1967, se transformaría en la dirección del MIR.²⁷⁷

Como mencionamos en el capítulo anterior, el ciclo de revueltas urbanas que se originó en 1969 en la Argentina había impactado en la estabilidad del régimen dictatorial. La situación de profunda crisis política pareció impactar de manera positiva y abrir nuevas oportunidades para los sectores emergentes de la nueva izquierda en el ámbito de las organizaciones políticas armadas y dentro del movimiento social

(sindicalismo de base, movimientos juveniles, cristianismo revolucionario). Entre 1969 y 1971, la oposición entre dictadura y sociedad fue capitalizada por estos grupos, que lograron erosionar otros clivajes identitarios, como la oposición entre peronistas y antiperonistas y entre sectores obreros y medios. La conformación de ese movimiento social y el liderazgo de estos sectores comenzaron a ser disputados cuando, en 1971, la dictadura llamó a elecciones. A partir de ese momento, los liderazgos políticos tradicionales, en particular la figura de Juan Domingo Perón, comenzaron a tener nuevo protagonismo en la lucha opositora disputando el papel que estas organizaciones armadas habían tenido en los años previos en la lucha contra la dictadura. En ese marco, el régimen dictatorial incrementó su política represiva hacia estas organizaciones y procuró una salida democrática que relegara a los grupos armados a un papel marginal.

En este contexto, algunas organizaciones armadas argentinas vieron en Chile una retaguardia posible, donde también podrían refugiarse los militantes buscados por la justicia. Asimismo, el país vecino les parecía un lugar por demás apto para desarrollar contactos políticos y al que utilizar como escala a Cuba, dado que la reanudación de relaciones con la isla posibilitaba, entre otras cosas, los vuelos directos entre ambos países. EL PRT-ERP puso especial atención a lo que ocurría en Chile. Un documento del Comité Central que data de ese período dice lo siguiente:

El establecimiento del gobierno popular chileno, con más de tres mil kilómetros de frontera con nuestro país, dota a nuestra guerra revolucionaria de una frontera amiga, importante necesidad político-militar, antes ausente.²⁷⁸

Enrique Gorriarán Merlo, integrante del PRT-ERP, cuenta que en 1971 decidieron visitar Chile debido al impacto que el triunfo de Allende había causado en la región y a las nuevas

posibilidades que esa "frontera amiga" abría para la "guerra revolucionaria" que se desarrollaba en la Argentina.²⁷⁹ Gorriarán y Joe Baxter visitaron Chile ese año. Las memorias de Gorriarán se explayan sobre los contactos con el MIR y las charlas con Régis Debray. Los acuerdos con el MIR llevaron a comenzar un relacionamiento formal con los chilenos que se fortalecería en 1972, tras la fuga del penal de Rawson, en Trelew. El encuentro con Debray, quien se había alojado en Chile luego de ser amnistiado por el gobierno de Torres, lo llevó a confirmar sus dudas sobre los planteos que el francés había propuesto en "¿Revolución en la revolución?".

SANTIAGO DE CHILE COMO CENTRO DE INTERCAMBIOS ACADÉMICOS

Durante los sesenta, a raíz de diversos factores, Santiago de Chile se transformó en uno de los centros más importantes de producción de ciencias sociales en América del Sur. Una conferencia de la Unesco realizada en Río de Janeiro en 1957 propuso la creación de dos centros de investigación y docencia en Latinoamérica. La iniciativa de crear uno en Brasil tuvo corta existencia debido al golpe de Estado de 1964, pero el centro Flacso prosperó durante toda la década en Chile y convocó a académicos sudamericanos, europeos y estadounidenses a sus programas de formación.²⁸⁰ La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) ya se había instalado en Chile en los cincuenta. En 1954 la Universidad de Chile creó un programa internacional para la formación de economistas, llamado Escolatina. También se fundaron centros de investigación y formación vinculados a la Iglesia católica. Junto con estos procesos, la transformación y renovación de las universidades nacionales a fines de los sesenta impulsó el intercambio entre académicos de la región, en particular a través de centros de investigación en ciencias sociales en la

Universidad de Chile (Centro de Estudios Sociales -CESO-) y la Universidad Católica (Centro de Estudios de la Realidad Nacional -Ceren-).²⁸¹ Por último, el desarrollo de ciertas instituciones estatales en el marco de los programas de gobierno de la Democracia Cristiana, así como el papel intelectual que el Partido Socialista chileno tuvo en América Latina, motivaron la llegada de intelectuales y técnicos latinoamericanos.²⁸²

Todos estos espacios promovieron una constante movilidad de académicos, técnicos e intelectuales de diferentes lugares de América Latina. Además, el hecho de que Chile sobreviviera a los procesos autoritarios que asolaban la región le permitió funcionar como refugio intelectual para los académicos que escapaban de sus países de origen. Fue en esos espacios que un número importante de exiliados trabajaron y contribuyeron a la reflexión en torno a asuntos claves para la contingencia político-académica. Además, la llegada de Allende al gobierno en los setenta aumentó la afluencia de académicos de diferentes partes del mundo, interesados en conocer la experiencia de la UP. El gobierno los recibía con beneplácito y se les brindaba espacio para que colaboraran, con independencia de criterio, con los asuntos más candentes.

Brasil tuvo un papel destacado en esta ola de exiliados académicos. Tras el golpe de Estado, el pedagogo Paulo Freire viajó a Chile para trabajar en programas de alfabetización con algunos sectores del gobierno demócrata cristiano. Allí radicalizaría su pensamiento, cuestionaría las experiencias de los gobiernos reformistas y desarrollistas, y propondría un programa más radical de alfabetización en su *Pedagogía del oprimido*, donde plantea un vínculo más orgánico con los sectores subalternos.²⁸³ El cientista social Fernando Henrique Cardoso, formado en el marxismo, también se trasladó a Chile tras permanecer algunos años en Brasil tras el golpe de Estado.²⁸⁴ Mientras trabajaba en la Cepal conoció al sociólogo Enzo Faletto, de la Universidad de Chile, con quien escribió *Dependencia y desarrollo en América Latina*, libro publicado en 1969. Este enfoque formó a una nueva generación de economistas y sociólogos que provenían del

desarrollismo, corriente de la que comenzaban a distanciarse. Theotônio dos Santos fue otro de los académicos que confluyó en Chile luego de ser perseguido en la Universidad de Brasilia; desde allí contribuyó a la gesta de una nueva escuela dentro del llamado "dependentismo", más cercana a las propuestas políticas de la izquierda más radical.

La versión más radical de la teoría de la dependencia —expresada en los trabajos de los brasileños Dos Santos, Vânia Bambirra y Ruy Mauro Marini y el alemán André Gunder Frank— estaba muy vinculada con los proyectos políticos de la nueva izquierda.²⁸⁵

Los sociólogos Dos Santos y Bambirra habían participado en la creación del grupo Política Operária (Polop) a principios de la década. Esta pequeña organización, mayormente universitaria, tuvo una notable influencia en los debates de la izquierda brasileña, dado que aportó los insumos teóricos del trotskismo (la ley de desarrollo desigual) para criticar la teoría etapista defendida por el Partido Comunista acerca del carácter democrático burgués que supuestamente debía adoptar la revolución brasileña. En el marco de ese debate, se anticiparon algunos de los aspectos que luego constituirían la "teoría de la dependencia". A principios de los sesenta, Dos Santos, Bambirra y después Marini se encontraron en la Universidad de Brasilia, entonces bajo el renovado liderazgo académico de Darcy Ribeiro. Frank, un economista de origen alemán que había estudiado en los Estados Unidos, llegó a dicha universidad en 1964 como profesor visitante. Aunque su formación era neoclásica, y su perspectiva política, conservadora, se dejó seducir por los debates intelectuales y políticos de la izquierda. Más allá de su experiencia política común, estos académicos comenzaron a tener una visión más articulada a partir de su participación en un seminario permanente sobre *El capital*. Todos emigraron a Chile después del golpe de Estado, aunque en diferentes momentos.

El primero fue Dos Santos, quien luego de un período de clandestinidad en Brasil decidió pedir asilo en 1966. Asumió

como director del CESO, un nuevo centro de investigación social en plena gestación en la Universidad de Chile; Bambirra y Frank se integraron en 1967. En 1970 Marini viajó desde México a la Universidad de Concepción invitado por el estudiante y líder del MIR Nelson Gutiérrez, y en 1971 se integró a las actividades de la Universidad de Chile y del CESO en Santiago.

Los trabajos de este grupo fueron divulgados en los *Cuadernos del Centro de Estudio Socioeconómicos*, una publicación de la Universidad de Chile que se editó entre 1966 y 1968 y tuvo influencia en los ámbitos académicos de ese país.²⁸⁶ De carácter interdisciplinario, abarcaba una diversidad de temas, pero su principio articulador era el análisis de las estructuras de dependencia en la historia latinoamericana. El CESO fue también un espacio de intercambio entre intelectuales activos en la izquierda latinoamericana, entre ellos Tomás Vasconi, Frank, Marta Harnecker y Julio López, y otros más jóvenes como Cristian Sepúlveda, Jaime Torres, Marco Aurélio García, Álvaro Briones, Guillermo Labaca, Antonio Sánchez, Marcelo García, Emir Sader y Jaime Osorio, además de Régis Debray, que acababa de ser liberado en Bolivia.²⁸⁷ En este sentido, el CESO funcionó como una plataforma política y académica para ellos. *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* se publicó por primera vez en inglés en 1967, el año en que su autor llegó a Chile.²⁸⁸ Esta compilación de ensayos escritos durante los sesenta en América Latina, se transformó en una de las principales referencias del pensamiento dependientista. Frank afirmaba en sus páginas que la continuidad de las estructuras económicas de dependencia durante cuatro siglos era tan fuerte que inhabilitaba cualquier proceso de desarrollo económico independiente. La condición satelital de estos países tampoco permitía ningún tipo de desarrollo capitalista nacional. Los sectores medios y las burguesías nacionales que habían intentado promover tímidamente ese tipo de proyectos en los siglos XIX y XX fracasaron debido a sus fuertes lazos con los países centrales. En palabras de Frank,

en Latinoamérica “no puede esperarse que una burguesía emancipe a la economía y al pueblo del subdesarrollo”.²⁸⁹ Los sectores populares, al no tener lazos con los países centrales, son los únicos que pueden quebrar la dependencia; y en su opinión la única forma de quebrarla era el socialismo.

El tono argumentativo de sus escritos entrañaba un constante desafío a dos tipos de perspectivas: la más clásica del desarrollismo latinoamericano, que abogaba por un desarrollo capitalista autónomo con ciertos marcos de contención social; y las tesis que los partidos comunistas habían defendido desde los cincuenta acerca de una concepción etapista de la revolución, que permitía un primer momento de alianza con la burguesía nacional para alcanzar un capitalismo nacional que rompiera con las permanencias feudales.

El libro fue acogido con beneplácito en los Estados Unidos y Latinoamérica, donde, en palabras del historiador Tulio Halperín Donghi, la recepción “fue resonante y de corta duración”. Fue resonante porque había un público que esperaba ese tipo de discursos, una comunidad de lectores de clases medias vinculadas a la expansión universitaria.²⁹⁰ Esa comunidad, que había encontrado en las ciencias sociales un espacio para pensar las realidades nacionales, encontró en los trabajos de Frank una argumentación científica para los compromisos políticos que estaba tomando. Como se afirmaba en la contratapa: “Este libro es muy importante porque proporciona, como ningún otro, la base económica y social que completa las conclusiones políticas de Régis Debray”.²⁹¹

Dos Santos desempeñó un papel central como articulador de los debates sobre la dependencia en Chile en virtud de su posición institucional como director del CESO, pero también porque parte de su obra ofrecía una versión dependentista del momento histórico particular que vivía América Latina en los sesenta. En *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, finalizado en 1966 y publicado en 1969 en Santiago, Dos Santos integró algunos aspectos estructurales de economía política con la coyuntura especí-

fica del avance autoritario del Brasil dictatorial. Su enfoque resultó premonitorio de lo que ocurriría luego en Chile y en el Cono Sur. Mientras estaba en Chile trabajó sobre una versión corregida que publicó unos años más tarde, en 1973, en Buenos Aires.²⁹² El argumento central sostenía que la radicalización política en América Latina era inevitable, ya que la única salida que tenía el capitalismo para subsistir en un contexto de crisis política y económica consistía en recurrir a un nuevo tipo de fascismo, diferente del europeo. Ese fascismo era el resultado del nuevo carácter de la dependencia, determinado por los procesos de transnacionalización económica. La crisis que generaba este nuevo carácter de la dependencia creaba una “situación revolucionaria” en que las alternativas reformistas, desarrollistas y nacional-populares enfrentaban dos límites infranqueables: el estructural del desarrollo dependiente, y el político representado por las contradicciones de las demandas de las masas sociales profundizadas por la crisis.²⁹³ En este escenario, solo se abrían dos caminos: el socialismo o el fascismo.

Ruy Mauro Marini fue otro exponente importante de este grupo. En *Subdesarrollo y revolución*, publicado en México en 1969 en el mismo momento en que se radicaba en Chile, propuso su “teoría de la superexplotación” donde argumentaba que en los países dependientes o periféricos la tendencia a la explotación es mayor que en los centrales porque existe plusvalía tanto en el escenario local como en el mercado internacional debido al deterioro de las relaciones de intercambio.²⁹⁴ Esta reflexión económica tenía consecuencias políticas. A contrapelo del desarrollismo, Marini afirmaba que la consecuencia del desarrollo económico en los países dependientes era el incremento de la desigualdad. Y sostenía que esa perspectiva cancelaba la posibilidad de implementar proyectos reformistas o nacional-populares y dejaba como única alternativa la construcción de un modelo social anticapitalista que renegara del mito del “desarrollismo” y la “burguesía nacional”.²⁹⁵ Por último, la “teoría de la superexplotación”

ofrecía una nueva justificación para la idea de continentalidad de la revolución, en este caso resignificada como internacionalismo proletario de los países dependientes.

Más allá de sus textos y de las consecuencias políticas derivadas, el compromiso político concreto de estos tres extranjeros con el proceso político chileno fue explícito. Dos Santos fue asesor de algunos sectores del Partido Socialista y del MIR, mientras que Frank y Marini expresaron su adhesión a la línea del MIR; en el caso de Marini, esto lo llevó a un compromiso mayor que culminó en su incorporación a la organización y derivó en que se transformara en responsable de las relaciones exteriores de la organización luego del golpe de Estado.²⁹⁶

Estos académicos también tuvieron un rol protagónico en la experiencia de *Chile Hoy*, una revista de divulgación de la que eran colaboradores permanentes. La idea de la revista surgió de Marta Harnecker, quien luego fue su directora. El subdirector era José Manuel Quijano, un joven economista hijo de Carlos Quijano, director del prestigioso semanario uruguayo *Marcha*. El objetivo era contribuir al diálogo entre las corrientes de izquierda para intentar reducir el alto nivel de polarización en la discusión interna. Participaron académicos y periodistas vinculados al Partido Socialista y al MIR y, en menor medida, al Partido Comunista. *Chile Hoy* supo mantener un interesante equilibrio entre lo académico y lo periodístico, lo cual le permitió alcanzar un relativo éxito editorial. Dada su periodicidad semanal, algunos temas resultaban recurrentes. Además del seguimiento de la agitada coyuntura del gobierno de la UP, sus notas editoriales escritas por académicos intentaban desplegar una reflexión más teórica que dialogara con los problemas de la dependencia, el imperialismo, el doble poder y la construcción de una nueva institucionalidad popular no burguesa, el avance fascista autoritario y la amenaza de una guerra civil.

El trabajo de Martha Harnecker en *Chile Hoy* y en otros emprendimientos es representativo de un clima cultural y político

marcado por una intensa demanda social de lecturas vinculadas al marxismo. Revistas y publicaciones de diverso tipo posibilitaban que este pensamiento trascendiera el ámbito académico e hiciera llegar el marxismo a los sectores populares. Harnecker tuvo también un papel muy destacado como divulgadora del marxismo —en particular, en su versión althusseriana— entre la nueva generación de militantes chilenos y extranjeros que por entonces se encontraban en el Chile de Allende.

Fue una activa militante de la Universidad Católica, además presidenta de la Acción Católica Universitaria, que a fines de los cincuenta comenzó a desarrollar su sensibilidad social a partir de la lectura de Jacques Maritain. Después de abandonar la Acción Católica se vinculó con Jacques Chonchol, uno de los fundadores del MAPU. En 1963 obtuvo una beca en Europa, donde se familiarizó con el marxismo. Al comienzo formó parte de un grupo de latinoamericanos que estudiaban los trabajos de Régis Debray. Fue por intermedio de este que conoció a Louis Althusser, quien la invitó a participar en su grupo de lectura de *El capital*. Como resultado de esta influencia, Harnecker abandonó su profesión de psicóloga para dedicarse por entero al estudio del marxismo. Fue la primera traductora al español de *La revolución teórica de Marx*, texto de Althusser publicado en 1967, y en la misma época comenzó a trazar los esbozos de *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. A su retorno de Europa, ya practicante del althusserianismo, se vinculó con los sectores más rupturistas del Partido Socialista. En 1972 conoció a Manuel Piñeiro, el director del Departamento América. En 1973 pidió asilo en la embajada de Venezuela y terminó como refugiada en Cuba, donde contrajo matrimonio con Piñeiro.

Algunos de sus escritos fueron publicados en forma de artículos bajo el seudónimo de Neva en la sección "Tribuna ideológica" de la revista *Punto Final*. Estos también fueron analizados en seminarios cuando, al regresar de Francia, Harnecker se integró al Departamento de Sociología y al CESO de la Universidad de Chile.

En 1968, publicó *Los conceptos elementales*, texto que pretendía incorporar y divulgar las principales categorías marxistas según la interpretación de Althusser y construir un modelo teórico de relacionamiento entre ellas. El intento de crear una estructura racional y lógica de categorías científicas que explicaran la estructura social, las clases sociales y el cambio animaba a esta tarea de divulgación, cuyo lenguaje formalista ofrecía certezas científicas a los militantes de la región.

En 1971, el libro ya había alcanzado la sexta edición. Al año siguiente, junto con Gabriela Uribe, Harnecker se abocó a los Cuadernos de Educación Popular, una suerte de manual para militantes populares organizado en dos series: “¿Por qué el socialismo?” y “Para luchar por el socialismo”.²⁹⁷ En palabras de la autora, ambas iniciativas tenían un fin común: “La verdad es que el objetivo fundamental de mis trabajos ha sido y es de orden pedagógico”.²⁹⁸

La repercusión fue excelente. *Los conceptos elementales* se transformó en texto de referencia para los militantes de diversos países latinoamericanos. Uno de los motivos de su éxito editorial parece haber sido el padrinazgo de Louis Althusser, quien prologó la primera edición y luego la sexta.

En una reseña, la revista *Punto Final* lo definió como una referencia ineludible para los militantes revolucionarios: “Para los militantes revolucionarios cuya formación teórica y política se realiza a través de las luchas de los partidos revolucionarios, la obra de Marta Harnecker habrá de orientar convenientemente la experiencia ganada y ayudarla a la luz de la teoría marxista leninista”.²⁹⁹

No obstante, hubo quienes cuestionaron la obra desde una perspectiva radical, criticando la formalización característica de la influencia estructuralista francesa y reivindicando la tradición historicista gramsciana.³⁰⁰ La influencia del trabajo de Harnecker circuló como reguero de pólvora entre los militantes de diversas organizaciones presentes en Chile en aquel momento. El dirigente tupamaro Eleuterio Fernández Huidobro declaró que su influencia fue importante para los

militantes tupamaros en Chile.³⁰¹ En la Argentina, la revista *Nuevo Hombre*, cercana al PRT-ERP, informó en una nota titulada “La cultura como arma de liberación” que los Cuadernos de Harnecker serían publicados en una versión adaptada a las “particularidades” de ese país.³⁰²

Otros emprendimientos también expresaron esos intercambios intelectuales entre chilenos, exiliados y visitantes, que fueron en aumento mientras la UP estaba en el gobierno. Aunque poco mencionado en este artículo, el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (Ceren) de la Universidad Católica, fundado después que el CESO, tuvo un impacto señero en el debate político académico.³⁰³ La revista del Ceren daba cuenta de un proceso similar de renovación de las ciencias sociales, incorporación del marxismo y compromiso político de los académicos.

Algunos extranjeros vinculados al centro también tuvieron impacto en el ámbito intelectual. René Zavaleta Mercado, uno de los pensadores más reconocidos de Bolivia.³⁰⁴ trabajó en la Oficina de Planificación de la Presidencia de la República y entre 1972 y 1973 coordinó el Ceren de la Universidad Católica, donde publicó la primera versión de *Poder dual. Problemas de la teoría del Estado en América Latina*, texto en que se propuso estudiar la dualidad de los poderes en los procesos boliviano y chileno a partir de la teoría de Lenin y Trotski.³⁰⁵ El sociólogo belga Armand Mattelart trabajó en la Universidad Católica, donde reformuló la teoría de la dependencia desde una perspectiva cultural sobre el imperialismo en *Para leer al Pato Donald*, libro seminal escrito en coautoría con el chileno Ariel Dorfman.³⁰⁶

Otras revistas, como *Cuadernos de Documentación Tercer Mundo* y *Marxismo y Revolución* —editada en 1973 por Ruy Mauro Marini y cuyo segundo número no salió a la luz porque fue requisado pocos días después del golpe de Estado— o la segunda época de *Estrategia*, reeditada por Oscar Waiss, fueron aportes importantes en este campo de debates fronterizo entre las urgencias políticas y la reflexión intelectual.

Por último, *Punto Final* se integró a esta reflexión desde una dinámica más asociada al proceso político.

Los trabajos aquí reseñados dan cuenta de un momento particular en la relación entre el trabajo académico y el compromiso político, en que ciertos actores de la academia legitimaban su accionar adoptando determinados posicionamientos políticos, y los actores políticos, por su parte, recurrían al trabajo académico para legitimar sus prácticas. En el campo de la nueva izquierda, la renovación política y la renovación académica fueron un binomio difícil de separar, y así lo testimonian las trayectorias de algunos académicos mencionados en esta sección. Pero a la par de este fluir académico, el Chile de Allende era un semillero de intercambio entre militantes políticos de diferentes países.³⁰⁷

“SOLIDARIDAD REVOLUCIONARIA” DURANTE EL GOBIERNO DE LA UP

Debido a sus definiciones políticas, el MIR chileno fue la organización más cercana a gran parte de los exiliados con trayectorias similares en la región. Desde 1969, el MIR estaba abocado a una estrategia de lucha armada. Buena parte de sus militantes de base se dedicaban a promover “acciones directas” en los frentes de masas —entre ellas tomas, corrimientos de cercos y ocupaciones— en el marco de la movilización de sectores campesinos, “pobladores” y estudiantiles, que iba en aumento desde 1968.³⁰⁸ Un grupo más reducido, vinculado a la dirigencia, desarrolló una fuerza militar mediante robos a bancos. Las “expropiaciones bancarias” se llevaban a cabo en el marco de la propaganda armada, por lo que parte de la dirigencia del grupo quedó expuesta y tuvo que pasar a la clandestinidad. Como titulara con acierto un documento de comienzos de 1969: “¡No a las elecciones! Único camino: Lucha Armada”,³⁰⁹ las elecciones no desempeñaban ningún papel en esta estrategia.

Cuando en 1970 el triunfo de la UP se transformó en una posibilidad real, el MIR moderó su actitud hacia el proceso electoral. Sin abandonar su descreimiento con respecto al camino electoral como fórmula para llegar al poder, reconoció que la posibilidad de un triunfo electoral de la izquierda había generado expectativas en aquellos sectores populares que veían este acontecimiento como parte de un proceso de movilización social más generalizada. El MIR debía acercarse a estos sectores populares y también a los sectores más revolucionarios de la UP para poder guiar esta movilización en una estrategia revolucionaria.

Así como el MIR se interesó por la experiencia de la UP, el candidato presidencial también deseaba integrarlo a la campaña y luego al nuevo gobierno. Durante la campaña hubo varias conversaciones entre el MIR y Allende. El MIR decidió suspender sus acciones de propaganda armada a partir de junio para impedir que fueran utilizadas en el contexto de la contienda electoral. Poco después de asumir la presidencia, Allende amnistió a treinta militantes del MIR que estaban presos desde el período de Eduardo Frei y levantó los cargos que pesaban sobre otros dirigentes. Allende les ofreció a participar en su equipo de seguridad personal durante la campaña electoral; los miristas aceptaron la tarea, que compartieron con miembros del Partido Socialista, otros vinculados al ELN chileno y tres integrantes de la inteligencia cubana, en lo que dio en llamarse Grupo de Amigos Personales (GAP).³¹⁰ Aunque el MIR siguió apartado de la UP, el GAP le ofreció un espacio privilegiado de relacionamiento político con Allende, el Partido Socialista y Cuba. Asimismo, Allende veía ese espacio como una forma de acercamiento a, y relativo control sobre, la fuerza que podía generarle mayores problemas dentro de la izquierda. Sin embargo, ese acuerdo tácito tuvo corta duración: a mediados de 1971 los militantes del MIR abandonaron el GAP y se llevaron la mitad de su armamento.

El triunfo de la UP provocó múltiples debates dentro del MIR, que expresaban las tensiones entre visiones más milita-

ristas, que apuntaban a la consolidación de una guerrilla, y otras que apuntaban al desarrollo de un trabajo de masas.³¹¹ Estas últimas parecieron primar. De todos modos, la llegada de Allende a la presidencia no alteró un ápice la interpretación más general del MIR acerca de la inevitabilidad de la lucha armada en el proceso hacia el socialismo. Un documento de octubre de 1970 planteaba que el diagnóstico general sobre la correlación de fuerzas entre el imperialismo y sus aliados nativos contra las fuerzas populares no había cambiado: "Nada de lo fundamental de estas condiciones ha variado por el triunfo electoral de la UP: el enfrentamiento solo ha sido postergado, y cuando se lleve a cabo, será más legítimo y tomará un carácter masivo, lo que hace hoy más vigente que nunca la estrategia de la lucha armada". No obstante, la nueva situación los obligaba a implementar "necesarias adecuaciones de las formas tácticas de lucha".³¹²

Este diagnóstico inspiró la estrategia del MIR durante el período de la UP. Durante una entrevista, Andrés Pascal Allende resumió la apuesta en tres ejes: trabajo de masas, trabajo dentro de las Fuerzas Armadas, construcción de una fuerza militar central.³¹³ Durante ese período, el MIR desplegó los llamados "frentes intermedios", que aumentaron el número de militantes y la periferia del movimiento.³¹⁴ Según Pascal, mientras en 1970 el MIR no superaba los tres mil integrantes, en marzo de 1973 rondaba los diez mil, en tanto que los miembros de los frentes intermedios eran más de treinta mil.³¹⁵ Además, el MIR intentó realizar trabajo de inteligencia dentro de las Fuerzas Armadas para detectar posibles intentos conspirativos y desarrollar trabajo político entre los sectores subalternos ante la eventualidad de un golpe de Estado contrarrevolucionario.³¹⁶

Por último, el MIR intentó gestar una fuerza militar central cuyo objetivo sería prepararse para un posible escenario de golpe de Estado. Este grupo usó al GAP como cobertura, y cuando el MIR se retiró se llevó la mitad de su arsenal. Durante esta etapa los militantes tomaron cursos de formación mili-

tar e inteligencia en Chile y en Cuba y realizaron diferentes talleres de armamento. A mediados del período, comenzó a pensarse en crear zonas de repliegue en el área rural ante la posibilidad de una reacción contrarrevolucionaria. La preparación también implicaba, como el MIR había afirmado, una estrategia continental. En ese contexto, la relación con militantes de los países fronterizos renovó su significado a la hora de pensar una retaguardia militar. Dentro de esa estrategia, la solidaridad con los exiliados de la región, así como su protección, adquirió una importancia que trascendía lo enunciativo.

El evento que mejor describe la posición del MIR acerca de cuál debía ser la posición del gobierno respecto de la solidaridad con los revolucionarios fueron los sucesos vinculados a la fuga del penal de Rawson en Trelew, Argentina. En junio de 1972, algunos miembros del MIR habían recibido instrucciones para construir una pista de aterrizaje alternativa cerca del aeropuerto de Linares.³¹⁷ Militantes de las FAR argentinas se habían reunido con los tupamaros uruguayos para pedirles un piloto.³¹⁸ El plan fue suspendido del lado chileno y los tupamaros no pudieron colaborar, pero en la Argentina prosperó la idea de planear una fuga del penal de Rawson. El 15 de agosto, un grupo de veinticinco prisioneros políticos pertenecientes a tres organizaciones armadas —dos de ellas vinculadas al peronismo: las FAR y Montoneros, y la tercera de izquierda: el ERP— lograron escapar del penal y se dirigieron al aeropuerto de la ciudad de Trelew, donde un comando había secuestrado un avión para trasladarlos. La fuga no resultó como se esperaba y solo los seis responsables del comité —a su vez miembros de las dirigencias de esas organizaciones— pudieron llegar a tiempo al avión; los otros diecinueve retrasaron su arribo al aeropuerto y cuando por fin llegaron, la aeronave ya había despegado. Acorralados por la situación, convocaron una conferencia de prensa, depositaron las armas y se entregaron a la Armada.³¹⁹

Los seis que habían logrado escapar se unieron a otros cinco que ya estaban embarcados en un avión con noventa

y seis pasajeros, que secuestraron. A la 1.25 del 16 de agosto de 1972, el avión secuestrado aterrizó en Pudahuel, Chile, hecho que dio lugar a un acalorado debate en el país de arriba. Mientras la dictadura argentina exigía la repatriación de los guerrilleros y la derecha chilena denunciaba los riesgos de dar asilo a "terroristas", el gobierno de Allende se mostraba dubitativo y algunos sectores de izquierda expresaban solidaridad total con los "revolucionarios".³²⁰

La llegada de los militantes argentinos ocurrió en un clima de aumento de las diferencias entre rupturistas y gradualistas dentro de la UP.³²¹ Mientras el Partido Comunista y Allende llamaban a cumplir el programa de la UP e iniciar un acercamiento con la Democracia Cristiana, los demás sectores convocaban a "avanzar sin transar" en la construcción del socialismo. Hubo conflictos en movilizaciones callejeras en la ciudad de Concepción, ocupación de fábricas por el movimiento sindical y ocupación de tierras "campamentos" en la zona de Lo Hermida.³²² Desde distintos medios de prensa y con diferentes argumentos, los dardos apuntaban hacia la izquierda radical y advertían sobre los riesgos de la radicalización del proceso de la UP. El MIR, y en algunos casos su conexión con extranjeros, se transformó en el principal tema de los debates entre izquierda y derecha, así como de las tensiones internas entre gradualistas y rupturistas.

La larga tradición de asilo político, que databa del siglo XIX y había ganado renovada relevancia en los sesenta, comenzaba a ser cuestionada. Lo que en aquella década había sido considerado una cuestión humanitaria de la Democracia Cristiana, parecía adquirir otro significado con Allende. La prensa opositora denunciaba la llegada de nuevos refugiados como parte de una conspiración internacional promovida por los sectores más radicales de la izquierda, grupos que tenían lazos con Cuba y buscaban interferir en la vida política del país. El Departamento de Estado estadounidense compartía esta visión y calificaba a Chile como la "meca" de la izquierda, pero advertía que el interés de estos grupos en exportar la revolución no

había sido contemplado por el gobierno de la UP, cuya política exterior buscaba fortalecer las relaciones con los países vecinos, incluso con aquellos que tenían gobiernos conservadores.³²³

El MIR también recibía críticas de la izquierda gradualista. El Partido Comunista lo acusaba de ser "un grupo entregado a la tarea de allanar el camino a la sedición reaccionaria por medio de la provocación política y la agresión responsable. Sus dirigentes fluctúan entre la canallada y la paranoia, entre la infamia y la locura".³²⁴

Más allá de esa oposición, la estrategia de "avanzar sin transar" encontró al MIR en sintonía con sectores importantes de la UP. A partir de 1972, la mayoría del Partido Socialista y el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) impulsaron, junto con el MIR, la construcción de un poder popular que desafiaba la institucionalidad y los límites de los procesos de reforma impulsados desde el gobierno. Aunque los socialistas —en virtud de sus recursos materiales, cantidad de militantes e inserción política— fueron la fuerza que más interfirió con los planes del gobierno, las críticas se concentraron en el MIR por ser el único sector que no integraba la coalición. El MIR intentó capitalizar las críticas y se transformó en el interpelador más visible, por izquierda, de la política gubernamental.

En este contexto, el 16 de agosto llegaron los fugados del penal de Rawson. El MIR afirmó una visión principista, centrada en la solidaridad revolucionaria y que desatendía cualquier consideración táctica: "¿Qué 'consideración táctica' puede justificar ante el pueblo argentino, el sacrificar la libertad y tal vez la vida de sus más valerosos y capaces jefes revolucionarios en nombre de las 'buenas relaciones diplomáticas' con una camarilla militar que tiene sus días contados?".³²⁵

El MIR activó de inmediato sus aparatos de masas para reclamar asilo y puso especial énfasis en la violación a los derechos humanos cometida por la dictadura argentina. *El Rebelde*, su periódico oficial, solicitó "Asilo para los revolucionarios argentinos" y publicó en tapa una imagen del Che junto con la frase "No hay fronteras en esta lucha a muerte".³²⁶

El editorial afirmaba que este caso ofrecía una buena oportunidad para llenar de contenidos reales la noción de internacionalismo proletario y cuestionaba la actitud que hasta el momento había tenido el gobierno. Por último, convocaba a la movilización en apoyo a los revolucionarios argentinos. Algunos sectores de la izquierda del Partido Socialista y de la izquierda cristiana adhirieron.

Al comienzo, el gobierno chileno derivó el problema al Poder Judicial puesto que se trataba de un asunto particularmente sensible. Aunque la Argentina estaba bajo una dictadura militar conservadora, hasta el momento ambos gobiernos habían mantenido muy buenas relaciones. La alianza entre los dos países se fundamentaba en motivos geopolíticos. La Argentina necesitaba aliados para contener la creciente presencia de Brasil con su esquema subimperial. Para Chile, la Argentina a su vez representaba una excepción en un contexto de creciente hostilidad regional.³²⁷ La embajada argentina en Chile solicitó al gobierno la detención preventiva de los diez implicados en el secuestro del avión, hasta reunir los antecedentes necesarios para pedir su extradición. El presidente Allende declaró a la prensa que el asunto quedaría en manos de la justicia.³²⁸ La UP designó representantes de los diferentes grupos para que se reunieran con los guerrilleros y nombró tres abogados socialistas que se encargarían de su defensa. Pero mientras se esperaba que la justicia argentina enviara la solicitud de extradición, ocurrió una tragedia que alteró la dinámica de los hechos. El 22 de agosto, los diecinueve presos recapturados en el intento de fuga fueron fusilados; solo tres sobrevivieron. La versión oficial sostuvo que los fusilamientos habían sido consecuencia de un nuevo intento de fuga.

La noticia tuvo mucha repercusión en Chile. Al día siguiente, el Partido Socialista solicitó al presidente que a los tres sobrevivientes se les diera un salvoconducto para viajar a Cuba, ya que luego de la masacre la extradición podía ser sinónimo de muerte segura para los militantes.³²⁹ A partir del fusilamiento de Trelew, gran parte de los sectores de la UP

se inclinaron por la propuesta del MIR de otorgar asilo o un salvoconducto a los argentinos. A raíz de ello, el presidente también se mostró a favor de esa opción.

Según narran las memorias de su hermano Julio, Mario Roberto Santucho, líder del PRT-ERP y uno de los tres militantes que habían logrado escapar con vida, recibió la visita de Beatriz Allende, hija del presidente chileno, quien le expresó las condolencias por la muerte de su esposa, asesinada en la masacre, y le entregó un arma en nombre de su padre.³³⁰ En el aeropuerto fueron despedidos por unos trescientos integrantes del MIR, sus frentes de masas, el Partido Socialista y argentinos residentes en Chile que eran miembros de esas organizaciones.³³¹ En Cuba fueron recibidos por el viceministro del Interior Manuel Piñeiro y convocaron a una conferencia de prensa.³³² El episodio culminó con el envío de una carta de agradecimiento de los guerrilleros al pueblo chileno, y el general Juan Domingo Perón agradeció por su parte la atención brindada a los militantes peronistas.³³³

Una vez resuelta la crisis, en el transcurso de una entrevista durante su viaje a Cuba, Santucho agradeció al MIR, a la izquierda Cristiana y a la izquierda del Partido Socialista por su apoyo y por haberse pronunciado contra la extradición. Sus declaraciones tenían el característico tono internacionalista que marcaba las experiencias de relacionamiento entre las organizaciones del Cono Sur en Chile:

Con respecto al pueblo chileno, queremos dejar un saludo y un agradecimiento de todos nosotros, especialmente para los centenares y miles de compañeros que salieron a la calle en ejercicio del internacionalismo proletario, con lo que hicieron posible la solución más favorable para los intereses de nuestra revolución, de la revolución argentina, que son también los intereses del pueblo revolucionario chileno, de la revolución chilena y de la revolución latinoamericana.³³⁴

El episodio de Trelew puso de manifiesto los contactos existentes entre diferentes organizaciones armadas del Cono Sur durante 1972 como consecuencia de la presencia de militantes en suelo chileno. Aunque algunas memorias personales y los documentos de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) señalan el episodio de la fuga de Rawson como el punto de partida que derivaría en la creación de una coordinación entre los miembros del ERP argentino, los miristas chilenos y los tupamaros uruguayos, una serie de elementos dispersos da cuenta de que al menos en 1972 ya existían intercambios entre las organizaciones que culminarían en la creación de la JCR.

El 16 de abril de 1972 el diario *La Nación* de Buenos Aires informó que, según fuentes de inteligencia, el 20 de febrero se había llevado a cabo una reunión en Santiago de Chile en la que habían participado dirigentes del ERP, el MIR, el MLNT, el ELN y de los comandos Marighela y Lamarca.³³⁵ Por otra parte, la reanudación de relaciones con Cuba, con la instalación de un numeroso cuerpo diplomático en Chile y el reinicio de los vuelos Santiago-La Habana, hizo que la capital chilena se transformara en epicentro ineludible para establecer contactos con los cubanos, tal como lo atestiguan los funcionarios asignados a esa embajada.³³⁶ La visita de Fidel Castro también propició las conversaciones con grupos del Cono Sur.

Además de las ya mencionadas visitas del ERP a Chile,³³⁷ Guillermo Rodríguez, un militante del MIR chileno, recuerda que participó en la seguridad de una casa en la que se hospedaban alrededor de treinta militantes del ERP que estaban de paso por Chile para ir a entrenar a Cuba, antes de los sucesos de Trelew. Lo mismo recuerda acerca de un grupo de militantes del MIR boliviano, también ese año.³³⁸

En cuanto a los tupamaros, los contactos también se remontaban a 1971. Un documento de 1972, requisado por las Fuerzas Armadas en Uruguay, mostraba que los contactos internacionales habían cobrado importancia para la organi-

zación, en particular las actividades en Chile, país designado como “puente de aprovisionamiento logístico y base de operaciones de nuestros compañeros”.³³⁹

Más allá de los contactos entre militantes, los debates en los periódicos de estas organizaciones mostraban una particular convergencia regional. En 1971, *El Combatiente*, órgano del PRT-ERP, dedicaba su tapa al MLNT y titulaba: “Uruguay: un solo camino, la guerra revolucionaria”. El texto expresaba su “adhesión a la alternativa del MLNT”.³⁴⁰ En julio de 1972 se publicaba en *El Combatiente* un texto sobre el MIR, donde se lo presentaba como “una organización hermana, a la cual nos unen similares concepciones ideológicas y políticas”.³⁴¹ En su *Carta del Uruguay*, publicada en Chile en el transcurso de 1972, el MLNT realizaba una cobertura favorable de las acciones del PRT-ERP, de frecuencia casi semanal, y mostraba una notoria adhesión al MIR chileno. En *El Rebelde*, que cubría los hechos de Trelew, una nota sobre el ERP anticipaba la coordinación posterior:

Nosotros —dice el ERP— nos reivindicamos internacionales porque comprendemos que nuestra lucha, la lucha del pueblo argentino, contra la dominación imperialista es la misma lucha que libran los trabajadores uruguayos, chilenos, cubanos, vietnamitas y de todos los pueblos que luchan contra el sistema capitalista. [...] En este sentido, estamos dispuestos a intercambiar colaboración, a ayudarnos mutuamente con los demás pueblos revolucionarios, especialmente con nuestros hermanos de América Latina.³⁴²

La sintonía entre estas organizaciones llegaba a tal nivel que cuando ciertas opciones tácticas podían interpretarse como discrepancias, se veían en la necesidad de explicar el motivo de la diferencia. Por ejemplo, con motivo de las elecciones en 1973 en la Argentina, el PRT-ERP necesitó explicar su posición diferente de la del “apoyo crítico” y la “tregua” del

MIR a la UP en Chile en 1970 o la de los tupamaros al Frente Amplio en 1971.³⁴³

Aunque estos asuntos pueden rastrearse en la documentación de las organizaciones armadas de Uruguay y la Argentina, el debate se desarrolló de una manera más abierta en Chile, ya que el MIR tuvo una voz pública que en los otros países, en virtud de la clandestinidad de estos grupos, no era posible. A través de *Punto Final* y *El Rebelde*, el MIR actuó como defensor del PRT-ERP y del MLNT ante las acusaciones de desviacionismo ultraizquierdista formuladas por la prensa del Partido Comunista chileno. A modo de ejemplo, el 25 abril de 1972, en un discurso pronunciado en un sindicato minero, el líder del MIR Miguel Enríquez afirmó que en la izquierda existían dos tendencias: una “pusilánime” y reformista, y otra “revolucionaria”. Luego de plantear que la política de los reformistas, “detrás de una posible colaboración parlamentaria, pretende frenar el avance de los trabajadores disfrazándolo de consolidación”, señaló que los publicistas del Partido Comunista se habían propuesto atacar a los revolucionarios dentro y fuera de la UP y que se habían extralimitado. “Han llegado incluso a denunciar como terroristas de la ultraizquierda a los héroes de la lucha revolucionaria de América Latina, los tupamaros de Uruguay”.³⁴⁴

El concepto de organizaciones “hermanas”, que empezaba a usarse en estas publicaciones, designaba un tipo de afinidad diferente de las formas en que la izquierda se había agrupado hasta entonces a nivel internacional. En este caso, el factor aglutinante no parecía estar asociado a las definiciones ideológicas que articulaban los agrupamientos internacionales (comunismo, socialismo, trotskismo, maoísmo). Dentro de estas organizaciones “hermanas”, existían grupos de diferentes procedencias ideológicas, que iban desde el cristianismo y el nacionalismo hasta el marxismo-leninismo. Mientras los tupamaros se resistían a una definición ideológica tradicional y se autodenominaban nacionalistas de izquierda, el MIR y el ERP se definían como marxistas-leninistas. Las estrategias

militares también eran diferentes. El MLNT era una organización guerrillera con cierto prestigio internacional debido a su particular empleo de la guerrilla urbana; con una historia un poco menor, el ERP ya mostraba cierta eficacia en sus primeros secuestros, en tanto el MIR no era una guerrilla en sentido estricto aunque entre 1969 y 1970 había llevado a cabo acciones clandestinas. Lo que todas las organizaciones parecían compartir era que, en los contextos locales, defendían a rajatabla la idea de que el conflicto político-social en última instancia derivaría en un conflicto armado.

Esa afinidad se construyó en un contexto donde la emergencia de autoritarismos, con sus consecuentes olas de exiliados en territorio chileno, parecía constatar las tesis de OLAS acerca de la inevitabilidad del conflicto armado y la necesidad de articular una estrategia revolucionaria continental. Los dirigentes del MIR proponían una interpretación muy cercana a los planteos ya reseñados por Dos Santos, pero con consecuencias políticas más explícitas que las planteadas por el sociólogo.

En septiembre de 1971, en la población La Victoria, el miembro de la comisión política del MIR Bautista van Schouwen dio un discurso en homenaje al comandante Carlos Lamarca, un militar brasileño que desertó y se integró a la Vanguarda Popular Revolucionaria (VPR). Luego de describir la dictadura brasileña como una de las más odiosas de América Latina, “asentada a sangre y fuego sobre la superexplotación de los trabajadores brasileños, haciendo de la tortura y el crimen un método de gobernar y una institución cotidiana por excelencia”, van Schouwen planteó que su “delirio subimperialista” amenazaba a los pueblos vecinos y se había convertido en la “base de sustentación y centro articulador de la reacción contrarrevolucionaria en el Cono Sur”.³⁴⁵

Van Schouwen sostenía además que “la dinámica reaccionaria y contrarrevolucionaria de la dictadura brasileña es hoy día el punto de referencia obligado para elaborar la estrategia continental de la revolución latinoamericana”. A raíz de

esta amenaza, la cuestión del internacionalismo proletario y la solidaridad revolucionaria dejaba de ser un problema de principios para transformarse en un asunto de necesidad objetiva. Por último, el disertante nombró los lugares donde se daban esos procesos en América Latina e hizo referencia a Bolivia, Uruguay, Brasil y la Argentina.³⁴⁶

El carácter "agorero" de la dictadura brasileña parecía generar un escenario de opciones muy limitadas en la región, condensado de manera nítida en la antinomia "fascismo o socialismo" planteada por algunos dependentistas y dirigentes del MIR desde 1971.³⁴⁷ En los otros países de la región, la "contrarrevolución" parecía estar en ascenso. En 1971 la dictadura brasileña había desempeñado un activo rol en el golpe de Estado contra el militar progresista Juan José Torres en Bolivia y había incidido en las elecciones uruguayas para evitar el triunfo de la coalición de izquierda.³⁴⁸ En 1972 la ofensiva represiva contra la guerrilla y las organizaciones sociales y de izquierda impulsada por el gobierno conservador de Juan María Bordaberry en Uruguay contó con el explícito aval de Brasil. Asimismo, en 1973 los sectores privados y el grupo de extrema derecha Patria y Libertad tuvieron el respaldo de los gobiernos y los inversores de Brasil, Bolivia, la Argentina y Paraguay. En 1973 Roberto Thieme, líder de Patria y Libertad, retornó a Chile por Bolivia tras un breve paso por la Argentina y Paraguay con el objetivo de recaudar fondos para iniciar una guerrilla urbana en el país.³⁴⁹

La fisonomía del autoritarismo de nuevo tipo que se estaba construyendo desde Brasil estaba asociada a la práctica de la tortura sistemática de los militantes sociales y políticos. Las noticias acerca de los diferentes métodos de tortura científica, que buscaban destruir física y psíquicamente la voluntad de los militantes, eran una constante en *Punto Final*. Tras la oleada represiva iniciada en 1968 en Brasil, en 1971 se ensayaron métodos similares en Bolivia desde el gobierno de Banzer. La Argentina registró la influencia de los métodos de interrogatorio de Brasil y en 1972 el gobierno urugua-

yo de Bordaberry adoptó procedimientos similares.³⁵⁰ Las largas "sesiones" de tortura, en que los detenidos recibían múltiples golpizas y eran objeto de ahogamientos ("submarinos"), colgamientos, plantones, simulacros de fusilamiento, shocks eléctricos en sus genitales e infinidad de tormentos, eran descritas con particular detalle en los testimonios que diversos militantes de estos países ofrecían en *Punto Final*, cuyo enfoque apuntaba a generar empatía entre la víctima y el lector.

Pero las descripciones no inducían al derrotismo. Según los informes al respecto, la tortura no logró su objetivo de destruir las guerrillas. Aunque se reconocía que había impactado sobre las organizaciones, también se ofrecían ejemplos esperanzadores de militantes que habían podido resistir la terrible cadena de sufrimientos físicos y psíquicos sin entregar ninguna información relevante a las fuerzas enemigas. Cabe suponer que ese era el relato público sobre la tortura, pero quienes hablaron sobre la tortura y los interrogatorios a posteriori han planteado que los tupamaros tuvieron una actitud más pragmática. Se les pedía que resistieran las primeras veinticuatro horas para asegurar que los militantes de su entorno se pusieran a salvo. Sin embargo, este tipo de enfoque no se hizo público en aquel momento.³⁵¹

Desde fines de los sesenta, los brasileños tuvieron un rol fundamental en la denuncia de estas violaciones. Algunos entrevistados recuerdan el impacto de las denuncias en su memoria y en la percepción de una posible perspectiva autoritaria. La militante del MIR Hilda Amalia Garcés recuerda que, pocos días después del golpe de Estado, tuvieron una reunión con militantes brasileños que les explicaron en detalle los métodos de tortura utilizados en Brasil y les entregaron manuales de preparación, convencidos como estaban de que "eso era lo que se venía". Recuerda que, cuando los brasileños se retiraron, los militantes del MIR pusieron en duda la posibilidad de que eso ocurriera en su país, con el argumento de que Chile era muy diferente de Brasil. En sus palabras, "nos

fuimos enterando muy lentamente de todo. Bah, estábamos enterados pero no queríamos escuchar".³⁵²

Lo cierto es que el avance autoritario también aceleró la necesidad de estos grupos de encontrar caminos concretos para coordinar sus acciones. En noviembre de 1972 el MIR, el MLNT y el PRT-ERP comenzaron a plantearse la idea de crear una organización internacional. Tras dos meses de estadía en Cuba, los dirigentes del PRT-ERP retornaron de forma clandestina a la Argentina a través de Chile. Allí se encontraron con la dirigencia del MLNT en el exterior y con la del MIR. Un documento de la JCR que habla sobre sus orígenes, escrito en 1975, narra que ese mes hubo una reunión trascendente en Santiago, en la que participaron la comisión política del MIR y tres dirigentes del MLNT y del PRT-ERP.³⁵³ Según el documento, Miguel Enríquez propuso crear un "pequeño Zimmerwald" del Cono Sur, en alusión a la reunión realizada en Suiza en 1915 por los socialistas que se oponían a la Primera Guerra Mundial y que sentaron las bases para la creación de la III Internacional. El texto postulaba que: "Unir a la vanguardia revolucionaria que ha emprendido con decisión el camino de la lucha armada contra la dominación imperialista, por la implantación del socialismo, es un imperativo de la hora".³⁵⁴

Más allá de la voluntad estratégica continentalista definida por Guevara en el *Mensaje a la Tricontinental*, de la que estos grupos se sentían portavoces, existían necesidades concretas que requerían forjar alianzas con los grupos de la región. Desde la perspectiva del MIR, la posibilidad de una reacción autoritaria en Chile, que era cada vez más inminente, implicaba pensar cómo construir una retaguardia estratégica para organizar la resistencia. En este sentido, la relación con las organizaciones argentinas se volvió central debido a la larga frontera que ambos países comparten.³⁵⁵

En cuanto al PRT-ERP, en 1972 se produjo un viraje importante en sus relaciones internacionales. Junto con la ya mencionada necesidad de concebir Chile como retaguardia

estratégica, otros aspectos contribuyeron a afianzar la necesidad de una alianza. Tras su paso por Cuba y antes de retornar al Chile, la dirección del PRT-ERP estuvo en Europa. Allí Santucho decidió que el PRT-ERP se apartaría de la IV Internacional debido a las acusaciones contra Cuba, al retiro del apoyo del trotskismo europeo a las guerrillas latinoamericanas y a las denuncias de intentos de "entrismo" en el seno de la organización.³⁵⁶ En ese contexto, la necesidad de crear una organización regional más cercana a la estrategia guevarista adquirió nueva trascendencia para un partido que había puesto especial cuidado en las relaciones internacionales. Por último, la dirigencia del MLNT en el exterior, ya acéfalo en Uruguay y víctima de una profunda derrota, necesitaba intensificar sus contactos internacionales en la región, que resultaban centrales para asegurar su supervivencia en Chile y las Argentina, los dos lugares que en diferentes momentos se pensaron como retaguardias.

Este fue, en líneas generales, el contexto en que se plantearon algunos acuerdos en las reuniones de noviembre de 1972. Las primeras actividades conjuntas estuvieron relacionadas con la integración de militantes de las diferentes organizaciones en una escuela internacional de cuadros y el desarrollo de comisiones dedicadas a infraestructura militar y logística.³⁵⁷

La escuela llevó a cabo sus actividades en los alrededores de Santiago a comienzos de 1973. El militante del MIR Osvaldo Torres la recuerda como una experiencia de alrededor de una semana, durante la cual se discutieron temas teóricos y políticos.³⁵⁸ Tenía un ritmo muy intenso de clases, que se extendían desde la mañana hasta la tarde. Todas las actividades se realizaban en una casa de verano que brindaba escasas comodidades en relación con el número de participantes. De noche había un clima más abierto, de camaradería y socialización. Participaron militantes del MIR, del PRT-ERP especialmente llegados desde la Argentina y tupamaros exiliados en Chile. Los docentes eran dirigentes políticos de las tres organizaciones y académicos cercanos o militantes del

MIR. Entre otros, Torres recuerda la participación de Tomás Vasconi, Andrés Cultelli y Ruy Mauro Marini, quien era una suerte de organizador.

En opinión de Torres, más allá de las temáticas tratadas, el objetivo era promover la solidaridad y la relación política entre militantes de diferentes organizaciones. En su caso, esa instancia de formación derivó en una relación sentimental con una militante uruguaya que continuó durante 1973 y se vio interrumpida por el golpe de Estado. En su testimonio señala las diferencias y coincidencias entre las diversas organizaciones. Con respecto al PRT, recuerda: "Eran dirigentes de la estructura del PRT y eran obreros, cosa muy rara en el MIR, porque en general la dirección de las estructuras organizativas del MIR estaba integrada por estudiantes universitarios, ya militantes profesionales, pero de extracción pequeñoburguesa". Los tupamaros parecían a mitad de camino en términos de edad y de clase: tendrían entre "25 y 35" años. En cuanto a los aspectos ideológicos, Torres afirma que las afinidades más fuertes del MIR eran con los militantes del PRT-ERP y que veían a los militantes tupamaros como "buenos para la acción" pero "muy desarmados en lo ideológico" y afectados por la derrota que estaban procesando.

Otras de las tareas que se llevaron a cabo en Chile durante el período fue la fabricación de armamento casero. En un comienzo, esta actividad estaba a cargo de los militantes del MIR de la fuerza central, pero luego se sumaron militantes tupamaros y más tarde se desarrollaron tareas conjuntas en el marco de la JCR. En 1973 algunos de estos talleres ya fabricaban granadas y habían comenzado a diseñar partes de metralleta, que luego se podría armar en forma casera. Según Pascal Allende, ya se apuntaba a la estandarización de la producción de las piezas, aprovechando las maquinarias a las que tenían acceso los militantes del MIR en los cordones industriales, pero el golpe de Estado interrumpió ese desarrollo.³⁵⁹

A mediados de 1973, la situación en Chile se había tornado extremadamente complicada para las actividades de coordina-

ción. El "tanquetazo" del 29 de junio, ocurrido dos días después del golpe de Estado en Uruguay, fue el primer intento real de insurrección militar contra el gobierno de Salvador Allende. Aunque fallido, se sabía que varios de los militares que se habían opuesto lo habían hecho apenas por una cuestión de oportunidad. El golpe de Estado se percibía como una posibilidad cercana.³⁶⁰ Asimismo, la transición democrática en la Argentina comenzaba a transformar el país vecino en un lugar más seguro para buena parte de estos extranjeros. Las elecciones de marzo de 1973, la asunción de Héctor J. Cámpora (respaldado desde el exilio por Perón) en mayo, la amnistía a los presos políticos y el retorno de un Perón que se mostraba más cercano a la izquierda daban pistas de un nuevo momento histórico en el país, que también podía tener impacto a nivel regional.³⁶¹ La prensa de izquierda chilena reseñó que, en el acto de asunción de Cámpora, se gritaba "Allende y Perón, un solo corazón" y que habían estado presentes el presidente chileno y Osvaldo Dorticos en representación de Cuba. La revista *Chile Hoy* tituló así su número de esa quincena: "Santiago-Buenos Aires-Lima-La Habana: el nuevo eje".³⁶²

Según el testimonio del tupamaro Efraín Martínez Platero, en junio de 1973 tuvo lugar la segunda reunión de la JCR en Rosario, Argentina. Participaron delegaciones del MIR, el PRT-ERP y el MLNT y se integró el ELN boliviano, que hasta ese momento solo había mantenido conversaciones bilaterales con las demás organizaciones.³⁶³ Según el testimonio de uno de los participantes, el evento duró varios días y resultó en el fortalecimiento de las relaciones entre las organizaciones.³⁶⁴ Cada grupo presentó extensos informes autocríticos, que fueron discutidos con franqueza por los demás participantes. Los más aplaudidos fueron los miembros del ELN boliviano debido a la carga simbólica que representaba su lucha, ya que se trataba de la organización del Che. En términos prácticos, se discutieron los planes del PRT-ERP de crear un foco guerrillero en Tucumán, se definió un equipo de fronteras que se encargaría de comprar medios de transporte (ca-

miones de carga, avionetas, lanchas) y de realizar inversiones en empresas de transporte a los efectos de asegurar el traslado de los militantes entre los diferentes países, y se inició la búsqueda de contactos en el exterior.

En 1973 ya se había iniciado el intercambio de militantes entre las organizaciones. El asesinato del integrante del PRT-ERP Gerardo Alter en el cuartel de Florida en Uruguay y la muerte, un año después, del uruguayo Hugo Cacciavilliani en Tucumán son apenas dos muestras de esos intercambios.³⁶⁵ El boliviano Chato Peredo dice haber participado en la preparación del secuestro del gerente general de la refinería Esso, Víctor Samuelson, perpetrado por el PRT-ERP en la Argentina.³⁶⁶

Los militantes tupamaros, percibiendo el alto riesgo de mantener a sus militantes en Chile, comenzaron a evacuarlos hacia Cuba y, en menor medida, a la Argentina. Unos pocos permanecieron en Chile hasta el golpe de Estado. El PRT-ERP concentraba su atención en los hechos que ocurrían en su país. El MIR priorizaba la preparación de la resistencia al golpe de Estado, en un escenario mucho más adverso que el que se había pensado. En ese contexto, algunos brasileños comenzaron a emigrar a Europa o a la Argentina.

Los cubanos también empezaron a retirar gran parte de su personal diplomático y a sus familiares. Los asesores cubanos estaban preocupados por el rumbo del gobierno, ya que observaban la inminencia del golpe de Estado y la pasividad de Allende. Para Cuba, el desenlace era inminente, pero se había comprometido a respetar la voluntad del presidente chileno. En cierta medida, los cubanos se habían preparado para el desenlace: durante el período habían ofrecido entrenamiento y armas a diferentes organizaciones de izquierda. Según Ulises Estrada Lescaille, miembro del Departamento América, hasta mayo de 1972 —cuando Allende solicitó que se retirara el apoyo en armamento— Cuba había entregado alrededor de tres mil armas al MIR, al Partido Comunista, al Partido Socialista y al MAPU, y entrenado a “cientos” de mi-

ristas en Cuba y en Chile, y a alrededor de dos mil chilenos.³⁶⁷ En todas estas actividades, el gobierno cubano respetó la decisión de Allende: nada se hizo sin su expresa aprobación. Eso llevó a los cubanos a enfriar sus relaciones con el MIR, ya que en mayo de 1972 Allende solicitó que no se le diera armamento y los cubanos aceptaron. Hasta el momento de su muerte, Cuba respetó la voluntad de Allende de no provocar un enfrentamiento.³⁶⁸

Los cubanos y los extranjeros tenían razones para temer el desenlace. Cuando se produjo el golpe de Estado, el 11 de septiembre de 1973, los extranjeros fueron uno de los grupos más vulnerables, ya que tenían menos posibilidades para sobrevivir en la clandestinidad, y se transformaron en chivo expiatorio del nuevo régimen, que los consideraba la expresión más flagrante de la subversión internacional a la que Allende había abierto las puertas. Según el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, 688 brasileños, 619 uruguayos, 582 bolivianos y 352 argentinos salieron de Chile mediante asilo diplomático.³⁶⁹ El mismo día del golpe de Estado, la embajada de Cuba fue atacada por grupos de extrema derecha y luego permaneció sitiada por los militares hasta que se logró un acuerdo para la salida pacífica del personal diplomático.

La sangrienta represión desatada por los militares el 11 de septiembre adquirió dimensiones que nadie había podido imaginar. En los tres meses posteriores, 1261 personas fueron ejecutadas o desaparecidas: un 55% del total de desaparecidos o ejecutados en el transcurso de la dictadura.³⁷⁰ La izquierda y el movimiento social fueron superados por las dimensiones de los operativos militares. El trabajo de Mario Garcés y Sebastián Leiva sobre uno de los escasos focos de resistencia armada muestra que las previsiones, tanto de gradualistas como de rupturistas, fueron superadas con creces por la realidad.³⁷¹

El 15 de septiembre se reunieron los dirigentes del Partido Socialista y del Partido Comunista; ambos partidos dieron

instrucciones de asilar en embajadas a sus miembros más notorios. Los militantes del MAPU tomaron una decisión similar.³⁷² El MIR adoptó una posición diferente: aunque reconoció la necesidad de replegarse, decidió mantener a todos sus militantes y dirigentes dentro del país y sancionar a los que decidieran buscar refugio, salvo honrosas excepciones, como la de los extranjeros militantes del MIR. El MIR pensaba que su línea política había sido legitimada por los hechos. Según el testimonio de Beatriz Allende, el día del golpe de Estado el presidente mantuvo una charla telefónica con Miguel Enríquez, en cuyo transcurso le dijo: "Ahora es tu turno".³⁷³ Ahora debían luchar por lo que habían postulado. A un mes del golpe, Enríquez decía:

En Chile no ha fracasado la izquierda; ni el socialismo, ni la revolución, ni los trabajadores. En Chile ha finalizado trágicamente una ilusión reformista de modificar estructuras socioeconómicas y hacer revoluciones con la pasividad y el consentimiento de los afectados, las clases dominantes.³⁷⁴

A su entender, el golpe confirmaba la inviabilidad del camino pacífico al socialismo, a la vez que abría paso a una estrategia revolucionaria.

4. "La partida decisiva de la revolución en América Latina" Militantes bolivianos, chilenos y uruguayos en la Argentina peronista. Buenos Aires, 1973-1976

El 16 de septiembre de 1973, una numerosa marcha tomó las calles del centro de la ciudad de Buenos Aires para expresar su rechazo al golpe de Estado en Chile. Alrededor de veinte mil personas ocuparon más de veinte cuadras, convocadas en la intersección de las avenida Callao y Las Heras. Entre los manifestantes había militantes de diferentes organizaciones peronistas y de izquierda –Juventud Peronista (JP), Federación de Jóvenes Comunistas (FJC)– y de organizaciones armadas como el Grupo Obrero Revolucionario (GOR) y el Frente Argentino de Liberación (FAL). Según la crónica de *El Combatiente* –periódico del PRT-ERP–, también estuvo presente una columna de militantes y simpatizantes con estandartes del PRT-ERP y una pancarta que decía: "Chile, Uruguay, Argentina por la liberación de América Latina". Las consignas que cantaban expresaban su interpretación de lo ocurrido del otro lado de los Andes: "¡Chile, Chile, Chile, nos da una lección: sin el pueblo armado no habrá revolución!". Según el cronista, esta consigna se mezclaba con otras, cantadas por la multitud, que expresaban una valoración similar de los hechos: "¡Fuera de Chile, fuera de Argentina, fuera los yanquis de América Latina!", "¡Armoniosamente, armarse hasta los dientes!", "¡Tupas, MIR, ERP, todos juntos al poder!". *El Combatiente* mencionaba que hasta los miembros de la FJC estaban en la misma sintonía: "¡A Allende no se lo llora, a Allende se lo venga con las ametralladoras!", o "¡Si no se van, si no se van, les va a pasar lo mismo que en Vietnam!". Dos días después, en un acto en homenaje a Salvador Allende

frente al Congreso de la Nación, grupos que emergían entre la multitud gritaban a viva voz: "Basta de palabras, el pueblo quiere armas".³⁷⁵

Como vimos en el capítulo anterior, tras el golpe de Estado en Chile la izquierda radical conosureña dio por sentado que su tesis acerca de la inevitabilidad de la lucha armada se reafirmaba dentro del campo de la izquierda. Desde su perspectiva, lo que había sido derrotado en Chile no era la revolución, sino una particular forma de conducción de la izquierda y del movimiento popular: el reformismo. Chile debía ser una lección ejemplar para los procesos políticos sobrevivientes.

El año 1973 culminaba con una situación muy diferente a las expectativas que se habían generado a comienzos de la década. El golpe de Hugo Banzer en 1971 en Bolivia, la reacción autoritaria del presidente Juan María Bordaberry en 1972 y la disolución de las cámaras en junio de 1973 en Uruguay y el golpe militar en Chile en septiembre de 1973 habían cancelado esas expectativas.

Sin embargo, para los militantes de la izquierda armada el Cono Sur continuaba siendo la zona clave donde se sellaría el destino final de la revolución en América Latina. El sociólogo brasileño Ruy Mauro Marini, ahora responsable del comité exterior del MIR bajo su nombre encubierto Luis Cerda, escribía en 1975 en el *Correo de la Resistencia* que, si bien en América Latina existían países con proyectos reformistas nacionalistas (Perú, Panamá, Venezuela, México) que causaban problemas a los Estados Unidos, la zona clave donde se disputaba el futuro de la revolución en el continente era el Cono Sur:

Lo que aparece, pues, con toda evidencia, es que hemos asistido a un desplazamiento del eje revolucionario latinoamericano tanto desde el punto geográfico, como de clase y de contenido programático. Es por esto que los factores fundamentales que trabajan hoy el proceso revolucionario latinoamericano no

se encuentran en los países dominados por el reformismo burgués sino precisamente allí donde se ha impuesto la contrarrevolución (caso típico: Chile) o donde se esfuerza por imponerse (Argentina). Precisamente la violencia contrarrevolucionaria en esos países, así como en Bolivia y Uruguay, es la respuesta burguesa e imperialista a movimientos revolucionarios cuyo desarrollo pone en peligro la supervivencia misma de su dominación. Es por esto que podemos afirmar que en estos países es donde se está jugando la partida decisiva en América Latina. [...] Allí donde el movimiento revolucionario logre impedir que esto se concrete (como puede ser hoy el caso de Argentina) y, más aun, allí donde encuentren los medios adecuados para echar abajo dichos regímenes (como es principalmente el caso de Chile, pero también de Uruguay y Bolivia), allí habremos dado un paso decisivo, de inmensa significación para abrir camino al derrocamiento de la dominación burguesa e imperialista en nuestro continente.³⁷⁶

En opinión de Marini, que expresaba el sentir de la flamante Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), luego de 1973 la Argentina se había transformado en una zona clave para el desenlace definitivo del enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución. El país era un lugar donde las fuerzas de la contrarrevolución aún no se habían instalado definitivamente y, por su condición geográfica, podía servir como retaguardia estratégica para los militantes revolucionarios de los países limítrofes (Uruguay, Chile, Bolivia, Brasil). Pero la situación argentina también estaba cambiando a paso rápido. El golpe de Estado en Chile había impactado sobre el general Juan Domingo Perón, presidente electo desde septiembre de 1973.

En noviembre, Perón le expresó al general Carlos Prats, excomandante en jefe del ejército chileno asilado en la

Argentina, que en Latinoamérica “la reacción demostró a los revolucionarios lo caro que debieron pagar por su humanitarismo” y advirtió que ante los planes del imperialismo en la Argentina: “La Nación entera se pondrá de pie. Todos los argentinos se levantarán en defensa de la soberanía nacional. Todos los pueblos hermanos de América nos apoyarán”.³⁷⁷ Sin embargo, un mes después, el nuevo embajador chileno en la Argentina expresaba a la Junta Militar su satisfacción por el buen recibimiento que le había dado Perón. En ese encuentro, el presidente se refirió al problema de los exiliados refugiados en la embajada argentina como un “presente griego”. Afirmó que ambos gobiernos habían surgido por la necesidad de frenar la polarización y que “desde que asumí el poder su preocupación principal era la contención de los excesos de los grupos extremistas de izquierda y que no cejaría en este empeño”.³⁷⁸ Dos semanas más tarde, en una reunión entre el embajador chileno y el canciller Alberto Vignes a raíz de la muerte de ciudadanos argentinos vinculados a la UP en territorio chileno, el canciller le explicó al embajador que el Parlamento lo había presionado para que exigiera la aclaración de esos casos. Acto seguido, agregó: “Sería lamentable que por este tipo de gente se lleguen a perjudicar nuestras relaciones”.³⁷⁹

No obstante, más allá del gradual acercamiento entre Perón y la dictadura chilena, los militantes uruguayos, chilenos y bolivianos veían la Argentina como el único refugio en la región que aún ofrecía ciertas libertades para la actividad política.

ARGENTINA COMO RETAGUARDIA DE LA REVOLUCIÓN CONTINENTAL

El PRT-ERP, única organización armada de izquierda no peronista, tuvo una relación complicada con el nuevo gobierno

democrático del peronista Héctor José Cámpora que comenzó en mayo de 1973. Entre mayo y agosto de ese año, el PRT tuvo existencia legal y estableció una tregua con el nuevo gobierno. A partir de septiembre, con el asalto al Comando de Sanidad del Ejército, la organización volvió a la clandestinidad y aumentó su accionar armado. En el comunicado “El ERP seguirá combatiendo”, publicado en su periódico *Estrella Roja*, la organización justificaba así su retorno a la lucha armada: “Que la democracia existente es muy relativa y que se prepara una dura represión para terminar con ella”.³⁸⁰ Sus documentos y su accionar expresaban un profundo descreimiento acerca de la viabilidad del proceso democrático iniciado en el marco del peronismo.

Desde mediados de 1973, tanto las organizaciones de la izquierda peronista como el PRT-ERP advirtieron acerca del desarrollo de organizaciones de ultraderecha que, amparadas por sectores del gobierno, efectuaron ataques contra personas o instituciones. Durante 1974 y 1975, estos grupos cometieron atentados y asesinaron a intelectuales, artistas y militantes sociales cercanos a la izquierda, tanto peronista como no peronista; los exiliados fueron otro de sus objetivos. Para septiembre de 1974, estas organizaciones habían eliminado cerca de doscientas personas.³⁸¹

El peronismo era descrito en diversos documentos del PRT como una modalidad de bonapartismo que comenzaba a ser superada por la movilización social, fundamentalmente obrera, que resultaba incontenible para el viejo estilo de liderazgo populista.³⁸² El PRT-ERP repetía los argumentos ya esgrimidos por otras organizaciones de la región acerca de las salidas autoritarias que las élites, aliadas con el imperalismo y los ejércitos nacionales, impulsaban en varios países y la imposibilidad de desarrollar propuestas reformistas en ese contexto.³⁸³

Todas las organizaciones armadas del Cono Sur planteaban en sus documentos que el objetivo estratégico era la construcción de un ejército popular revolucionario, pero fue el ERP

el que tomó más en serio esos postulados, a excepción de los peronistas Montoneros, que no participaron de estos espacios de coordinación. Entre 1973 y 1975, el ERP llevó a cabo siete ataques a cuarteles y guarniciones militares.³⁸⁴ Aunque la evaluación de esas acciones en términos militares no fue exitosa, en la mayoría de los casos la capacidad de desafiar al ejército fue leída por el ERP como extremadamente positiva.³⁸⁵ Por otra parte, esa línea no implicó una caída de su periferia de apoyo: en ese período, el PRT-ERP aumentó su número de militantes y su área de influencia. Mientras que en 1970 el PRT contaba con doscientos cincuenta militantes, en 1975, según María Seoane, ascendía a seiscientos militantes y dos mil simpatizantes, y según Pablo Pozzi, entre cinco mil y seis mil militantes y simpatizantes.³⁸⁶

El ataque al regimiento C-10 de Caballería Blindada de la localidad de Azul, en enero de 1974, marcó el comienzo de la estrategia de confrontación militar con el gobierno de Perón. Tres meses después de la asunción de Perón con el 62% de los votos, el PRT-ERP planificó una acción en la que participaron entre ochenta y cien guerrilleros. El ataque a uno de los regimientos militares más importantes del país implicaba un evidente desafío a la autoridad presidencial.³⁸⁷ La acción no fue exitosa: catorce guerrilleros fueron apresados, tres murieron en enfrentamientos y dos desaparecieron. Al día siguiente, vestido por primera vez en muchos años con su uniforme militar, Perón brindó una conferencia de prensa en la que explicitó su voluntad "de aniquilar al terrorismo".³⁸⁸

Junto con el coro de voces conservadoras que apoyaron las medidas que Perón propuso para "aniquilar" a esta organización, varios sectores de la izquierda peronista y comunista cuestionaron la acción del PRT-ERP, ya que a su entender ofrecía una excusa para acelerar los planes del Poder Ejecutivo de endurecer el Código Penal e integrar las Fuerzas Armadas al conflicto político.

Los dirigentes del PRT-ERP eran a medias conscientes de la situación de aislamiento en la que su acción los había de-

jado.³⁸⁹ En ese marco, la organización buscó el respaldo de sus aliados regionales. No es casual que, si bien los primeros contactos datan de 1972, la primera aparición pública de la JCR, con su declaración conjunta "A los pueblos de América Latina", haya sido en una conferencia de prensa realizada por el ERP luego de los sucesos de Azul en 1974.³⁹⁰

La declaración era una convocatoria a concretar una de "las principales ideas estratégicas del comandante Che Guevara" y retomar la tradición de "nuestros pueblos, que supieron hermanarse contra los colonialistas españoles". Desde la perspectiva de esta organización, el dilema era la conducción de ese "despertar de los pueblos". Había dos corrientes de pensamiento que "conspiraban" contra los esfuerzos revolucionarios. "Ellos son un enemigo: el nacionalismo burgués, y una concepción errónea en el campo popular: el reformismo". Frente a estas corrientes, afirmaban con optimismo que "el polo armado, el polo revolucionario [...] día a día se consolida en el seno de las masas".³⁹¹

El hecho de que esta declaración haya sido presentada inicialmente por el ERP no es casual y testimonia un nuevo momento en la coordinación entre los grupos de la izquierda armada, que databa de 1972. El ERP brindó refugio a los militantes de las organizaciones de la JCR de los países vecinos y proveyó los recursos materiales y humanos necesarios para planificar operaciones de retaguardia desde la Argentina hacia los países fronterizos. Asimismo, el PRT-ERP asumió un papel central en el mantenimiento de la red, ya que fue la única organización que, entre 1973 y 1975, logró incrementar su potencial armado debido a secuestros exitosos que le reportaron importantes ingresos, mientras las demás organizaciones sufrieron importantes derrotas en ese período. Entre 1973 y 1974, el ERP recaudó importantes sumas de dinero con los secuestros perpetrados contra diversas personalidades del mundo empresarial, cuyo objetivo primario, en la mayoría de los casos, era extorsivo: obtener una "indemnización para el pueblo" como forma de pago por los "delitos" come-

tidos contra los trabajadores. Uno de los más importantes fue el de Víctor Samuelson, un alto directivo de Esso, en diciembre de 1973. En esa acción participaron militantes de la JCR. Osvaldo Peredo, del ELN, relata que estuvo presente durante la planificación, y un informante anónimo del MLNT afirma haber participado en las negociaciones posteriores.³⁹²

Es probable que la campaña militar en Tucumán haya sido el emprendimiento más ambicioso en materia militar al que aspiraron los grupos guerrilleros del Cono Sur. El proyecto del PRT-ERP preveía la creación de un grupo militar especializado: "la compañía de monte Ramón Rosa Jiménez", que aspiraba a desarrollar una zona liberada en el monte de la provincia de Tucumán y llegar a suelo boliviano, abarcando unos trescientos cincuenta kilómetros. En la realidad llegó a cubrir entre treinta y cuarenta kilómetros y concentró entre cincuenta y cien militantes, quienes, con uniformes de soldados pero calzados con alpargatas, ambicionaban transformar ese territorio en una zona liberada.³⁹³

El testimonio de algunos militantes del PRT-ERP insiste en que este frente guerrillero rural no buscaba crear un "foco" desde el cual generar conciencia mediante acciones armadas, sino un "territorio liberado" que amparara el trabajo político desarrollado en otras áreas. En este caso, el foco no anticipaba al partido, ya que el territorio donde se planificaban esas acciones estaba cerca de ingenios azucareros con una larga tradición de lucha sindical y donde el PRT realizaba su trabajo desde mediados de los sesenta. Por otra parte, la guerrilla rural era concebida como un elemento complementario del accionar de la guerrilla urbana.³⁹⁴ El territorio elegido tenía puntos de contacto con los intentos de comienzos de los sesenta abordados en capítulos anteriores.³⁹⁵ Más allá del intento de distanciarse del foquismo, la apuesta militar guardaba muchos puntos en común con la campaña del Che en Bolivia. El norte argentino había recibido una particular atención por parte de Guevara desde la incursión de Jorge Ricardo Masetti hasta su llegada a Bolivia. Además, el intento del ERP tenía pretensiones de con-

tinentalidad similares a las del proyecto del Che en Bolivia: así como Guevara pensaba cruzar desde Bolivia a la Argentina con un contingente de doscientos guerrilleros, el ERP ambicionaba expandir su zona liberada a las yungas bolivianas.³⁹⁶

La hipótesis de la estrategia del ERP preveía que la creación de la zona liberada en Tucumán generaría una reacción contrainsurgente que internacionalizaría el conflicto. En un documento público de enero de 1976 se planteaba que, en caso de que se llegara a desplegar un ejército guerrillero, el territorio sería invadido por una fuerza regional apoyada por los Estados Unidos. Como veremos más adelante, el conflicto de Tucumán nunca adquirió las dimensiones esperadas y la internacionalización se dio por otros carriles.³⁹⁷

Durante toda la campaña, tanto el ERP como el ejército se esforzaron en transformar el escenario de la confrontación en una suerte de teatralización de una guerra formal. Mientras que el ejército pretendía sobredimensionar las características del grupo guerrillero para justificar su creciente persistencia en la arena política y aumentar su presencia militar en la zona, la guerrilla intentaba transmitir la sensación de que había conformado un ejército regular, a la usanza de la experiencia vietnamita o china.³⁹⁸ El ERP desarrolló una estrategia comunicacional persuasiva a través de su periódico, donde ponía especial atención en los aspectos relacionados con la supuesta formalización del ejército revolucionario. La compañía de monte intentaba reproducir los grados, la estética y los rituales de un ejército regular, y esto era a su vez reproducido y amplificado por *Estrella Roja*, que informaba sobre las condecoraciones, los ascensos de grado y las ceremonias cotidianas en las que se cantaba el himno del ERP y los militantes marchaban vestidos con sus uniformes de guerrilla. Toda esta información magnificaba las características del ERP y ofrecía una imagen algo exagerada de las dimensiones militares que había alcanzado el grupo guerrillero.³⁹⁹

Fue en ese contexto que las otras organizaciones de la JCR comenzaron a pensar cómo sacar provecho de la situación

que vivía la guerrilla argentina. Veían en el supuesto desarrollo militar del ERP un apoyo importante para planificar acciones desde la Argentina hacia sus respectivos países.

En los boletines internos del PRT-ERP, aparecían testimonios de militantes latinoamericanos que participaban en las experiencias argentinas. A modo de ejemplo, en la "Carta de un revolucionario latinoamericano", publicada en el n° 42 del *Boletín Interno*, un miembro de una "organización hermana" narra su experiencia en la escuela de cuadros del PRT y en acciones del ERP y expresaba su admiración por el desarrollo alcanzado. Admitía que a principios de la década "la vanguardia de la guerra se encontraba en el MLN Tupamaros, pero creíamos que eso no podía seguir por mucho tiempo. Porque el MLN no era un partido marxista-leninista y estaba formado por toda clase de tendencias, tanto revolucionarias como pseudo revolucionarias" y ya en esa etapa se vislumbraba que el PRT-ERP "llegaría a ocupar el lugar que en ese momento tenía el MLNT, si es que el movimiento hermano no se decidía por el marxismo leninismo". Más adelante, repasaba su experiencia en la "escuela de cuadros" y expresaba su admiración por el "alto grado de desarrollo político e ideológico y la preocupación constante de todos los compañeros que estaban por superarse cada día más en el marxismo leninismo". Contaba que dentro de su actividad en el ERP había comprobado "que el desarrollo político e ideológico se ha superado ampliamente de 1971 a esta parte". También manifestaba haber percibido "el alto grado de espíritu de sacrificio" y la "alta moral de combate" de los militantes del ERP.⁴⁰⁰

Es sabido que en la "compañía de monte" de Tucumán participaron militantes chilenos y uruguayos. La cobertura de los documentos del ERP en relación con la participación de extranjeros en la compañía de monte de Tucumán es contradictoria. Por un lado, en documentos internos y en *Estrella Roja* se menciona la participación de chilenos y uruguayos; por otro, en respuesta a la acusación de que los guerrilleros recibían apoyo del exterior, el "teniente Armando" enfatiza-

ba la presencia de militantes tucumanos.⁴⁰¹ La participación de militantes provenientes de otros países tuvo lugar en el marco de los proyectos estratégicos de cada uno de los grupos que integraron la JCR.

El MIR había promovido la creación de la JCR para asegurarse una retaguardia estratégica ante la posibilidad de un golpe de Estado en Chile.⁴⁰² Sin embargo, después del golpe esos planes no se concretaron porque los dirigentes decidieron permanecer en Chile y proponer la política de "¡No asilo!", que intentaba mostrar una imagen diferente de la de que proyectaba la mayoría de la izquierda, que por ese entonces comenzó a exiliarse. Si bien algunos militantes llegaron a Buenos Aires para escapar de la represión, no fueron reintegrados a la organización porque su conducta cuestionaba el postulado de "¡No asilo!".

Carmen Castillo recuerda que el primer líder del MIR que salió al exterior fue Edgardo Enríquez, hermano del secretario general del movimiento. Los motivos de su partida conjugaron aspectos personales y políticos.⁴⁰³ En marzo de 1974, cruzó a Buenos Aires y desde allí viajó a París, para luego establecer múltiples contactos con otras organizaciones de izquierda en Europa y América Latina.⁴⁰⁴ Más allá de los recorridos de Enríquez y de las definiciones de apoyo a la JCR, el MIR aún no había definido cómo funcionaría la retaguardia en la Argentina. En el transcurso de 1974, a medida que la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) avanzaba sobre gran parte de la organización, el MIR se mantuvo firme en su decisión de no enviar militantes al exterior.

El escaso respaldo del MIR a la JCR hizo que en julio de 1974 el dirigente del PRT-ERP Domingo Menna, responsable de relaciones exteriores, viajara a Chile para reunirse con la comisión política de esa organización. La discusión entre el MIR y el ERP giró en torno a la falta de coordinación con la JCR en las actividades que los delegados de la organización chilena desarrollaban en el exterior, la visión prejuiciosa del PRT-ERP respecto de los escasos niveles de proletarización del MIR, y

la demora en el inicio de las acciones de propaganda armada en Chile. El dirigente del PRT-ERP Arnol Kremer relata que, cuando Edgardo Enríquez llegó a la Argentina como representante del MIR, algunos militantes advirtieron las supuestas "debilidades de clase" de este ingeniero civil, perteneciente a la clase media alta chilena, y lo asignaron a una casa prefabricada y sin agua caliente en el segundo cinturón del Gran Buenos Aires. Ese alojamiento dificultó la realización de gran parte de las actividades que Enríquez planeaba llevar a cabo en la capital argentina.⁴⁰⁵ Esto último suscitó a posteriori un debate epistolar entre Miguel Enríquez y Mario R. Santucho. Mientras el PRT-ERP cuestionaba la demora del MIR en el inicio de la propaganda armada, los miristas desconfiaban de la preparación militar del PRT-ERP.⁴⁰⁶ La respuesta del PRT-ERP a estos cuestionamientos no se conoce en su totalidad, aunque en el n° 65 del *Boletín Interno*, reafirma su línea política.⁴⁰⁷ En posteriores visitas de miristas a la Argentina, se conciliaron las diferencias, en la medida en que quedó clara la firme voluntad del MIR de desarrollar la propaganda armada y se comenzó a desarrollar un trabajo conjunto en Europa.⁴⁰⁸

El asesinato del secretario general del MIR, Miguel Enríquez, el 5 de octubre de 1974 mostró el avance de la represión sobre el núcleo dirigente de la organización: gran parte de sus cuadros fueron detenidos o desaparecidos. A mediados de 1975, alrededor del 90% de los antiguos integrantes del Comité Central habían caído.⁴⁰⁹ Un año después de la muerte de Enríquez, los otros dos principales dirigentes del MIR, Andrés Pascal Allende y Nelson Gutiérrez, pidieron refugio en la embajada de Costa Rica y en la Nunciatura Apostólica, respectivamente; esta circunstancia puso en evidencia el final de la estrategia de "¡No asilo!".⁴¹⁰

Según la periodista Nancy Guzmán, la muerte de Miguel Enríquez hizo que su hermano Edgardo regresara a Buenos Aires y asumiera una actitud más proactiva en relación con la JCR. En el marco del descalabro interno del MIR, resultaba fundamental el apoyo que pudiera recibirse desde la

Argentina. Edgardo pasó primero por Cuba, donde organizó una escuela de entrenamiento para los miristas. En mayo de 1975 volvió a Buenos Aires para organizar una operación retorno con un conjunto de militantes del MIR.⁴¹¹ Unos pocos militantes fueron elegidos para integrar las actividades de la JCR en la Argentina; la mayoría había estado en Cuba y llegó a Buenos Aires a comienzos de 1976 para tomar parte en algún entrenamiento específico dentro del aparato del PRT-ERP.⁴¹²

Los planes desarrollados desde la Argentina entre 1975 y 1976 no prosperaron. Además de las dificultades para mantener contacto con los militantes en territorio chileno, los miristas eran vigilados de cerca en la Argentina por varias organizaciones de inteligencia estatales y paraestatales chilenas y argentinas.

Los tupamaros se habían trasladado a Buenos Aires antes del golpe de Estado en Chile. La apertura democrática en la Argentina, junto con el agravamiento de la situación chilena, hizo que un número importante de militantes uruguayos abandonara Chile. Algunos viajaron a Cuba para prepararse para un eventual retorno a su país, y otros a Buenos Aires para planificar los aspectos logísticos de posibles incursiones en Uruguay.

El MLNT no consiguió revertir la crisis interna sufrida a partir de la derrota de 1972. A comienzos de 1973, varios militantes, en sintonía con el clima intelectual y político que se vivía en Chile, explicaron su derrota como una consecuencia de las "desviaciones pequeñoburguesas" y la "debilidad ideológica" y propusieron como única solución plausible a esos problemas la construcción del "partido marxista-leninista". La adquisición de un nuevo lenguaje y un nuevo paradigma ideológico generó un consenso superficial en el marco de la crisis y puso al MLNT en consonancia con sus aliados regionales (MIR y PRT-ERP) y continentales (Partido Comunista cubano), que también habían adoptado esas definiciones.⁴¹³ Sin embargo, ese lenguaje y esa definición ideológica significaron cosas diferentes para los distintos sectores del MLNT.

Los tupamaros que estaban en Chile, Cuba y la Argentina diseñaron un plan militar de retorno a Uruguay. Una comi-

sión militar se encargaría de la instrucción de unos sesenta militantes en Cuba, la obtención de armas y documentos en Uruguay, y la preparación de infraestructura en Buenos Aires y el litoral argentino y uruguayo.⁴¹⁴ El golpe de Estado en Uruguay alteró ese plan, puesto que impidió que el MLNT implementara una base sólida y estable de militantes en territorio uruguayo. Cada grupo de militantes que llegaba del exterior era detectado de inmediato por la dictadura.

En ese contexto, las dudas acerca de la viabilidad de instaurar una resistencia armada en territorio uruguayo aumentaron de manera exponencial entre los dirigentes del MLNT. Las discrepancias que se insinuaban desde 1972 se agudizaron en 1974 y provocaron la ruptura antes de que finalizara el año. La mayoría de los dirigentes concluyeron que, tomando en cuenta los fracasos de 1973 y 1974, era necesario suspender la idea del retorno armado y desarrollar una línea política que priorizara la denuncia de la dictadura y fortaleciera la política de alianzas con los políticos uruguayos exiliados en Buenos Aires después del golpe de Estado.⁴¹⁵

Como reacción a esta postura, varios militantes que estaban en la Argentina insistieron en la continuación de las acciones armadas en Uruguay. Un pequeño grupo de militantes obreros recién llegados de Montevideo, junto con Andrés Cultelli, un viejo militante que era responsable por la escuela de cuadros, crearon la llamada Tendencia Proletaria, que en consonancia con la política del PRT en el mundo sindical argentino apostaba al trabajo político en las fábricas para desde allí generar una línea militar de masas. Esta línea triunfó en el Comité Central Miguel Enríquez en octubre de 1974. Allí se constituyó una nueva dirigencia que apuntaría a la construcción de un partido marxista-leninista "proletario, clandestino y armado".

El conflicto interno estuvo marcado por acusaciones que mezclaban lo personal con lo político y que llegaron a las amenazas de muerte. Los involucrados se acusaban mutuamente de la desaparición de un millón de dólares que el PRT-ERP les había entregado para que lo hicieran llegar a la

dirigencia del MIR. Por su parte, los miembros de base cuestionaban el estilo de vida "aburguesado" de la dirigencia, que se justificaba aduciendo que era una manera de distraer a las fuerzas represivas.⁴¹⁶

El concepto de proletarización es central para entender gran parte de las transformaciones que los tupamaros sufrieron en la Argentina.⁴¹⁷ En este proceso, la influencia del PRT-ERP fue notoria; si bien las definiciones sobre la proletarización se vinculan con la experiencia en Chile en 1972, la cercanía con el PRT-ERP agudizó esa perspectiva.⁴¹⁸

Más allá de la influencia intelectual, el PRT-ERP también intervino de manera directa en los conflictos internos de los tupamaros. En el marco de reciprocidad que se habían planteado los dirigentes de la JCR, el ya mencionado Domingo Menna, miembro del Buró Político del PRT-ERP, tomó parte en el Comité Central. Sus intervenciones dan cuenta de una evidente influencia en las decisiones que los débiles tupamaros tomaban en la Argentina, estableciendo los argumentos más fuertes para que los "peludos" asumieran el mando y los tupamaros retornaran a Uruguay.⁴¹⁹ Menna diagnosticaba la situación del Cono Sur de una manera que distaba mucho de la realidad que varios militantes de estas organizaciones sufrían en los países vecinos: "Que marchamos a un nuevo Vietnam y que las cuatro organizaciones tenemos la responsabilidad de esta nueva esperanza que hay aquí en Latinoamérica".⁴²⁰

"Domingo", uno de los dirigentes que discreparon con las posturas de Menna en el Comité Central, que luego abandonó, cuenta que la diferencia se expresó en un clima de extremo respeto y de cierta admiración por el rol que en ese momento cumplía el PRT-ERP en el contexto conosureño.⁴²¹

Los bolivianos del ELN recibieron una influencia aún mayor del PRT-ERP. En 1975 llegaron a cambiar su nombre y pasaron a llamarse PRT boliviano. La mayoría de sus integrantes arribaron a la Argentina desde Chile escapando del golpe de Estado. Su organización había sufrido un castigo severo. Pese al prestigio que conllevaba haber sido la guerrilla fundada por Guevara,

sus planes estratégicos habían demostrado sus limitaciones y la imposibilidad de mantenerse en Bolivia durante un tiempo prolongado. Sus dos intentos de foco armado habían fracasado y sus incursiones en el área urbana, tras el golpe de Estado de Banzer, tampoco habían logrado mantenerse más de un año.⁴²²

A Buenos Aires no solo llegaron los miembros del ELN, sino gran parte de la izquierda boliviana que intentaba coordinar acciones contra la dictadura de Banzer. Luego de que el primer intento de alianza de la izquierda se frustrara en Chile, el general y expresidente Torres intentó rearmar un frente de izquierda en la Argentina, la Alianza de la Izquierda Nacional (ALIN), con el objetivo de preparar su retorno a Bolivia.⁴²³

En el exilio en Chile y la Argentina, el mayor Rubén Sánchez fue uno de los aliados más cercanos de Torres. Este militar, que había sido capturado por Guevara y luego asumió con la experiencia del gobierno popular de Torres, conformó en Chile un pequeño grupo armado en su mayoría integrado por militares (FAR). A partir de ese momento, inició contactos con las organizaciones armadas del Cono Sur, en particular con el PRT-ERP, lo que lo llevó a integrarse a la JCR y, en particular, al ELN boliviano a partir de 1973.⁴²⁴

Después del golpe de Estado en Chile, el ELN boliviano desplazó el grueso de su aparato militar y logístico y mantuvo algunas casas operativas en la Argentina, donde varios de sus militantes participaron en actividades del PRT-ERP. En buena medida, las prioridades ideológicas del PRT se infiltraron en la agenda de discusión ideológica del ELN y generaron conflictos internos. Temas como la proletarianización y la construcción del Partido Marxista Leninista, que ya se habían discutido en Chile, fueron reivindicados por miembros del ELN boliviano que se encontraban en la Argentina. El destinatario de las críticas fue el líder histórico Chato Peredo a raíz de sus desviaciones militaristas. Su principal opositor era Sánchez, quien contaba con el apoyo del PRT-ERP argentino.⁴²⁵

En ese contexto se convocó el primer congreso del ELN, que se realizó en Lima en 1975. La organización se dividió

en dos fracciones. El sector minoritario del Chato Peredo, asociado con la estrategia foquista que había llevado a las derrotas de Ñanchuazú y Teoponte, fue obligado a abandonar la dirigencia y hacer trabajo de base. Los defensores de la construcción del Partido Marxista Leninista y la proletarianización ocuparon los puestos decisorios. El viraje del ELN al PRT también se expresó en el cambio en su dirigencia, que pasó a estar constituida por el mayor Rubén Sánchez, su hija y su cuñado. Aunque Sánchez se había sumado hacía poco al ELN, mantenía una excelente relación con los dirigentes del PRT-ERP argentino, cosa que —suponemos— lo ayudó a posicionarse en ese contexto.⁴²⁶

La segunda fracción fue la vencedora.⁴²⁷ El congreso redactó un "eufórico" mensaje, dirigido al PRT-ERP argentino, donde le comunicaba la transformación del ELN en el Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia y reconocía que la participación del "cro N" de la JCR había sido central para alcanzar las nuevas definiciones.⁴²⁸

Las resoluciones del congreso iban en la misma dirección que las tomadas un año antes por el MLNT. Incluso eran conceptualizadas por la inteligencia argentina como una muestra de la injerencia del PRT argentino en la organización boliviana.⁴²⁹ Las tareas también eran similares a las que planteaba el MLNT: "Proletarizar nuestra organización, estudiar sistemáticamente la teoría marxista-leninista, la línea del partido, mejorar las actividades prácticas sobre la base de la práctica concreta de la crítica y la autocrítica". Al igual que en el MLNT, en el PRT-ERP la definición ideológica era solución casi mágica a los problemas de análisis político previos.

Mientras Torres enviaba mensajes para anunciar su retorno y desplegaba su actividad política desde la ALIN, el PRT boliviano organizaba actividades armadas en el sur del país. Sánchez volvió a Bolivia luego del congreso del PRT boliviano para desarrollar una red que intentaría reiniciar las acciones.⁴³⁰ Los planes del PRT boliviano estaban vinculados con los de la compañía de monte del ERP en Tucumán y recibían

el apoyo de la JCR. El argentino Luis Stamponi, quien a fines de los sesenta se había integrado al ELN boliviano, y el uruguayo Enrique Lucas, quien había pertenecido al MLNT y durante su estadía en la Argentina decidió integrarse al ELN boliviano, fueron piezas claves en la operación.⁴³¹ Los planes no resistieron al golpe de Estado de 1976, con el consecuente asesinato de Torres en suelo argentino y la desaparición de Stamponi y Lucas en Bolivia, en operativos conjuntos de las dictaduras conosureñas.

En paralelo a las actividades de cada organización en Buenos Aires, la documentación encontrada en el archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires muestra su interés en implementar mecanismos conjuntos de propaganda de la JCR, así como actividades logísticas de apoyo a las acciones armadas de las organizaciones en cada país. Entre las actividades proyectadas se propuso la filmación de películas y la creación de una agencia informativa y una revista de teoría política.⁴³² Los documentos mencionan el proyecto de filmar un largometraje y cuatro cortos sobre Vietnam. Las películas se realizarían en la Argentina bajo la cobertura del Grupo Cine de la Base y financiadas parcialmente por el Instituto Cubano Argentino de Intercambio Cultural.⁴³³ En 1974, se lanzó la revista *Che Guevara*, que pretendía ser una carta de presentación internacional de la JCR. Se conoce su edición en al menos tres idiomas: francés, portugués y español. Reunía ensayos de cada una de las organizaciones e historizaba su actuación, y describía la coyuntura actual en cada país y la manera en que la JCR se integraba a los planes a futuro. Por otra parte, en cada número se incluían documentos conjuntos de la JCR y un trabajo que hiciera referencia a la definición guevarista de esa coordinación. La continuidad del proyecto se vio alterada en marzo de 1975: el tercer número solo pudo ser editado en octubre de 1977.⁴³⁴

El logo de la organización, que aparecía en la contratapa de la revista, condensaba los sentidos que la coordinación aspiraba a construir. Sobre el mapa de Latinoamérica se alza-

ba la sombra de un hombre que empuñaba un fusil a mano alzada. Detrás del continente, una estrella de cinco puntas servía de fondo al escudo. Todo rodeado por un círculo donde aparecían los nombres de las organizaciones que integraban la JCR. La superposición de las diferentes imágenes (el hombre, el continente, la estrella) simbolizaba la manera en que se había constituido la identidad de estos grupos. En el centro, el hombre con su fusil simbolizaba el principal elemento que había agrupado a estas organizaciones: la acción armada. El continente era el territorio donde se desplegaba su accionar y la estrella, que ya había sido utilizada por otras organizaciones (ERP, MLNT), tenía diversos significados, todos ellos asociados al movimiento comunista internacional y la unidad latinoamericana.

Todavía resulta difícil evaluar el desarrollo que alcanzó la JCR en la Argentina en materia de infraestructura, dado que gran parte de los implicados en esas tareas fueron desaparecidos y que la compartimentación de la información sobre estas acciones hizo que la información logística fuera reservada. Uno de los escasos sobrevivientes de la dirigencia de la JCR, el tupamaro Efraín Martínez Platero, menciona que los encargados de logística utilizaron fondos de la JCR para vincularse con empresas de transporte terrestre que eran centrales para la distribución de materiales a través de las fronteras.

A comienzos de 1975, múltiples documentos en la Dipba dan cuenta de allanamientos a casas de la JCR donde se llevaban a cabo importantes actividades conspirativas. Un informe titulado *Procedimiento y detenciones de elementos tupamaros* da cuenta del allanamiento de trece casas vinculadas a las actividades de la JCR y la captura de militantes extranjeros, operativo en el que se encontraron herramientas y materiales vinculados a dos actividades, respectivamente designadas como Plan Conejo y Plan 500 por la policía de Buenos Aires.⁴³⁵

El Plan Conejo tenía como objetivo proveer documentos (cédulas de identidad, pasaportes, registros de conducir, credenciales policiales y militares, etc.) falsificados a miembros

de todas las organizaciones de la JCR. Los documentos encontrados en los allanamientos eran argentinos, pero también de países limítrofes, estadounidenses y europeos. Había dos locales donde se llevaba adelante la falsificación; allí se encontraron diversos elementos, entre ellos una "moderna ampliadora fotográfica de gran costo".

Por su parte, el Plan 500 aspiraba a fabricar quinientas ametralladoras, un proyecto iniciado durante la estadía en Chile, en cuyos cordones industriales se comenzó a experimentar en la fabricación de armamento casero. La iniciativa continuó en la Argentina y un mes antes de que los talleres fueran descubiertos, el ERP informó en *Estrella Roja* sobre la fabricación de una ametralladora capaz de disparar más de quinientos proyectiles. Se explicaba que esa ametralladora era el resultado de dos intentos previos, llevados adelante por un militante del ELN boliviano y otro del ERP. La ametralladora JCR 1, cuya imagen se mostraba en la publicación, era un arma pasible de ser fabricada en un taller artesanal, aunque se anticipaba que estaban intentado desarrollar las partes para su fabricación en serie. Es probable que la publicación de ese artículo haya estado vinculada con los allanamientos posteriores. Las tareas relacionadas con ese plan se llevaban a cabo en tres lugares: dos talleres bien montados y un polígono de tiro encubierto. En un cuarto lugar se fabricaban aparatos de frecuencia modulada para interceptar las comunicaciones policiales.⁴³⁶

Armamento, explosivos, talleres para construir armas, locales especializados para la falsificación de documentos, cárceles del pueblo. Eso fue lo que se encontró. Los allanamientos realizados por las autoridades argentinas dieron cuenta de un importante despliegue de la coordinación entre organizaciones en materia de infraestructura a comienzos de 1975. Un documento de inteligencia uruguayo enumera los objetos encontrados en los allanamientos: cincuenta y seis fusiles ametralladores FAL, cuarenta u ocho subametralladoras, cincuenta escopetas, ciento veinte pistolas y revólveres, cien-

to cincuenta granadas de mano y mil kilogramos de gelinita, además de municiones varias, dos camiones, cuatro autos, una lancha, y cuatro talleres (carpintería, construcción, armamento, documentos).⁴³⁷ Durante esos procedimientos, dos uruguayos fueron abatidos, y capturados veintiséis uruguayos, tres argentinos y dos chilenos.

LAS GEOGRAFÍAS DE LA REPRESIÓN

Así como la caída de estos lugares mostró el potencial de coordinación entre las organizaciones, también se hicieron evidentes las crecientes dificultades que el accionar de la JCR comenzaba a sufrir en la Argentina a medida que se intensificaba la represión y se perfeccionaba la coordinación entre los sistemas de inteligencia policiales y militares del Cono Sur. En 1974, Perón invitó a la participación de las Fuerzas Armadas en la "lucha contra la subversión". Aunque algunos sectores militares inicialmente se opusieron a ocuparse de esa tarea, los ataques del ERP inclinaron la balanza de las voluntades.⁴³⁸ Según la historiadora Marina Franco, en los meses de agosto, septiembre y noviembre el ejército argentino participó en diferentes operativos represivos en Catamarca y Tucumán.⁴³⁹ En ese período se votó la Ley de Seguridad del Estado, que amplió el concepto de subversión y ofreció los caminos legales para ensanchar el marco de la persecución política. Por último, con el llamado Operativo Independencia, a comienzos de 1975 el ejército combatió de manera abierta la campaña militar del ERP en Tucumán. A partir de entonces, se consolidó la participación del ejército como líder de las Fuerzas Armadas argentinas en la lucha contra la subversión.

Además del aumento de la represión y el control estatal, los exiliados debieron enfrentar un mayor nivel de coordinación entre los ejércitos, policías y sistemas de inteligencia

de la región. Aunque la mayor parte de la literatura sobre el Plan Cóndor hace referencia a una reunión ocurrida en noviembre de 1975 y promovida por el chileno Manuel Contreras, jefe de la DINA, como el inicio de la coordinación regional entre las inteligencias militares, existen antecedentes que resultan relevantes para nuestra investigación. Patrice Mc Sherry menciona un documento desclasificado que señala que, en febrero de 1974, Perón empezó a propiciar la coordinación entre las inteligencias de la región, con el objetivo de perseguir a militantes de las izquierdas armadas conosureñas. La Argentina comenzaba a suscitar el mismo tipo de preocupación que antes había generado Chile, ya que amenazaba con transformarse en un centro de conspiración para militantes de izquierda. Pero había una gran diferencia: Perón no era Allende. El presidente argentino no sentía ninguna simpatía por esos sectores que, a su entender, apoyaban a quienes él mismo, de manera por demás explícita, había jurado "extirpar" del territorio argentino. Amparado en ese propósito, Perón autorizó a la Policía Federal a cooperar con los servicios de seguridad de Brasil, Bolivia, Chile y Uruguay. Esa autorización incluía otorgar permiso a los servicios de países vecinos para operar en territorio nacional, así como el arresto y el traslado de personas sin que mediara un proceso judicial. Estas disposiciones se implementaron después de una reunión realizada en Buenos Aires en febrero de 1974, en la que participaron jefes de policía de la región.⁴⁴⁰

Ese contexto hace posible entender una serie de actividades realizadas contra militantes uruguayos y chilenos en la Argentina durante 1974 y 1975 antes de que se cristalizara la Operación Cóndor.⁴⁴¹ En simultaneidad con los allanamientos de comienzos de 1975, fueron detenidos en Paraguay Jorge Isaac Fuentes, del MIR chileno, y Amílcar Santucho, hermano del líder del ERP, quienes representaban a la JCR en un viaje cuyo objetivo era ampliar las relaciones políticas en Perú y Venezuela. El viaje llamó la atención de los servicios de inteligencia paraguayos, que en mayo de 1975 comunicaron a

sus pares argentinos y chilenos la presencia de los dos militantes en su territorio. Aunque los servicios de inteligencia de la región ya conocían el accionar de la JCR, puesto que se había presentado en público en febrero de 1974, la documentación requisada a ambos militantes advertía acerca de los múltiples contactos internacionales que buscaba la coordinación.⁴⁴²

Según John Dinges, la información encontrada en Paraguay catalizó la necesidad de perfeccionar los mecanismos de coordinación entre los servicios de inteligencia militar de la región.⁴⁴³ Por ese motivo, el teniente coronel Manuel Contreras, responsable de la DINA chilena, quien mantenía relaciones cercanas con la CIA, convocó a una reunión de trabajo a los diferentes servicios de inteligencia militar de la región. El documento que acompañaba la invitación postulaba un diagnóstico general sobre la continentalización del conflicto político que guardaba coincidencias con los análisis de la izquierda. Así como la izquierda había denunciado la presencia de los Estados Unidos en la continentalización de la represión política llevada a cabo por la OEA y organismos similares, el documento de Contreras planteaba una versión similar pero inversa:

La subversión no reconoce Fronteras ni Países, y la infiltración penetra a todos los niveles de la vida Nacional.

La subversión ha desarrollado Mandos Intercontinentales, Continentales, Regionales y Subregionales, centralizados para coordinar las acciones disociadoras. A manera de ejemplo podemos citar la Conferencia Tricontinental de La Habana, la Junta Coordinadora Revolucionaria para el Sur, etc., todos ellos amenizados con toda suerte de comités de Solidaridad. [...] En cambio los países que están siendo agredidos Política, Económica y Militarmente (desde adentro y fuera de sus fronteras) están combatiendo solos o cuando más con entendimientos bilaterales o simples "acuerdos de caballeros".

Para enfrentar esta Guerra Psicopolítica hemos estimado que debemos contar en el ámbito internacional no con un Mando centralizado en su accionar interno, sino con una Coordinación eficaz que permita un intercambio oportuno de informaciones y experiencias, además de cierto grado de conocimiento personal entre los Jefes responsables de la Seguridad.⁴⁴⁴

A diferencia del "grito de guerra contra el imperialismo" propuesto por Guevara y reivindicado por la JCR, la guerra de Contreras era contra la subversión internacional y era psicopolítica. El conflicto no se remitía solo a aquellos grupos armados que desafiaban la autoridad estatal, sino a todo el entorno de la izquierda que se expresaba de diversas maneras. Aunque algunos autores subrayaron el papel de la JCR en la elaboración de la propuesta de la Operación Cóndor, las declaraciones de este documento muestran que la JCR funciona como ejemplo de las diversas actividades internacionales desarrolladas por grupos de izquierda, así como la diversidad partidaria de las futuras víctimas del Cóndor permite dudar acerca de esa aseveración.

Aunque el llamado de Contreras fue redactado en un tono de urgencia y presentado como una idea original, lo cierto es que desde mediados de los sesenta se llevaban a cabo experiencias de coordinación y perfeccionamiento entre las policías y los ejércitos nacionales. En algunos casos, estas actividades eran promovidas de manera directa por los Estados Unidos, como lo pone de manifiesto la experiencia de la School of America; en otros, era el resultado de actividades conjuntas en el marco de la OEA; en otros, se coordinaban para enfrentar situaciones concretas, como la llegada del Che a Bolivia.

Como vimos en capítulos anteriores, a mediados de los sesenta la nueva izquierda había comenzado a advertir los riesgos que esta situación tendría para los procesos políticos conosureños. Aunque la JCR continuó esta línea al denunciar

el proceso de internacionalización de la represión, resulta llamativo que señalara aspectos que poco tenían que ver con lo que estaba ocurriendo. En el documento "Pacto militar contra los pueblos de América Latina", redactado por la JCR y firmado en París en enero de 1976, se advertía acerca de la XI Conferencia de Ejércitos Americanos, cuyo objetivo era "organizar la contrarrevolución en América Latina". Tras subrayar que el "odio a los pueblos dominó a lo largo de esta conferencia" y mencionar las declaraciones de Jorge Videla, cuando este anunció que en su país "debería morir toda la gente que fuera necesario para restablecer la paz", el texto informaba acerca de un plan contrarrevolucionario promovido por los Estados Unidos para la formación de fuerzas regionales más poderosas que los ejércitos nacionales. Estos escuadrones, constituidos por los ejércitos de varios países y que contaban con los Estados Unidos como reserva estratégica, actuarían como fuerzas contrainsurgentes. El ejemplo que citaban parecía estar más relacionado con sus expectativas estratégicas que con la realidad. Se decía que si la guerrilla rural de la región argentina de Tucumán llegaba a tener más de mil hombres, enviarían contra ellos a los ejércitos contrarrevolucionarios de la Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Pero si llegaba a sumar dos mil efectivos regulares, intervendrían las Fuerzas Armadas estadounidenses. El texto denunciaba que este plan ya había comenzado a funcionar:

Contamos con información precisa para asegurar que las bandas paramilitares que operan en Tucumán están bajo la dirección técnica de la CIA. Los pueblos del mundo conocen estos métodos y el Chile del asesino Pinochet es suficiente ejemplo de ellos.⁴⁴⁵

Aunque el texto reconocía la convergencia de los ejércitos del Cono Sur en la lucha contra las guerrillas, evidenciaba una rotunda desinformación o desinterés en la reconstrucción de las acciones coordinadas que los servicios de inteligencia llevaban

a cabo en aquel momento. Ya se habían producido traslados ilegales de militantes desde la Argentina a Chile y Uruguay y los agentes chilenos y uruguayos actuaban con total libertad en territorio argentino. No es que la JCR desconociera esa información. Sin embargo, a comienzos de 1976 optaba por denunciar lo que resultaba útil a las expectativas del PRT-ERP argentino en relación con su campaña de Tucumán, pero que muy poco tenía que ver con la realidad de la persecución que sufrían las organizaciones "hermanas" en el país.

La coordinación entre las inteligencias de la región había resultado en extremo eficaz en lo que atañe a la JCR. Antes de la reunión que marcó el lanzamiento oficial de la Operación Cóndor, el accionar de la JCR en la Argentina se había visto limitado debido a los allanamientos y a la captura de Fuentes y el hermano de Santucho en Paraguay. A mediados de 1975, la Argentina comenzó a transformarse en un territorio peligroso para sus proyectos. Un informe de la Dipba, realizado luego de las operaciones Conejo y 500, sostenía: "Esta segunda etapa operacional permite aseverar la casi total destrucción de este aparato subversivo, integrado en su mayoría por elementos de origen extranjero, uruguayos y chilenos".⁴⁴⁶ Dadas las circunstancias, la JCR intensificó el trabajo en el exterior (Europa, África y América Latina) y redujo su presencia en la Argentina. En julio de 1975, una resolución del Comité Central ampliado del PRT-ERP aseveraba que la JCR era un "pequeño embrión de organización internacionalista", importante "como instrumento para avanzar en la construcción de fuerzas revolucionarias internacionales. [...] Pero cuando haya zonas liberadas, el papel de la Junta será mucho mayor".⁴⁴⁷

Aunque a mediados de 1975 el PRT-ERP todavía depositaba importantes expectativas en su campaña en el monte tucumano, con el sucesivo envío de militares a la zona resultó claro que la apuesta de establecer una zona liberada solo podría concretarse en el largo plazo, por lo que la actividad de la JCR tendría que concentrarse en el exterior.

LA BATALLA DEFINITIVA

La situación de crisis política y vacío de poder que se produjo tras la muerte de Perón, en julio de 1974, alumbró nuevas expectativas en el PRT-ERP. Sus integrantes concluyeron que 1975 se perfilaba como el año de las grandes definiciones y la confrontación definitiva. La falta de liderazgo político de la presidenta María Estela Martínez de Perón, viuda y sucesora de Perón, los conflictos entre diferentes fracciones del peronismo (el círculo de López Rega, la CGT y sectores políticos del centro justicialista), el aumento gradual de la participación del ejército en la lucha contra la guerrilla y el creciente descontento social como consecuencia del viraje económico aperturista ofrecían un marco que, desde la perspectiva del PRT-ERP, aceleraría el proceso revolucionario.⁴⁴⁸

Aunque los analistas que estudiaron el período comparten el diagnóstico de crisis política, lo que no resulta claro es que esa crisis pudiera ser capitalizada por la izquierda armada. Los estudios centrados en la coyuntura de 1975 indican que, luego de la reacción popular contra el "rodrigazo", un paquete de ajuste económico del gobierno, comenzó un retroceso de la movilización debido al incremento de la violencia política, la persecución estatal y la crisis interna del peronismo, que desalentó a importantes sectores del movimiento social.⁴⁴⁹ Durante ese año hubo alrededor de ochocientos muertos como resultado de las acciones del ejército y los escuadrones de la muerte y, en menor medida, de las guerrillas de izquierda. La mayoría de los estudios sobre el período señalan que el PRT-ERP y Montoneros no percibieron este retroceso en 1975 y continuaron su accionar militar, circunstancia que los condujo a un mayor aislamiento político.

Ante el reflujo de la movilización social en la segunda mitad del año, el ERP redobló la apuesta de sus acciones armadas. Aunque comenzaban a sentirse los efectos del Operativo Independencia, llevado a cabo por el ejército en Tucumán, el PRT-ERP decidió sostener la compañía de monte Rosa

Jiménez y en enero de 1976 intentó instalar otro foco armado en la zona del Cardillal, con la intención de descomprimir la persecución en otros sectores de la provincia.⁴⁵⁰

En diciembre de 1975, en el contexto de diversos rumores de golpe de Estado, el PRT-ERP pergeñó un ambicioso operativo militar que pretendía causar un “impacto psicológico” sobre la población al mostrar el poderío militar que había alcanzado la guerrilla. Planeó la toma del Batallón de Arsenales 601 de Monte Chingolo, uno de los más importantes del ejército argentino.⁴⁵¹ La acción fue un completo fracaso.⁴⁵² Después de los hechos, el ERP atribuyó el fracaso a la delación de Rafael de Jesús Ranier, el “Oso”. Un mes después, el delator fue capturado, interrogado, sometido a la “justicia revolucionaria” y “condenado” a muerte por el ERP.⁴⁵³ Las pérdidas del ERP como consecuencia de las ofensivas en Tucumán y Monte Chingolo tendieron a debilitar su infraestructura en términos materiales y humanos, y también afectaron lo que quedaba de la JCR en Buenos Aires.

El 24 de marzo de 1976, el golpe de Estado canceló por completo las posibilidades de la JCR en la Argentina. El margen de maniobra de las organizaciones se redujo, ya que no había más espacios de refugio y la coordinación represiva regional no tenía ningún impedimento para actuar en el país. La represión contra la izquierda y las fuerzas antidictatoriales que aún se encontraban en Buenos Aires se intensificó. Líderes de los movimientos antidictatoriales como el expresidente boliviano general José Torres o los uruguayos senador Zelmar Michelini y diputado Héctor Gutiérrez Ruiz, junto con los tupamaros William Withelaw y Rosario Barredo, fueron asesinados poco después. Además se incrementó la persecución contra los miembros de las organizaciones de la JCR. Luego del secuestro de Fuentes y Amílcar Santucho en Paraguay, los servicios de seguridad chilenos confirmaron los planes implementados en la Argentina y la presencia de Edgardo Enríquez. Los servicios argentinos de coordinación, asociados con los chilenos, comenzaron a seguirle la pista.

Los miristas chilenos sufrieron diez desapariciones en la Argentina, entre ellas la de Enríquez, responsable político del MIR en la JCR;⁴⁵⁴ cabe mencionar que ese grupo era la última esperanza para un MIR que, en suelo chileno, estaba casi desarticulado. En 1978 ya sumaban mil los miristas exiliados en Europa y en Cuba.⁴⁵⁵ Los uruguayos del MLNT, divididos en dos fracciones y casi inexistentes en Uruguay, sufrieron treinta y siete desapariciones entre marzo de 1976 y 1979 en la Argentina.⁴⁵⁶ Buena parte de aquellos dos mil que habían llegado a Chile en 1971 ya no pertenecía a ninguna de las fracciones de la organización y se encontraba repartida entre Europa, México y Cuba.⁴⁵⁷ Por último, en menos de un año el PRT-ERP quedó desarticulado y muchos de sus líderes —entre ellos el secretario general, Mario Roberto Santucho— fueron asesinados o desaparecidos.

Un documento de la SIDE advertía que el golpe argentino había modificado “el equilibrio de fuerzas subversivas y contrasubversivas en el plano geopolítico”. Y repasaba el

escalonamiento en la concentración de esfuerzos y por la generación de reacciones de derecha que condujeron al desplazamiento de gobiernos seudoizquierdistas, izquierdistas o lo suficientemente débiles como para no poder hacer frente decididamente al accionar de las organizaciones armadas clandestinas (OAC) que ya actuaban en sus distintos países.

Con la toma del poder, se había cerrado la última etapa de ese proceso en la Argentina, pero ahora el conflicto se extendía a otras áreas del mundo donde las fuerzas subversivas continuaban la lucha política, ya que el margen de acción en el territorio argentino era muy limitado. Esto llevó a los militares a repensar la estrategia:

El concepto de “territorialidad”, que ha sido tradicionalmente aceptado, ha perdido vigencia en esta

guerra de tipo revolucionaria que América está soportando. Por ello una unidad de acción que deje de lado tradicionales límites pero que sea respetuosa del concepto incorpóreo de soberanía se impone en las actuales circunstancias.

La pérdida de Argentina como teatro de combate significa para el enemigo perder toda el área "Cono Sur del continente americano", de donde su accionar quedará encuadrado en países ajenos al área con una escasa repercusión local y menos aún internacional. Se orientarán entonces hacia territorios extracontinentales, muy probablemente África y Europa, en ese orden.⁴⁵⁸

LA JCR POR EL MUNDO

La apuesta a la política exterior, que se había planteado a mediados de 1975, se transformó en la única alternativa posible a partir del golpe de Estado de marzo de 1976 en la Argentina. Desde Buenos Aires, los integrantes de la JCR viajaron en su mayoría a Europa, Cuba y México, y un grupo menos numeroso se trasladó a Argelia. Las actividades iniciadas en Francia en 1974 continuaron en 1975 con la creación de una agencia de prensa de América Latina (APAL), la revista *Che Guevara*, la promoción de una asociación de estudiantes latinoamericanos en Europa y la búsqueda de contactos políticos con organizaciones de la izquierda europea y del Tercer Mundo con sede en Francia. Desde allí, las actividades comenzaron a difundirse en Italia, Suecia y Portugal a través de las comunidades de exiliados uruguayos, chilenos, bolivianos y luego argentinos que llegaban a esos países a medida que la represión aumentaba.⁴⁵⁹

Una de las preocupaciones centrales de los militantes de la JCR era establecer contactos políticos que fomentaran la solida-

ridad con el Cono Sur.⁴⁶⁰ Los documentos destacaban dos niveles en esta tarea. Por un lado, la "solidaridad democrática amplia" basada en la denuncia de la violación de derechos humanos. El documento advertía que "en manos de los reformistas, la lucha por la democracia no supera el estrecho marco de su oportunismo, no llega a ser verdaderamente consecuente, y por eso no pueden vanguardizar el movimiento de solidaridad", por lo cual, "como sostienen los vietnamitas, los movimientos legales no son reformistas si están enmarcados en una estrategia revolucionaria". Para esto era necesario que la JCR tuviera un equipo de solidaridad democrática, que en ocasiones "debería desarrollar su actividad cuidando el enmascaramiento".⁴⁶¹

La JCR apoyaba campañas de solidaridad y denuncia pagando los honorarios y el traslado de abogados que llevaban adelante causas vinculadas con los derechos humanos y buscaba tener injerencia en los múltiples organismos de solidaridad que se crearon a fines de los setenta en Europa.⁴⁶² Los documentos encontrados expresan una visión utilitaria de la noción de derechos humanos. A diferencia de los hallazgos de Vania Markarian, en este caso no encontramos vestigios del cambio de paradigma de la revolución al de los derechos humanos. Por el contrario, se advierte un uso instrumental de esa noción, que resulta subsidiaria de una estrategia revolucionaria.⁴⁶³

Por ese motivo existía un nivel superior a esta "solidaridad democrática": la "solidaridad revolucionaria", que consistía en el "apoyo moral prestado a las organizaciones que, como las que integran la JCR, luchan por la liberación y el socialismo con una línea de guerra popular". El máximo nivel de la solidaridad revolucionaria era el internacionalismo proletario, vale decir, la "solidaridad moral y material, que puede consistir en el apoyo con combatientes y armamentos a nuestra guerra de liberación".⁴⁶⁴

Otro documento, probablemente de 1976, planteaba la necesidad de establecer relaciones, en orden de prioridad, con Cuba, Movimiento Popular de Liberación de Angola, Palestinos y Partido del Trabajo de Vietnam. Sin embargo, ad-

vertía que el no reconocimiento de la JCR por la Revolución cubana facilitaría los contactos con otras organizaciones.⁴⁶⁵

También se mencionaba que la realización del I Congreso del Partido Comunista Cubano (PCC), en diciembre de 1975, implicaba la consolidación de una nueva política exterior hacia América Latina. Ese cambio se remontaba a fines de los sesenta. El año 1967, con la Conferencia de la OLAS y la incursión de Guevara en Bolivia, había sido el punto más alto de la radicalización de la política exterior de la Revolución cubana. Pero la muerte de Guevara había marcado el comienzo de una nueva política exterior. Este cambio se explicaba por la gradual constatación de que el proyecto revolucionario para América Latina no parecía viable en el corto plazo, por lo que se apostó a buscar alianzas con nuevos gobiernos nacionalistas de origen militar (Perú, Bolivia, Panamá) o populistas (Argentina, México) cuyas propuestas contenían elementos nacionalistas y latinoamericanistas que los acercaban a Cuba y permitían albergar expectativas de reducir el bloqueo.⁴⁶⁶ El documento de política exterior del congreso del PCC lo expresaba con claridad meridiana: "Seremos amigos de nuestros amigos, respetaremos a quienes nos respeten y nuestras armas siempre se usarán en la defensa contra aquellos que se decidan a atacarnos".⁴⁶⁷ En el Cono Sur, esta nueva situación generó conflictos con el ELN en Bolivia y con el ERP en la Argentina, donde por momentos Cuba retiró su apoyo para mejorar las relaciones con Ovando y Perón.⁴⁶⁸

La situación crítica de la mayoría de los grupos guerrilleros del Cono Sur a mediados de la década también llevó a que los cubanos, que habían seguido con atención estos procesos, depositaran pocas expectativas en un renacimiento de la lucha armada. El boliviano Chato Peredo y el uruguayo Efraín Martínez Platero recuerdan entrevistas con Fidel Castro durante ese período, en las que el líder cubano sugería profundizar el trabajo de masas y reducir el énfasis en la acción armada.⁴⁶⁹ Además, desde la experiencia chilena de la UP, Cuba veía con preocupación la creciente oposición que des-

pertaba entre los partidos comunistas y los grupos armados del Cono Sur.⁴⁷⁰

Por otra parte, el I Congreso del PCC terminó de sellar "la alianza inquebrantable que une a los partidos, pueblos, estados y gobiernos de Cuba y la Unión Soviética".⁴⁷¹ En ese contexto, adhirió al objetivo de coexistencia pacífica y al clima de distensión internacional iniciado a comienzos de los setenta. En el contexto latinoamericano, esta definición implicaba abandonar el horizonte de la revolución socialista y defender posturas nacionalistas o latinoamericanistas que ayudaran a reducir el bloqueo contra Cuba,⁴⁷² además de alinearse con la ortodoxia de los partidos comunistas latinoamericanos. El capítulo sobre ideología reclamaba una interpretación única del marxismo-leninismo y advertía sobre los riesgos del "anti-comunismo" de quienes criticaban a la Unión Soviética desde una posición de izquierda, del "diversionismo ideológico" y del "revisiónismo ideológico de derecha e izquierda" de los que proponían otras lecturas del marxismo-leninismo, diferentes de la "justa" interpretación del movimiento comunista internacional. Aunque esa sección no tenía destinatarios específicos, el tono de las acusaciones era similar al de las que los comunistas conosureños dirigían contra las organizaciones de la JCR desde fines de los sesenta.

Además de estos virajes de la política exterior, que explican el cambio de enfoque en la relación entre el gobierno cubano y los grupos armados conosureños, otras razones políticas generaban desconfianza entre los cubanos hacia la JCR. La Junta había definido un estatuto muy vago para la integración de sus miembros, que expresaba la voluntad de coordinar con organizaciones latinoamericanas e incluso con la izquierda radical europea. Un informe de Interpol menciona un evento que pensaban realizar a principios de 1974 en la Argentina, al que invitarían a más de catorce organizaciones de países latinoamericanos.⁴⁷³ Un documento de la JCR de 1977 aludía a la existencia de numerosas "organizaciones que han logrado un nivel de convergencia importante con la JCR,

hasta el punto de plantearse colectivamente el desarrollo de actividades que tienden a profundizar el proceso".⁴⁷⁴ Aunque estas ideas nunca llegaron a concretarse, estos grupos fueron invitados a participar en diferentes encuentros convocados por la JCR.⁴⁷⁵ Algunos militantes han sugerido, y parece una conjetura razonable, que esta voluntad de trascender el Cono Sur podría haber molestado a Cuba, ya que en cierta medida implicaba disputar la centralidad de los cubanos sobre la izquierda revolucionaria en el continente.⁴⁷⁶

En una serie de documentos encontrados en Adladc, que datan de junio de 1977 y corresponden a la XV sesión de reuniones de la JCR, se observa el interés en profundizar la posición internacional y consolidar la institucionalidad. En esa reunión se fijó el estatuto provisorio y un plan de trabajo para dar a conocer la JCR al mundo.⁴⁷⁷

El estatuto definió una estructura de funcionamiento consistente en una conferencia anual, un secretariado ejecutivo y una comisión militar que se reuniría con regularidad. Los organismos estarían conformados por todas las organizaciones y las decisiones se tomarían por consenso. El estatuto definía la creación de tres secretariados zonales, cuya función sería desarrollar contactos políticos en todos los continentes: México para América, Francia para Europa y Argelia para África.⁴⁷⁸

En esa reunión también se propuso un plan de trabajo anual para constituir secretariados zonales y locales, crear una escuela de cuadros e implementar tareas de apoyo a los frentes. En lo propagandístico, el plan proponía difundir el accionar de la JCR en diversas partes del mundo a través de la edición de la revista *Che Guevara*, la divulgación de documentos de la JCR y la realización de actividades (seminarios, conferencias, actos) con motivo del décimo aniversario de la muerte del Che y el sexagésimo aniversario de la Revolución rusa. Las actividades de propaganda estaban destinadas, en líneas generales, a la llamada "izquierda revolucionaria" y al "movimiento comunista internacional". Mediante estas acti-

vidades, la JCR aspiraba a instrumentar una "estructuración orgánica del exilio latinoamericano".⁴⁷⁹

Aunque las resoluciones de esa reunión y los documentos publicados por la JCR en 1977 daban una imagen de relativa fortaleza, lo cierto es que la situación de las organizaciones participantes era débil. En 1977 todas las organizaciones que pertenecían a la JCR habían sido derrotadas y se habían visto obligadas a abandonar sus países. Mientras existieran países en la región que sirvieran como retaguardia, la esperanza de hacer la revolución permanecía viva. El movimiento de militantes del Cono Sur ayudó a posponer las derrotas y expandir los planes militares de las organizaciones. No obstante, tras el golpe de Estado argentino todo cambió y los militantes tuvieron que desplazarse a tierras lejanas. Esta situación generó severas crisis internas debido a la imposibilidad de continuar la lucha armada en el corto plazo. En cada organización, las discusiones más acaloradas giraban en torno a cómo retomar la lucha armada en cada país. Mientras algunos afirmaban que no estaban dadas las condiciones en el corto plazo, debido a la feroz represión ejercida por los nuevos regímenes autoritarios, otros proponían reiniciar de inmediato la propaganda armada.

Los debates dentro de la JCR estaban limitados por la fragmentación de las organizaciones y por la distancia geográfica que producía el exilio. El ELN y el MLNT estaban escindidos en grupos que no reconocían la representatividad de los otros en la Junta; de hecho, el MLNT no participó en las reuniones de junio de 1977. Además de las discrepancias internas, comenzaron a aparecer las diferencias nacionales en este contexto de profunda derrota. Un texto del MIR publicado en *El Rebelde* sobre la salida al mar de Bolivia, a raíz de una reunión entre Pinochet y Banzer, generó protestas entre los miembros del ELN boliviano exiliados en Francia. La delegada del ELN boliviano en ese país anunció que se retirarían de la JCR si el MIR no se rectificaba. A continuación, un integrante del PRT argentino le comunicó a la "compañera" que el ELN bo-

liviano ya no existía porque se había transformado en PRT Bolivia, información que aún no le había sido brindada por su propia organización.⁴⁸⁰ Esto es una muestra clara de las dificultades que enfrentaba el intento de reorganización en un exilio numeroso y marcado por la fragmentación política y territorial y la falta de comunicación.

En Europa, los grandes temas de debate de la JCR fueron el análisis de la coyuntura en el Cono Sur y la política de alianzas, temas sobre los que el MIR y el PRT-ERP, las dos únicas organizaciones con estructuras centrales en el exterior, tenían visiones diferentes. Mientras el MIR sostenía que la contrarrevolución había triunfado a lo largo y ancho del Cono Sur, hasta mediados de 1976 los miembros del PRT-ERP continuaban afirmando que se estaba “en las puertas de una situación revolucionaria”.⁴⁸¹ Recién en 1977, en el llamado “Manifiesto de la JCR”, se aceptó el impacto que las “dictaduras contrarrevolucionarias” habían tenido sobre las izquierdas conosureñas y se enfatizó el problema de la unidad de la izquierda.⁴⁸²

El otro tema de debate rondaba en torno a la proyección internacional de la JCR. Había que definir si la JCR debía ser una coordinación estrictamente restringida a las organizaciones del Cono Sur o bien abrirse para integrar a organizaciones de otros continentes. De los documentos se desprende que en 1976 todos parecían acordar en la proyección latinoamericana de la JCR, pero existían discrepancias respecto de la relación con algunos sectores de “extrema izquierda europea”.⁴⁸³ Mientras el PRT-ERP se mostraba reticente, el MIR reconocía que numerosas organizaciones y grupos revolucionarios europeos –Lotta Continua y del Manifiesto en Italia, la Liga Comunista y Revolución en Francia, la Liga de Estudiantes y KB en Alemania Occidental, entre otros– habían abierto “un canal de conocimiento mutuo, de intercambio de experiencias y opiniones que contribuyen al fortalecimiento y homogeneización de la izquierda revolucionaria mundial”.⁴⁸⁴

A partir de 1976, las menciones a la izquierda europea disminuyen, incluso en el mirista *Correo de la Resistencia*. Desde

ese año, la apuesta de la JCR en relaciones internacionales se concentró en un marco de alianzas bastante alejado de las organizaciones europeas. Vietnam, Camboya, Cuba, Palestina, Angola y el mundo comunista pasaron a ser las prioridades de su agenda, y era obvio que tenían claro que la llave para acercarse a esos lugares era Cuba, con su nuevo enfoque cercano a los partidos comunistas prosoviéticos.⁴⁸⁵

A fines de 1977, la JCR pareció quedar en manos del PRT-ERP. Ninguna de las otras organizaciones podía albergar mayores expectativas en esa coordinación. En 1978, la JCR se había esfumado. El PRT estaba dividido; el MIR, embarcado en la operación retorno; los tupamaros, fragmentados, con un pequeño grupo agónico en Buenos Aires que intentaba retornar a Uruguay; los militantes bolivianos, por su parte, se reintegraron en nuevas organizaciones y en 1979 disolvieron su PRT. Si bien todos siguieron por muy diversos caminos –desde la continuidad de la lucha armada, pasando por el movimiento de derechos humanos, hasta los proyectos políticos de centroizquierda–, el sueño de la revolución continental había terminado con el triunfo de la contrarrevolución continental. Aunque los archivos de inteligencia informen sobre coordinaciones entre grupos guerrilleros, y en ocasiones los denominen como JCR, esas reuniones ya no respondían a una estructura orgánica. Reportes estatales informan sobre encuentros de “extremistas” en diversas partes que por lo general integran las organizaciones que habían participado en la JCR y en otros.

5. Sobrevivir a la democracia

La transición de la lucha armada a los derechos humanos (1981-1989)

En 1978, el PRT estaba diezmado y dividido en dos grupos fuertemente enfrentados entre sí, uno en Europa y otro en Centroamérica. Los tupamaros estaban desparramados en una larga diáspora entre algunos países europeos, Cuba, México y también, aunque en menor medida, en otras áreas del mundo. El ELN prácticamente había desaparecido y algunos de sus exmilitantes intentaban nuevos proyectos políticos. Solo el MIR chileno había logrado mantenerse en pie, ahora abocado a una operación retorno que lo mantendría ocupado durante los primeros años de la nueva década. Mas allá de recurrir a militantes aislados de otros grupos, el MIR no coordinó la operación ni con la JCR, ni con lo que quedaba de las demás organizaciones. En los ochenta, los sobrevivientes de los setenta no pensaban ni en la JCR ni en la posibilidad de desarrollar proyectos regionales para impulsar la lucha armada. Sus objetivos quedaron restringidos a la sobrevivencia y la reconstrucción de las organizaciones en los escenarios nacionales, ahora marcados por la coyuntura de la transición a la democracia.

La esperanza de una revolución continental ya no parecía una idea convincente para los militantes que habían sobrevivido. La revolución había viajado, una vez más, hacia el norte. En una carta pública de 1981, el MIR observaba lo que por entonces ocurría en Centroamérica como un ejemplo para las luchas futuras contra la dictadura chilena:

Si miramos hacia aquellos países de América Latina donde la lucha revolucionaria ha alcanzado su

máxima expresión, la Cuba socialista, la Nicaragua Revolucionaria, y hoy El Salvador que ha emprendido los combates finales para el derrocamiento de la dictadura, veremos que el desarrollo de la lucha democrática revolucionaria impone como cuestión decisiva la necesidad de que las fuerzas populares alcancen un grado superior de unidad.⁴⁸⁶

El documento reconocía una nueva situación en América Latina: ahora lo destacado de las luchas revolucionarias se daba en Centroamérica y marcaba una particular manera de articular la relación entre lucha armada y democracia. Nicaragua impactó en muchos sentidos a varios militantes cercanos a esa experiencia durante el exilio. Por un lado, las estrategias militares impulsadas por el FSLN apostaban a lo insurreccional, un factor descuidado en las experiencias conosureñas. Por otro, la diversidad de actores que participaban en el proceso aportaba una perspectiva más pluralista que la de los movimientos políticos en el Cono Sur. Este modelo revolucionario —que incorporaba las elecciones, el reconocimiento de los derechos liberales, la libertad de partidos y un modelo de economía mixta— implicaba una innovación importante respecto de la Revolución cubana. Por último, varios militantes conosureños habían participado de manera activa en el proceso pre y posrevolucionario nicaragüense. Aunque el caso más notorio fue la fracción del ERP liderada por Enrique Gorriarán Merlo, también participaron militantes chilenos y uruguayos.⁴⁸⁷

El contexto internacional también impactó sobre los militantes. El cambio en la política exterior de Cuba —ahora aliada con la Unión Soviética y en plena campaña en África tras haber retirado su apoyo a la lucha armada en el Cono Sur— hacía que fuera difícil retomar la iniciativa para las organizaciones de la región. Y el contexto internacional de fines de los setenta, marcado por una nueva sensibilidad hacia la defensa de una particular noción de derechos humanos

promovida por el gobierno de Jimmy Carter y organizaciones internacionales como Amnesty International o Human Rights Watch y una mayor atención por parte de organismos internacionales como la ONU y la OEA a esa temática, influyó en el posicionamiento de los movimientos opositores a las dictaduras en el Cono Sur.⁴⁸⁸

El lenguaje de los derechos humanos estuvo acompañado, en la reflexión de la izquierda, por la idea de su renovación. Intelectuales y militantes en la diáspora del exilio y en contacto con otras experiencias propusieron una diversidad de temas, que abarcaban desde una revalorización de la democracia y los derechos humanos a diferencia de las opciones de los setenta, más atadas a una firme crítica del liberalismo, el reconocimiento de causas emancipatorias como los derechos de las mujeres y los grupos indígenas, y por último una visión más plural acerca de los agentes del cambio social que integraba a sectores del cristianismo, sectores democráticos del centro ideológico y sectores provenientes de las tradiciones populistas y nacionalistas latinoamericanas.

En términos teóricos, esta renovación implicó una relectura de los trabajos de Antonio Gramsci muy vinculada a la cuestión de la hegemonía cultural y que influyó sobre la reflexión en torno a las formas de acción política. El concepto de hegemonía cultural y su visión del conflicto político como guerra de posiciones permitió repensar la acción colectiva abandonando la lógica política militar para optar por otra que ponía especial atención en la movilización de la sociedad civil y en el papel de los intelectuales y los productores de cultura.⁴⁸⁹ Esta renovación era tema de debate en ciudades tan diferentes como México, Roma y Managua, pero también en los países conosureños donde los movimientos sociales emergentes, mucho menos ideologizados que los de los setenta, comenzaban a imprimir una nueva tónica a la acción política.⁴⁹⁰

La década de 1980 estuvo marcada por los nuevos movimientos sociales, que cambiaron algunos ejes del debate público. Estos grupos, integrados por pobladores de la periferia urbana,

mujeres y víctimas de violaciones a los derechos humanos, entre otros, tenían estructuras de organización más horizontales que los movimientos tradicionales y una agenda programática más cercana a las demandas cotidianas de los sectores populares urbanos y alejada de los grandes objetivos revolucionarios de la década anterior.⁴⁹¹ El acercamiento de algunos militantes con estos movimientos abrió un camino de activismo diferente que parecía más eficaz que los viejos modelos de lucha armada.

En este sentido, el período iniciado en los ochenta estuvo signado por una geografía política diferente a la de las décadas anteriores. Sea por la agenda de los nuevos movimientos o por los apoyos internacionales y los lugares desde donde se congregaban las fuerzas en el exilio, encontramos una situación mucho más descentralizada. Los diversos movimientos políticos y sociales buscarán intercambios horizontales entre los actores de la región, pero desistirán de desarrollar estrategias centralizadas. Asimismo, las luchas centroamericanas, en particular la triunfante Revolución nicaragüense, servirán como inspiración para varias de estas organizaciones pero nunca serán concebidas como parte de una estrategia continental. Estos reajustes reflejan un cambio de época más profundo que algunos de estos militantes se negaban a admitir: la transición hacia una acción colectiva que ya no era concebida como una revolución continental sino como luchas locales sin un horizonte revolucionario común.

Varios de estos grupos armados participaron en estos movimientos antidictatoriales y brindaron su apoyo, dentro y fuera del Cono Sur, a los movimientos de derechos humanos que denunciaban la situación de los presos políticos y los detenidos-desaparecidos. Lo cierto es que participaron con un nivel de ambigüedad que les permitía, por un lado, instrumentar la denuncia en organismos internacionales, y por el otro, proponer en sus publicaciones la idea de que el único camino para detener las violaciones a los derechos humanos era una transformación revolucionaria que destruyera la dictadura. El clima de renovación interpeló varios de los princi-

pios que fundamentaban la cultura política de los grupos armados. Aunque sus trayectorias difieren y los elementos que homogeneizaban su accionar en los setenta tendieron a diluirse, todos los grupos que intentaron actuar en los ochenta enfrentaron el mismo dilema. ¿Cómo mantener el equilibrio entre la tradición de la cultura política insurgente y el clima de renovación imperante? En todos estos grupos existía una marcada tensión entre el pasado de los setenta y el presente de los ochenta. Para varios de los militantes, esto implicó abandonar la lucha armada; para otros, significó repensar las maneras en que debía plantearse en un nuevo contexto.

A excepción de Chile, estos militantes no reorganizaron la lucha armada en el momento del retorno democrático ni en la Argentina, ni en Uruguay, ni en Brasil. Pero todos los que se mantuvieron organizados estaban convencidos de que era una posibilidad que no debía descartarse. E incluso quienes se transformaron en organizaciones legales mantuvieron grupos armados vinculados a temas de seguridad y finanzas.

En este capítulo estudiaremos las maneras en que estos militantes intentaron adaptarse al clima de los ochenta sin perder los aspectos constitutivos de su identidad. Repasaremos los procesos de disgregación de estos espacios regionales y sus consecuencias sobre la cultura política transnacional que se había intentado construir. Por este motivo, el capítulo tendrá una estructura diferente a los anteriores. Si bien prestará atención a los intercambios, no se concentrará en una ciudad de la región sino que repasará lo ocurrido con los intentos de reorganización y adaptación a las nuevas condiciones políticas de la transición en cada uno de los países involucrados.

CHILE, EL RETORNO ARMADO

Mientras los grupos armados de la Argentina, Uruguay y Brasil sufrieron múltiples fracturas que erosionaron la posibilidad

de una acción militar desde fuera, los militantes miristas, que operaban fundamentalmente desde Cuba, comenzaron a pensar en recuperar su presencia en territorio chileno.⁴⁹² En 1978, siempre desde Cuba, los dirigentes del MIR diseñaron un plan que se conoció como Operación Retorno, que pretendía repositionar al movimiento en las luchas políticas dentro de Chile. El llamado Plan 78 afirmaba el renacimiento de la movilización social y postulaba la necesidad de acompañarla con el accionar armado de las organizaciones revolucionarias. Este debería desarrollarse en múltiples escenarios, que iban desde las guerrillas urbanas semipermanentes y milicias populares en las ciudades y sus periferias hasta las guerrillas rurales permanentes en el sur de Chile. En la estrategia de ese plan, todo esto contribuiría a la construcción de un ejército revolucionario en el marco de la guerra popular prolongada que se había planteado desde los orígenes del MIR y que en este nuevo contexto parecía adquirir mayor viabilidad.⁴⁹³

Una de las diferencias entre las izquierdas armadas de la región con el caso chileno es que, durante el período previo a las dictaduras, en Chile no se habían terminado de desarrollar organizaciones armadas consolidadas. Mientras la dictadura uruguaya de 1973 y la argentina de 1976 terminaron de desarticular las organizaciones armadas que venían sufriendo derrotas que antecedieron a los golpes, en Chile los militantes de las organizaciones armadas no habían experimentado niveles importantes de enfrentamiento militar con el Estado previo a la dictadura. Asimismo, un aspecto nuevo vinculado específicamente al caso chileno hará que la lucha armada adquiera otra dimensión en ese país: algunos sectores del Partido Comunista chileno comenzarán poco a poco a evaluar la posibilidad de crear un frente armado de lucha contra la dictadura. Hacia fines de los setenta la tradicional división entre comunistas y grupos armados —característica de los sesenta en todo el Cono Sur— parecía comenzar a esfumarse en Chile con el surgimiento del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.⁴⁹⁴

La estrategia militar del MIR estaba vinculada a una estrategia política que buscaba construir un frente opositor antidictatorial, liderado por las izquierdas revolucionarias y sostenido por un amplio y diverso movimiento social que expresara a diversos sectores de la sociedad chilena a través de comités de resistencia a la dictadura. Este movimiento social debería promover múltiples tácticas, desde la demanda legal hasta la formación de milicias populares.

Para implementar este plan, resultaba necesaria una contundente intervención desde el exterior debido a que las fuerzas miristas habían quedado desarticuladas en Chile tras los fuertes golpes sufridos en 1975 y 1976. El dirigente Patricio Rivas relata que alrededor de dos mil miristas exiliados en Francia, España, Suecia, México, Panamá, Costa Rica y Cuba, entre otros países, fueron consultados acerca de la posibilidad de participar en la operación. De ese conjunto, resultaron seleccionados cuatrocientos militantes que iniciaron algún tipo de formación en las escuelas clandestinas. Doscientos de ellos llegaron a Chile entre 1979 y 1986.⁴⁹⁵

De acuerdo con el testimonio del exmilitante del MIR Hernán Vidal, el apoyo de Cuba fue central durante los preparativos. Más allá de los virajes del Partido Comunista cubano señalados en el capítulo anterior, que implicaron cierto distanciamiento con las políticas de los grupos conosureños, el Departamento América siempre mantuvo buenas relaciones con el MIR. Eso explica el entrenamiento militar brindado por los cubanos a gran parte de los militantes que se preparaban para el retorno en campamentos guerrilleros en la isla. Sin embargo, el apoyo de Cuba solo se concretó cuando el MIR abandonó de manera definitiva el proyecto de la ya agónica JCR a fines de 1978. Desde 1976, se sabía que este era un requisito excluyente para obtener el apoyo del Departamento América. De todos modos, los cubanos mostraron una disparidad de criterios en el apoyo brindado al MIR y a los comunistas chilenos. Mientras los miristas eran capacitados en campos de entrenamiento guerrillero, el Partido

Comunista chileno recibió formación en las escuelas militares del Estado cubano.⁴⁹⁶

En agosto de 1979, el MIR ya anunciaba en sus medios de prensa clandestinos la llegada al país de su principal dirigente: Andrés Pascal Allende. En una entrevista, el líder mirista convocaba al pueblo chileno a establecer un “gobierno democrático, popular y revolucionario” a través de una lucha antidictatorial que conjugara la contienda legal, semilegal e ilegal, y que convocara al conjunto de la izquierda e incluso a los demócratas cristianos consecuentes en un frente común.⁴⁹⁷ Como antecedentes virtuosos de esa estrategia de frentes antidictatoriales, Pascal citaba los casos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, donde al parecer estaban logrando importantes resultados. Esas experiencias no resultaban ajenas para varios militantes miristas, que habían estado inmersos en la lucha centroamericana. Desde Costa Rica, un grupo de miristas se habían unido al frente sur del FSLN para pelear en la revolución.⁴⁹⁸

Durante los dos primeros años, el operativo tuvo un resonante impacto a nivel urbano. *El Rebelde en la Clandestinidad* y la Agencia Informativa de la Resistencia informaban sobre una serie acciones armadas, entre otras: expropiaciones bancarias, ataques a personeros de la dictadura, sabotajes, barricadas callejeras. En el análisis de los medios miristas, este accionar armado estaba en consonancia con un crecimiento del movimiento social vinculado al movimiento de derechos humanos, el movimiento estudiantil, sectores del movimiento sindical y el movimiento poblacional. Según los historiadores Julio Pinto y Sebastián Leiva, estos fueron los años más exitosos del accionar militar mirista, cuyo desarrollo luego del golpe militar había sido muy débil.⁴⁹⁹

Sin embargo, la expansión militar del MIR no acompañará el recorrido de las protestas sociales. A fines de 1981, una crisis económica causó un profundo impacto sobre la población; mientras tanto, el aparato militar del MIR comenzó a ser detectado y destruido por las fuerzas de la Central Nacional de Informaciones (CNI) desde mediados de año. En 1983,

cuando las movilizaciones sociales se expandieron en un ciclo de grandes protestas que desafiaron la capacidad de control de la dictadura, la fuerza militar del MIR ya estaba fuertemente disminuida. Los primeros acontecimientos se remontan a 1980, con la reacción de la CNI al asesinato de Roger Vergara, director de la escuela de inteligencia, por el MIR. Esta acción produjo severos cambios dentro de la CNI, que incrementó la persecución sobre el MIR.⁵⁰⁰

A las caídas iniciales más significativas se sumarán las de los focos guerrilleros rurales en la zona cordillerana del sur de Chile, en la región de Neltume. Estos parajes estaban asociados a luchas previas de sectores campesinos mapuches durante el período de la Unidad Popular e intentos de resistencia armada al golpe. El campamento militar de Neltume fue descubierto y el hallazgo culminó con la muerte de once militantes miristas.⁵⁰¹ Este fue el comienzo de una sucesión de derrotas y reacciones que concluyó en 1983 con la caída de los máximos dirigentes del aparato militar: Arturo Villabela, Hugo Ratier y una serie de derrotas en 1984 que dejaron muy debilitada a la organización en los años posteriores.⁵⁰²

Según el historiador Steve Stern, el accionar conspirativo del MIR, sobre todo en los eventos relacionados con Neltume, ayudó al renacimiento de la llamada “memoria salvadora” de los militares. Esta memoria —que defendía la participación militar en la vida política nacional debido a una supuesta invasión extranjera de tipo comunista y que había perdido veracidad en los últimos años— volvió a consolidarse y a jugar sus cartas más agresivas en materia de publicidad y represión.⁵⁰³ Todo esto erosionó los acercamientos del MIR con otros sectores antidictatoriales y evidenció que su estrategia militar tenía ciertos problemas, que ya se venían debatiendo desde la Operación Retorno.

Esos problemas eran, ni más ni menos, en las maneras en que debía darse la lucha contra la dictadura. ¿Cuál era el papel de la lucha armada? ¿La lucha armada contribuía al desarrollo del movimiento social o podía convertirse en un ca-

mino de aislamiento del movimiento social? ¿Cómo evitar los riesgos voluntaristas, foquistas, militaristas en los que muchas organizaciones habían incurrido durante los sesenta y setenta? En síntesis: ¿cómo articular la tensión entre lo político y lo militar en un momento en que el poder militar de las dictaduras había dado sobradas muestras de poder controlar con eficacia cualquier forma de resistencia?

En el caso de la Operación Retorno, estos debates se desarrollaron durante la reunión del Comité Central que definió el Plan 78. De hecho, el plan venció por apenas un voto.⁵⁰⁴ Los opositores expresaron sus dudas y argumentaron que la dictadura era muy estable y que las luchas sociales todavía eran muy débiles para asegurar el retorno de la militancia. Así como en otros casos mencionados en este libro, por ejemplo la discusión sobre el retorno a Uruguay de los tupamaros desde Buenos Aires en 1974, algunos testimonios muestran el peso de los afectos y las lealtades sobre las decisiones tomadas en aquel momento. La culpa de estar en el exterior y la urgencia de hacer algo tenían una carga emotiva mucho más fuerte que un frío análisis de la realidad chilena construido con información fragmentaria en el exilio.⁵⁰⁵

Para algunos, las discrepancias fueron tan intensas que los llevaron a alejarse del MIR. Víctor Toro Ramírez, un prestigioso dirigente poblacional por entonces en Cuba, se apartó de la dirigencia del MIR y se radicó en México. Allí publicó un boletín, cuya intensidad expresa la dureza de los debates, en el que denuncia

al grupo de camaradas que ha copado algunos puestos de dirección [que] ha ido actuando como una verdadera fracción dentro del MIR chileno, purgando y expulsando a cientos de compañeros que critican en nuestro partido la falta de democracia interna, el voluntarismo, el revolucionarismo pequeño-burgués, sus estilos burocráticos y autoritarios.⁵⁰⁶

El tono era muy fuerte y expresaba los intensos niveles de enfrentamiento dentro de la organización, cuyos integrantes se encontraban, en su inmensa mayoría, en el exilio.

Más allá de las persecuciones y las caídas entre 1984 y 1985, el MIR intentó recuperar la iniciativa de dos maneras: promoviendo formas de resistencia violenta en las poblaciones y participando en el movimiento de derechos humanos a través de la Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo (Codepu) y, a nivel político, en el Movimiento Democrático Popular (MDP), coalición de izquierda que se negaba a dialogar en torno a una salida negociada con la dictadura.⁵⁰⁷ El surgimiento del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) modificó de plano la tradicional relación entre miristas y comunistas, pero también implicó el surgimiento de un nuevo competidor que disputaba el liderazgo del MIR en ciertos sectores del movimiento social. Más allá de estos esfuerzos políticos por mantenerse, las caídas del aparato militar continuaron y en 1986 el MIR ya no tenía capacidad para llevar a cabo acciones militares.⁵⁰⁸

Los debates de 1978 acerca de la tensión entre opciones más militaristas y opciones más políticas comenzaron a reeditarse ante las sucesivas caídas y la imposibilidad de reorganizarse. Aunque el MIR había logrado una presencia importante en algunas organizaciones del movimiento de masas antidictatorial, la otra parte de la estrategia de la Operación Retorno —relacionada con su accionar militar— resultó imposible de concretar. La tensión se puso de manifiesto en el Comité Central de 1986, dividido entre quienes priorizaban el trabajo social y consideraban que la política militar debía ser un resultado de la movilización social y quienes no admitían subordinar lo militar a lo social. En los meses posteriores, ambas fracciones se dividirán con nombre y apellido: por un lado, el MIR Renovación o Político liderado por Nelson Gutiérrez, que representaba a militantes vinculados con los movimientos sociales; y por otro, el MIR Histórico, que concentraba a la mayoría de los miembros del aparato partidario

y estaba liderado por Andrés Pascal Allende.⁵⁰⁹ Una vez más, el problema de la renovación de la izquierda se asociaba con la relación entre lo militar y lo político. Y aunque en teoría estas categorías no eran contradictorias, en el contexto de la democratización parecían serlo.

La división tuvo lugar en un contexto peculiar, ya que la transición comenzaba a cambiar de rumbo. El fallido intento de asesinato de Pinochet por el FPMR en 1986 desató un fuerte oleada represiva que afectó al conjunto de la izquierda. La nueva coyuntura generó rupturas entre quienes continuaban apostando a una salida revolucionaria de la dictadura y los sectores mayoritarios de la izquierda, que comenzaron a inclinarse por una salida negociada en alianza con los sectores democratacristianos. Estos últimos serán los sectores con mayor capacidad de liderazgo y los que efectivamente conducirán la transición hacia una salida negociada, que se concretará en 1990 con la llegada de Patricio Aylwin al gobierno.

Los últimos años de la transición democrática fueron muy duros para el fragmentado MIR: el sector de los históricos sufrió en 1987 otra ruptura liderada por Hernán Aguiló, responsable de la Comisión Militar, luego dos escisiones más, y en 1990 dos nuevas divisiones. El MIR Renovación, aunque con serias discrepancias acerca de cómo posicionarse, se mantuvo relativamente estable amparado en su proyecto de participar en las elecciones parlamentarias junto con el Partido Amplio de Izquierda Socialista. Sin embargo, a partir de 1990 se dividió en cuatro fracciones que llevaron a su desaparición. Algunos de sus integrantes se unieron al Partido Socialista, otros intentaron armar un nuevo grupo con sectores desprendidos de la IC y del PC, y otros buscaron retomar el legado del MIR.

En 1990 existían ocho grupos que reclamaban para sí la identidad del viejo MIR. Dentro de esos grupos había una enorme variedad de posicionamientos hacia la coyuntura: desde aquellos que defendían la necesidad de continuar la lucha armada contra la negociada democracia, hasta aquellos que se integraron al Partido Socialista en el contexto de re-

unificación del partido y terminaron por integrar el plantel gubernamental del partido de la concertación gobernante.⁵¹⁰

A esta fragmentación e incertidumbre política habría que agregar la situación legal de varios de sus militantes presos. Aunque el nuevo gobierno democrático expresó en un principio su voluntad de implementar una política de amnistía amplia hacia los cuatrocientos presos políticos que aún permanecían en las cárceles, la presión de la oposición y las Fuerzas Armadas era muy fuerte, sobre todo en relación con los detenidos en los ochenta por delitos de sangre. El hecho de que diversos grupos que reivindicaban al MIR o al FPMR mantuvieran o renovaran su accionar armado en el contexto de la naciente democracia complicó aún más la situación. A diez días de iniciada la democracia, el intento de ejecución del general de la Fuerza Aérea Gustavo Leigh, vinculado a la junta golpista, por miembros del FPMR(A) generó una coyuntura difícil para el presidente Aylwin: la vieja amenaza del "terrorismo" de izquierda reapareció en los medios y el gobierno de la concertación tuvo que recurrir a medidas fuertes para no ceder espacios a la derecha. Todo esto llevó a que el proceso de liberación de los presos de la dictadura requiriera una larga negociación. A fines de 1992, a través de diversas situaciones que implicaban la revisión caso por caso, ya se había liberado a trescientas personas. Los casos más problemáticos, vinculados a los participantes en el atentado del FPMR contra Pinochet, fueron resueltos en los últimos días del gobierno de Aylwin a través de mecanismos de conmutación de la pena.⁵¹¹

Por otra parte, el nuevo gobierno desarrolló una estrategia contrainsurgente que tenía como objetivo el desmantelamiento de las organizaciones armadas de izquierda todavía vigentes. Los responsables de esa estrategia ya no serían militares formados en la doctrina de la seguridad nacional, sino antiguos camaradas de las mismas familias ideológicas que ahora asumían las tareas de contrainsurgencia. Con este objetivo, se creó en 1991 el Consejo Coordinador de Seguridad Pública, cuya función era coordinar las tareas de inteligencia en el

seguimiento de esos grupos y la acción policial. El Consejo estuvo dirigido por el militante socialista Marcelo Schilling y en él participaron, en calidad de asesores, militantes con experiencia en insurgencia y contrainsurgencia formados en Europa del Este. Entre los recursos legales que estructuraron la persecución contra los militantes, la Ley de Arrepentimiento desempeñó un papel central. También se endurecieron las penas de los marcos normativos previos (Ley de Seguridad Interior del Estado, Ley de Control de Armas y Explosivos y Ley Antiterrorista) y se creó una Cárcel de Alta Seguridad (CAS) que fue objeto de denuncias por sus mecanismos de aislamiento y castigo.⁵¹²

En este duro contexto, llegaron los miristas a la democracia. Incluso para quienes habían optado por abandonar la lucha armada era muy difícil contrarrestar el estigma desarrollado durante la dictadura y reelaborado por el primer gobierno democrático con una legitimidad mucho mayor. Todo esto terminó en una total fragmentación, de la que hasta el momento el MIR no ha podido recuperarse.

Sin embargo, en las últimas dos décadas ha resurgido una particular presencia de las izquierdas chilenas en diferentes ámbitos de la vida social y cultural. El registro testimonial en diferentes formatos, que van desde el género documental hasta las memorias, ha concentrado el aporte de diversos militantes de aquella experiencia a una reflexión colectiva sobre su organización, pero también sobre su país.⁵¹³ En el ámbito académico, un conjunto de prestigiosos historiadores con posicionamientos historiográficos disímiles identifican su experiencia mirista como parte importante de su trayectoria intelectual.⁵¹⁴ En el ámbito de los derechos humanos, sobre todo en lo atinente a las políticas de la memoria, diferentes colectivos se han propuesto narrar las experiencias sufridas por los militantes de esta organización durante el terrorismo de Estado.⁵¹⁵

La reflexión que ha surgido de estos múltiples emprendimientos de activismo social y cultural es amplia. Aunque en líneas generales está marcada por la voluntad de denunciar

la violencia estatal ejercida por la dictadura y reivindicar en términos morales la acción política de los militantes, también ha propiciado espacios de pensamiento autocrítico sobre múltiples aspectos de la cultura política de aquel momento. En los documentales emergen con particular visibilidad los conflictos de género, que habían permanecido soterrados en los setenta como parte integral de una cultura machista que se disfrazaba de igualitaria, así como la voz de los hijos de los militantes inicia la reflexión sobre la familia y los proyectos revolucionarios. Algunos trabajos del historiador Gabriel Salazar contienen una crítica explícita a las dimensiones autoritarias del vanguardismo de los setenta. Todo este corpus de pensamiento ha ejercido influencia en los movimientos juveniles, que tienen una visión crítica de la experiencia del partido de la concertación en aquellas décadas.

En cierta medida, podemos decir que estas formas de militancia han desempeñado un papel más importante en las batallas por la memoria que en las batallas político-electorales, ámbito en el que los militantes miristas como colectivo organizado no han podido establecer un posicionamiento común desde los noventa. Sin embargo, en diversos proyectos políticos de las últimas décadas encontramos puentes que los vinculan con aquella experiencia. Entre otros, cabe mencionar la candidatura presidencial de Marco Enríquez Onimani, hijo de Miguel Enríquez y de la periodista Manuela Gumucio, y el papel de los militantes vinculados a La Surda en la reciente construcción del Frente Amplio.

ARGENTINA, EL EXTRAÑO RETORNO

La experiencia del PRT-ERP fue menos visible en el contexto de la transición argentina. Si bien durante el exilio ellos también pensaron en organizar el retorno, su situación interna y la dinámica política argentina dificultaron la viabilización del

proceso. La peripecia de esta organización en el exterior estuvo marcada por una profunda división entre dos grupos. Uno integrado en su mayoría por militantes instalado en Europa, que se acercó al movimiento comunista internacional y abandonó las viejas definiciones de la nueva izquierda latinoamericana de fines de los sesenta. Estos sectores, liderados por el secretario general Luis Mattini (Arnol Kremer), pusieron crecientes reparos a la idea de reiniciar acciones armadas en la Argentina. El otro grupo, minoritario, estaba liderado por Enrique Gorriarán Merlo. En un comienzo se instaló en Cuba, luego participó en la ofensiva del frente sur del FSLN en 1978, y de allí en adelante desarrolló un fuerte compromiso con la Revolución nicaragüense. Algunos organismos de derechos humanos en el exterior, integrados en su mayoría por militantes o exmilitantes del PRT-ERP, funcionaban como puente entre estos dos grupos en conflicto dentro de la organización.⁵¹⁶

Tras el triunfo de la Revolución sandinista, unos cien militantes argentinos llegaron a Nicaragua a través del grupo de Gorriarán para participar en diferentes actividades del gobierno. Este grupo no solo apoyó la revolución en territorio nicaragüense; en 1980, un comando encabezado por el propio Gorriarán ejecutó a Anastasio Somoza Debayle en Paraguay. Según Gorriarán, la acción fue un mero acto de venganza; su objetivo principal era detener el accionar contrarrevolucionario que en aquel momento desarrollaban los somocistas nicaragüenses junto con los gobiernos de Paraguay y la Argentina.⁵¹⁷

En sincronía con estos planes, los Montoneros habían planificado dos intentos de contraofensiva durante 1979 y 1980. Pero ninguna de las campañas llegó a consolidarse y no parecieron tener mayor impacto en el proceso político. Estos intentos estaban en sintonía con los del MIR chileno y con los asuntos que el PRT-ERP debatía por entonces. En Montoneros, tanto la experiencia nicaragüense como la iraní ofrecían nuevas perspectivas para pensar la acción armada. Asimismo, las campañas se justificaron aludiendo a un supuesto renacimiento

de la movilización social. Sin embargo, en la documentación relevada no hemos podido encontrar intercambios importantes entre las iniciativas montoneras y los intentos del PRT-ERP o aquellos desarrollados por los chilenos.⁵¹⁸

Entre 1980 y 1981, algunos testimonios dan cuenta de que ambas fracciones del PRT-ERP estaban pergeñando un plan de retorno. Julio Santucho relata que la fracción que estaba instalada en Europa se trasladó a México a partir de 1980 con la idea de iniciar los preparativos. Sin embargo, el secuestro de la hija de un industrial minero vinculado al PAN, perpetrado por el grupo de Gorriarán con el objetivo de financiarse, alertó a los servicios de inteligencia mexicanos. Esto llevó a la detención de casi medio centenar de militantes de la otra fracción del PRT-ERP, que actuaba de manera legal y pública en territorio mexicano. A raíz de esta situación, los preparativos de retorno desde territorio mexicano quedaron en la nada.⁵¹⁹

El grupo liderado por Gorriarán, luego de participar en la ejecución de Somoza, tomó un curso de nueve meses de guerrilla rural y retornó a la Argentina, más específicamente a la provincia de Salta, donde retomó la tradición guerrillera de instalarse en zonas rurales norteñas, como lo habían hecho Masetti y el propio ERP en los setenta, para organizar un foco rural. Sin embargo, el intento no fue más allá de unas primeras incursiones exploratorias.⁵²⁰ La guerra de Malvinas, con la derrota del ejército argentino y la subsiguiente crisis de la dictadura, llevó a los militantes a decidir que no estaban dadas las condiciones para ese tipo de iniciativas y poco después retornaron a Nicaragua.

De acuerdo con el testimonio de Gorriarán, una vez que se hubo constatado que el régimen militar argentino agonizaba, el grupo de militantes del PRT-ERP que se encontraba en Nicaragua y que había desistido de instalar un foco en el norte decidió iniciar un nuevo rumbo político, que reconocía la nueva situación política del país y ciertos procesos de renovación de la izquierda latinoamericana. Aunque en un principio ese grupo de militantes representaba a la línea mi-

noritaria del ERP, el creciente prestigio que adquirieron dentro de la militancia por su participación en el Frente Sur, en las actividades del gobierno revolucionario y en el atentado contra Somoza les otorgó un halo de respeto y admiración que los transformaría, en los años venideros, en el núcleo duro que canalizaría las propuestas que buscaban reorganizar proyectos políticos que tuvieran puntos de contacto con la experiencia del PRT-ERP.⁵²¹

Ya en 1982, el grupo que rodeaba a Gorriarán ensayó un primer proyecto periodístico que anticipaba el espíritu político que impulsarían estos militantes. La revista *Frente* (publicada en 1982 y 1983) y un segundo proyecto editorial llamado *Entre Todos* (que comenzó a publicarse en 1984) expresaban la vocación pluralista de ese nuevo momento de la izquierda armada sesentista. *Entre Todos*, que respondía al lema "Los que queremos la liberación (peronistas, radicales, intrasigentes, cristianos, socialistas, comunistas, independientes)", pretendía construir un movimiento político amplio y plural que agrupara a los diferentes ámbitos progresistas de la sociedad argentina en el contexto de la redemocratización.⁵²² Esta apuesta se fundamentaba en la constatación de que la realidad argentina estaba atravesada por un fuerte movimiento social que tenía diferentes expresiones políticas de izquierda, con las que era posible articular un movimiento político de nuevo tipo. Y también tenía relación con la experiencia centroamericana, donde las políticas de frentes que articulaban sectores cristianos, marxistas y socialdemócratas habían sido la clave del éxito del FSLN y parecían dar buenos resultados en El Salvador.

Entre Todos era una clara expresión de esta política. En sus páginas, defendía una política plural que buscaba convocar a todos aquellos que tuvieran un discurso antiimperialista y una cercanía con diversos sectores sin importar su filiación política. Por otra parte, sustituía el vocabulario ideologizado de los boletines del PRT por un lenguaje más popular, próximo al imaginario del nacionalismo latinoamericanista. Sus artículos dedicaban especial atención a los movimientos sociales locales, la cultura y los

derechos humanos, así como a la idea de que el conflicto central era entre autoritarismo y democracia. Los autores eran un plantel de periodistas e intelectuales en algunos casos vinculados con la experiencia del ERP, pero también de otras generaciones u otros sectores políticos de la izquierda. Figuras que gozaban de renombre como el Premio Nobel de la Paz y dirigente del Serpaj Adolfo Pérez Esquivel, los periodistas Horacio Verbitsky y Manuel Gaggero, el teólogo Rubén Dri y Fray Puigjané, vinculados a la teología de la liberación, y el poeta y activista cultural Jorge Boccanera participaron desde un comienzo.

Durante este período, el grupo de Gorriarán mostró particular interés en la promoción de proyectos culturales que pudieran difundir la voz de los sectores de centroizquierda. El abogado de derechos humanos Eduardo Luis Duhalde fundó con su apoyo la influyente editorial Contrapunto y varios testimonios afirman que el financiamiento de este grupo fue central para la creación del diario *Página/12*.⁵²³ Aunque esta política comenzaba a dar réditos, tenía un límite relacionado con el círculo de Gorriarán y el lugar en que habían quedado los militantes del ERP en el contexto de la transición y la política de derechos humanos del primer presidente electo con el regreso de la democracia, Raúl Alfonsín.

El proceso de transición en la Argentina estuvo pautado por un repliegue rápido y algo caótico de los militares. En el marco de esa salida apresurada, intentaron imponer una autoamnistía dos semanas antes de las elecciones. El triunfo de Alfonsín, que durante su campaña electoral había expresado su adhesión a la causa de los derechos humanos, inviabilizó esa posibilidad. En diciembre de 1983, el flamante presidente promovió la derogación de la Ley de Autoamnistía, ordenó el arresto y el procesamiento de las tres primeras Juntas Militares, reformó el Código Militar, y poco después convocó a constituir una Comisión Especial para investigar los delitos cometidos por la dictadura en los casos de desaparición forzada.⁵²⁴

Sin embargo, dentro de la estrategia del nuevo gobierno democrático los grupos guerrilleros ayudarían a justificar

la persecución a los militares. El mismo día que Alfonsín promulgó el Decreto 158, donde ordenaba la captura de la Junta Militar por las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura, también promulgó el Decreto 157, en el que solicitaba la captura de los dirigentes sobrevivientes de las "cúpulas terroristas" de Montoneros y el ERP. En el caso del ERP, solicitaba en particular la captura de Gorriarán Merlo, único sobreviviente de la antigua dirigencia.⁵²⁵ En este sentido, la estrategia discursiva y política relacionada con los derechos humanos —que algunos han denominado la "teoría de los dos demonios"— tenía dos claros destinatarios: la izquierda armada de los setenta y los militares, vinculados a un pasado del que la nueva democracia quería diferenciarse.⁵²⁶

Esta política también tuvo como consecuencia específica una importante demora en la liberación de los presos políticos. En los primeros días de la democracia, Alfonsín no concedió una amnistía general, como algunos o tal vez muchos esperaban. Explicó sus motivos en los fundamentos del Decreto 157, donde pedía la captura de los dirigentes guerrilleros. Según este decreto, el antecedente de la amnistía otorgada por Cámpora en 1973 al comenzar su gobierno democrático había contribuido a la recomposición de los grupos guerrilleros existentes, que la dictadura precedente había logrado controlar. Sin embargo, las circunstancias de 1984 eran distintas a las de 1973, ya que no había grupos guerrilleros en acción e incluso estos habían expresado, en su inmensa mayoría, su voluntad de insertarse en las luchas sociales del período. El otro argumento que fundamentó la decisión de Alfonsín era el riesgo de que la liberación tuviera un efecto desestabilizador en los militares que aún conservaban cierto grado de poder. En este sentido, esta política implicó una concesión a esos sectores, que podrían conceptualizar el castigo unilateral como una suerte de revanchismo.

Ante la creciente protesta de los organismos de derechos humanos, y de los propios presos a través de sucesivas huelgas

de hambre, se propuso una Ley de Conmutación de Penas que garantizó la liberación gradual de prisioneros. En 1987, todavía quedaban trece prisioneros políticos de los ciento catorce heredados de la dictadura.⁵²⁷ La situación también afectó a varios militantes exiliados, quienes, ante las circunstancias que vivían los presos y temiendo que a su regreso se reabrieran las viejas causas, decidieron permanecer en el exterior.⁵²⁸

Esto explica por qué el Movimiento Todos por la Patria, asociado al proyecto periodístico de *Entre Todos*, finalmente se creó en Managua en 1986. La revista giraba en torno a la figura espectral de Gorriarán Merlo, quien desde Managua, Brasil o en algunos casos ingresando de manera clandestina en la Argentina, se reunía con los diferentes personajes que conformarían el MTP. En el grupo fundacional, había un núcleo duro de militantes del PRT-ERP que reconocían el liderazgo de Gorriarán y habían participado en varios de sus planes anteriores. La situación de Gorriarán era compleja. Era el cerebro detrás del proyecto, pero siempre se mantuvo en las sombras porque no resultaba conveniente mostrar que un individuo buscado era el líder de una organización legal. *Entre Todos* reunió en su círculo a antiguos militantes del ERP que habían sobrevivido a la persecución; militantes del peronismo de izquierda; jóvenes que se identificaban con la experiencia de los setenta, varios de ellos afiliados al Partido Intrasingente en el contexto de la transición; sectores católicos cercanos a la teología de la liberación; y militantes y abogados del movimiento de derechos humanos, algunos de los cuales viajaron a Managua para tomar parte en la fundación. En el acto de inauguración, estuvo presente el líder tupamaro Raúl Sendic, recientemente salido de la cárcel en Uruguay y de visita en Nicaragua.⁵²⁹

Las definiciones iniciales del MTP vieron la luz en *Entre Todos* en mayo de 1986.⁵³⁰ Si pensamos que la cabeza del movimiento era uno de los dirigentes de aquel PRT-ERP de los setenta que insistía en las férreas definiciones ideológicas, el texto llama mucho la atención. Poco tenía de aquella ortodoxia marxista y mucho de un latinoamericanismo popu-

lista que parecía conectado con las tradiciones de fines de los cincuenta.

La introducción refería a las tradiciones nacionales y populares que comenzaban en San Martín, pasaban por el yrigoyenismo y el peronismo, y proponían la construcción de un nuevo movimiento histórico nacional. Los ejes programáticos se concentraban en las ideas de democracia participativa que no contradecían los principios de la democracia liberal, la independencia económica, los derechos humanos, y una política exterior latinoamericanista que promoviera la integración latinoamericana. A todo esto se sumaba, y no es un dato menor, la reforma de las Fuerzas Armadas. Entre los firmantes, se encontraban muchos de los que habían participado en la experiencia del semanario.

Aunque la fundación del MTP pareció tener cierto impacto positivo en la izquierda argentina y en un comienzo tuvo un crecimiento relativo, una serie de acontecimientos internos y externos produjo un viraje un radical entre 1986 y 1989.

El liderazgo en las sombras de Gorriarán, uno de los "demonios" de la transición, dificultaba la construcción identitaria del movimiento. Y colocaba al líder, y por ende al MTP, en una posición complicada ya que el aspecto más progresista de la política de Alfonsín, la política de derechos humanos, se apoyaba en la estigmatización de la experiencia setentista. El propio Gorriarán declaraba en 1988, desde un lugar no identificado, que se negaría a ser amnistiado si eso conllevaba la amnistía de la Junta Militar.⁵³¹

Otra serie de eventos complicó aún más las acciones del MTP. Por un lado, la voluntad de participar en los procesos electorales a nivel provincial en 1987 no tuvo un resultado favorable. En diferentes provincias se ensayaron diversas alianzas con otros grupos de izquierda, pero ninguna logró alcanzar la representación electoral. Por otro, los alzamientos militares contra el gobierno de Alfonsín tuvieron marcada influencia sobre la lectura del MTP acerca del proceso político nacional.⁵³²

En varios sectores de izquierda, e incluso dentro del propio radicalismo, comenzó a circular la idea de que un golpe de Estado militar era un escenario posible. Y que había que estar preparado para resistir. Felipe Celesia y Pablo Waisberg registraron testimonios de jóvenes comunistas, peronistas de izquierda, intrasigentes e incluso radicales que manejaban esa posibilidad y habían comenzado a reunir armas y realizar prácticas de tiro y actividades afines.⁵³³

Esta hipótesis tuvo un efecto mayor en los militantes del MTP que habían estado vinculados a la orgánica del PRT-ERP. La apuesta a la construcción de un movimiento político amplio y abarcador se esfumó de inmediato y retornaron los viejos temas y latiguillos de los setenta. La pregunta central volvía a ser cómo consolidar la vanguardia revolucionaria. En un sentido práctico, esto tenía relación con el desarrollo de un aparato político militar que pudiera convivir en paralelo y en secreto con la organización. Celesia y Waisberg señalan que Gorriarán se volvió escéptico hacia las posibilidades del renacer democrático cuando se promulgó la Ley de Punto Final en 1986, que amnistió a varios militares vinculados a causas de derechos humanos. A partir de ese momento, se creó un "grupo de análisis" bajo la supervisión de Gorriarán, cuyo objetivo era evaluar el avance de los militares. El escepticismo se agudizó en 1987 y 1988 luego de los dos alzamientos militares. En un documento que versaba sobre el segundo alzamiento, el MTP se preguntaba alarmado: "Los militares avanzan. ¿Qué hacemos?". Y afirmaba: "El pueblo debe tomar en sus manos la defensa de la democracia".⁵³⁴

En el campo interno, esta discusión entre ampliar el movimiento político o desarrollar un aparato militar para prepararse ante una posible situación adversa, como un golpe de Estado militar, agudizó los conflictos que ya se insinuaban entre Gorriarán y otros dirigentes políticos del MTP.⁵³⁵

Gorriarán —quien permanecía en Nicaragua y seguía muy marcado por su trayectoria como revolucionario— y, por otro lado, el grupo de argentinos vinculados al trabajo político y

social —que sabían lo ajena que era la sociedad argentina a los imaginarios de heroicidad revolucionaria de los setenta— evaluaban caminos muy diferentes para enfrentar una posible reacción militar. Esto produjo una serie de fracturas en el MTP, que a fines de 1988 quedó reducido al entorno más cercano a Gorriarán.⁵³⁶

Ese grupo comenzó a diseñar un plan militar, que terminó de concretarse en enero de 1989 y consistió en echar a correr el rumor de una amenaza golpista que culminaría en el asalto a un cuartel militar. El rumor no tenía fundamentos claros. Aunque las posibilidades golpistas estaban en el aire, en el verano de 1989 no había nada que hiciera suponer su inminencia. Los hechos posteriores demostraron que todo era parte de un simulacro para preparar el asalto al Cuartel de La Tablada.

El asalto al cuartel consistía en ingresar simulando pertenecer a una facción golpista, arrojando panfletos y coreando los nombres de los líderes carapintadas, para luego tomar el cuartel y los tanques. A partir de la toma, se convocaría al pueblo a defender la democracia. Varios grupos de militantes estaban preparados para rodear el cuartel y convocar a las organizaciones sociales. Una vez tomado, se dirigirían a Plaza de Mayo, convocarían a una insurrección popular y exigirían la formación de un ejército popular y revolucionario.

El plan fue uno de los fracasos más rotundos en la historia de las organizaciones guerrilleras argentinas. De los cuarenta y seis que participaron, murieron treinta y tres, algunos de ellos fusilados luego de ser detenidos, cuatro fueron desaparecidos, y en los días posteriores varios fueron capturados y encarcelados. Gorriarán consiguió escapar y se mantuvo prófugo hasta 1995, cuando fue detenido en México. La acción no produjo ninguno de los efectos esperados. En el seno de las Fuerzas Armadas tuvo dos impactos: por un lado, reforzó el espíritu de cuerpo para continuar la represión, y por otro, la renovación de la amenaza subversiva legitimó sus memorias y su accionar pasado y presente.⁵³⁷ Las organizaciones sociales y de izquierda se distanciaron de la acción, a la que calificaron de “dispara-

tada”, y advirtieron las graves consecuencias que tendría para la construcción política de la izquierda argentina, a lo que se sumaba el renacimiento del discurso de la seguridad nacional entre los militares y sectores civiles conservadores.⁵³⁸ Hubo algunas excepciones, como Hebe de Bonafini —integrante de Madres de Plaza de Mayo—, quien durante la conmemoración del golpe de Estado, el 24 de marzo de 1989, en un acto cuya consigna era “Resistir es combatir”, advirtió sobre las características nefastas de los militares que habían reprimido en La Tablada.⁵³⁹ El desastre de esa acción pareció anunciar el fin de un ciclo histórico. Así lo han explicado de diferentes maneras los académicos y periodistas que han estudiado el tema.⁵⁴⁰

Tras un prolongado silencio, generado por el episodio de La Tablada, durante la segunda mitad de los noventa hubo una serie de cambios en el movimiento de derechos humanos que mostró que la memoria de las organizaciones guerrilleras de los setenta aún estaba vigente en la sociedad argentina. Una nueva generación de militantes del movimiento de derechos humanos, H.I.J.O.S., propuso recuperar la memoria de sus padres no solo como víctimas del terrorismo de Estado, sino como actores políticos centrales de las décadas previas.⁵⁴¹ Este movimiento social estuvo en sintonía con la publicación expansiva de textos testimoniales y periodísticos y el desarrollo de un subgénero documental, en la mayoría de los casos a cargo de los hijos de desaparecidos,⁵⁴² que reflexionaban sobre la militancia revolucionaria en un tono abierto y plural. Desde una posición de familiaridad, las nuevas generaciones reconocían algunos valores positivos, pero también tomaban distancia de asuntos vinculados con las relaciones de género, familiares y las prácticas militaristas de aquella generación.⁵⁴³

Este debate social y cultural fue candente durante la crisis de 2001, y el kirchnerismo se alimentó de esa memoria para consolidarse como fuerza política. En el prólogo a un libro de poesía de una compañera de militancia desaparecida, el presidente Néstor Kirchner escribía en marzo de 2004:

Alguna vez en esta Patria, hubo una generación signada por el deseo de desterrar de su suelo la desigualdad y la injusticia. Hija de las proscipciones y la intolerancia, bebedora juvenil de aquel mayo francés, avanzó en Argentina sin atender los límites de ese tiempo ni dejar espacio a la especulación. Soy parte de esa generación.⁵⁴⁴

Este fue uno de los primeros momentos en que el nuevo presidente se identificó con el legado revolucionario y lo vinculó a sus políticas de derechos humanos. Su actitud implicó ciertos cambios en relación con la visión del pasado construida durante el alfonsinismo.⁵⁴⁵

URUGUAY, EL CONFLICTIVO Y EXITOSO CAMINO A LA LEGALIDAD

Los acontecimientos de La Tablada también tuvieron cierto impacto en Uruguay. Hacía ya cuatro años que los tupamaros participaban legalmente en la vida política del país y habían explicitado su voluntad de continuar haciéndolo. Sin embargo, la solidaridad, los lazos anteriores y la cercanía entre Raúl Sendic y Gorriarán durante la permanencia de Sendic en Nicaragua tras su liberación llevaron a los tupamaros a emitir una declaración pública que generó un pequeño sacudón político en el seno de la izquierda uruguaya. Mientras la mayoría de los grupos de izquierda en ambas orillas del Río de la Plata intentaban distanciarse de la acción, los tupamaros afirmaron su solidaridad con los compañeros, aunque reconocían el error cometido: "Los compañeros se equivocaron y el error que más nos duele es habernos negado la posibilidad de contar para el futuro con tanto heroísmo y tanto desprendimiento".⁵⁴⁶ Esta declaración les valió la condena

pública de otros grupos de izquierda, que cuestionaron su posicionamiento y reclamaron una actitud más firme de condena hacia lo que entendían como una acción desligada de la realidad, que reavivaba el imaginario de la lucha armada e iba contra las luchas democráticas que los movimientos sociales habían construido en la transición.⁵⁴⁷ Ante esta situación, el propio Sendic respondió con contundencia que ellos no podían renunciar a la lucha armada y explicó que las condiciones en la Argentina no eran similares a las de Uruguay.⁵⁴⁸

La solidaridad también permitió que muchos militantes escaparan de la Argentina y buscaran refugio en Uruguay a través de los tupamaros.⁵⁴⁹ Los lazos de solidaridad no eran un capricho del pasado, sino consecuencia de contactos que se habían mantenido fundamentalmente a través de Nicaragua, donde Sendic y Gorriarán habían tenido varios encuentros. Y cabe recordar que, si bien los dos grupos tenían visiones comunes sobre los procesos transicionales, en los diferentes contextos nacionales tuvieron desarrollos divergentes.

La reconstrucción de los tupamaros tiene un jalón central. Diez días después de reiniciada la democracia en 1985, una ley otorgó la libertad a todos los prisioneros políticos mediante la amnistía a los delitos de conciencia y la condonación de las penas vinculadas a delitos de sangre debido a las condiciones inhumanas de reclusión. Esto aseguró la libertad de los presos y un clima favorable para el retorno de los exiliados, que no serían perseguidos por causas del pasado.⁵⁵⁰

El intento de reorganización de los tupamaros comenzó ese día, que se vivió como una gran fiesta. Los integrantes de la vieja dirigencia del MLNT, encerrados en condición de rehenes y padecido maltratos constantes y situaciones de total aislamiento desde 1972, dieron una conferencia de prensa el mismo día de su liberación, en la que reconocieron la nueva etapa que vivía el país.

Eleuterio Fernández Huidobro, en su rol de vocero, afirmó que se estaba viviendo un momento particular en la historia uruguaya:

En este momento consideramos que se ha abierto una etapa de democracia primaveral en nuestro país. La democracia es un hecho que no está en los votos. Ni está en el resultado de las elecciones. Está en la calle. La democracia en el Uruguay, esta que hay hoy, es obra del pueblo uruguayo. Y entendemos que esa realidad rompe los ojos, nos rompe los ojos a nosotros también, tiene que ser respetada porque es una orden del pueblo. Entonces, nosotros vamos a cumplir esa orden del pueblo.⁵⁵¹

Ese día entregaron un documento público en el que informaban que respetarían la legalidad e iniciarían un proceso de discusión interno entre quienes salían de la cárcel, quienes llegaban del exilio, quienes habían sobrevivido en el país y los jóvenes que se habían incorporado a la propuesta. Raúl Sendic, líder histórico de la organización, no participó en la conferencia porque tenía una herida de bala en el rostro que le dificultaba el habla y no había sido tratada desde 1972. Pidió disculpas por su ausencia en una carta donde reafirmaba los conceptos planteados en la conferencia y anticipaba un programa para la defensa de la democracia y la instrumentación de una reforma constitucional cuyos ejes eran tres: no pagar la deuda externa contraída durante la dictadura, emprender una reforma agraria con las unidades mayores a dos mil quinientas hectáreas, y estatizar la banca.⁵⁵²

Pero, poco después del idílico reencuentro de cientos de militantes tupamaros, la reorganización empezó a mostrar sus problemas. La distancia entre quienes habían estado en el exilio, en la cárcel y llevando vidas difíciles o incluso clandestinas dentro del país se hizo sentir. Durante casi una década, una infinidad de grupos a lo largo y ancho del mundo, incluso en las cárceles y dentro del país, habían construido diferentes interpretaciones políticas de la derrota del MLNT y de lo ocurrido durante el período de la democratización.

La cientista política Astrid Arrarás, quien estudió este proceso de reorganización, señala la existencia de al menos cuatro grupos en 1985: la llamada Tendencia Proletaria, que tuvo su origen en la Argentina en 1974 durante los intercambios con el ERP; el 26 de Marzo en Uruguay, vinculado a militantes que se habían reagrupado en la transición; los líderes históricos que habían permanecido en la cárcel en condiciones de maltrato y severo aislamiento; y diversos agrupamientos de exiliados. El encuentro entre estos grupos generó debates muy intensos, varios de ellos relacionados con la autocrítica, y que remitían a viejas discrepancias de los setenta que nunca habían podido explicitarse debido a la persecución dictatorial. Asimismo, la experiencia diversa de los exiliados también influyó sobre el análisis de los viejos tópicos de la revolución y los nuevos desafíos de la democracia.⁵⁵³

Sin embargo, más allá de las discrepancias, el proceso de reagrupación tomó forma y los tupamaros comenzaron a desarrollar tareas diversas con impacto a nivel popular. En los primeros años, la apuesta al trabajo social y a un diálogo directo con la gente —en las “mateadas”, donde los viejos líderes del MLNT se sentaban a charlar en las plazas de los barrios con el público que se acercaba a conocerlos— generó una influencia positiva en ciertas zonas de Montevideo. Los tupamaros también se preocuparon por la comunicación. Fundaron el semanario *Mate Amargo*, en cuyas páginas, con un estilo renovado, ensayaron un periodismo político que buscaba acercarse a los sectores populares. Inauguraron una radio, que alcanzó un buen nivel de audiencia, y crearon una editorial, Tupac Amaru Ediciones, donde Fernández Huidobro publicó una serie de libros testimoniales y de contenido histórico que se transformaron en *bestsellers* en los ochenta.⁵⁵⁴

Además, aunque al principio los tupamaros se definieron como luchadores sociales, poco a poco se acercaron a la coalición de izquierda, el Frente Amplio, que contaba con su simpatía desde 1971 pero al que nunca habían ingresado oficialmente. En esta nueva coyuntura, en la que por primera vez

asumían la vida política legal, parecía inevitable integrarse al Frente Amplio y acercarse a algunos grupos de la coalición.

Otro tema en el que los tupamaros comenzaron a desempeñar un rol activo fue la movilización por los derechos humanos. En diciembre de 1986, en un contexto de rumores de golpe militar, algunos sectores del partido gobernante y del Partido Nacional decidieron aprobar la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado. Su objetivo era detener los posibles juicios contra militares vinculados a delitos de lesa humanidad durante la dictadura. Los tupamaros fueron los primeros en postular que era necesario proponer un recurso de referéndum para derogarla mediante un plebiscito.⁵⁵⁵

En el verano de 1989, cuando Gorriarán intentó la toma de La Tablada en la Argentina, en Uruguay se acercaba el momento del plebiscito por la Ley de Caducidad, ya que el movimiento social por la derogación había logrado obtener las firmas del 25% del electorado. En ese contexto, el MLNT emitió una declaración donde advertía sobre la importancia que la causa de los derechos humanos tenía para esta organización:

Nos enfrentamos acá a la histórica batalla del plebiscito. Los demás pueblos estarán mirando atentamente lo que el nuestro haga el 16 de abril. Por primera vez el tema de la violación a los derechos humanos y su castigo, el encare del problema militar bajo una democracia tutelada y la definición en torno a qué tipo de democracia queremos, estará en manos de una decisión popular en el Cono Sur y tal vez en toda América. Decisión posible porque el mismo pueblo lo ha impuesto contra viento y marea y no por obra de la generosidad de nadie.⁵⁵⁶

La causa de los derechos humanos había adquirido cierta centralidad y era reconceptualizada en clave de batalla contra los resabios del poder militar, un remanente de la dictadura. Estaba vinculada a la defensa de la nueva democracia,

que desde su perspectiva se había logrado gracias a la lucha popular. Esta adhesión no implicaba una ruptura total con la tradición de la lucha armada y las prácticas conspirativas de los setenta. En el contexto de la discusión sobre lo ocurrido en La Tablada, los dirigentes tupamaros insistían en que ellos también podrían retomar la lucha armada ante una amenaza de dictadura. Así, en el contexto de la elección plebiscitaria y enfrentada a un posible riesgo de reacción militar, la organización comenzó a implementar planes militares contingentes y operativos de seguridad.

Una biografía testimonial de Jorge Zabalza, uno de los líderes tupamaros que se mostró proclive a mantener las prácticas conspirativas y reacio a la adaptación política que caracterizó los noventa, relata que dentro del MLNT se creó el "grupo de los 17", donde la mayoría de los dirigentes históricos se reunían por fuera de las estructuras orgánicas para definir las relaciones internacionales con el movimiento revolucionario, buscar financiamiento para los nuevos proyectos de comunicación y discutir medidas de seguridad ante la posibilidad de amenazas militares. Zabalza menciona contactos con Gorriarán y el MTP argentino, la ETA vasca y el MRTA peruano para buscar formas de financiamiento. En ese libro también alude a asaltos en Uruguay realizados por militantes tupamaros con el supuesto objetivo de recaudar fondos.⁵⁵⁷

Todo esto muestra la persistencia de la tensión entre lo político y lo militar en el MLNT. Aunque en un principio había primado la cara más política de la organización, el conflicto estaba latente y se agudizó en los noventa. 1989 y 1990 fueron años signados por una serie de eventos que influyeron de manera negativa en la izquierda uruguaya. El final de la Guerra Fría y la derrota electoral del FSLN a nivel internacional, y a nivel nacional la aprobación plebiscitaria del apoyo a la amnistía a los militares por un 57%, la muerte de Raúl Sendic y el triunfo presidencial del líder del Partido Nacional Luis Alberto Lacalle con su agenda de reformas neoliberales marcaron un nuevo momento que parecía cerrar el ciclo del

movimiento popular antidictatorial que se había construido durante la transición.

En este contexto, la V Convención del MLNT realizada en 1991 se inclinó por las opciones más cercanas al imaginario de la lucha armada. La discusión se entabló entre quienes proponían construir una organización político-militar (OPM), que trabajara en la legalidad pero estuviera preparada para futuros escenarios de violencia armada frente al incremento de la violencia estatal en situaciones de crisis social, y quienes insistían en el trabajo político electoral y social. Triunfaron los primeros de manera rotunda, y esta victoria produjo el alejamiento de los sectores juveniles y algunos dirigentes vinculados al trabajo en la radio y en el semanario. Sin embargo, la discusión no se interrumpió. Aunque mayoritaria, la postura de construir una OPM tenía variados significados para los diferentes núcleos militantes que la apoyaron. Para algunos, era un camino para generar las condiciones de retorno a la lucha armada, mientras que, para otros, constituía una suerte de garantía contra posibles amenazas autoritarias.⁵⁵⁸

Sin embargo, 1989 también tuvo aspectos positivos para la izquierda. El Frente Amplio había ganado por primera vez la intendencia de Montevideo. Su crecimiento mostraba que, de una elección a otra, se acercaba de manera paulatina pero constante a la posibilidad de disputar el gobierno nacional. Ese año, el MLNT pasó a integrar oficialmente el FA y juntos conformaron una agrupación llamada Movimiento de Participación Popular con otros sectores radicales de la izquierda. Los líderes tupamaros se negaron a participar en las listas parlamentarias, pero apoyaron con fervor la iniciativa.⁵⁵⁹

Luego de la V Convención, la discusión acerca de los pros y los contras del proceso electoral se agudizó como consecuencia de un incidente que, según el politólogo Adolfo Garcé, terminó de dividir las aguas entre quienes intentaban mantener un imaginario insurreccional y quienes se inclinaban al juego electoral. A dos meses de la elección nacional de 1995,

una fuerte represión contra manifestantes que defendían el derecho de asilo de tres vascos en huelga de hambre alojados en el Hospital Filtro, acusados de pertenecer a la ETA, agitó la interna del MLNT. El saldo de la represión fue de alrededor de ochenta heridos y dos muertos. El MLNT, que había participado activamente en la manifestación de solidaridad con los vascos, fue castigado con la clausura de su radio bajo la acusación de promover los incidentes callejeros.

El episodio o "masacre" del Filtro, como pasó a llamarse, fue tema de debate en la campaña electoral y dentro de la izquierda. El Partido Nacional y el Partido Colorado lo utilizaron para reciclar los viejos estigmas relacionados con las prácticas violentas de la izquierda, en línea con los discursos de seguridad nacional de décadas anteriores. Por otra parte, en el seno de la izquierda numerosas organizaciones dentro del Frente Amplio cuestionaron el papel de los tupamaros en el incidente y la ausencia de reflexión acerca del uso que podría dársele en la campaña electoral. Tabaré Vázquez perdió por apenas el 1,8% de los votos. En varios sectores de la izquierda, quedó flotando la idea de que el episodio del Hospital Filtro había causado la derrota electoral de la izquierda.⁵⁶⁰

Dentro del MLNT, el episodio del Filtro sumado a las elecciones presidenciales agudizó el conflicto entre quienes auguraban escenarios de mayor represión y exigían la consolidación de una organización político-militar que contribuyera en una estrategia insurreccionalista y quienes apostaban a lo electoral y depositaban expectativas en el crecimiento del Frente Amplio. 1994 había confirmado las intuiciones de ambos. Para los primeros, la masacre del Filtro había sido apenas un ensayo de lo que ocurriría en términos represivos. Para los segundos, la enseñanza del año era la posibilidad real de un triunfo electoral de la izquierda en el mediano plazo. Los defensores de la OPM habían perdido espacio dentro del MLNT y algunos terminaron por apartarse. Incluso desarrollando robos y diversas acciones ilegales que culminaron con el requerimiento judicial de alguno de ellos.

Por otra parte, en el caso del segundo grupo se sumó un cambio que tendría importantes consecuencias en años venideros. Si bien los tupamaros formaban parte del MPP y promovían a sus candidatos, en las campañas electorales siempre se habían negado a que los dirigentes históricos del MLNT se postularan para cargos legislativos. En 1994, por primera vez en la historia, José Mujica fue candidato a diputado por el MPP. Su participación como parlamentario tuvo un fuerte impacto público, ya que diversos aspectos de su accionar fueron muy valorados. Mujica llegaba al Parlamento en una motoneta Vespa y vestido de manera informal. Esto no era un acto demagógico, sino la intención de mantener cierta autenticidad que la actividad política parecía distorsionar a derecha e izquierda. Por otra parte, su discurso era claro y simple, no excesivamente ideologizado pero basado en principios de izquierda y sostenido con mucha información para opinar sobre diversos temas de la actividad parlamentaria. Por último, su tono no confrontativo sino conciliador lo llevó a ganar las simpatías de algunos políticos de los partidos tradicionales.⁵⁶¹

Aunque el éxito parlamentario de Mujica estaba relacionado con su carismática personalidad, también respondía a la experiencia histórica que representaba. Ciertas ideas y valores de los sesenta se traducían en su labor parlamentaria. Los temas vinculados al sacrificio, la entrega y la moral de la militancia fueron reinterpretados en el contexto de los noventa a través de ese diputado que donaba gran parte de su sueldo, no tenía intereses materiales que dictaran su accionar y se acercaba de manera directa al pueblo. Mujica nunca expresó arrepentimiento por su pasado guerrillero, aunque se mostró autocrítico sobre algunas acciones o maneras de pensar de aquella década.

Esa estrategia discursiva le permitió abrirse a agendas políticas más moderadas sin perder el capital político heredado de la experiencia armada. Por otra parte, su vida de lucha como guerrillero y su situación de víctima como rehén de la dictadura —que lo mantuvo aislado y bajo malos tratos duran-

te doce años— le otorgaron una suerte de poder simbólico que supo capitalizar en la competencia electoral. Todo este capital político habilitó una carrera al liderazgo dentro de la izquierda, que culminó con su llegada a la presidencia del Uruguay en 2010.

En todos los grupos existió esa tensión entre el pasado de los setenta y el presente. La puja entre la cultura política revolucionaria heredada y la lucha social vinculada a los movimientos sociales y políticos de la transición fue un elemento central del período. En ningún caso, el abandono de las prácticas conspirativas y la lucha armada fue consecuencia de una transformación ideológica radical; en cambio, siempre fue el resultado del análisis de las condiciones históricas vigentes. Para algunos, fue la constatación de que, ante los aparatos armados de los Estados terroristas, las estrategias guerrilleras tenían poco margen de maniobra. Para otros, significó comprobar que el movimiento social era más eficaz cuando utilizaba otros repertorios de protesta. De todos modos, varias prácticas se mantuvieron. A lo largo de este capítulo aparecen diversos testimonios de actividades relacionadas con redes de solidaridad y financiamiento regional que procuraban por vías ilegales el financiamiento de algunos proyectos desarrollados por militantes de estas organizaciones que trabajaban al margen.⁵⁶²

En líneas generales, podemos afirmar que la resolución de esta tensión no solo estuvo relacionada con la capacidad de estos actores, sino también con las oportunidades políticas habilitadas por cada transición. Vania Markarian mostró cómo algunos militantes uruguayos de izquierda incorporaron poco a poco el discurso de los derechos humanos desarrollado a nivel internacional, en la medida en que ese lenguaje les permitía luchar contra la dictadura. Arrarás adoptó la noción de “aprendizaje político” de Nancy Bermeo para postular algo similar en su análisis de la incorporación de los tupamaros al sistema político uruguayo. Para ambos enfoques, la adhesión a ciertos principios políticos no se debe a un alumbramiento

ideológico de liberalismo, sino a la constatación de que esas estrategias les permitían acercarse a ciertos objetivos políticos. Pero ¿cuáles son las claves que hicieron que eso fuera posible en Uruguay?

La respuesta trasciende los alcances de este capítulo, pero más allá de las diferencias entre aspectos generales, como las culturas políticas nacionales y la estabilidad de los diferentes sistemas políticos, existe una cuestión muy específica que puede analizarse comparativamente. Las políticas de amnistía y retorno ofrecen pistas para entender cuáles fueron las estrategias más exitosas. En Chile y la Argentina, existieron políticas que dificultaron la integración de los sectores que habían practicado la lucha armada en los setenta. En el caso de Chile, resultaba particularmente complejo por la continuidad de esos grupos en los ochenta. En el de la Argentina, el ejemplo del MTP –cuyo principal líder se movía en las sombras porque lo buscaba la justicia del país– refleja que las posibilidades de integración al nuevo clima democrático dependían no solo de los esquemas ideológicos que esos militantes traían desde los setenta, sino también de las oportunidades políticas de la transición.

En Uruguay, la liberación de presos fue total y eso generó una visión más proclive a la posibilidad de actuar bajo las nuevas circunstancias. Aunque también existieron sectores propensos al militarismo, nunca pudieron desarrollar sus propuestas como ocurrió en la Argentina. Si bien el caso brasileño no ha sido analizado en este capítulo, también parece abonar la idea de que las amnistías políticas habilitaron una mayor integración de los sectores de la izquierda armada a las nuevas democracias. La Ley de Amnistía de 1979, que inició el proceso de apertura, la liberación de presos y el retorno de los exiliados en Brasil terminó de saldar las dudas de quienes aún consideraban factible el retorno a la lucha armada. Varios de los actores que participaron en la lucha armada se afiliaron al PT, cuyos éxitos electorales llevaron a Dilma Rouseff a la presidencia del país en 2014.

Conclusión

Revolucionarios sin revolución

El sociólogo histórico Jeff Goodwin, en *No Other Way Out. State and Revolutionary Movements (1945-1991)*, planteaba: “Muchas más revoluciones ‘sociales’ o radicales han ocurrido durante la Guerra Fría que durante todo el período previo a la Segunda Guerra Mundial”.⁵⁶³ Odd Arne Westad, en *The Global Cold War*, explica que las ideologías de la Guerra Fría pusieron a ciertas zonas del Tercer Mundo en un estado de guerra civil semipermanente. Esa situación muchas veces estuvo asociada con la convicción de las élites locales de que la violencia era necesaria para erradicar las herencias coloniales y estaba moralmente justificada para aspirar a las ideas de progreso que proponía el esquema bipolar de la Guerra Fría.⁵⁶⁴ En este sentido, cabe argumentar que las aspiraciones revolucionarias de los militantes conosureños no son la excepción, sino la norma en un momento marcado por una guerra permanente, que se desarrolló fundamentalmente en el Tercer Mundo. Por este motivo, la emergencia de estos militantes en la vida política de sus países está vinculada de manera ineludible a la experiencia global de los sesenta. En esta región del mundo, los sesenta estuvieron más conectados a la idea de revolución global antiimperialista defendida por Wallerstein que al superficial lenguaje de disenso de los *baby boomers* sugerido por Jeremi Suri.⁵⁶⁵ Eventos como la Tricontinental y la Conferencia de la OLAS, impulsados desde Cuba pero propiciados y exigidos por varios sectores de la izquierda latinoamericana, fueron la traducción de los Global Sixties en el Cono Sur.

Lo que merece una atención especial es el hecho de que el Cono Sur haya permanecido inmune a una guerra revolu-

cionaria que se peleó en los tres continentes y que habilitó la mayor cantidad de revoluciones en la historia de la humanidad. Esto explica, entre otras cosas, la recurrencia al imaginario decimonónico de la independencia política. Más allá de estos datos, cabe señalar que en el Cono Sur existieron aspectos particulares. El descontento de los sectores medios y trabajadores urbanos que habían alcanzado cierto bienestar ahora afectado por los procesos inflacionarios de los modelos de sustitución de importaciones, el divorcio entre las expectativas de movilidad social que posibilitaba la modernización educativa y la realidad de la crisis, y la creciente movilización de sectores rurales y pobres que habían llegado tarde a los procesos de modernización y comenzaban a demandar derechos sociales, fueron el caldo de cultivo de una importante movilización social en todos estos países desde fines de los cincuenta. En estos procesos de encuentro entre sectores juveniles y trabajadores urbanos y rurales, comenzó a gestarse la radicalización. En este sentido, los desarrollos políticos previos y las características sociales y demográficas de los países del Cono Sur afectaron la reinterpretación y reformulación de los discursos globales acerca de la revolución.

Como vimos en el capítulo 1, a través del ensayo y error estos militantes comenzaron a ser conscientes de aquello que tenían en común y también de lo que los separaba de otras experiencias de luchas anticoloniales en Latinoamérica y el Tercer Mundo. Adaptar los repertorios de protesta a países más urbanizados con importantes clases medias, tradiciones sindicales y pequeñas poblaciones rurales fue el desafío que debieron afrontar los militantes conosureños. Y lo hicieron con un notable nivel de originalidad, instrumentando un repertorio vinculado a las ideas de la guerrilla urbana que en un comienzo los distanció de la ortodoxia cubana y los llevó a ocupar un lugar específico en la circulación de ideas y las redes de los sesenta globales. En los setenta, grupos como The Weather Underground en los Estados Unidos o Baader-Meinhof Group y otros núcleos minoritarios como Tupamaros West Berlin en

Alemania o las Brigadas Rojas en Italia tuvieron como referentes a estas experiencias del Cono Sur.

Por otra parte, más allá del diálogo con los procesos globales, la experiencia regional moldeó la construcción de una interpretación política común. La región fue el laboratorio donde, a partir de cada acontecimiento local, los militantes elaboraron conclusiones que tuvieron consecuencias determinantes en las luchas venideras. La dinámica regional también ayudó a posponer las derrotas nacionales. El exilio regional no era visto como un exilio tradicional, sino como una continuación de las luchas nacionales. Mientras en la región existieran países que funcionaran como retaguardias, la esperanza en la revolución continuaría viva. Esta situación cambió radicalmente después del golpe de Estado de 1976 en la Argentina, cuando la región quedó bajo la égida de los regímenes autoritarios y las posibilidades de retaguardias estratégicas se vieron muy restringidas.

Esta dinámica política ayudó a generar una cultura política transnacional entre los militantes de la región, que fue resultado del encuentro entre las distintas maneras en que experimentaron los procesos políticos locales y sus interpretaciones de los procesos globales. Como dijimos en la introducción, el término "cultura política" se utiliza para designar una serie de aspectos diversos que hemos examinado en este trabajo a partir de cuatro dimensiones: las prácticas, las ideas e interpretaciones del proceso político, una subjetividad política común, y las definiciones de una comunidad transnacional.

Al comienzo, las organizaciones armadas propusieron una visión heterodoxa abierta y plural centrada en el desarrollo de nuevos repertorios de protesta radical que implicaron el pasaje a la clandestinidad de las organizaciones. Como vimos en el capítulo 2, los militantes comenzaron a confluír en el desarrollo de redes regionales vinculadas a la llegada de Guevara a Bolivia. Junto con los debates de la Conferencia de la OLAS, esto les ofreció una comunidad transnacional en la que enmarcar sus prácticas locales, comunidad que se vio reforzada por el

impacto de la muerte de Guevara en Bolivia. Los capítulos 3 y 4 muestran cómo el autoritarismo creciente, que llevó al aumento de los exilios regionales, fortaleció el desarrollo de una comunidad transnacional de militantes en Chile y la Argentina, hecho que a su vez posibilitó una homogeneización de las ideas e interpretaciones del proceso político de estos grupos. En lo intelectual, podemos mencionar el dependentismo y la influencia del estructuralismo althusseriano, en la versión de Harnecker, como parte del proceso. En lo político, la formación de la Junta de Coordinación Revolucionaria fue la evidencia más clara de este acercamiento paulatino, que también se fundamentó en una interpretación política de la Guerra Fría latinoamericana que advertía sobre la inevitabilidad de una respuesta autoritaria a la creciente movilización social.

En este sentido, esta cultura política no fue mera consecuencia de nociones predefinidas, sino que resultó de la interacción entre ciertas ideas y los procesos políticos que los militantes tuvieron que enfrentar. Pensamos que no se puede atribuir una relación causal entre ideología y acción colectiva. La radicalización de estos militantes no fue un simple resultado de una deriva ideológica relacionada con el marxismo leninismo y/o el guevarismo. De hecho, varios militantes de esta nueva izquierda provenían de diferentes tradiciones políticas que a fines de los sesenta comenzaron a homogeneizarse hasta conformar esta cultura política transnacional. En este proceso político, ciertas ideas adquirieron mayor relevancia para explicar las inciertas contingencias históricas locales. Esto a menudo llevó a los militantes a adoptar posicionamientos que era impensables a comienzos de la década. A modo de ejemplo: mientras a comienzos de los sesenta los hermanos Santucho, influenciados por el aprismo, advertían que se intentaba desprestigiar a la Revolución cubana calificándola de marxista-leninista, a fines de la década reivindicaban sin reparos su carácter comunista.

Otro tanto puede decirse de las ideas de latinoamericanismo e internacionalismo. Aunque habían sido planteadas por

algunos de los discursos políticos de los grupos iniciales que formaron la red, luego adquirieron una dimensión mucho más relevante a medida que el autoritarismo aumentaba y la respuesta era la solidaridad regional. Ya no se trataba de una idea abstracta, sino de una respuesta práctica a la gradual convergencia política de los procesos en el Cono Sur en el marco de la Guerra Fría global.

Como vimos en el capítulo 5, esta cultura política transnacional comenzó a desarmarse bajo la represión regional coordinada de las dictaduras y los desafíos políticos e ideológicos que impuso la nueva coyuntura de las transiciones democráticas en los ochenta. La sobrevivencia de estos grupos dependió de su capacidad de adaptarse a las nuevas circunstancias, así como de las oportunidades políticas que cada proceso de transición habilitó o clausuró.

Desde el retorno a la democracia se ha escrito mucho sobre la relación entre esta cultura política revolucionaria y los valores democráticos. Los ochenta vieron surgir una literatura que puso énfasis en que, bajo la influencia del marxismo, estos grupos tendieron a promover la crítica a los valores democráticos. En los noventa, otros enfoques más culturalistas también encontraron elementos autoritarios en las culturas internas de estas organizaciones y en sus maneras de resolver los conflictos étnicos y de género. Sin embargo, es necesario advertir que estos enfoques estaban motivados por inquietudes e intereses políticos y académicos forjados en las posdictaduras, una etapa por completo diferente a los sesenta. Un tiempo presentista donde la distinción entre “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”, al decir de Reinhart Koselleck, pareció desaparecer como elemento característico de la modernidad; o en otras palabras, donde la idea de revolución que asumía el sacrificio del presente en relación con un horizonte futuro ya no parecía tener la fuerza persuasiva que alentó proyectos de diverso corte ideológico en nuestro continente durante gran parte de los siglos XIX y XX.⁵⁶⁶ En *Sobre la autoridad*, Engels ya afirmaba que la revolución era

sin duda alguna, lo más autoritario que existe; es el acto por el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra con fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios, si es que existen.⁵⁶⁷

Seguramente, los revolucionarios de los años sesenta estaban más cerca de lo que pensaba el filósofo del siglo XIX que de las concepciones sobre la política, la violencia y el orden social que comenzaron a ser predominantes en la transición hacia órdenes democráticos liberales en los ochenta. Es desde ese particular régimen de historicidad que fue la modernidad que los historiadores deberíamos plantearnos las preguntas —a nuestro parecer— necesarias para entender los dilemas que enfrentaron aquellos actores políticos.

Esta situación nos conduce inevitablemente a un problema epistemológico propio de la operación histórica: el anacronismo. ¿Cómo evaluar la revolución desde un tiempo que no es revolucionario? François Dosse, a contrapelo de la ortodoxia historiográfica, propuso “la legitimidad de un anacronismo controlado” para pensar los fenómenos históricos.⁵⁶⁸ Gran parte de los señalamientos realizados en las últimas décadas responden a este enfoque. Y, como ya dijimos, han sido operaciones más productivas que las lecturas edulcoradas o condenatorias previas. Pero esto no debe apartarnos de la idea de que ciertos aspectos de la contingencia histórica requieren ser entendidos en sus propios términos, con especial atención a maneras en que se concebía el cambio social en el período.

En este sentido, el conflicto político estuvo mayormente asociado a ideas vinculadas a la transformación del orden económico. Otras cuestiones —como la raza, el género o los derechos políticos— se pensaban subsidiarias a esa transformación. No queremos decir con esto que no se haya pensado en estas cuestiones en los sesenta.⁵⁶⁹ Por el contrario, esos movimientos de revolucionarios abrieron posibilidades para

pensarlas, aunque quedaron subsumidas en el discurso totalizador de la revolución. Que varios de los participantes en estas experiencias hayan visto los límites o problemas de esos enfoques es válido, pero no cancela una serie de preguntas que aún permanecen abiertas en relación con aquella época. Me refiero a las dificultades para construir órdenes más igualitarios en lo económico en el contexto de la Guerra Fría latinoamericana, o bien, formulado de una manera más teórica, a la relación entre democracia y socialismo, y liberalismo y socialismo. Asuntos que mantienen una notable vigencia en la discusión global, así como en la de nuestro continente.

Notas

- 1 Matilde Artés, *Crónica de una desaparición. La lucha de una Abuela de Plaza de Mayo*, Madrid, Espasa, 1997; John Dinges, *The Condor Years. How Pinochet and his Allies Brought Terrorism to Three Continents*, Nueva York, The New Press, 2004.
- 2 Pablo A. Pozzi, *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001; Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011; María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
- 3 Daniel Avendaño y Mauricio Palma, *El rebelde de la burguesía. La historia de Miguel Enríquez*, Santiago, Cesoc, 2001; Igor Goicovic, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Concepción, Equipo, 2012; Eugenia Palieraki, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*, Santiago, LOM, 2014.
- 4 Clara Aldrighi, *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN Tupamaros*, Montevideo, Trilce, 2001; Hebert Gatto, *El cielo por asalto. El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguayaya (1963-1972)*, Montevideo, Taurus, 2004; Samuel Blixen, *Sendic*, Montevideo, Trilce, 2000.
- 5 Immanuel Wallerstein y otros, *Antisystemic Movements*, Londres - Nueva York, Verso, 1989, cap. 5.
- 6 Kristin Ross, *May '68 and its Afterlives*, Chicago - Londres, University of Chicago Press, 2002.
- 7 Eric Zolov, "Expanding our Conceptual Horizons. The Shift from an Old to a New Left in Latin America", *A Contracorriente*, 5(2), invierno de 2008, pp. 47-73. María Cristina Tortti, *El "viejo" Partido Socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda: 1955-1965*, Buenos Aires, Prometeo, 2009; Vania Markarian, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012; Victoria Langland, *Speaking of Flowers. Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil*, Duke University Press, 2013.
- 8 Existen dos enfoques diferentes sobre la temática: Markarian, ob. cit.; Patrick Barr-Melej, "Hippismo a la chilena. Juventud y heterodoxia cultural en un contexto transnacional (1970-1973)", en Fernando Purcell y Alfredo Riquelme (eds.), *Ampliando miradas. Chile y su historia e un tiempo global*, Santiago, RIL - Instituto de Historia PUC, 2009.
- 9 Una de las pocas excepciones es Quinn Slobodian, *Foreign Front. Third World Politics in Sixties West Germany*, Durham - Carolina del Norte, Duke University Press, 2012.
- 10 Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre. Latin America in the Cold War*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.

- 11 Leslie Bethell e Ian Roxborough, *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948*, Cambridge - Nueva York, Cambridge University Press, 1992.
- 12 El libro de Hal Brands, *Latin America's Cold War*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2010, enfatiza el lugar de Cuba; el trabajo de Grandin, ob. cit., propone una versión alternativa.
- 13 Greg Grandin, "The Instruction of Great Catastrophe. Truth Commissions, National History, and State Formation in Argentina, Chile, and Guatemala", *The American Historical Review*, 110(1), febrero de 2005; Aldo Marchesi, "El pasado como parábola política. Democracia y derechos en los informes *Nunca más* del Cono Sur", *Stockholm Review of Latin American Studies*, 9(7), diciembre de 2011; Emilio Crenzel, *La historia política del Nunca más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- 14 Véase Juan J. Linz, *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore - Londres, Johns Hopkins University Press, 1978.
- 15 Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
- 16 Hugo Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta*, Buenos Aires, Norma, 2005 [ed. ampl.: Buenos Aires, Siglo XXI, 2013]; Carnovale, ob. cit.
- 17 Un ejemplo reciente es Pablo A. Pozzi y Claudio Pérez (eds.), *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*, Santiago, LOM, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2012.
- 18 Para la sociología de la modernización, véanse Ted Robert Gurr, *Why Men Rebel*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1970; Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1968. Sobre los trabajos influenciados por este enfoque, véanse Robert Moss, *Urban Guerrilla Warfare*, Londres, International Institute for Strategic Studies, 1971; Peter Waldmann, "Anomia social y violencia", en Alain Rouquié (comp.), *Argentina, hoy*, México, Siglo XXI, 1981. Para dependientismo, véanse Theotônio dos Santos, *Socialismo o fascismo, el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Buenos Aires, Periferia, 1972; Manuel Garretón y Tomás Moulian, "Procesos y bloques políticos en la crisis chilena, 1970-1973", *Revista Mexicana de Sociología*, 41(1), enero-marzo de 1979; Juan Carlos Portantiero, "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", *Pasado y Presente*, 1, nueva época, abril-junio de 1973. Véanse también Guillermo O'Donnell, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997; David Collier y otros (ed.), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1979.
- 19 Véase Doug McAdam, Sidney G. Tarrow y Charles Tilly, *Dynamics of Contention*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press, 2001. Para aproximaciones a la violencia política desde esa perspectiva, véanse Donatella Della Porta, *Social Movements, Political Violence, and the State. A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press, 1995; Christian Davenport, Hank Johnston y Carol Mueller, *Repression and Mobilization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2005. Para la relación entre emociones y movimientos sociales, véanse Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (eds.), *Passionate Politics. Emotions and Social Movements*, Chicago, University of Chicago Press, 2001; y la crítica de Elizabeth Jean Wood a los enfoques que se concentran en la "rational choice theory": *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, Nueva York, Cambridge University Press, 2003, cap. 8.
- 20 A modo de ejemplo, véanse Poder Ejecutivo nacional, *El terrorismo en la Argentina. Evolución de la delincuencia terrorista en la Argentina*, Buenos Aires, PEN, 1979; Junta de Comandantes en Jefe, *Las Fuerzas Armadas al pueblo oriental. La subversión*, vol. 1, Montevideo, Junta de Comandantes en Jefe, 1978; Manuel Contreras Sepúlveda, *La verdad histórica. El ejército guerrillero: primer período de la guerra subversiva, abril de 1967 al 10 de setiembre de 1973*, Santiago, Encina, 2000. Existen múltiples versiones, más o menos sofisticadas, sobre el papel del imperialismo estadounidense en la región. Entre otras, *El imperialismo. Deformador de nuestra tradición histórica*, OLAS, La Habana, 1967.
- 21 Véanse Timothy P. Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1991; Eduardo Rey Tristán, "Las luchas revolucionarias en América Latina en perspectiva regional", en Verónica Oikion y otros, *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, Santiago de Compostela, USC, Universidad de Santiago de Compostela, 2014.
- 22 Véanse Ariel C. Armony, *Argentina, the United States, and the Anti-Communist Crusade in Central America, 1977-1984*, Athens, Ohio University Center for International Studies, 1997; Dinges, ob. cit.; Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; Piero Gleijeses, *Conflicting Missions, Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*, Berkeley, The University of North Carolina Press, 2002. Véase también G. M. Joseph y Daniela Spenser, *In from the Cold. Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham, Duke University Press, 2008.
- 23 Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011.
- 24 Véase también Margaret E. Keck y Kathryn Sikkink, *Activists Beyond Borders*, Ítaca, NY, Cornell University Press, 1998.
- 25 Algunos autores han seguido las trayectorias de esta izquierda latinoamericana desde diferentes perspectivas. Véanse, entre otros, Jorge G. Castañeda, *Utopía Unarmed. The Latin American Left after the Cold War*, Nueva York, Vintage Books, 1994; Claudia Gilman, ob. cit.; Emir Sader, *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- 26 Mario Rapoport y Amado Luiz Cervo (comps.), *El Cono Sur. Una historia común*, Buenos Aires, FCE, 2001.
- 27 Hiber Conteris, *Cono Sur*, Montevideo, De Marcha, 1963.
- 28 Sobre los comienzos de esa reflexión, véase David Collier y otros, ob. cit.
- 29 Véase Lynn Hunt, *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1984, p. 185.

- 30 Véase OLAS, *I Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad*, Montevideo, Nativa Libros, 1967.
- 31 Carlos Jorquera, "Lucha armada y lucha guerrillera", *Punto Final*, 35, segunda quincena de agosto de 1967.
- 32 Carlos María Gutiérrez, "Conversación con Fidel. La guerrilla en toda América es una sola", *Marcha*, 1366, 18/8/1967, p. 23.
- 33 En Piero Gleijeses, ob. cit., p. 22.
- 34 Véase John J. Johnson, *Political Change in Latin America. The Emergence of the Middle Sectors*, Stanford, California, Stanford University Press, 1958.
- 35 Sidney Tarrow, *Power in Movement*, Nueva York, Cambridge Press, 1999, pp. 91-105.
- 36 Véase "Las Fuerzas Armadas y el Estado autoritario del Cono Sur de América Latina", en *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997.
- 37 Véase Pedro Milos, *Historia y memoria: 2 de abril de 1957*, Santiago, LOM, 2007.
- 38 Blanca París de Oddone, *La Universidad de la República. Desde la Crisis a la Intervención 1958-1973*, Montevideo, Universidad de la República, 2010, pp. 17-26.
- 39 Vania Markarian y otros, *1958 el gobierno autonómico*, Montevideo, Universidad de la República, 2008, p. 120.
- 40 Rosa Alonso y Carlos Demasi, *Uruguay, 1958-1968. Crisis y estancamiento*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.
- 41 Para una lectura de la crisis, véase Aldo Marchesi y Jaime Yaffé, "La violencia bajo la lupa. Una revisión de la literatura sobre violencia y política en los sesenta", *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 19(1).
- 42 Véase María Cristina Tortti, *El "viejo" Partido Socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda: 1955-1965*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, caps. 2 y 3. Véanse también Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina en la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, cap. 5; Oscar Terán, *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1991 [ed. rev.: Buenos Aires, Siglo XXI, 2013].
- 43 Daniel James, *Resistance and Integration, Peronism and the Argentine Working Class 1946-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 101-159 [ed. cast.: *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006].
- 44 Véase Cesar Seveso, "Escuelas de militancia. La experiencia de los presos políticos en Argentina, 1955-1972", *A Contracorriente*, 6(3), primavera de 2009, pp. 137-165.
- 45 Gran parte de estos debates se dio a través de nuevas publicaciones que jugaron un papel fundamental; para Chile, véase *Punto Final*, para Uruguay: *Marcha y Época*. Ambas también fueron un vehículo importante para la divulgación de debates en la Argentina en ciertos momentos autoritarios. Para el caso argentino, véanse *Che, Pasado y Presente, Cristianismo y Revolución*, entre otras. La agencia de noticias cubana Prensa Latina fue, en ciertos momentos, un articulador entre algunas de estas iniciativas.
- 46 Para una pequeña crónica de dichos encuentros, véase John Lee Anderson, *Che Guevara. A Revolutionary Life*, Nueva York, Grove Press, 1997, pp. 307-312.
- 47 Véase Carlos María Gutiérrez, "Con Fidel, en la Sierra Maestra, *La Mañana*, 14-18/3/1958", en *En la Sierra Maestra y otros reportajes*, Montevideo, Tauro, 1967.
- 48 Véase Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000.
- 49 Jorge Ricardo Masetti, *Los que luchan y los que lloran*, Buenos Aires, Álvarez, 1969.
- 50 Entre otros, podemos nombrar a Carlos María Gutiérrez, Carlos Núñez, Eduardo H. Galeano, Julio Huasi, Rodolfo Walsh, Manuel Cabieses, Hernán Vidal, Andrés Culltelli y Guillermo Chifflet.
- 51 Véanse, entre otros, Salvador Allende, *Cuba. Un camino*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1960; Mario Benedetti, *Cuaderno cubano, Reportaje a Cuba*, Montevideo, América Nueva, 1961; Alejandro Chelén, *La Revolución cubana y sus proyecciones en América Latina*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1960; Ariel Collazo, *Regreso de Cuba; La crisis en el Uruguay; Reforma constitucional revolucionaria*, Montevideo, s.n., 1961; Silvio Frondizi, *La Revolución cubana. Su significación histórica*, Montevideo, Ciencias Políticas, 1960; Ezequiel Martínez Estrada, *En Cuba y al servicio de la revolución. Mi experiencia cubana*, Montevideo, Siglo Ilustrado, 1965; Carlos Martínez Moreno, *El paredón*, Barcelona, Seix Barral, 1962; Elías Seman, *Cuba Miliciana*, Buenos Aires, Ubicación, 1961.
- 52 Véase Matt D. Childs, "An Historical Critique of the Emergence and Evolution of Ernesto Che Guevara's Foco Theory", *Journal of Latin American Studies*, 27(3), octubre de 1995, pp. 593-624. Las biografías de Guevara también dedican algunas páginas a estos temas. Véanse Jon Lee Anderson, *Che Guevara. Una vida revolucionaria*, Buenos Aires, Emecé, 1997; Jorge Castañeda, *Compañero. The Life and Death of Che Guevara*, Nueva York, Knopf, 1997.
- 53 Ernesto Guevara, *La guerra de guerrillas*, Lima, Fondo de Cultura Popular, 1973, p. 15.
- 54 *Ibíd.*, p. 16.
- 55 Ernesto Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Cuba, Unión, 1963.
- 56 Sobre las maneras en que la historiografía de la revolución se centró en la Sierra Maestra y descuidó la movilización urbana y las implicancias políticas de esa bibliografía, véase la introducción de Julia Sweig a *Inside the Cuban Revolution. Fidel Castro and the Cuban Underground*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2002.
- 57 Sobre Chile, véase la entrevista a Andrés Pascal Allende realizada por el autor. Sobre Uruguay, véanse las actividades realizadas por algunos de los grupos y militantes que confluyeron en el MLNT. Blixen, ob. cit.; Eleuterio Fernández Huidobro, *Historia de los tupamaros*, ts. I y II, Montevideo, Tupac Amaru, 1986.
- 58 Sobre el Departamento América, véanse Manuel Piñeiro, *Che Guevara y la revolución latinoamericana*, Colombia, Ocean Sur, 2006; Anderson, ob. cit., pp. 533, 759; Castañeda, *Utopía unarmed*, pp. 50-89.
- 59 En Piero Gleijeses, ob. cit., 2002, pp. 21-23.
- 60 Sobre la ola de guerrilla, véanse Richard Gott, *Guerrilla Movements in Latin America*, Calcuta, Londres - Nueva York, Seagull Books, 1970; Timothy P. Wickham-Crowley, *Guerrillas & Revolution in Latin America*.

- A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Nueva Jersey, Princeton, 1992, segunda parte.
- 61 Para Argentina, véase Tortü, *El "viejo" Partido Socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda*, ob. cit., pp. 266-279; para Uruguay, véase Gerardo Leibner, *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011, p. 433.
- 62 Carlos María Gutiérrez, "Electoralismo y revolución", *Marcha*, 30/8/1962, p. 19.
- 63 Ernesto Guevara, "Discurso en la Universidad de la República", 17/8/1961, <www.archivochile.com>, p. 10.
- 64 Véanse *Marcha*, 24/8/1961; Mauricio Bruno, *La caza del fantasma. Benito Nardone y el anticomunismo en Uruguay (1960-1962)*, Montevideo, Universidad de la República, FHCE, 2007.
- 65 Véase Hugo Gambini, *El Che Guevara*, Argentina, Stockcero, 2002, pp. 237-238.
- 66 Ruth Leacock, *Requiem for Revolution*, Ohio, Kent University Press, 1990, p. 35.
- 67 Véanse Anderson, ob. cit.; Fernando Martínez Heredia (comp.), *Che, el argentino*, Buenos Aires, De Mano en Mano, 1997.
- 68 Amalio Juan Rey, *Sobre el mensaje del Che Guevara a los argentinos el 25 de mayo de 1962*, Córdoba, Narvaja, 1999.
- 69 Manuel Justo Gaggero, "El encuentro con el Che. Aquellos años", en Martínez Heredia, ob. cit.
- 70 Para repasar la trayectoria política de Bengochea y su accionar posterior, véase Sergio Nicanoff y Alex Castellano, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del "Vasco" Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2006. *Guerra de guerrillas*, un pequeño libro editado en 1970 en Montevideo, contiene una conferencia que dio en esa ciudad. Y si bien la fecha no aparece consignada, podemos suponer —dado que Bengochea murió en 1964— que varios de los contenidos de esa conferencia fueron los mismos que los que se discutieron con Guevara en 1962. El libro planteaba que las bases operacionales de la guerrilla podían estar en la ciudad, el campo o las zonas fronterizas, y analizaba las ventajas de cada una, sin plantear una solución prescriptiva. Ángel Bengochea y J. J. López Silveira, *Guerra de guerrillas*, Montevideo, Editorial Uruguay, 1970, pp. 67-73.
- 71 Véase Gaggero, ob. cit.
- 72 Ernesto Guevara, "Mensaje a los argentinos", en Claudia Korol, *El Che y los argentinos*, Buenos Aires, Dialéctica, 1988, p. 267.
- 73 Véase Rey, ob. cit., pp. 61-80.
- 74 Sin embargo, la revista y los libros editados por ese grupo serán una referencia en la renovación del marxismo en Latinoamérica durante los años sesenta y setenta. Véase Burgos, *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- 75 Sobre la experiencia del EGP, véanse Rot, ob. cit., y el testimonio de Ciro Bustos, *El Che quiere verte. La historia jamás contada del Che en Bolivia*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2007, primera parte.
- 76 Véase Nicanoff y Castellano, ob. cit.
- 77 Régis Debray, *Alabados sean nuestros señores. Una educación política*, Barcelona, Sudamericana, 1999, p. 50.
- 78 *Ibíd.*, pp. 49-50.
- 79 *Ibíd.*, p. 67.
- 80 Régis Debray, "El castrismo. La gran marcha de América Latina", *Pasado y Presente*, 2(7-8), octubre de 1964 - marzo de 1965.
- 81 Véanse el testimonio de Héctor Schmucler en Burgos, *Los gramscianos argentinos*, 91; "Nota de la redacción", *Pasado y Presente*, 2(7-8), octubre de 1964 - marzo de 1965, p. 122.
- 82 Régis Debray, "¿Qué es el castrismo?", *Punto Final*, 11, primera quincena de octubre de 1966, p. 19; "El castrismo. La Larga Marcha de América Latina", *Cuadernos de Marcha*, 3, 1967.
- 83 Régis Debray, "¿Revolución en la revolución?", *Cuadernos de la Revista Casa de las Américas*, 1, La Habana, Casa, 1967.
- 84 Régis Debray, "¿Revolución en la revolución?", *Punto Final. Documentos*, 25, segunda quincena de marzo de 1967, p. 12.
- 85 *Ibíd.*, p. 15.
- 86 *Ibíd.*, pp. 33-34. Véanse Adolfo Gilly, "La renuncia del Che", *Marcha*, 22/10/1965; Fidel Castro, "Discurso pronunciado en el acto clausura de la I Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (Tricontinental), Teatro Chaplin, La Habana, 15 de enero de 1966", <www.cuba.cu/gobierno/discursos>; Adolfo Gilly, "Respuesta a Fidel Castro", *Marcha*, 18/2/1966.
- 87 Debray, "¿Revolución...?", p. 108.
- 88 *Ibíd.*, p. 107.
- 89 Régis Debray, *La crítica de las armas*, México, Siglo XXI, 1975, p. 217.
- 90 Régis Debray, "¿Revolución en la revolución?", *Punto Final. Documentos*, 25, segunda quincena de marzo de 1967; *Punto Final. Documentos*, 26, primera quincena de abril de 1967; *Punto Final. Documentos*, 27, segunda quincena de abril de 1967. Régis Debray, "América Latina. Algunos problemas de estrategia revolucionaria", *Punto Final. Documentos*, 29, segunda quincena de mayo de 1967. Régis Debray, "El castrismo. La gran marcha de América Latina", *Punto Final. Documentos*, 30, primera quincena de junio de 1967.
- 91 *Elizabeth Burgos-Debray Papers*, Hoover Institution Archives, Box, 13-14.
- 92 Lionel Abel, "Seven Heroes of the New Left", *The New York Times*, 5/5/1968.
- 93 Carlos Núñez, "El papel de los intelectuales en la liberación nacional", *Marcha*, 11/2/1966, p. 22.
- 94 Alberto Methol Ferre, *Régis Debray y la ideología de la revolución en América Latina*, *Cuadernos Latinoamericanos*, Montevideo, Instituto de Estudios Americanos, 1968, p. 8.
- 95 "Anexo: Carta de Louis Althusser a propósito de '¿Revolución en la revolución?'", en Debray, *La crítica de las armas*, p. 246.
- 96 Véase "Reseña sucinta de la polémica suscitada por '¿Revolución en la Revolución?'", en *ibíd.*, p. 212.
- 97 A modo de ejemplo, véase el documento del PRT firmado por Sergio Domecq, Carlos Ramírez y Juan Candela (seudónimos), *El único camino para la toma del poder y el socialismo*, s.l., Combate, 1969; también Archivo CeDInCI y Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, *Documento n° 1*, 1967, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 98 Flávio Tavares, *Memórias do esquecimento*, San Pablo, Globo, 1999, p. 175; traducción propia.

- 99 Philip Agee, *La CIA por dentro, diario de un espía*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 265.
- 100 Para saber cómo se utilizó la noción de crisis en el período, véase Aldo Marchesi y Jaime Yaffé, "La violencia bajo la lupa. Una revisión de la literatura sobre violencia y política en los sesenta", *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 19, 2010.
- 101 Mario Benedetti, *El país de la cola de paja*, Montevideo, ARCA, 1966. Sobre el compromiso político de Benedetti, véanse Hortensia Campanella, *Mario Benedetti, un mito discretísimo*, Montevideo, Planeta, 2009; José Gabriel Lagos, "Una 'zona intermedia' entre el Benedetti moral y el Benedetti político", inédito.
- 102 Benedetti, ob. cit., p. 58.
- 103 Véase Lagos, "Una 'zona intermedia'...", cit.
- 104 Benedetti, ob. cit., p. 143.
- 105 *Ibid.*, pp. 153-154; cita mencionada por Lagos en "Una 'zona intermedia'...", cit.
- 106 Instituto de Economía, *El proceso económico del Uruguay*, Montevideo, Universidad de la República, 1969, pp. 257-271.
- 107 Véanse, entre otros, Magdalena Broquetas, "Los frentes del anticomunismo. Las derechas en el Uruguay de los tempranos sesenta", *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, 3(3), 2012; Mauricio Bruno, "La caza del fantasma. Benito Nardone y el anticomunismo en Uruguay (1960-1962)", Montevideo, FHCE, 2007; Gabriel Bucheli, "Organizaciones 'demócratas' y radicalización anticomunista en Uruguay, 1959-1962", *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, 3(3), 2012; Roberto García Ferreira, "El cine Trocadero. Un testigo de la Guerra Fría", *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, 1(1), 2010; Mariana Iglesias, "En procura del orden interno. Sentidos y estrategias en torno a la sanción de medidas de excepción en el Uruguay de mediados del siglo XX", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2009.
- 108 Véanse "El gobierno contra el derecho de reunión. Decretó medidas de seguridad. Quieren el golpe", *Época*, 9/4/1965, tapa; "Dictadura legal", *Época*, 8/10/1965.
- 109 A modo de ejemplo, véanse los hechos suscitados en torno a la internación de Brizola. "Brizola fue internado sin pruebas", *Época*, 23/3/1965, última página.
- 110 Amembassy Montevideo, "Joint Weeka n. 20", 22/5/1965.
- 111 Véanse "Entrevista Onganía-Costa: Uruguay, un grave peligro", *Época*, 1/9/1965, p. 7; "¿Otra vez la cisplatina?", *Época*, 6/9/1965, p. 7. La noticia concitó la preocupación del cuerpo diplomático uruguayo en la Argentina y Brasil. Véase "Declaraciones General Juan Carlos Onganía", Argentina, Carpeta Confidencial, 20, 1965, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Uruguay.
- 112 Héctor Rodríguez, "Dos caminos ante los sindicatos", *Marcha*, 11/1/1963, p. 10.
- 113 Sobre un enfoque histórico de la movilización, véase el capítulo de Yamandú González Sierra, *Los olvidados de la tierra*, Montevideo - Nordan, Fundación Friedrich Ebert, 1994. Para conocer el enfoque etnográfico sobre ese sindicato, véase Silvina Merenson, "(Des) marcaciones (trans)nacionales. El proceso de movilización y radicalización política de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, 1961-1972", *Revista Contemporánea*, 1, 2010.
- 114 Véase González Sierra, ob. cit., p. 218.
- 115 Clara Aldrighi, *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN Tupamaros*, Eleuterio Fernández Huidobro, *Historia de los tupamaros*, Montevideo, Tupac Amaru, 1986; Hebert Gatto, ob. cit.; José Harari, *Contribución a la historia del MLN (Tupamaros)*, Montevideo, Plural, 1987; Alain Labrousse, *Una historia de los tupamaros. De Sendic a Mujica*, Montevideo, Fin de Siglo, 2009; Eduardo Rey Tristán, *A la vuelta de la esquina, la izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*. Sobre el "coordinador", véanse Nicolas Duffau, *El coordinador (1963-1965). La participación de los militantes del Partido Socialista en los inicios de la violencia revolucionaria en Uruguay*, Colección Estudiantes, Montevideo, Universidad de la República, FHCE, 2008; Rolando Sasso, *Tupamaros, los comienzos*, Montevideo, Fin de Siglo, 2010.
- 116 Para una reflexión sobre los dilemas metodológicos que afronta la reconstrucción de ese proceso, véase Marina Cardozo, "El cordero nunca se salvó balando". Reflexiones acerca de los relatos de un militante de la izquierda armada", en AA.VV., *Recordar para pensar. Memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*, Santiago, Boll Cono Sur, 2010. También véase Aldo Marchesi, "Tupamaros et dictature, radicalisation et autoritarisme: débats sur le coup d'Etat de 1973 en Uruguay", *Vingt-tième Siècle. Revue d'histoire*, enero de 2010.
- 117 Uno de sus primeros documentos, que no se conserva, llamado "Ningún cordero se salvó balando", sugería una estrategia "defensiva" y culminaba con la explícita consigna de "Ármate y espera". Fernández Huidobro, *Historia de los tupamaros*, t. I, pp. 131-135.
- 118 "Ser y hacer", *Barricada*, 1, septiembre de 1964, p. 3.
- 119 El eje Arismendi-Quijano refiere al secretario general del Partido Comunista Rodney Arismendi y a Carlos Quijano, director del semanario *Marcha*.
- 120 "La marcha de los cañeros y la reordenación de la izquierda uruguaya", *Barricada*, 10.
- 121 *Ibid.*, p. 11.
- 122 Rey Tristán, ob. cit., p. 112.
- 123 Cuba mantuvo su embajada hasta setiembre de 1964 y luego de la ruptura conservó personal y una importante red de contactos en la ciudad.
- 124 Véanse Ciro Bustos, "El sueño revolucionario del Che en Argentina", entrevista con Jaime Padilla, Malmö, Suecia, 1997, en Archivo CeDInCI; Bustos, *El Che quiere verte*, pp. 231-239. Sobre las repercusiones del EGP en Uruguay, recomendamos los artículos publicados en *Marcha*: Rogelio García Lupo, "Masetti, un suicida", 14/5/1965, p. 18; Rodolfo Walsh, "Masetti, un guerrillero", 14/5/1965, p. 19.
- 125 Véanse Eduardo Pérez, "Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas", en Eduardo Duhalde y Eduardo Pérez, *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del peronismo de base*, La Plata, De la Campana, 2003; Alejandra Dandan y Silvina Heguy, *Joe Baxter, del nazismo a la extrema izquierda. La historia secreta de un guerrillero*, Buenos Aires, Norma, 2006, cap. 7; Bustos, *El Che quiere verte*, ob. cit.
- 126 A modo de ejemplo de las actividades de Cooke en Montevideo, véase "Carta a Héctor Tristán", en Eduardo Luis Duhalde (comp.), *John W. Cooke. Obra completa. Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos*, t. III, Buenos Aires, Colihue, 2009, p. 45.

- 127 Eduardo Pérez, "Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas", 48, 51. Nell Tacci caerá preso como militante tupamaro en 1967, Baxter se escapará a La Habana y retornará a la Argentina en 1970, donde abandonará el peronismo para integrarse al PRT-ERP; Cataldo regresará a la Argentina en 1967. Para una biografía de Joe Baxter, véase Dandan y Heguy, ob. cit.
- 128 Véanse Denise Rollemberg, *O apoio de Cuba à luta armada no Brasil. O treinamento guerrilheiro*, Río de Janeiro, Mauad, 2001, cap. 2; Jose Caldas, *Caparaó, a primeira guerrilha contra a ditadura*, San Pablo, Boitempo, 2007. Véase también el relato testimonial de Flavio Tavares, ob. cit., pp. 173-205. En cuanto a la coincidencia con la campaña del Che en Bolivia, Manuel "Barbarroja" Piñeiro plantea que, simultáneamente con la incursión de Guevara, en la Argentina y Brasil se preparaban grupos de apoyo. Véase Manuel Piñeiro, ob. cit., pp. 97-98. Sobre las conexiones entre los exiliados de Montevideo y la preparación de Caparaó, véase Artigas Rodríguez Devicenzi, "Asunto: Actividades del exdiputado Leonel Brizola", 8/5/1967, Brasil, Caja 169, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Uruguay.
- 129 Leibner, ob. cit., p. 481.
- 130 Blixen, ob. cit., p. 108.
- 131 Véase "Castelo nos gobierna internaron a Brizola", *Época*, 30/1/1965, p. 1.
- 132 Una de las obras más citadas por algunos tupamaros era *Rebelión en Tierra Santa*, de Menajem Beguin. Véase Rey Tristán, ob. cit., p. 173.
- 133 Véanse Fernández Huidobro, ob. cit., t. II, pp. 69-71; Blixen, ob. cit., pp. 122-124.
- 134 Véanse ibíd., p. 123; Jorge Torres, *Tupamaros. La derrota en la mira*, Montevideo, Fin de Siglo, 2002, pp. 114, 184, 347-360.
- 135 Abraham Guillén, *Estrategia de la guerrilla urbana*, Montevideo, Manuales del Pueblo, 1966. Sobre Guillén, véanse Guillermo Daniel Nañez, "Abraham Guillén. Los remotos orígenes de la guerrilla peronista 1955-1960", *Historia. Publicación del Instituto Superior de Formación Docente (Berazategui)*, 50(4), n. 3; Hernán Reyes, "Abraham Guillén: teórico de la lucha armada", *Lucha Armada*, 4, setiembre-noviembre de 2005; entrevista a Abraham Guillén, *Bicicleta. Revista de Comunicaciones Libertarias*, octubre de 1978; "¿Quién es Abraham Guillén?", entrevista publicada en Carlos A. Aznarez y Jaime E. Cañas, *Tupamaros: ¿Fracaso del Che?*, Buenos Aires, Orbe, 1969, pp. 167-177.
- 136 Militantes peronistas que formaron un pequeño grupo insurgente de corta vida, que se instaló en un cerro tucumano en 1959. Véase Ernesto Salas, *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Biblos, 2003.
- 137 "Mi héroe preferido es Espartaco; el mito que más admiro, Prometeo; el economista que más ha influido en mí, Marx; el revolucionario más ejemplar, Bakunin; el héroe de nuestro tiempo es el 'Che'", contrapunta del libro de Abraham Guillén, *Desafío al Pentágono. La guerrilla latinoamericana*, Montevideo, Andes, 1969.
- 138 El texto de Torres no se conserva, pero varios de sus compañeros de militancia dicen que fue la base del *Documento n° 1* del MLNT aprobado en junio de 1967. Véase Blixen, ob. cit., pp. 139-140. Abraham Guillén se transformó en una suerte de referente intelectual de la guerrilla urbana y publicó varios libros sobre el tema en América Latina, España y los Estados Unidos. Guillén se veía a sí mismo como "el inspirador táctico y estratégico" de los tupamaros, aunque "su origen libertario" lo separaba políticamente de ellos. Véase *Bicicleta. Revista de Comunicaciones Libertarias*, 1(9), octubre de 1978.
- 139 Cabe suponer que tanto Torres como Guillén debían estar al tanto del texto de Bengochea y de su debate con el Che, donde planteaba que las bases operacionales de la guerrilla podían estar en la ciudad, el campo o las zonas fronterizas. Véase Bengochea y López Silveira, *Guerra de guerrillas*, pp. 67-73.
- 140 MLNT, *Documento n° 1*, 1967, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 141 Íd.
- 142 Jorge Chagas y Gustavo Trullen, *Pacheco, la trama oculta del poder*, Montevideo, Rumbo, 2005, p. 172.
- 143 "30 preguntas a un tupamaro", *Punto Final. Documentos*, 58, 2/7/1968. El artículo fue reproducido en la revista argentina *Cristianismo y Revolución*, 10, octubre de 1968.
- 144 Íd. La mención a "crear muchos Vietnam" refiere al Mensaje de Guevara a la Tricontinental en mayo de 1967.
- 145 Francisco Panizza, *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay Batllista*, Montevideo, Banda Oriental, 1990, p. 152.
- 146 Alain Labrousse, *The Tupamaros, Urban Guerrillas in Uruguay*, Londres, Penguin Books, 1973, p. 71.
- 147 "Respuesta del MLN al semanario *Al Rojo Vivo*", en Omar Costa (comp.), *Los Tupamaros*, México, Era, 1971, p. 139.
- 148 Carlos A. Aznarez y Jaime E. Cañas, *Tupamaros: ¿Fracaso del Che? Un análisis objetivo de la actualidad uruguaya*, Buenos Aires, Orbe, 1969.
- 149 Guillermo Caviasca, *Dos caminos. ERP-Montoneros en los setenta*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2006, p. 67.
- 150 *Cristianismo y Revolución*, 28, abril de 1972, p. 58.
- 151 Véanse Juan Carlos Cibelli, "Orígenes de la FAL", *Lucha Armada en la Argentina*, 1; Gabriel Rot, "Notas para una historia de la lucha armada en la Argentina. Las Fuerzas Argentinas de Liberación", *Políticas de la Memoria*, 4, verano de 2003-2004.
- 152 Tomado de Pablo, "Informe y propuesta a los militantes", en Rot, "Notas para la historia de una lucha armada", p. 153.
- 153 Daniel De Santis, "Carta a un tupamaro. Desde el alma y con dolor. Carta abierta a Eleuterio Fernández Huidobro", en *Entre tupas y perros*, Buenos Aires, RyR, 2005.
- 154 Guillén dice que su texto fue traducido al portugués y entró a Brasil mimeografiado. Véase Guillén, *Bicicleta. Revista de Comunicaciones Libertarias*, 1(9), octubre de 1978. En su investigación, el historiador Marlon Asseff afirma que hay informes de inteligencia del Centro de Informações do Exterior que mencionan que tanto Carlos Marighella como Carlos Lamarca cruzaron la frontera durante el período. Marlon Aseff, *Retratos do exílio, solidariedade e resistencia na fronteira*, Santa Cruz do Sul, Edunisc, 2009, p. 122.
- 155 Véase Andrés Pascal Allende, *El MIR chileno, una experiencia revolucionaria*, Buenos Aires, Cucaña, 2003, p. 39. La idea de "modelo caballeresco" fue tomada de Max Marambio, *Las armas de ayer*, Santiago, La Tercera - Debate, 2007, p. 67.

- 156 Véase Régis Debray, *Los tupamaros en acción*, México, Diógenes, 1972, p. 8.
- 157 Véase Mario Benedetti, *Daniel Viglietti*, Madrid, Júcar, 1974.
- 158 Tanya Harmer, "Two, Three, Many Revolutions? Cuba and the Prospects for Revolutionary Change in Latin America, 1967-1975", *Journal of Latin American Studies*, 45(1), febrero de 2013, pp. 61-89.
- 159 Véase Odd Arne Westad, *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- 160 Al respecto, véase el debate entre Gilly y Castro en el capítulo 1; véase también "Cuba, la tricontinental y la revolución latinoamericana. Resolución de la III Sesión Plenaria del C.C. del MIR chileno verificada el 17 de abril de 1966", *Estrategia*, 4, junio de 1966.
- 161 "Discurso en la I Conferencia Tricontinental, La Habana, 5 de enero de 1966", en Frida Modak (comp.), *Salvador Allende. Pensamiento y acción*, Buenos Aires, Clacso - Flacso, 2008, pp. 289-290.
- 162 Richard Gott, ob. cit., p. XLVIII.
- 163 Carlos María Gutiérrez, "Los oleajes de la OLAS", *Marcha*, 10/3/1967, p. 14.
- 164 *The New York Times*, 22/1/1966, p. 11.
- 165 Council of the Organization of American States, *Special Consultative Committee on Security. Statutes*, 23/4/1963.
- 166 Plutarco, "Informe especial: la diplomacia y los países socialistas", *Punto Final*, 18, segunda quincena de diciembre de 1966, pp. 12-13.
- 167 "Fidel Castro. El primer deber de todo revolucionario es hacer la revolución", *Época*, 29/7/1966, p. 5.
- 168 "Actualidad nacional", *Punto Final*, 10, segunda quincena de agosto de 1966, p. 4; Carlos María Gutiérrez, "Fidel. Nuevas condiciones, nuevos lenguajes", *Marcha*, 5/8/1966.
- 169 Ernesto Guevara, "A crear muchos Vietnam", *Punto Final*, 27, segunda quincena de abril de 1967, pp. 20-26.
- 170 "Apoyo del MIR de Chile a la carta del Che Guevara", *Estrategia*, 9, julio de 1967, pp. 1-7.
- 171 Sergio Domecq, Carlos Ramírez y Juan Candela (seudónimos), ob. cit., p. 22.
- 172 "Documento I", en Indal, *Movimiento Liberación Nacional Tupamaros*.
- 173 Véase Carlos María Gutiérrez, "OLAS, nace una nueva internacional", *Marcha*, 11/8/1967, pp. 20-21; Carlos María Gutiérrez, "Con Rodney Arismendi", *Marcha*, 15/9/1967, p. 21.
- 174 OLAS, *Actuación de la OEA: Guatemala (1954), República Dominicana (1965), Cuba (1959-1967), Intervencionismo y Fuerza Interamericana de Paz*, La Habana, I Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de América Latina, 1967.
- 175 OLAS, *I Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad*, Montevideo, Nativa Libros, 1967, p. 103.
- 176 *Ibid.*, p. 96.
- 177 Gutiérrez, "Con Rodney Arismendi", cit.
- 178 Véase Carlos María Gutiérrez, "OLAS, nace una nueva internacional", *Marcha*, 11/8/1967, p. 21.
- 179 "Reunión Consulta solicitada por Venezuela", 1967, Oficios y Ordenanzas, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Chile, pp. 101-358; "Discurso del doctor Pedro Paris Montesino, delegado especial de Venezuela, pronunciado en la sesión de apertura celebrada el 19 de junio de 1967", duodécima reunión de consulta de ministros de Relaciones Exteriores, 19/6/1967, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores.
- 180 "El Mundo: OLAS vs. OEA", *Confirmado*, 20/7/1967, p. 20.
- 181 Carlos Jorquera, "Lucha armada y lucha guerrillera", *Punto Final*, 35, segunda quincena de agosto, p. 1.
- 182 "Conversaciones entre PC y PS", *Punto Final*, 15, primera quincena de noviembre de 1966, p. 25.
- 183 Eduardo Galeano, "Con Perón en Puerta de Hierro. El caudillo, los gorrones y la providencia", *Marcha*, 8/9/1967, p. 21.
- 184 Véase Ernesto González (comp.), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, t. III, *Palabra Obrera, el PRT y la Revolución cubana*, vol. 2, 1963-1969, Buenos Aires, Antídoto, 1999, cap. 21.
- 185 Marco Álvarez Vergara, *La constituyente revolucionaria. Historia de la fundación del MIR Chileno*, Santiago, LOM, 2015, p. 92; véase también Avendaño y Palma, *El rebelde de la burguesía*, p. 67.
- 186 Juan Carlos Mechoso, *Acción directa anarquista. Una historia de la FAU*, Montevideo, Recortes, 2002, p. 61.
- 187 Véase Carlos María Gutiérrez, "El discurso de Fidel, Mensaje a los neo-socialdemócratas", *Marcha*, 26/8/1967, p. 19; "Con Rodney Arismendi", cit.
- 188 Véase el episodio señalado en Debray, "¿Revolución...?", cit., p. 108. Véanse también Adolfo Gilly, "La renuncia del Che", *Marcha*, 22/10/1965; Fidel Castro, "Discurso pronunciado en el acto clausura de la I Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (Tricontinental), en el Teatro Chaplin, La Habana, el 15 de enero de 1966", <www.cuba.cu/gobierno/discursos>; Adolfo Gilly, "Respuesta a Fidel Castro", *Marcha*, 18/2/1966.
- 189 Sergio Domecq, Carlos Ramírez y Juan Candela, ob. cit.
- 190 Para la variación del posicionamiento cubano, véase Torres, Simón, y Julio Aronde, "Debray and the Cuban experience", *Monthly Review*, 20(3), julio-agosto de 1968. En ese artículo dos oficiales cubanos con supuestos seudónimos realizan una crítica al planteo de Debray.
- 191 Marco Álvarez, *La constituyente revolucionaria*, ob. cit., pp. 108-114.
- 192 Julio Faúndez, *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*, Santiago, BAT, 1992, p. 159.
- 193 "El costo de la vía pacífica", *Punto Final*, 109, julio de 1970, p. 3.
- 194 Véanse *Punto Final*, 34, primera quincena de agosto de 1967, pp. 2, 4; *Confirmado*, 20/7/1967, pp. 20-21; "Gobierno venezolano deplora creación de la "OLAS" en Chile", *El Mercurio*, 16/7/1967, p. 53.
- 195 "No aceptaremos la violencia dentro de Chile ni acciones que perturben a otros pueblos", *El Mercurio*, 17/7/1967, p. 1.
- 196 "El poder burgués", *Punto Final*, n° 38, segunda quincena de setiembre de 1967, p. 1.
- 197 Véanse Luis Vitale, *Contribución a la historia del MIR*, Santiago, Instituto de Investigación de Movimientos Sociales "Pedro Vuskovic", 1999; y un texto atribuido a Miguel Enríquez, "Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. 1965/1971", publicado en diversas compilaciones. Véase también Miguel Enríquez, *Con vista a la esperanza*, Santiago, Escaparate, 1998.
- 198 Miguel Enríquez, "Algunos antecedentes...", cit. Véase Enríquez, *Con vista a la esperanza*, ob. cit., pp. 72-75.

- 199 En sus primeros números la revista *Estrategia*, sin criticar específicamente a Guevara, mencionaba como referencias del momento a Hugo Blanco y Yohn Sosa, ambos cercanos al trotskismo y que a posteriori fueron criticados con dureza por Castro y Debray.
- 200 Véanse Avendaño y Palma, *Historias derrotadas. Opción y obstinación de la guerrilla chilena (1965-1988)*, cap. 3; Pedro Alfonso Valdés Navarro, "Elementos teóricos en la formación y desarrollo del MIR durante el período 1966-1970", Universidad de Valparaíso, 2006, <archivochile.com>.
- 201 Véanse entrevista a Efraín Martínez Platero realizada por el autor, y "La militancia tupamara", en Rey Tristán, ob. cit.
- 202 Véase Federico Leicht, *Cero a la izquierda. Una biografía de Jorge Zabalza*, Montevideo, Letraeña, 2007, pp. 43-55.
- 203 En Chile el ELN fue creado como organización secreta dentro del Partido Socialista. Véanse Cristián Pérez, "El Ejército del Che y los Chilenos que continuaron su lucha", *Estudios Públicos*, 89, verano de 2003; Tanya Harmer, "Seremos como el Che": Chile, Bolivia and the cause of latinoamericanism, 1967-1970", *Revista Contemporánea*, 7, 2016; Patricio Quiroga Zamora, *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*, Santiago, Aguilar, 2001. En la Argentina hubo un efímero ELN que luego derivó en la creación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Véase "Reportaje a la guerrilla argentina. FAR los de Garín", *Cristianismo y Revolución*, 28, 1971. Acerca de la trayectoria de excomunistas que participaron en estas actividades, véase Mora González C., "Modelo para armar. Itinerarios y ámbitos disidentes del Partido Comunista Argentino en la gestación de uno de los grupos fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (1960-1967)", *Izquierdas*, 12, <www.izquierdas.cl>, 12/4/2012, pp. 111-142.
- 204 Carlos María Gutiérrez, "Bolivia, otra forma de la guerrilla", *Marcha*, 12/5/1967.
- 205 "Ayudemos a las guerrillas bolivianas", *Punto Final*, 28, primera quincena de mayo de 1967, p. 1.
- 206 Manuel "Barbarroja" Piñeiro, *Che Guevara y la Revolución Latinoamericana*, Colombia, Ocean Sur, 2006, p. 98.
- 207 Anderson, ob. cit., p.71.
- 208 Véanse Pérez, ob. cit.; Quiroga, ob. cit.
- 209 Transcripción del VHS de Leandro Katz, *El día que me quieras*, Nueva York, First Run/Icarus Films, 1997.
- 210 *Che Guevara. Icon, Myth, and Message*, Hong Kong, Regents of the University of California, 1997; John Berger, "Che Guevara: The Moral Factor", *The Urban Review*, 8(3), septiembre de 1975, pp. 202-208.
- 211 Véase Kunzle, ob. cit., p. 91.
- 212 A modo de ejemplo, véanse Pablo Pozzi, "Por las sendas argentinas..." *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, pp. 167-183; Clara Aldrighi, *Memorias de insurgencia. Historias de vida y militancia en el MLN Tupamaros. 1965-1975*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.
- 213 Julio Huasi, "Che", *Punto Final*, 40, 24/10/1967, documento 2.15; y en *Cristianismo y Revolución*, 5, noviembre de 1967.
- 214 Mario Benedetti, "Consternados, rabiosos", *Punto Final*, 42, 21/11/1967, p. 33.
- 215 Sobre la "estructura del sentimiento", véase Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1977, pp. 128-136 [ed. cast.: *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009].
- 216 "Lección de las guerrillas bolivianas", *El Mercurio*, 13/10/1967, p. 4.
- 217 Mariano Grondona, "Los herederos de Marx", *Primera Plana*, 5(252), 24/10/1967, p. 11.
- 218 "Punto Final" y *El diario del Che*, *Punto Final*, 648, 28/9/2007.
- 219 "El diario del Che en Bolivia", *Punto Final*, 59, primera quincena de julio de 1968.
- 220 *Ibid.*, p. 91.
- 221 Véase Fidel Castro, "Una introducción necesaria", en *ibid.*
- 222 Régis Debray, *La Crítica de las armas*, México, Siglo XXI, 1975, p. 13.
- 223 Patricio Quiroga, *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*, Santiago, Aguilar, 2001, p. 108.
- 224 Denise Rollemberg, *Exilio. Entre raíces e radares*, Río de Janeiro, Record, 1999.
- 225 Véanse Jacob Gorender, *Combate nas trevas*, San Pablo, Atica, 1987; Marcelo Ridenti, *O fantasma da revolução brasileira*, San Pablo, Unesp, 1993; Marcelo Ridenti, "Esquerdas armadas urbanas: 1964-1974", en Marcelo Ridenti y Daniel Aarão Reis (comps.), *História do marxismo no Brasil*, Campinas, Unicamp, 2007.
- 226 "Entrevista a Joaquín Cámara Ferreira Toledo, dirigente de Acción Libertadora Nacional", *Pensamiento Crítico*, 46, noviembre de 1970, p. 130. También en *Cristianismo y Revolución*, 26, noviembre-diciembre de 1970, p. 130.
- 227 Gorender, ob. cit., pp. 153-160.
- 228 Rollemberg, ob. cit., p. 169. Información tomada de Cátia Cristina de Almeida Silva, "Resistência no exterior. Os exilados brasileiros no Chile (1969-1973)", presentado en la conferencia Usos de Pasado: XII Encuentro Regional de Historia, Anpuh, Río de Janeiro, 2006, p. 4.
- 229 Véanse "Exilio, pasaporte a la angustia", *Ercilla*, 26/1/1971; "El horror de las torturas y los crímenes en Brasil", *Punto Final*, 2/2/1971, pp. 8-15; Jacob Gorender, ob. cit., pp. 195-196; Flávio Tavares, *Memórias do Esquecimento*, San Pablo, Globo, 1999, pp.19-33.
- 230 Véase "Secuestros: epidemia para un continente", *Ercilla*, 20/12/1970.
- 231 Pedro C. Uchoa Cavalcanti y Jovelino Ramos (comps.), *Memórias do exílio, 1964-1973*, vol. 1, *De muitos caminhos*, San Pablo, Livramento, 1978, p. 148; traducción propia.
- 232 Cavalcanti y Ramos, ob. cit., p. 182.
- 233 Fábio Lucas da Cruz, *Frente Brasileiro de Informaciones e Campanha. Os jornais dos brasileiros exilados no Chile e na França (1968-1979)*, en *Encontro de Pós-Graduandos da FFLCH-USP*, San Pablo, noviembre de 2009, p. 3.
- 234 Rollemberg, ob. cit., p. 156.
- 235 *Ibid.*, p. 163.
- 236 Véase Denise Rollemberg, "Debate no exílio: Em busca da Renovação", en Marcelo Ridenti y Daniel Aarão Reis (comps.), *História do marxismo no Brasil*, Campinas, Unicamp, 2007.
- 237 Thatiana Amaral de Barcelos y Ana Paula Goulart Ribeiro, "Militantes e jornalistas: A imprensa editada por exilados políticos brasileiros durante a ditadura", en Intercom, Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação: XIV Congresso de Ciências da Comunicação na Região Sudeste, Río de Janeiro, 7/5/2009.

- 238 Rollemberg, *Debate no exilio*; Rodrigo Pezzonia, *Revolução em Debate: O grupo Debate, o exílio e a luta armada no Brasil (1970-1974)*, tesis de maestría, Universidad Estadual de Campinas, 2011; *Teoría y práctica, problemas de la Revolución brasileña*, 1, junio de 1972.
- 239 "Carta de Elmo Catalán", *Punto Final*, 23/6/1970, pp. 2-4. Véanse además C. Perez, "El ejército del Che y los chilenos"; Harmer, "Seremos como el Che", cit.
- 240 Véanse Clara Aldrighi, *La intervención de Estados Unidos en Uruguay (1965-1973)*, t. I, Montevideo, Trilce, 2007, cap. 3; Gustavo Rodríguez Ostría, *Sin tiempo para las palabras. Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia*, Cochabamba, Kipus, 2006, p. 263; Omar Costa, *The Tupamaros*, México, Era, 1971, p. 170.
- 241 Rodríguez Ostría, ob. cit., p. 269.
- 242 Dirección de Asuntos Internacionales, Departamento de Asuntos Americanos (Bolivia), Aerograma RIA: 348, 5/12/1968, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Chile.
- 243 Para obtener información sobre la campaña de Teoponte, véase Rodríguez Ostría, ob. cit. También se puede consultar el trabajo testimonial de Osvaldo Peredo, *Volvimos a las montañas*, Santa Cruz, Fernando Valdivia Editor, 2003, pp. 53-106, y la recopilación documental de Hugo Assman, *Teoponte. Una experiencia guerrillera*, Oruro, CEDI, 1971.
- 244 Peredo, ob. cit., p. 94.
- 245 René Zavaleta Mercado, "Por qué cayó Bolivia en manos del fascismo", *Punto Final. Documentos*, 21/12/1971, p. 13.
- 246 Sobre una memoria del gobierno de Torres, véase Jorge Gallardo Lozada, *De Torres a Banzer. Diez meses de emergencia en Bolivia*, Buenos Aires, Periferia, 1972. Para un contexto histórico, véase James Dunkerley, *Rebellion in the Veins. Political Struggle in Bolivia, 1952-1982*, Londres, Verso, 1984.
- 247 Rodríguez Ostría, ob. cit., p. 574.
- 248 "Bolivia: el MIR construye una vanguardia", *Punto Final*, 9/5/1972, pp. 22-24.
- 249 Gallardo, ob. cit., p. 392.
- 250 *Ibíd.*, p. 491.
- 251 Martín Sivak, *El asesinato de Juan José Torres. Banzer y el Mercosur de la muerte*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998, p. 77.
- 252 Véanse Clara Aldrighi y Guillermo Waksman, "Chile, la gran ilusión", en Silvia Dutrenit Bielous (ed.), *El Uruguay del exilio, gente, circunstancias, escenarios*, Montevideo, Trilce, 2006; Graciela Jorge y Eleuterio Fernández Huidobro, *Chile roto*, Santiago, LOM, 2003.
- 253 Ministerio de Relaciones Exteriores, 14/12/1972, Caja Uruguay, 1972, Embachile Oficios y Ordenanzas, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Chile. Aldrighi y Waksman, quienes entrevistaron a muchos exiliados en Chile, proponen un estimativo de entre "dos mil y tres mil". Véase Aldrighi, "Chile, la gran ilusión", p. 35.
- 254 MLNT, *Actas tupamaras*, Buenos Aires, Schapire, 1971; *Actas tupamaras*, Bogotá, Ibérica, 1971; *Los tupamaros en acción. Prólogo de Régis Debray*, México, Diógenes, 1972; *Los tupamaros en acción. Prólogo de Régis Debray*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1972.
- 255 "Plan de marzo de 1972", en "Anexo Documental", en José Harari, *Contribución a la historia del MLN Tupamaros*, Montevideo, Plural, 1987, pp. 404-412.
- 256 Para una versión oficial de lo ocurrido durante esos meses, véase Ministerio del Interior, *7 meses de lucha antiterrorista. Acción del Estado frente a la sedición desde el 1° de marzo al 30 de setiembre de 1972*, Montevideo, Ministerio del Interior, 1972. Para una versión testimonial de algunas de las víctimas del embate represivo, véanse Rovira y Grieco, *Veinte años después del 14 de abril de 1972*, Montevideo, De la Plaza, 1993; Virginia Martínez, *Los fusilados de abril. ¿Quién mató a los comunistas de la 20?*, Montevideo, Del Caballo Perdido, 2002. Véase también Servicio Paz y Justicia Uruguay (Serpaj), *Uruguay, Nunca Más*, Montevideo, Serpaj, 1989, pp. 67-80.
- 257 Para una revisión del MLNT en el exterior, véanse Aldrighi y Waksman, ob. cit.; Astrid Arrarás, *Armed Struggle, Political Learning and Participation in Democracy. The Case of the Tupamaros*, tesis de doctorado, Princeton, Princeton University, 1998; "Breve síntesis histórica de la organización", 1976, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay; Alfonso Lessa, *La revolución imposible. Los tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX*, Montevideo, Fin de Siglo, 2002; Andrés Cultelli, *La revolución necesaria, contribución a la autocrítica del MLNT*, Buenos Aires, Colihue, 2006; Clara Aldrighi, ob. cit.
- 258 Véanse Aldrighi y Waksman, ob. cit.; Raúl Elgueta, *El caso Jackson. Reflexiones y enfoques*, Confidencial RIA n° 404/99, 30/6/1971, Caja Uruguay, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Chile.
- 259 Entrevista a Jorge Selves realizada por Clara Aldrighi, cedida por la autora.
- 260 Aldrighi, Waksman, ob. cit., p. 39. Un informe de la embajada chilena en Uruguay habla de "un número aproximado a 60". Véase Raúl Elgueta, embajador de Chile en Uruguay, *El Poder Ejecutivo procura frenar salida del país de procesados políticos*, Montevideo, 1/8/1971, Confidencial RIA n° 606/145, Caja Uruguay, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Chile.
- 261 Jorge Selves, ob. cit.
- 262 *Ibíd.*
- 263 Un militante tupamaro murió mientras fabricaba explosivos. "Entrevista a Efraín Martínez Platero", en Aldrighi, *Memorias de insurgencia*, p. 366.
- 264 Jorge y Fernández Huidobro, ob. cit., p. 19.
- 265 *Ibíd.*
- 266 Aldrighi, *Memorias de insurgencia*, p. 350.
- 267 Entrevista a Fernando Butazzoni realizada por Jimena Alonso y Carla Larrobla. Tomada de Jimena Alonso Alonso, "Tupamaros en Chile. Una experiencia bajo el gobierno de Salvador Allende", *Encuentros Uruguayos*, 3(3), segunda parte, septiembre de 2010.
- 268 Simposio de Viña del Mar, Montevideo, MLNT, 15, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay.
- 269 *Ibíd.*, p. 11.
- 270 *Ibíd.*, p. 19.
- 271 Véase "Simposio de Viña", en MLNT, "La carta de los presos y otros documentos", s.f., Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay. Para profundizar en el papel de los "peludos" en la historia del MLNT, véase capítulo 2.
- 272 Jorge y Fernández Huidobro, ob. cit., p. 39. Entrevista a Efraín Martínez Platero realizada por el autor. Entrevista Selves, ob. cit.

- 273 *Balance partidario del Regional Santiago*, septiembre de 1973, p. 3, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEJU, Montevideo, Uruguay.
- 274 Véase María Agustina Diez, *El dependantismo en Argentina, una historia de los claros oscuros del campo académico entre 1966 y 1976*, disertación de doctorado, Universidad Nacional del Cuyo, 2009.
- 275 Véase Manuel Becerra Ramírez, Marcos Kaplan, *un científico social*, semblanza en <www.bibliojuridica.org/libros/4/1785/4.pdf>. Para un repaso del papel de Kaplan en la nueva izquierda argentina, véase Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.
- 276 Luis Gómez, "Entrevista con el profesor Sergio Bagú. El periplo intelectual de un científico social latinoamericano", *La Insignia*, México, febrero de 2006. <www.lainsignia.org/2006/febrero/cul_015.htm>.
- 277 Véanse Juan Carlos Marín, *El ocaso de una ilusión*, Buenos Aires, Colectivo Ediciones, 2007, y entrevista personal con el autor.
- 278 "Resoluciones del Comité Central, Marzo de 1971", en Daniel De Santis, *A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos*, vol. 1, pp. 133-134.
- 279 Enrique Gorriarán Merlo, *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los sesenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003, pp. 132-134.
- 280 Véase Fernanda Beigel, "La Flacso chilena y la regionalización de las ciencias sociales en América Latina (1957-1973)", *Revista Mexicana de Sociología*, 71(2), abril-junio de 2009, pp. 319-349.
- 281 Inés Cristina Reca, "El movimiento estudiantil y el proceso de reforma de la Universidad de Chile", *Revista Mexicana de Sociología*, 32(4-5), julio-agosto de 1970, pp. 893-947; Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez (dir.), *La reforma en la Universidad de Chile*, t. III, Santiago, Sur, 1986.
- 282 Eduardo Devés-Valdés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago, Universidad Santiago de Chile, Ideas, 2007, p. 180.
- 283 Véase Andrew J. Kirkendall, *Paulo Freire and the Cold War Politics of Literacy*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2010, cap. 3; Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972 [ed. rev.: 2018].
- 284 Fernando Henrique Cardoso, *The Accidental President of Brasil. A Memoir with Brian Winter*, Nueva York, Public Affairs, 2006, cap. 5.
- 285 Véanse los *Escritos* de Ruy Mauro Marini en <www.marini-escritos.unam.mx>; Carlos Martins, "Theotônio dos Santos: introducción a la vida y obra de un intelectual planetario", en Francisco López Segrera (ed.), *Los retos de la globalización. Ensayo en homenaje a Theotônio dos Santos*, Caracas, Unesco, 1998), y "Discurso do professor Theotônio dos Santos na Cerimonia de Recepção do título de professor emérito da Universidade Federal Fluminense (UFF)," 12/17/2010, y en el blog de Theotônio dos Santos, <theotoniodossantos.blogspot.com/2010/12/discurso-do-professor-theotonio-dos.html>; sobre Frank, véanse Theotônio dos Santos, "André Gunder Frank - recordatorio", *e-I@tina*, 3(11), abril-junio de 2005; André Gunder Frank, "Latin American Development Theories Revisited. A Participant Review", *Latin American Perspectives*, 19(2), 1992; "The Cold War and Me" y "A letter to several friends written by Andre Gunder Frank in Santiago, Chile, July 1, 1964", en la página oficial de André Gunder Frank <rrrojasdatabank.info/agfrank/index.html>. Véase también "Pedido de salvoconducto para Theotônio dos Santos", *Aerograma*, 79, Río de Janeiro, 5/4/1966, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Chile. Además véase Ivette Lozoya, *Pensar la revolución. Intelectuales y pensamiento latinoamericano en el MIR chileno (1965-1973)*, tesis de doctorado, Santiago, Universidad de Santiago de Chile.
- 286 Véase *Cuadernos del CESO*, vols. 1-10, 1966-1968.
- 287 Véase <www.marini-escritos.unam.mx>.
- 288 André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, La Habana, Instituto del Libro, Editorial de Ciencias Sociales, 1970.
- 289 *Ibid.*, p. 158.
- 290 Tulio Halperin Donghi, "Dependency Theory and Latin American Historiography", *Latin American Research Review*, 17: 1, 1982.
- 291 En Frank, ob. cit., p. 399.
- 292 Theotônio dos Santos, *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Buenos Aires, Periferia, 1973.
- 293 *Ibid.*, p. 60.
- 294 Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 1969.
- 295 Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 5ª ed., 1974, cap. 1, pp. 1-25.
- 296 Firmaba como Luis Cerda en el Correo de la Resistencia, editado en el exterior a fines de 1973. Para información biográfica de Marini, véase "Ruy Mauro Marini, Escritos", <www.marini-escritos.unam.mx>.
- 297 Cuaderno de Educación Popular, *El partido: Vanguardia del proletariado; El partido: su organización. Dirigentes y masas. Estrategia y táctica*, Santiago, Qimantú, 1972.
- 298 En "El marxismo, un antidogma", entrevista a Harnecker incluida en Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (ed. corregida y ampliada), México, Madrid, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985.
- 299 *Punto Final. Documentos*, 6/1/1970, p. 7.
- 300 Véanse Pilar Campaña y Rigoberta Rivera, "El reformismo instantáneo", *Punto Final*, 4/7/1972, p. 23; Marta Harnecker, "Aprender a leer, Marta Harnecker responde a críticas de *Punto Final*", *Chile Hoy*, diciembre de 1972. Harnecker recuerda que en su condición de profesora en la Universidad de Chile fue objeto de cierta resistencia por parte de los estudiantes miristas, pero al finalizar el año lectivo estos le pidieron disculpas. Véanse "Marxismo y desafíos actuales. Entrevista a Marta Harnecker", noviembre de 2000; Antonio Castañeda y Sergio Quiroz, *Cuadernos de Marxismo*, en Archivo Chile, <www.archivochile.com/Ideas_Autores/harneckerm/8otros/harneotros0007.pdf>.
- 301 "Entrevista a Eleuterio Fernández Huidobro", en Aldrighi, *Memorias de la insurgencia*, p. 76.
- 302 Los Cuadernos fueron editados por Carlos W. Vila, del Centro de Estudios Políticos de Córdoba. Para más información, véase "La cultura como arma de liberación", *Nuevo Hombre*, 2/5/1973, p. 15.
- 303 Andrés Pascal Allende era estudiante de sociología y miembro de la dirección de la MIR. Comentó que participó en el proceso de creación de ese centro. Véase entrevista con el autor.
- 304 Para una revisión general de la obra de Zavaleta Mercado, véase Luis Tapia, *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta*, La Paz, Muela del Diablo, 2002.

- 305 La primera edición fue editada como documento de trabajo del Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica. Véase René Zavaleta Mercado, "El poder dual (contribución a un debate latinoamericano)", *Documentos de Trabajo*, 8, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1973. Siglo XXI lo editó en formato libro a partir de 1974.
- 306 Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al Pato Donald*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971 [publicado luego por Siglo XXI, 1972].
- 307 Véase Diez, *Los dependentistas argentinos*, pp. 99-102.
- 308 Pedro Naranjo Sandoval, "La vida de Miguel Enríquez y el MIR", en Miguel Enríquez, *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Santiago, LOM, Centro de Estudios Miguel Enríquez, 2004, p. 63.
- 309 *Punto Final. Documentos*, 11/2/1969.
- 310 Sobre relatos testimoniales acerca del GAP, véanse Patricio Quiroga, *Compañeros. El GAP: la escolla de Allende*, Santiago, Aguilar, 2001; Max Marambio, *Las armas de ayer*, Santiago, La Tercera, 2007. Véase también Christian Pérez, "Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de Amigos Personales", *Estudios Públicos*, 79, invierno de 2000. Sobre la participación de cubanos en ese grupo, véase Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011 [ed. cast.: *El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2013].
- 311 Pedro Naranjo Sandoval, "La vida de Miguel Enríquez y el MIR", p. 67.
- 312 "El MIR y el resultado electoral (octubre de 1970)", en Miguel Enríquez, *Con vistas a la esperanza*, Santiago, Escapate, 1998, p. 53. Para un estudio del MIR sobre el período de la UP, véase Carlos Sandoval Ambiado, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1970-1973*, Concepción, Escapate, 2004.
- 313 Entrevista de Andrés Pascal Allende con el autor.
- 314 Para un estudio de los frentes intermedios, véase Sandoval, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1970-1973*, pp. 233-349.
- 315 Andrés Pascal Allende, *El MIR chileno, una experiencia revolucionaria, a los 36 años del surgimiento del MIR*, Buenos Aires, Cuchaña, 2003, p. 70.
- 316 Acerca de la relación entre izquierda y Fuerzas Armadas en el período, véase Verónica Valdivia, "‘Todos juntos seremos la historia’: La vía chilena al socialismo", en Pintos, *Cuando hicimos historia*, pp. 177-206; Jorge Magasich A., *Los que dijeron. ‘No’. Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*, 2 vols., Santiago, LOM, 2008.
- 317 Avendaño y Palma, ob. cit., p. 151.
- 318 "22 de agosto de 1972. Hablan protagonistas de la fuga: ‘Teníamos que liberar a los compañeros’", *Página/12*, 22/8/1999, <www.pagina12.com.ar>.
- 319 Para una revisión de los sucesos relacionados con la fuga de Trelew, véanse Tomás Eloy Martínez, *La pasión según Trelew*, Buenos Aires, Granica, 1973; DVD: *Trelew*, dirigida por Mariana Arruti, Buenos Aires, Fundación Alumbrar, 2004.
- 320 Los sucesos relativos a la llegada y estadía de los guerrilleros en Chile fueron tomados de la prensa diaria y semanal chilena.
- 321 Para una conceptualización de rupturistas y gradualistas, véase Julio Pinto Vallejos, "Hacer la revolución en Chile", en Julio Pinto Vallejos (comp.), *Cuando hicimos historia, la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, LOM, 2005. Sobre los dilemas que se suscitaron en torno a esta polémica, véanse Arturo Valenzuela, *El quiebre de la democracia en Chile*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2013; Peter Winn, *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Santiago, LOM, 2004. Estos trabajos representan dos miradas paradigmáticas de las limitaciones y el potencial de ambas estrategias.
- 322 "Asamblea del Pueblo: respuesta al parlamento burgués", *Punto Final*, 1/8/1972, pp. 6-7; "El presidente Allende rechaza la ‘Asamblea del Pueblo’", *Punto Final*, 15/8/1972, p. 23; "Expediente negro de Lo Hermida", *Punto Final. Documentos*, 29/8/1972, p. 16; "Crisis del orden público", *El Mercurio*, 8/8/1972.
- 323 Bureau of Intelligence and Research, Department of State, *Chile: A Precarious Search for Good Latin American Relations, Intelligence Note (4/6/1971)*, NARA, <foia.state.gov>.
- 324 "El fracaso de una provocación", *El Siglo*, 9/8/1972.
- 325 Véase "Declaración del Secretariado Nacional del MIR frente al problema de los revolucionarios argentinos", en Miguel Enríquez, *Con vistas a la esperanza*, p. 156.
- 326 *El Rebelde*, 22/8/1972.
- 327 Fernandois, *Chile y el mundo, 1970-1973*, pp. 123-134.
- 328 *El Mercurio*, 19/8/1972, p. 1.
- 329 *El Mercurio*, 24/8/1972, s.p.
- 330 Julio Santucho, *Los últimos guevaristas*, p. 139.
- 331 *El Mercurio*, 26/8/1972, pp. 1, 12.
- 332 *El Mercurio*, 28/8/1972, p. 1.
- 333 "Secuelas de un asilo", *Chile Hoy*, 1º de septiembre, p. 25.
- 334 José Carrasco Tapia, "La fuga que conmovió al continente", *Punto Final. Documentos*, 166, 1972.
- 335 Embajada de Chile en Buenos Aires, "Extrañas versiones en caso Sallustro", 18/4/1972, Colección Argentina, vol. 1806, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Chile.
- 336 Véanse las declaraciones de Luis Fernández Oña en *The Rules of the Game. Allende's Chile, the United States and Cuba, 1970-1973*, disertación de doctorado, London School of Economics and Political Science, 2008, p. 103; Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*.
- 337 Gorriarán, ob. cit., p. 132.
- 338 Correspondencia electrónica con el autor.
- 339 Ministerio del Interior, ob. cit., p. 134.
- 340 "Uruguay: un solo camino, la guerra revolucionaria", *El Combatiente*, 65, 19/12/1971.
- 341 "Chile, la posición del MIR", *El Combatiente*, 70, 30/7/1972.
- 342 "ERP, Guerra de Masas", *El Rebelde*, 4(44), 22/8/1972.
- 343 "Nuestra posición en la situación política actual", *El Combatiente*, 70, 30/7/1972.
- 344 Miguel Enríquez, "La posición del MIR", *Punto Final. Documentos*, 9/5/1972, pp. 11-16.
- 345 "En homenaje a Lamarca el MIR plantea sus lineamientos políticos", *Punto Final. Documentos*, 17/10/1971, pp. 28-29.
- 346 Íd.

- 347 Véanse Miguel Enríquez, "La alternativa de Chile es socialismo o fascismo", *Punto Final. Documentos*, 9/11/1971; Edgardo Enríquez, "La conciliación: caldo de cultivo del fascismo", *Punto Final*, 10/10/1972, pp. 5-7.
- 348 "Bolivia: golpe fascista, última advertencia para Chile", *El Rebelde*, 5(5), 28/8/1971, p. 11; René Zavaleta Mercado, "Brasil y Estados Unidos. Por qué cayó Bolivia en manos del fascismo", *Punto Final. Documentos*, 23/11/1971, pp. 1-16; Eleno, "Bolivia. El botín de los gorilas brasileños", *Punto Final*, 7/11/1972, pp. 22-26.
- 349 Tanya Harmer, ob. cit., p. 228.
- 350 "El horror de las torturas y los crímenes en Brasil", *Punto Final*, 2/2/1971, p. 8; "Uruguay. El ejército a cargo de las torturas", *Punto Final*, 20/6/1972, p. 20; "Las torturas en Argentina", *Punto Final*, 2/7/1972, p. 12; "Bolivia: desde las cárceles se sigue luchando", *Punto Final*, 19/12/1972, p. 10.
- 351 Véanse "Uruguay: los ensayos del pentágono", *Punto Final*, 5/12/1972, p. 11; "Entrevista a Eleuterio Fernández Huidobro", en Aldrighi, *Memorias de insurgencia*, p. 86.
- 352 Entrevista de Hilda Amalia Garcés con el autor.
- 353 El recuerdo de quienes participaron en esas reuniones es un tanto confuso. Hasta el momento consulté a dos de los tres que sobrevivieron al tiempo y las dictaduras: Andrés Pascal Allende, del MIR, y Efraín Martínez Platero, del MLNT. También intenté entrevistar a Luis Mattini, del PRT-ERP, pero no respondió mi solicitud. Si tomamos como punto de partida el listado de los participantes que John Dinges propuso en *The Condor Years*, los únicos que siguen vivos son los tres dirigentes ya mencionados. Mario Roberto Santucho y Domingo Menna (PRT-ERP), Miguel y Edgardo Enríquez y Alberto Villabela (MIR), y William Whitelaw (MLNT) fueron asesinados en diferentes procedimientos represivos. Por otra parte, Enrique Gorriarán Merlo (PRT-ERP) y Nelson Gutiérrez (MIR) murieron en los últimos años. Véase la lista en Dinges, ob. cit., p. 51.
- 354 JCR, "Editorial: Junta de Coordinación Revolucionaria. Orígenes y perspectivas", *Revista Che*, 2/2/1975.
- 355 Entrevista de Andrés Pascal Allende con el autor.
- 356 María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 184; Eduardo Weisz y José Luis Bournasell, *El PRT-ERP: nueva izquierda e izquierda tradicional*, Buenos Aires, CCC, 2004, pp. 69-73.
- 357 Véanse JCR, "Orígenes", y entrevistas a Pascal Allende y Martínez Platero realizadas por el autor. También Dinges, ob. cit., pp. 41-63.
- 358 Entrevista de Osvaldo Torres con el autor.
- 359 Íd.
- 360 Véanse Verónica Valdivia Ortiz de Zárata, *El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet. Chile 1960-1980*, Santiago, LOM, 2003, cap. 2; Verónica Valdivia Ortiz de Zárata, "'Todos juntos seremos la historia: Venceremos'. Unidad Popular y Fuerzas Armadas", en Julio Pinto Vallejo (comp.), *Cuando hicimos historia, la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, LOM, 2005, pp. 177-206.
- 361 Véase María Laura Lenci, "Cámpora al gobierno, Perón al poder. La tendencia revolucionaria del peronismo ante las elecciones del 11 de marzo de 1973", en Alfredo Puciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la nueva izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 167-205.
- 362 "El grito de Buenos Aires, Allende y Perón, un solo corazón", *Chile Hoy*, 1/6/1973, p. 7.
- 363 Entrevista de Efraín Martínez Platero con el autor; JCR, "Orígenes y perspectivas".
- 364 Íd.
- 365 En una declaración conjunta del PRT-ERP y el MLNT, se explicaba que Gerardo Alter "había sido enviado al Uruguay en ejercicio del internacionalismo proletario, concepción común a ambas organizaciones". MLNT Dirección Política del PRT-ERP, "Ante el asesinato en la tortura de los compañeros Gerardo Alter y Walter Arteché", 1973, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay. Cacciavilliani murió en un enfrentamiento con el Ejército como miembro de la compañía de monte Rosa Jiménez del PRT-ERP en Tucumán. Véase "Hugo Cacciavilliani", 1974, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay.
- 366 Peredo, ob. cit., p. 120; Rodríguez Ostría, ob. cit., p. 588.
- 367 Para entender la posición de Cuba, véase Harmer, ob. cit.
- 368 Marambio, *Las armas de ayer*, p. 121.
- 369 Véanse Héctor Mendoza y Caamaño, *Chile, surgimiento y ocaso de una utopía, 1970-1973. Testimonio de un diplomático mexicano*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Acervo histórico diplomático, 2004; Marambio, ob. cit.; Aldrighi y Waksman, ob. cit., p. 80; Jorge y Fernández Huidobro, *Chile roto*.
- 370 Información tomada de Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, *Informe Rettig*, Santiago, Del Ornitorrinco, 1991.
- 371 Mario Garcés y Sebastián Leiva, *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, Santiago, LOM, 2005, p. 110.
- 372 Jorge Arrate y Eduardo Rojas, *Memoria de la izquierda chilena (1970-2000)*, t. II, Santiago, Vergara, 2003, p. 189.
- 373 Pedro Naranjo Sandoval, "La vida de Miguel Enríquez y el MIR", en Pedro Naranjo y otros, *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile*, Santiago, LOM, 2004, p. 83.
- 374 "Reportaje al MIR". Transcribimos el reportaje al secretario general del MIR, compañero Miguel Enríquez, 8/10/1973, *Resistencia, vocero de los comandos de apoyo a la Resistencia Revolucionaria Chilena*, 1(2), Buenos Aires, CeDInCI.
- 375 Véanse "El pueblo argentino con Chile" y Mario R. Santucho, "Las enseñanzas del proceso chileno", *El Combatiente*, 91, 21/9/1973, pp. 2, 12.
- 376 Luis Cerda, "Aspectos internacionales de la revolución latinoamericana", *Correo de la Resistencia*, 9, julio-agosto de 1975, pp. 60-61.
- 377 Carta de Perón al general Prats, 20/11/1973, en <www.elortiba.org/cs_doc3.html#Carta_al_General_Prats_>.
- 378 "Telex 909, Embachile Baires", 14/12/1973, Colección Argentina, vol. 1837, Archivo General Histórico, Ministerio de Relaciones Exteriores, Chile.
- 379 "Telex 937, Embachile Baires", 28/12/1973, Colección Argentina, vol. 1837, Archivo General Histórico, Ministerio de Relaciones Exteriores, Chile.

- 380 "El ERP seguirá combatiendo", *Estrella Roja*, 25, 21/11/1973, p. 6.
- 381 Calveiro, *Política y/o violencia*, ob. cit., p. 137. Para cuantificaciones de los hechos de violencia entre 1973 y 1976, véanse Inés Izaguirre y otros, *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. Antecedentes, desarrollos y complicidades*, Buenos Aires, Eudeba, 2009; María José Moyano, "Argentina: guerra civil sin batallas", en Peter Waldmann y Fernando Reinares (comps.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona - Buenos Aires, Paidós, 1999. Uno de los miembros de la dirección del PRT-ERP señaló, en tono autocrítico, que su accionar omitió a estos grupos parapoliciales. En su opinión, el fuerte marco ideológico de esta organización limitó el entendimiento de la dimensión represiva de estos grupos. Véase Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*, La Plata, De la Campana, 1995, pp. 246-251.
- 382 Véanse PRT, *El peronismo ayer y hoy*, México, Diógenes, 1974; "El PRT a los compañeros del peronismo revolucionario", *El Combatiente*, 81, 16/7/1973, p. 7.
- 383 A modo de ejemplo, véase Mario R. Santucho, "Las enseñanzas del proceso chileno" y "El ERP seguirá combatiendo".
- 384 Para un repaso de las acciones del PRT-ERP, véanse Mattini, ob. cit.; Carnovale, ob. cit.; Gustavo Plis Stenberg, *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Booket, 2006; Pablo Pozzi, "Por las sendas argentinas" *El PRT-ERP, La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001; María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991; Daniel De Santis, *La historia del PRT-ERP por sus protagonistas*, Buenos Aires, Estación Finlandia, 2010.
- 385 Datos tomados de Pablo Pozzi, ob. cit., p. 81.
- 386 Íd.
- 387 De Santis, ob. cit., p. 100; Seoane, ob. cit., p. 80.
- 388 De Riz, ob. cit., pp. 148-149.
- 389 Mattini, ob. cit., p. 256.
- 390 "Hechos de Azul. Recortes periodísticos. t. III, 19/1/1974", MDS, Legajo 1453, Archivo Dipba.
- 391 JCR, "A los pueblos de América Latina. Declaración Conjunta", *Estrella Roja*, 31, 4/3/1974, pp. 10-14.
- 392 Véase Peredo, ob. cit., p. 120; Aldrighi, *Memorias de insurgencia*, pp. 347-348. En agosto de 1974, se publicó un informe en el *Correo de la Resistencia* del MIR donde se afirmaba que, como resultado del dinero obtenido por el secuestro, se dividirían cinco millones de dólares entre las cuatro organizaciones de la JCR. Véase "ERP; internacionalismo proletario", *Correo de la Resistencia*, 2/8/1974, p. 22. El reparto del dinero generó un problema político dentro de la JCR, ya que el millón de dólares que correspondía al MIR fue entregado a miembros del MLNT quienes, a su vez, se comprometieron a entregárselo a los chilenos, pero no lo hicieron. La mención de este episodio se repite en múltiples testimonios. Véase Gorriarán, ob. cit., pp. 203-206.
- 393 Véanse De Santis, ob. cit., pp. 473-503; Mattini, ob. cit., pp. 285-299.
- 394 Véase "La guerrilla rural y urbana", *Estrella Roja*, 35, 1/7/1975, pp. 2-3. El planteo tiene aspectos en común con los postulados de Ángel Bengochea a comienzos de los sesenta. Véase Juan José López Silveira y Ángel Bengochea, *Guerra de guerrillas*, Montevideo, Uruguay, 1970, cap. 2.
- 395 Bengochea era uno de los cuatro presidentes honorarios del IV Congreso del PRT -junto con Guevara, Trotski y Nguyen van Troi-, cuando se decidió apostar a la lucha armada en 1968. Véase *El Combatiente*, 1, 6/3/1968.
- 396 De Santis, ob. cit., p. 498.
- 397 JCR, "Pacto militar contra los pueblos de América Latina", enero de 1976, París, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay.
- 398 Véase Santiago Garaño, "El monte tucumano como 'teatro de operaciones': las puestas en escena del poder durante el Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977)", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Cuestiones del tiempo presente, 2011, <nuevomundo.revues.org/62119>.
- 399 A modo de ejemplo, véanse "Condecoraciones", *Estrella Roja*, 40, p. 20; "Grados y reglamentos en el ERP", *Estrella Roja*, 42, p. 20; "Número especial: La verdad sobre Tucumán", *Estrella Roja*, 63, 2/11/1975.
- 400 "Carta de un revolucionario latinoamericano", *Boletín Interno*, 42, 27/4/1973.
- 401 "Reportaje al teniente Armando", *Estrella Roja*, 63, 2/11/1975, p. 9. Se conoce la participación de los militantes uruguayos Rutilio Bentancourt y Hugo Cacciavillani y del técnico forestal sueco Svante Grände. Véanse "Chile. La guerrilla de Panguipulli", *Estrella Roja*, 71, 14/3/1976, pp. 4-6, 16; "Galería de nuestros mártires", *Correo Tupamaro*, 1(6), octubre de 1976, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay; Álvaro Rico (comp.), *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*, t. I, Montevideo, Udelar-CSIC, 2008, pp. 144-145.
- 402 Para un repaso histórico de la acción del MIR en la dictadura chilena, véanse Julio Pinto Vallejo, "¿Y la historia les dio la razón? El MIR en dictadura, 1973-1981", en Verónica Valdívía, Rolando Álvarez y Julio Pinto, *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*, Santiago, LOM, 2006; Carlos Sandoval Ambiado, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Coyunturas y vivencias (1973-1980)*, Concepción, Escaparate, 2011.
- 403 Para profundizar sobre este episodio, véase el testimonio de Carmen Castillo, *Un día de octubre en Santiago*, México, Era, 1982, p. 117.
- 404 *Correo de la resistencia*, 3-4, septiembre-octubre de 1974, pp. 31-32.
- 405 Luis Mattini, *Los perros. Memorias de un combatiente revolucionario*, Buenos Aires, Continente-Pax, 2006, pp. 116-125.
- 406 Comisión Política MIR, "La táctica del MIR en el actual período", diciembre de 1973, en Miguel Enríquez, *Con vista a la esperanza*, Concepción, Escaparate, 1998, p. 314.
- 407 *Boletín Interno*, 65, agosto de 1974. Mattini reconstruye algunos aspectos de esta polémica en *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, pp. 300-307.
- 408 Para repasar algunos aspectos de estos diálogos posteriores entre ambas organizaciones, véanse Mattini, ob. cit., p. 378; John Dinges, ob. cit., p. 84. En 1975 la dictadura publicó una compilación de documentos de organizaciones de izquierda con el objetivo de mostrarle a la OEA las dimensiones del "accionar subversivo". Uno de los textos contiene información interesante sobre los contactos del MIR con

- el ERP. Aún no me ha sido posible confirmar la veracidad de ese documento. Véase "Texto de Carta de Gabriel", en *La situación de los derechos humanos en Chile*, vol. 2, Santiago, Talleres Gráficos La Nación, 1975, p. 255.
- 409 Entrevista a Hernán Aguiló, "Debimos detener las acciones armadas antes", *La Nación*, 4/2/2007, <www.lanacion.cl>.
- 410 La decisión de abandonar la consigna del "¡No asilo!" generó una fuerte discusión interna. Véase Sandoval, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Coyunturas y vivencias (1973-1980)*, pp. 337-380.
- 411 Nancy Guzmán, "Edgardo Enríquez fue asesinado en Buenos Aires", *La Nación*, 20/12/2009, <www.lanacion.cl>.
- 412 En 1975 fueron asesinados el "Sargento Dago" Domingo Villalobos y Svante Grände, dos militantes del MIR que participaban en la compañía de monte en Tucumán. Ese mismo año fue secuestrado en Asunción Jorge Isaac Fuentes, quien venía de una misión de la JCR en Perú. Jorge Ángel Machuca Muñoz, Claudio Melquíades y Heriberto Leal fueron secuestrados en marzo de 1976. Edgardo Enríquez fue secuestrado y desaparecido un mes después. Patricio Biedma, Mario René Espinoza, Homero Tobar Avilés y Miguel Orellana desaparecieron a mediados de 1976. Véanse Chile, Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, ob. cit.; "Desaparecidos chilenos en Argentina", <www.desaparecidos.org/arg/chile>.
- 413 Simposio de Viña del Mar, Montevideo, MLNT, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay; Aldrighi, *Memorias de la insurgencia*, pp. 245-456.
- 414 "Breve síntesis histórica de la organización", 1976, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay; Astrid Arrarás, *Armed Struggle, Political Learning and Participation in Democracy. The Case of the Tupamaros*, tesis de doctorado, Princeton, 1998, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 415 Véanse Carta de renuncia: "Las razones de nuestra ruptura", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU, Montevideo, Uruguay; "Entrevista a Luis Alemañ", en Aldrighi, *Memorias de insurgencia*, pp. 317-343; Jimena Alonso y Magdalena Figueredo, "El caso de los 'renunciantes'", *Cuadernos de la Historia Reciente*, 6, 2010.
- 416 Véase "Desgrabación de Gabriel hoja 9", *Descassettamiento*, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU. Para una visión del conflicto interno desde la perspectiva de esta fracción, véanse Andrés Cultelli, *La revolución necesaria*, Montevideo, Colihue, 2006; "Tupamaros. Documentos y comunicados. 1974-1975", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 417 Sobre la proletarización, véanse el debate en el Comité Central, *Descassettamiento*, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU; MLNT, "MLN (Tupamaros): Balance, situación actual y perspectivas", *Che Guevara. Revista de la Junta de Coordinación Revolucionaria*, 2, febrero de 1975.
- 418 Véase el influyente documento del PRT-ERP, redactado por Luis Ortolani, "Moral y proletarización", *Políticas de la memoria*, 4, verano de 2004-2005, p. 96.
- 419 "Menna cassette 18", *Descassettamiento*, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 420 "Cassette n° 6, hoja 6", *Descassettamiento*, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 421 Véase "Entrevista a Domingo", en Aldrighi, *Memorias de insurgencia*.
- 422 Rodríguez Ostría, ob. cit.
- 423 Sivak, ob. cit., p. 81.
- 424 Sobre la relación entre Torres y Sánchez, véase Gallardo Lozada, ob. cit.; sobre las relaciones de Sánchez con el PRT-ERP, véanse Gorriarán, ob. cit., pp. 235-237; Sivak, ob. cit., p. 83.
- 425 Véase Peredo, ob. cit.
- 426 *Ibíd.*, p. 132.
- 427 *Ibíd.*, p. 133.
- 428 ELN Bolivia, "Nace el PRT de Bolivia", 6/4/1975, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 429 "Parte información procedente de SIDE, Asunto: Injerencia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) de Argentina en la promoción del similar boliviano", MDS, Legajo 3393, Archivo Dipba.
- 430 Las evaluaciones de ese momento son disímiles. Para el historiador Gustavo Rodríguez Ostría, el partido ya no gravitaba y la emergencia de agrupaciones como el MIR y el PSI fue una alternativa de recambio a la izquierda armada. A fines de 1975 y comienzos de 1976, gran parte de su red de militantes estaba desarticulada. John Dinges plantea una visión algo más positiva: Sánchez habría reunido a 150 militantes armados que preparaban el retorno del general Torres en diferentes aéreas mineras y en las ciudades más importantes de Bolivia. Véanse Rodríguez Ostría, ob. cit., pp. 569-599; Dinges, ob. cit., pp. 150-155.
- 431 Dinges, ob. cit., pp. 150-155.
- 432 Véase "Relaciones (1974)", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 433 "Participación clandestina de un equipo técnico argentino de una filmación de películas subversivas", MDS, Legajo 29 775, Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires; "Pautas de discusión de objetivos y tareas del frente de cine de la JCR, 1977", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 434 Los tres números están en el Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 435 Véanse MDS, Legajos 15 174 y 3010, Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires. También "Memorandum I-09/975, Junta de Comandantes en Jefe, Servicio de Información de Defensa, Departamento III-Planes-Operaciones-Enlace", en *Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLNT). Índice cronológico de documentos, Actualización histórica sobre detenidos desaparecidos*, Uruguay, Presidencia de la República, 2011, pp. 80-84, <www.presidencia.gub.uy/wps/wcm/connect/presidencia/portalpresidencia/comunicacion/informes/investigacion-historica-sobre-detenidos-desaparecidos>.
- 436 "JCR Modelo 1. El pueblo construye para la guerra", *Estrella Roja*, 4, 8/22/1972.
- 437 Véase "MLNT Documento 9", *Anexos, Actualización histórica sobre detenidos desaparecidos*, p. 6, <www.presidencia.gub.uy/wps/wcm/connect/presidencia/portalpresidencia/comunicacion/informes/investigacion-historica-sobre-detenidos-desaparecidos>.

- 438 Rosendo Fraga, *Ejército. Del escarnio al poder (1973-1976)*, Buenos Aires, Planeta, 1988, p. 276.
- 439 Marina Franco, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y subversión, 1973-1976*, Buenos Aires, FCE, 2012, cap. 6.
- 440 Patrice Mc Sherry, *Los Estados depredadores. La Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*, Montevideo, De la Banda Oriental, 2009, p. 121; Martin Edwin Anderssen, *Dossier secreto. Argentina's Desaparecidos and the Myth of the Dirty War*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1993, p. 108.
- 441 Véase Kornbluh, *The Pinochet File*. Las autoridades uruguayas también comenzaron a coordinar operaciones con el Estado argentino durante 1974. Véanse Álvaro Rico (comp.), *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay*, Montevideo, Udelar, 2008, pp. 94-103, 686-693; Cultelli, ob. cit., p. 145.
- 442 La mayoría de la información relevante sobre los secuestros se encuentra en los llamados Archivos del Horror. Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos (CDYA), Asunción, Paraguay, <www.gwu.edu/~nsarchiv/CDyA/index.htm>. Véanse Alfredo Boccia Paz, Myriam Angélica González y Rosa Palau Aguilar, *Es mi informe. Los archivos secretos de la policía de Stroessner*, Asunción, CDE, 1994; Dinges, ob. cit.
- 443 Dinges, ob. cit., pp. 82-126.
- 444 "Primera reunión de inteligencia nacional", en *Operación Condor en el Archivo del terror*, en el sitio del National Security Archive, <www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB239b/index.htm>.
- 445 JCR, "Pacto militar contra los pueblos de América Latina", enero de 1976, París, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 446 MDS, Legajo 3010, Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires.
- 447 Comité Central Ampliado, "Vietnam Liberado", *El Combatiente*, 175, 30/7/1975, p. 4.
- 448 *Ibíd.*, p. 2.
- 449 Véanse Calveiro, *Política y/o violencia*; Liliana de Riz, ob. cit.; Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Buenos Aires, CEAL, 1989; Martin Edwin Anderssen, *Argentina's Desaparecidos and the Myth of the Dirty War*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1993; Alfredo Puciarelli, ob. cit.; Richard Gillespie, *Los soldados de Perón*, ob. cit.; Maristella Svampa, "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976", en Daniel James (dir.), *Nueva historia argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003; María José Moyano, "Argentina: guerra civil sin batallas", en Peter Waldmann y Fernando Reinares (comps.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona - Buenos Aires, Paidós, 1999.
- 450 Sobre la visión militar del Operativo Independencia, véanse Acdel Vilas, *Tucumán. Enero a diciembre de 1975*, <www.nuncamas.org/investig/vilas/acdel_00.htm>; Famus, *Operación independencia*, Buenos Aires, Famus, 1988. Sobre la visión del PRT-ERP de esa experiencia, véanse "Número especial: La verdad sobre Tucumán", *Estrella Roja*, 63, 10/12/1975; De Santis, ob. cit. Sobre las violaciones a los derechos humanos cometidas durante el Operativo Independencia, véase *Informe de la Comisión Bicameral Investigadora de las Violaciones a los Derechos Humanos de Tucumán*, Madrid, Iepala, 1991. Acerca de la interpretación del Operativo Independencia como antesala del terrorismo de Estado, véase Pilar Calveiro, *Poder y desaparición*. Para ahondar en enfoques sobre Tucumán, véanse Santiago Garaño, "El monte tucumano como 'teatro de operaciones': las puestas en escena del poder durante el Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977)"; Anderssen, ob. cit., pp. 124-157; De Santis, ob. cit., pp. 473-503.
- 451 Para la reconstrucción de esta acción, véase Gustavo Plis-Sterenber, *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Booket, 2006.
- 452 *Boletín Interno*, 98, 27/12/1975, p. 2.
- 453 "Ajusticiamiento de un traidor", *El Combatiente*, 200, 21/1/1976, pp. 3-4.
- 454 Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, ob. cit.
- 455 Patricio Rivas, *Chile, un largo septiembre*, Santiago, LOM, 2007, p. 167.
- 456 Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos (Uruguay), ob. cit.
- 457 Cultelli, ob. cit., pp. 147-154.
- 458 SIDE, "Parte de inteligencia n. 06/76. Asunto: Modificación del equilibrio de fuerzas subversivas contrasubversivas en el plano geopolítico", MDS, Legajo 22 851, Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires.
- 459 "Boletín del Secretariado Europeo. Información estrictamente reservada a los equipos centrales de cada país" y "Carta de Pepe", Estocolmo, marzo de 1976, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 460 "Relaciones", s.f., Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU; JCR, "Acuerdo sobre relaciones políticas (junio 1977)"; "Criterios para trabajo de solidaridad (junio 1977)", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 461 "Relaciones", cit.
- 462 "Boletín del Secretariado Europeo. Información estrictamente reservada a los equipos centrales de cada país", 6, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU; SIDE, "Identificación del abogado argentino que gestionó en Suiza la intervención de una misión extranjera en nuestro país", 16/1/1976, MDS, Varios, Legajo 4384, Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires.
- 463 Véase Vanía Markarian, *Idos y recién llegados. La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos*, Montevideo, De la Vasija - Correo del Maestro, 2006.
- 464 "Relaciones", cit.
- 465 *Íd.*
- 466 Para una excelente revisión de estas transformaciones, véase Tanya Harmer, ob. cit.
- 467 I Congreso del PCC, *Tesis y resoluciones*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1978, p. 523.
- 468 Luis Mattini, *Los perros. Memorias de un combatiente revolucionario*, Buenos Aires, Continente-Pax, 2006, pp. 179-183; Rodríguez Ostría, ob. cit., pp. 221-223.
- 469 Véase Peredo, *Volvíamos a las montañas*, p. 118; entrevista a Efraín Martínez Platero realizada por el autor, 25/1/2008.
- 470 Véase Harmer, ob. cit.
- 471 I Congreso del PCC, *Tesis y resoluciones*, p. 514.

- 472 En 1975 los siguientes países habían reiniciado relaciones con Cuba: Argentina, Bahamas, Barbados, Colombia, Guyana, Panamá, Perú, Trinidad y Tobago, Venezuela.
- 473 Interpol, Ministério da Justiça, "JCR", 1975, Archivo CDYA.
- 474 "Estas organizaciones son el MIR venezolano, el Partido Socialista de Puerto Rico, el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, el Ejército Guerrillero de los Pobres de Guatemala, el Frente de Liberación Nacional Farabundo Martí de El Salvador, el Movimiento Revolucionario del Pueblo y el Partido Socialista de Costa Rica, el MAPU de Chile, el MR8 de Brasil, el Movimiento Revolucionario 19 de Abril (M-19), el ELN y las FARC de Colombia, el Movimiento Montonero de Argentina". JCR, "A los secretarios de Argelia, Francia y México. Líneas de acción y plan de trabajo JCR", p. 5, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 475 En octubre de 1977, la JCR planificó una reunión de movimientos revolucionarios en Venezuela. "Plan de tareas del Secretariado Ejecutivo de la JCR", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 476 Rivas, ob. cit., pp. 164-167.
- 477 JCR, "A los secretarios de Argelia, Francia y México. Líneas de acción y plan de trabajo JCR", junio de 1977, y "Estatutos provisionarios de la JCR", junio de 1977, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 478 JCR, "Estatutos provisionarios de la JCR", junio de 1977, Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 479 JCR, "A los secretariados de Argelia, Francia, y México. Líneas de acción y plan de trabajo", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 480 Secretariado de la JCR filial Europa, "Informe al buró central de la JCR sobre el abandono por parte del ELN del trabajo Junta en Europa, problemas derivados y necesidad de que se implemente una rápida solución (febrero 1976)", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 481 "Sesión ordinaria 25/6/76", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 482 "Manifiesto JCR", *Revista Che Guevara*, 3, octubre-diciembre de 1977, p. 18.
- 483 "Sesión ordinaria 25/6/76", Archivo de la Lucha Armada David Cámpora, CEIU.
- 484 *Correo de la Resistencia*, edición especial, 3, p. 63.
- 485 Véase "Relaciones", cit.
- 486 MIR, "Carta Pública del MIR. Unidos avancemos en la guerra popular a la dictadura", *Correo de la Resistencia*, edición especial, 9, febrero de 1981, p. 18.
- 487 Véanse Pascale Bonnefoy, Claudio Pérez y Ángel Spotorro, *Internacionalistas. Chilenos en la Revolución Popular Sandinista*, Santiago, Brigada 30 Aniversario de la Revolución Popular Sandinista, 2008; Enrique Haroldo Gorriarán, *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003; Víctor Estradet, *Memorias del Negro Pedro. Tupamaros en la revolución sandinista*, Montevideo, Fin de Siglo, 2013.
- 488 Sobre el impacto del surgimiento del discurso de los derechos humanos en el orden global, véanse Samuel Moyn, *The Last Utopia, Human Rights in History*, Cambridge, Harvard University Press, 2010; Barbara J. Keys, *Reclaiming American Virtue, the Human Rights Revolution of the 1970s*, Cambridge, Harvard University Press, 2014. Para entender el impacto en la región, véanse Vania Markarian, *Left in Transformation*, Nueva York, Routledge, 2005; James Green, *We Cannot Remain Silent. Opposition to the Brazilian Military Dictatorship in the United States*, Durham, NC, Duke University Press, 2010; Kathryn Sikkink, *The Justice Cascade. How Human Rights Prosecutions Are Changing World Politics*, Nueva York, W.W. Norton & Co., 2011.
- 489 Dos textos que dan cuenta de la influencia de Gramsci en los ochenta son: José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Punto Sur, 1988; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
- 490 Para el caso chileno, véanse Katherine Hite, *When the Romance Ended. Leaders of the Chilean Left*, Nueva York, Columbia University Press, 2000; Cristina Moyano Barahona, *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile, 1973-1989*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2010. Sobre la Argentina, véase Cecilia Lesgart, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Rosario, Homo Sapiens, 2003.
- 491 Véase Fernando Calderón y Elizabeth Jelin, *Clases y movimientos sociales en América Latina. Perspectivas y realidades*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, 1987.
- 492 Sobre la Operación Retorno, véanse Julio Pinto y Sebastian Leiva, "Punto de quiebre. El MIR en los ochenta", en Verónica Valdivia y otros, *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochenta*, vol. 2, Santiago, LOM, 2008; Igor Goicovic, ob. cit. Por testimonios, véanse Rivas, ob. cit., y Comité Memoria Neltume, *Guerrilla en Neltume. Una historia de lucha y resistencia en el sur chileno*, Santiago, LOM, 2003.
- 493 Para información del Plan 78, véanse entrevistas a Muñoz, Torres y Zarricueta realizadas por el autor. Véase prensa del MIR, *El Correo de la Resistencia y El Rebelde en la Clandestinidad*.
- 494 Véase Rolando Álvarez, "Aún tenemos patria, ciudadanos". El Partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura (1980-1988)," en Verónica Valdivia y otros, ob. cit., pp. 22-42.
- 495 Rivas, ob. cit., pp. 189-190.
- 496 *Ibid.*, pp. 164-166; Hernán Vidal, *El Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile en la justicia transicional*, 2013, pp. 80-137, <ideologiesandliterature.org/VIDAL-%20Justicia%20Transicional%20III.pdf>; entrevistas a Muñoz, Zarricueta y Pascal Allende realizadas por el autor. Acerca del Partido Comunista chileno, véanse Álvarez, "Aún tenemos patria, ciudadanos", cit.; Claudio Pérez Silva, "De la guerra contra Somoza a la guerra contra Pinochet. La experiencia internacionalista revolucionaria en Nicaragua y la construcción de la Fuerza Militar Propia del Partido Comunista de Chile", en Pablo Pozzi y Claudio Pérez (eds.), ob. cit.
- 497 En *Correo de la Resistencia*, 8, octubre de 1979, p. 13.

- 498 Entrevista a Zarricueta. Acerca de la participación de los chilenos en el Frente Sur del FSLN, véase Pascale, Perez y Spotorno, ob. cit., pp. 10-16.
- 499 Pinto y Leiva, ob. cit., p. 91.
- 500 Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda. *La historia oculta del régimen militar*, Santiago, Grijalbo, 1997, pp. 257-264, 295-303.
- 501 Para una versión oficial del MIR acerca de Neltume, véase "Una experiencia guerrillera", *El Rebelde*, 180, noviembre de 1981. Véase también Comité, *Guerrilla en Neltume*.
- 502 Pinto y Leiva, ob. cit., pp. 106-107.
- 503 Steve J. Stern, *Battling for Hearts and Minds. Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988*, Durham, Duke University Press, 2006, p. 222.
- 504 Rivas, ob. cit., p. 183.
- 505 *Ibíd.*, pp. 145-198; entrevista a Torres.
- 506 *Boletín Miguel Enriquez*, 3, febrero de 1980, p. 20.
- 507 Sobre la actuación del Codepu, véase Patricio Orellana y Elizabeth Hutchison, *El movimiento de derechos humanos en Chile, 1973-1990*, Santiago, Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1991, pp. 34-36.
- 508 Véase Hernan Aguiló, "Inicio de un balance autocrítico de mi militancia revolucionaria", 2005, <archivochile.com>.
- 509 "Contra la dictadura y por la liberación popular", *Comunicado del IV Congreso del MIR (Político)*, 1988, <archivochile.com>; "Única vía a la democracia", *El Combatiente. Periódico Oficial de la Comisión Militar*, 1, marzo de 1988, p. 2.
- 510 Para descripciones de la fragmentación política, véanse Pinto y Leiva, ob. cit., pp. 125-136; Goicovic, ob. cit., pp. 87-98.
- 511 Steve J. Stern, *Reckoning with Pinochet. The Memory Question in Democratic Chile, 1989-2006*, Durham, NC, Duke University Press, 2010, pp. 36-37; Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994*, Santiago, LOM-Dibam, 2000, pp. 490-539.
- 512 Véanse Codepu, *Informe de Derechos Humanos, 1990-2000*, Santiago, LOM, 2001; Igor Goicovic, "Transición y violencia política en Chile (1988-1994)", *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, Madrid, 2010, p. 79; Pedro Rosas, *Rebeldía, subversión y prisión política*, Santiago, LOM, 2004, cap. 4.
- 513 Entre otros, véanse los documentales de Carmen Castillo, *Calle Santa Fé*, 2007, y Macarena Aguiló, *El edificio de los chilenos*, 2010. Entre los testimonios escritos, véanse Carmen Castillo, *Un día de octubre en Santiago*, México, Era, 1982; Guillermo Rodríguez, *Hacia el final de la partida*, Santiago, LOM, 2007; Rivas, ob. cit.
- 514 Entre otros, podemos mencionar a Mario Garcé, Julio Pinto, Gabriel Salazar e Igor Gocovich.
- 515 Algunos colectivos del MIR ejercieron influencia en los memoriales establecidos en diversos centros de detención y tortura; entre otros, la Villa Grimaldi, Londres 38 y el memorial José Domingo Cañas. Véase Ministerio del Interior, Programa de Derechos Humanos, *Geografía de la Memoria*, Santiago, Ministerio del Interior, 2010.
- 516 Para una reflexión sobre la trayectoria de los diferentes grupos desde la perspectiva de sus integrantes, véanse Julio Santucho, ob. cit., cap. 3; De Santis, ob. cit., cap. 28; entrevistas a Daniel De Santis (Archivo Oral, Memoria Abierta) y Enrique Gorriarán Merlo y Luis Mattini (Archivo de Historia Oral, Instituto Gino Germani, UBA). Para un enfoque histórico sobre el período, véanse Vera Carnovale, "De *Entre Todos* a La Tablada. Redefiniciones y permanencias del ideario setentista", *PolHis*, 6(12), segundo semestre de 2013; Claudia Hilb, "La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista", en *Usos del Pasado. Qué hacemos hoy con los setenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- 517 Véanse Samuel Blixen, *Conversaciones con Gorriarán Merlo*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, p. 266; Claribel Alegría y D. J. Flakoll, *Death of Somoza*, Willimantic, CT, Curbstone Press, 1996. En cuanto a la coordinación entre los militares centroamericanos y el ejército argentino, véase Ariel Armory, *Argentina, the United States, and the Anti-Communist Crusade in Central America, 1977-1984*, Athens, Ohio University Center for International Studies, 1997.
- 518 Para repasar las aproximaciones sobre la contraofensiva, véanse Hernán Eduardo Confino, "Tensiones de un entorno. La contraofensiva estratégica Montonera de 1979 y 1980 en Argentina", *Izquierdas*, 28, Santiago, julio de 2016; Esteban Campos, "¿Locura, épica o tragedia-comedia? Las historias de la contraofensiva montonera en la era de la democracia consolidada", *Estudios*, 29, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, junio de 2013.
- 519 Santucho, ob. cit., pp. 256-259.
- 520 De Santis, ob. cit., p. 674.
- 521 Entrevista a Gorriarán, IGG, UBA, sesión 3, y Gorriarán Merlo, ob. cit.
- 522 Véase colección *Entre Todos*. Entre el número del 1/11/1984 y el n° 25, impreso en febrero de 1987, se mantuvo ese subtítulo. Después de esa fecha se retiró la mención a los diversos grupos y solo se mantuvo la frase "Los que queremos la liberación".
- 523 Felipe Celesia y Pablo Waisberg, *La Tablada: a vencer o morir. La última batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Aguilar, 2013, pp. 103-105, 145-156.
- 524 Para entender la estrategia del gobierno y su contexto, véanse Claudia Feld y Marina Franco, *Democracia: hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, Buenos Aires, FCE, 2015; Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar, 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- 525 Véase Decreto 157/1983.
- 526 Véanse Emilio Crenzel, ob. cit., pp. 57-63; Marina Franco, "La 'teoría de los dos demonios' en la primera etapa de la posdictadura", en Feld y Franco, ob. cit.
- 527 Santiago Garaño y Werner Pertot, *Detenidos-aparecidos. Presas y presos políticos desde Trelew a la dictadura*, Buenos Aires, Biblos, 2007, p. 293.
- 528 Soledad Lastra, *Los retornos del exilio en Argentina y Uruguay. Una historia comparada de las políticas y tensiones en la recepción y asistencia en las posdictaduras (1983-1989)*, tesis de doctorado, La Plata, UNLP.
- 529 Celesia y Waisberg, ob. cit., p. 119; Blixen, *Sendic*, p. 328.
- 530 "Una nueva propuesta política. Todos por la Patria", *Entre Todos*, 17, mayo de 1986, pp. 20-21.
- 531 Samuel Blixen, *Conversaciones con Gorriarán Merlo. Treinta años de lucha popular*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, p. 355.

- 532 Véase "La democracia amenazada", *Entre Todos*, 28, primera quincena de junio de 1987, pp. 10-11.
- 533 Celesia y Waisberg, ob. cit., pp. 212-214.
- 534 MTP, "Los militares avanzan. ¿Qué hacemos?".
- 535 Véase entrevista a Gorriarán IGG, UBA, sesión 4.
- 536 Íd.
- 537 "Anunció Alfonsín medidas para la lucha contra la subversión. Afirmó que retorna la guerrilla de ultraizquierda", *Clarín*, 25/1/1989, pp. 2-13; "Integran las Fuerzas Armadas el Consejo de la Nación", *Clarín*, 26/1/1989, p. 4.
- 538 A modo de ejemplo, véase la cobertura de la revista *El Porteño*, febrero de 1989. Más específicamente, el artículo de Eduardo Blaustein, "Un alfiler menos", p. 13, o el de Eduardo Aliverti, "Un comando de maniáticos", p. 17.
- 539 Federico Lorenz, "¿De quién es el 24 de Marzo? Las luchas por la memoria del golpe de 1976", en Elizabeth Jelin (ed.), *Las conmemoraciones. Las disputas en las fechas "in-felices"*, Barcelona, Siglo XXI, 2002, pp. 79-80.
- 540 Véase Hilb, "La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista", cit.
- 541 Federico Lorenz, ob. cit., pp. 87-90.
- 542 Véanse Nicolás Prividera, *M*, 2007; Albertina Carri, *Los rubios*, 2003; María Inés Roque, *Papa Iván*, 2004. Para un análisis de parte de esta producción testimonial y documental, véase Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Buenos Aires, El cielo por Asalto, 2006.
- 543 Entre otros, véanse Eduardo Anguita y Martín Caparrós, ob. cit.; Marta Diana, *Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- 544 Véanse Néstor Kirchner, "Prólogo", 10/10/2004, <anamariaponce.blogspot.com.ar>; Federico Lorenz y Peter Winn, "Las memorias de la violencia política y la dictadura militar en la Argentina: un recorrido en el año del Bicentenario", en Peter Winn y otros, *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*, Santiago, LOM, 2014, pp. 42-43.
- 545 Conadep, *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, p. 8.
- 546 MLNT, "El documento del MLNT", *Brecha*, 3/2/1989.
- 547 "Los ecos de La Tablada: Polémica en la izquierda local", *Búsqueda*, 9/2/1989, p. 4.
- 548 "Raul Sendic: en Argentina puede haber nuevas acciones armadas para resistir una sublevación castrense", *Búsqueda*, 2/2/1989, p. 5.
- 549 Leicht, ob. cit., pp. 168-169.
- 550 Maria Eugenia Allier, *Batallas por la memoria*, Montevideo, Trilce, 2010, pp. 31-46.
- 551 "Conferencia del MLN", *Las Bases*, 11/3/1985.
- 552 Íd.
- 553 Arrarás, ob. cit.
- 554 Véanse Eleuterio Fernández Huidobro, *Historia de los tupamaros*, 3 ts.; Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro, *Memorias del calabozo*, Montevideo, Tae, 1988.
- 555 Centro Uruguay Independiente, *Documentos. Documento político, 2: Referéndum*, Montevideo, CUI, 1987, p. 65.
- 556 "Editorial. El momento exige grandeza", *Mate Amargo*, 2/2/1989.
- 557 Leicht, ob. cit., pp. 163, 173-195.
- 558 Para una revisión de este proceso, véase MLNT, *Resoluciones de la V Convención Nacional*, junio-julio de 1990. Para un análisis del conflicto, véase Adolfo Garcé, *Donde hubo fuego. El proceso de adaptación del MLN Tupamaros a la legalidad y a la competencia electoral (1985-2004)*, Montevideo, Fin de Siglo, 2006, cap. 5.
- 559 Mario Mazzeo, *MPP. Orígenes, ideas y protagonistas*, Montevideo, Trilce, 2005.
- 560 Garcé, ob. cit., pp. 130-131.
- 561 Véase "El 'fenómeno Mujica'. La seducción de un intruso", *Brecha*, 8/10/1999.
- 562 En 1989, fueron arrestadas seis personas en Brasil por el secuestro del empresario Abilio Dimiz: cinco chilenos, dos argentinos y un brasileño. Los militantes luego reconocieron que el operativo fue preparado en Managua y que procuraban obtener financiamiento para el MIR y otras organizaciones latinoamericanas. Véase el reportaje exclusivo a los huelguistas de hambre en Brasil titulado "Estamos dispuestos a llegar al fin", *Página/12*, 5/12/1998, p. 19.
- 563 Goodwin, ob. cit., p. 3.
- 564 Odd Arne Westad, ob. cit., p. 398.
- 565 Véanse Jeremi Suri, *Power and Protest. Global Revolution and the Rise of Détente*, Cambridge, Harvard University Press, 2003; Immanuel Wallerstein y otros, *Anti-Systemic Movements*, Londres - Nueva York, Verso, 1989, cap. 5.
- 566 Reinhart Koselleck, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*, Nueva York, Columbia University Press, 2004.
- 567 Friedrich Engels, *De la autoridad (1873)*, <marxistas.org>.
- 568 Françoise Dosse, "Del uso razonado del anacronismo", en *El Giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y atención a las singularidades*, Santiago, Universidad Finis Terrae, 2012.
- 569 Referencia a la idea planteada por Michelle Trouillot en *Silencing the Past. Power and the Production of History*, Boston, Mass, Beacon Press, 1995, cap. 3.